



Monika Zgustova
Vestidas para un baile
en la nieve



Desde que Aleksandr Solzhenitsyn sorprendió al mundo con su libro Archipiélago Gulag, se han publicado diversos testimonios y estudios que han ido completando el retrato de lo que fue el mayor sistema de campos de trabajo forzado de la historia de la humanidad. Pero han sido sorprendentemente pocos los textos que han tratado la historia de las mujeres en el gulag. Como si ellas hubieran tenido un papel residual en los campos y en la brutal represión del régimen estalinista en general. Fue todo lo contrario. Monika Zgustová, una de las especialistas en literatura e historia rusas más importantes de nuestro país, ha buscado durante los últimos nueve años a las pocas mujeres que siguen con vida de entre las que sobrevivieron al gulag para escuchar y transmitir su testimonio antes de que se perdiera para siempre. Las ha visitado en sus hogares en Moscú, Londres y París, y el resultado, contra lo que pudiera parecer, es un canto a la vida, a la literatura, a la amistad, a todas las personas y a todo aquello que les permitió sobrevivir. A través de los recuerdos y los objetos, libros y cuadernos que perviven de ese tiempo, «Vestidas para un baile en la nieve», (la policía secreta soviética se llevaba a sus víctimas en cualquier momento, también cuando estaban a punto de acudir a un baile) traza el retrato de nueve mujeres y su tiempo en el gulag pero también su regreso a la vida cotidiana. Nueve mujeres, científicas, actrices, maestras, matemáticas, poetas, que son otros tantos ejemplos de superación y de profunda humanidad.

Lectulandia

Monika Zgustová

Vestidas para un baile en la nieve

ePub r1.0

Titivillus 15.03.2018

Título original: *Vestidas para un baile en la nieve*

Monika Zgustová, 2017

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Olga, mi madre,
que me empujó a escribir este libro,
porque ella también fue superviviente
de los totalitarismos del siglo XX.*

De madrugada vinieron a buscarte.
Yo fui detrás de ti como en un duelo.
Lloraban los niños en la habitación oscura
y el cirio bendito se extinguió.
Tenías en los labios el frío del icono
y un sudor mortal en la frente. No olvidaré.

ANNA AJMÁTOVA, *Réquiem*

PRESENTACIÓN

Un viaje a Moscú

En septiembre de 2008 viajé a Moscú. Una vez allí, un escritor amigo, Vitali Shentalinski, me propuso que le acompañara a una reunión de antiguos presos del gulag. No había conocido a nadie que hubiera estado encerrado en el gulag, aunque sabía que el régimen de terror de Stalin suele denominarse «el otro Holocausto», porque durante los veinticuatro años de su gobierno perecieron muchas más personas que los judíos que murieron en la Alemania nazi. De modo que asentí.

En lugar de encontrar sombras sin vida, según me había imaginado a los ex prisioneros, los que acudieron eran mujeres y hombres vitales a pesar de ser mayores y de medios modestos. Me sorprendió ver a muchas mujeres, un gran porcentaje de las cuales eran judías, en aquella velada literaria y política. ¿Cómo habrían sobrevivido en aquellas condiciones tan crueles?, me preguntaba mientras las escuchaba recitar sus poemas y leer sus cuentos y ensayos. Entonces decidí que no me iría de la capital rusa sin entrevistar a varias personas.

En la reunión me presentaron a Semión Vílenski, también ex preso —y judío, como una parte desproporcionada de los prisioneros—, que disponía de archivos literarios de los textos en prosa y sobre todo de los poemas que se compusieron en el gulag. «Los prisioneros no pudieron escribirlos —precisó Vílenski cuando al día siguiente lo visité en su piso en las afueras de Moscú—, porque por regla general estaba prohibido anotar cualquier cosa fuera de un par de cartas por año a la familia. No solían tener papel ni lápiz. De modo que creaban los poemas en su cabeza y los memorizaban. Conozco a algunos que guardaron en la memoria decenas de miles de versos. No los olvidaron; a la vuelta del gulag los transcribieron».

Entonces empecé a intuir el poder mágico que tiene la belleza para una persona humillada y anhelé descubrir más cosas sobre los que tuvieron que pasar años o décadas en los campos de trabajos forzados. Semión Vílenski me proporcionó varios nombres y teléfonos: «Todas ellas son mujeres muy cultas —me dijo—. En sus casas encontrará buenas bibliotecas y obras de arte. La mayoría de las personas que sobrevivieron eran personas con cultura. O dicho de otra manera: la cultura ayudó a la gente a sobrevivir».

Para llegar a sus apartamentos situados en los enormes bloques de pisos de paneles prefabricados llamados *krushovki*, era preciso coger el metro y luego el tren o el trolebús. Allí, en la periferia de la capital, las ex presas políticas me recibieron con la proverbial hospitalidad rusa. Nunca rehabilitadas del todo, recordaron los años de su cautiverio no solo con horror: varias de ellas me confesaron que sin esa experiencia, su vida hubiera resultado incompleta.

Me costó entenderlo. Primero pensé que defendían su juventud en el gulag porque no tuvieron otra. Pero a medida que la conversación avanzaba y me mostraban sus fotos y sus libros (Semión Vílenski tenía razón: todas ellas erigieron en sus humildes

pisos unas bibliotecas admirables) lo fui comprendiendo. Lo que esas mujeres encontraron de excepcional en el gulag fue la amistad: una amistad invulnerable, abnegada, firme.

La amistad y la literatura fueron los dos refugios de las mujeres rusas desterradas.

Zayara Vesiólaya me enseñó pequeñas libretas hechas a mano: la poesía que se escribía en el gulag. «Puesto que los libros estaban prohibidos, por las noches recitábamos de memoria esos poemas que habíamos compuesto algunas de nosotras; preferíamos dormir menos y humanizarnos, elevarnos con la poesía», me explicó Zayara.



Zayara en la época de su detención

Me acordé de sus palabras cuando, unos años más tarde, visité en París a Irina Emeliánova, la hija de Olga Ivínskaya, que fue el último amor de Borís Pasternak y en quien este se inspiró para crear el inmortal personaje de Lara, la heroína de *Doctor*

Zhivago. Irina me contó que, tras la muerte de Pasternak, tanto su madre como ella habían ido a parar al gulag. Allí Irina se enamoró de un preso, traductor de poesía, y los dos enamorados se comunicaban ocultando poemas entre los ladrillos del muro que separaba el campo de las mujeres del de los hombres. Él le dejaba poesías propias o francesas; ella, poemas de Pasternak en minúsculos trozos de papel.

Valentina Íevleva, actriz que había pasado ocho años en el desierto helado de Kotlas, por ser hija de un «enemigo del pueblo» (a su padre lo fusilaron en los años treinta), compartió conmigo un recuerdo. Una vez, tras una brutal paliza que le infligieron los guardianes del campo, tuvieron que intervenirla en una mano. En la barraca de la enfermería encontró por milagro un libro: *Guerra y paz*. Era el primero que tocaba en muchos años. Mientras se recuperaba de la operación lo leyó a escondidas y, tan pronto lo acababa, volvía a empezarlo con avidez. Así, a falta de otros libros, leyó la novela de Tolstói cuatro veces. Al salir del gulag, la habitación que alquilaba se llenó de libros hasta el techo: «Me pasaba los días y las noches leyendo. Era insaciable —confesó Valentina—. Puesto que después del gulag no pude rehacer mi vida (la gente desconfiaba de una antigua presa), los libros dieron sentido a mi existencia». La vida de Valentina me pareció tan curiosa que decidí novelarla en mi libro *La noche de Valia* (2013).

Galia Safónova es más joven que las demás: nació en un gulag siberiano en los años cuarenta. Puesto que el barracón que compartía con su madre y otras presas era lo único que conocía de pequeña, lo vivía como algo natural. Y hasta hoy conserva los libros que las presas confeccionaron para ella. Tomé uno al azar, *Caperucita roja*: papeles de distinto tamaño, cosidos a mano; en cada página, dibujos hechos con lápices de colores: Caperucita con su cesto de regalos, el lobo con la abuela, Caperucita con el lobo disfrazado... y el texto del cuento inscrito con pluma. «¡Qué feliz me hizo cada uno de esos libros! —exclamó Galina—. De niña esos fueron mis únicos puntos de referencia culturales. Los he guardado toda la vida; ¡son mi tesoro!».

Elena Korybut-Daszkiewicz Márkova, que había pasado más de diez años en unas circunstancias especialmente duras en las minas de Vorkutá, en la tundra que queda mucho más allá del círculo polar, me enseñó un libro de Pushkin adornado con antiguos grabados e impreso en 1905. «En el campo, este volumen de procedencia desconocida pasó por centenares, tal vez miles de manos. Los libros tienen sus vidas, sus historias y destinos, igual que los hombres. Nadie puede imaginarse lo que para los presos significaba un libro: ¡era la salvación! ¡Era la belleza, la libertad y la civilización en medio de la barbarie!».

Hubo muchos extranjeros en el gulag. En 2013 aproveché un viaje a Londres para entrevistar a una representante de ese extenso grupo, la polaca Janina Misik. Su historia es una más entre las de decenas de miles de familias que fueron arrestadas en la parte de Polonia que hoy pertenece a Bielorrusia y enviadas a Siberia, y que luego se desplazaron a pie a través de Rusia hacia el sur, Uzbekistán, para refugiarse en

Persia e Israel. Finalmente, un barco las llevó a todas a Gran Bretaña.

Aunque en el proceso de prepararme para escribir estas páginas he leído obras de no ficción diversas sobre el gulag, me gustaría que el lector de este libro fuera descubriendo el tema a través de las narraciones de esas nueve mujeres inteligentes, sensibles y fuertes que tuve el honor de entrevistar y que reviviera con ellas sus vidas y las de sus compañeras, tan ricas en acontecimientos y en aprendizaje. Conversando con «mis» mujeres me di cuenta de la gran fortaleza que esconde el ser humano y de que no hay situación, por terrible que parezca, a la que no se pueda sobrevivir.

MZ, Barcelona, mayo de 2017

LA MUJER DE LOT

Zayara Vesiólaya

1

Zayara Vesiólaya. Este es el nombre que llevo escrito en un trozo de papel cuando me dirijo a la primera entrevista con una mujer que estuvo en el gulag. Subo al metro en el centro de Moscú, en Maiakóvskaya, cerca del lugar donde me alojo. Bajo casi en la última estación, en la periferia, y al salir de la boca del metro me parece que me encuentro en otro país que no tiene nada que ver con el centro de Moscú: me rodean rótulos chillones de tiendas y de cines, a mi alrededor se erigen bloques de pisos prefabricados que parecen a punto de caerse, además de paradas de fruta o de comida de las repúblicas asiáticas de Rusia. Me hallo en una avenida ancha, construida en la época de Jruschov.



«... al salir de la boca del metro me parece que me encuentro...»

Las hojas de los árboles empiezan a teñirse de colores otoñales y algunas flotan en el aire. Estamos a mediados de septiembre y he tenido que ponerme un chaquetón guateado con cuello de piel, unos vaqueros de invierno y botas altas. En sentido contrario se acerca un hombre; sopeso si preguntarle si camino en la dirección correcta o no. Me informa de que puedo seguir andando dos o tres kilómetros más o bien tomar un autobús y bajar en la tercera parada. Antes de despedirnos, no puedo contenerme y le pregunto si es normal que haga tanto frío a mediados de septiembre.

«Al contrario: para ser septiembre, este año la temperatura es relativamente buena», sonríe el señor, y se encoge de hombros como si pidiera perdón por el clima de su ciudad.

Por el camino compro unas rosas blancas. Luego, tras equivocarme una y otra vez, acabo por encontrar el edificio en el que vive Zayara Vesiólaya. El bloque de pisos se halla en mal estado, la entrada está muy sucia y maloliente, y el ascensor me parece de cartón. Sin embargo llego a mi destino y llamo a la puerta. ¿Cómo será la mujer a la que enviaron a hacer trabajos forzados?

Me abre una señora sonriente, ágil, de piel morena y pelo salpimentado que me invita a pasar. Hasta donde alcanza la vista hay libros, y en las paredes cuelgan obras gráficas y pinturas originales enmarcadas. Zayara Vesiólaya me presenta a su marido, un anciano de barba blanca sentado en el salón que escucha un cuarteto de Schubert; al cabo de unos instantes reconozco *La muerte y la doncella*.



Zayara Vesiólaya y su marido

—Nosotras dos nos acomodaremos aquí en el estudio —dice la mujer tras conducirme a una habitación llena hasta el techo de libros y cuadros originales de distintos artistas rusos. Y sonriendo ampliamente de nuevo, me explica—: Muchos de nuestros conocidos son pintores académicos; todo esto son regalos suyos.

Nos sentamos al escritorio frente a frente y mientras ella sirve té de una antigua tetera de porcelana y cubre la mesa con platos con mantequilla, tostadas y caviar, observo las plantas del alféizar de la ventana. Los geranios en flor están dispuestos ingeniosamente de manera que por lo menos en parte tapen la vista, desde ese sexto piso, del interminable número de edificios de paneles prefabricados que los rusos llaman *jruschovki*, refiriéndose al plan de Jruschov de ensanchar Moscú.



«Los geranios en flor están dispuestos ingeniosamente...

Empezamos a degustar las maravillas que Zayara ha servido sobre el escritorio y yo pongo en marcha la grabadora; la anfitriona me sugiere que no la interrumpa durante su narración y que le haga las preguntas al final.

2

—Fue un viernes. Mi hermana mayor Gaira y yo compramos embutido, queso, salchichas y sobre todo mucho pan. Por supuesto, ¡también vino! Una vez en casa, cubrimos la mesa con un mantel limpio sobre el que dispusimos todas esas delicias que nos podíamos permitir tan solo en raras ocasiones (de otro modo, la beca para estudiantes no nos habría llegado a final de mes), así como tazas y vasos para el vino caliente. Gaira colocó en una botella de leche vacía, que había llenado con agua, una rama primaveral en la que verdeaban varias hojitas de abedul; entonces nos retiramos un poco para deleitarnos con la imagen de esa mesa festiva. La celebración de la defensa exitosa de la tesis de Gaira estaba planeada originalmente para el sábado, pero por algún motivo irracional yo insistí en que la hiciéramos el viernes. Al final me salí con la mía, como si supiera que el sábado sería ya demasiado tarde para todo.

»Aquella noche de viernes de 1949, los invitados empezaron a llegar poco a poco. Gaira y yo estábamos acostumbradas a las visitas. Desde que hacía diez años, en los tiempos de las grandes purgas, arrestaran y después fusilaran a nuestro padre, el escritor Artiom Vesioly, considerado enemigo del pueblo y, hacía unos años, enviaran a nuestra madre a un campo de concentración por ser su esposa, mi hermana y yo vivíamos juntas en una habitación de una *komunalka*, un piso comunal. Y como

nuestro hogar estaba en el mismo centro de Moscú, en el barrio de Arbat, por las noches la habitación solía llenarse de estudiantes. Allí se recitaban poemas, principalmente de Mayakovski, que yo me sabía de memoria, y también escuchábamos música y bailábamos. Se servía té y, con él, tostadas y galletas sencillas; no había dinero para más. Salvo que Minka, mi mejor amiga, que vivía en casa de sus padres y disponía de toda la beca para sus gastos, trajera algo para picar.

»Los primeros invitados ya se habían sentado a la mesa, Gaira y yo nos pusimos a preparar el vino caliente. En una olla bien limpia vertimos una botella de vino barato, le añadimos un poco de agua y azúcar, y lo especiamos con canela, clavo, nueces y piel de naranja que habíamos pedido en la frutería y habíamos dejado secar. El elixir hervía desprendiendo un vapor aromático. Los invitados, alrededor de la mesa, aspiraban el aroma dulce y especiado del alcohol con ganas de probarlo.

»La velada transcurría de maravilla, con poesía y baile, y nadie tenía ganas de abandonar la fiesta para volver a su casa, pero el metro solo funcionaba hasta las doce, así que la mayoría de los invitados se levantaron justo antes de medianoche. Se quedaron cinco: además de nosotras, las dos anfitrionas, permanecieron Minka y dos chicos, Oleg y Dima. Cuando se terminó el vino caliente, preparamos té negro, fuerte y dulce. Los que se quedaron tomaron el té entre risas y debates, como si quisieran pasar la noche entera allí charlando, escuchando música y bailando.

»De repente se oyeron unos enérgicos golpes en la puerta.

»El reloj marcaba las dos y cuarto. Gaira y yo nos miramos: así, de madrugada, habían llamado cuando vinieron a buscar a mi madre para detenerla y llevársela.

»Fui a abrir. Al regresar a la habitación, me acompañaban cinco miembros de la policía armada, y detrás de ellos iban el portero y la portera.

»Un policía joven se presentó:

»—Soy el comandante Potápov. —Miró a su alrededor y bromeó—: ¿Estáis celebrando la Pascua?

»A mí no me hizo ni pizca de gracia. ¿Por quién nos tomaba? ¿Acaso éramos unos ancianos para celebrar la Pascua?

—Celebramos que hemos aprobado los exámenes —repuso Gaira.

—Ajá, muy bonito —dijo el comandante—. Y ¿cuál de vosotras es Zayara Artiómovna Vesiólaya?

»El comandante me mostró la orden de arresto.

3

—Aquello no me sorprendió demasiado; en cambio, Gaira se estremeció.

»—Espere, pero no han venido a buscar a Zayara, ¿verdad? ¡Han venido a detenerme a mí!

»El comandante negó con la cabeza lleno de asombro.

»—Está claro —afirmó Gaira convencida—, se han confundido de nombre.

»—¡No, no! No hay ninguna confusión —la sacó de dudas con determinación el comandante Potápov. Y mientras Gaira seguía empeñada en que tenía que tratarse de un error, el comandante me ordenó que buscara alguna pieza de vestir para ponerme —: No te lleves mucha cosa, solo algo de ropa interior. Lo imprescindible. Sobre todo no olvides un abrigo bien grueso y dinero, si es que lo tienes.

»Me tuteaba. Como a una niña, pensé molesta. Su voz, sin embargo, mostraba solicitud.

»Uno de los invitados, Dima, blanco como el papel, empezó a balbucear que normalmente no frecuentaba esa casa, que aquel día estaba allí solo por casualidad y ni siquiera conocía mucho a las chicas de la casa. Gaira y yo refrendamos sus palabras; nos dio pena. Y nos pareció ridículo. Oleg guardó silencio aterrorizado, aunque seguía los acontecimientos con gran curiosidad. Minka vertió del monedero todo el dinero que llevaba y lo desplazó hacia mí, y al ver que buscaba en vano algo de ropa, se escondió detrás del armario y se quitó primero una camisola de seda que llevaba debajo del vestido y después también las medias nuevas, transparentes según dictaba la última moda.

»—Y ¿cómo volverás luego a casa sola, sin camisola y sin medias? Estamos en abril y por la noche todavía hiela —protesté.

»Pero Minka le quitó importancia.

»—¿Lo tienes todo ya? Pues despídete —dijo el comandante.

»Me fui de casa vestida como para un baile. Llevaba una falda estrecha negra hasta las rodillas, una elegante blusa roja con muchos botoncitos y zapatos de tacón.

»Dos policías bajaron las escaleras conmigo. Los demás, con el comandante al frente, se quedaron en el piso para registrarlos. Yo descendía la escalera con una mano en la barandilla cuando uno de los policías se colocó entre el hueco y yo para que quedara junto a la pared. Me sentía como una espía de una película de detectives a la que se llevaban, y la situación me parecía emocionante.

»Cuando hube salido a la calle pensé en mi madre, a la que un policía también había mostrado una orden de arresto hacía un par de años. Después de la guerra, mi madre había trabajado como enfermera y, una vez, hablando por el teléfono que había en el pasillo del piso comunal, le aconsejó a un paciente: “Intente conseguir penicilina americana; actúa mejor y más rápido que la de aquí”. Uno de los vecinos de la *komunalka* la oyó y la delató. Todas las delaciones iban a misa, no se cuestionaban. El sistema entero se fundamentaba en ellas.

»La declararon culpable de agitación antisoviética y la condenaron a diez años en los campos de trabajo. Cuando me vinieron a buscar a mí, mi madre había cumplido ya sus dos primeros años de condena.

»En la calle estaba aparcado un gran coche negro, el llamado “cuervo”. Me abrieron la puerta y me encontré sentada entre dos policías. El coche atravesó las

estrechas calles de Arbat, cruzó la despoblada plaza del Manège y se detuvo en el número 3 de la plaza Dzerzhinski, frente al temible edificio penitenciario llamado Lubianka.

4

—Meses después, en la calle volvía a esperarme un cuervo negro. Me abrieron la puerta y me sentaron entre dos policías. Seguía llevando la misma falda estrecha y negra hasta las rodillas, la blusa roja con los botoncitos y los zapatos de tacón que me había puesto tantas semanas atrás para bailar en la fiesta. No tenía nada más. El coche salió de la prisión de Butyrka, adonde entretanto me habían trasladado desde Lubianka. El cuervo negro cruzó a todo gas la plaza del Komsomol.

»Una vez en el vagón del tren, me concentré para no ver cómo iba de abarrotado de ruinas humanas que suspiraban y gemían. Me hice la promesa de que hasta Novosibirsk miraría solo por la ventanilla enrejada, y desde allí hasta que llegáramos, hacia el techo. Pensé en Natasha, mi amiga de la cárcel; ¿cómo le iría con su embarazo?

»Durante los días que duró el viaje a Novosibirsk, compuse mi primer poema.

¡No mirar más que por la ventanilla!
Olvidar la sed y las voces tristes,
todo lo que desde ahora queda
excluido, borrado:
el sol que se pone sobre bosques tenebrosos,
un campo de centeno con un
pequeño sendero entre las espigas.
Con hierro candente marcaron una cruz,
les negaron la vida; se la enrejaron.

»En el navío de carga que nos llevaba a los presidiarios desde Novosibirsk hacia el norte, al pueblo siberiano al que nos dirigíamos para trabajar, se acercó a mí un joven musculoso con los brazos tatuados.

»—Escucha, ¿sabes qué río es este?

»—Lo sé. El Obi.

»—Correcto. Y ¿hacia dónde fluye?

»—Hacia el norte.

»—Correcto. Desemboca en el océano Glacial Ártico. Y discurre por la taiga siberiana. Y ¿sabes qué será de nosotros?

»—No lo sé.

»—¡Nos pegarán igual que pegaron a los terratenientes! ¡Como a los *kulaks*, nos pegarán en el culo y luego nos destrozarán!

»Dejé de respirar.

»—¿Igual nos fusilan como los fusilaron a ellos?

»En aquel momento se acercó un hombre delgado con un violín en una mano.

»—Me llamo Nikolái Bilétov —se presentó.

»El joven musculoso y tatuado lo miró. Entonces me echó un vistazo y se alejó.

»—¿Es usted violinista?

»—Toco por placer. Soy pintor.



Nicolái Bilétov, el violinista.

»Nicolái me contó que prefería llevarse a Siberia el violín que un abrigo de invierno. De inmediato sentí confianza por él porque me había ayudado a librarme del chico musculoso. Seguí preguntando y averigüé que tenía treinta y siete años y que desde pequeño había sido perseguido por ser hijo de un sacerdote; conocía todo tipo de campos más allá del círculo polar: el periodo más largo, catorce años, lo había pasado recluido en Kolymá.

»—¿De verdad que nos van a hacer bajar en medio de la taiga y allí nos castigarán o incluso nos fusilarán? Es lo que ha dicho el hombre tatuado.

»—Veremos —repitió varias veces con melancolía—. Veremos, pero sobre todo

no debemos caer en el desánimo. ¿Sabes qué llevaba grabado en un anillo el rey Salomón?

»Reflexioné, pero no se me ocurrió nada.

»—Era una inscripción: “También esto pasará...”.

»Después me trajo del bar un puñado de caramelos.

»Me toma por una criatura, me dije agriamente. Me tutea y me trae caramelos.

»Adopté una expresión terca.

»Nicolái Bilétov me miró fijamente sin pasar por alto ninguna de mis expresiones.

»—Es seguro que vamos hacia el norte, donde hay hielo y nieve. Pero allí también se puede sobrevivir. Sobre eso te contaré una historia.

»Estaba claro que me consideraba una niña; sin embargo lo escuché aguantando la respiración.

»—En Vorkutá compartí barracón con un preso de la etnia evenki. Un día, de camino al trabajo (entonces colocábamos vías), este hombre nos contó lo que les había pasado a sus hijos: un niño y una niña. Durante una tormenta de nieve se extraviaron en la taiga. El viento les arrojaba la nieve a los ojos, así que avanzaron a ciegas hasta que cayeron en un cubil donde invernaba un oso. Los niños, muertos de miedo, se quedaron sin aliento. Estaban seguros de que el oso hambriento se los zamparía. Este se despertó, pero no se fijó en los niños; se lamió un poco una zarpa y volvió a dormirse. Al cabo de un rato, los niños hambrientos se atrevieron a probar la zarpa del oso: si él podía, ¿por qué no ellos? Y aunque parezca mentira, la zarpa los sació. Después se quedaron dormidos con la cabeza apoyada en el vientre del animal. De ese modo vivieron un tiempo allí con el oso, hasta que salieron a la superficie cuando mejoró el tiempo, y en casa se lo contaron a sus padres y abuelos. ¿Lo ves, Zayara? De algún modo u otro todo se supera —dijo Nikolái—. O casi todo —añadió a media voz.

»—Y ¿alguna vez ha visto a un chamán en Siberia?

»—Stalin hizo fusilar a la mayoría. Pero en un campo de trabajo conocí a uno. No era muy joven, pero no he visto hombre más fuerte que él.

»—Y ¿de qué era capaz? ¿Lo curó a usted?

»—Que esté con vida se lo debo principalmente a él. Trataba a los que le caían bien, y a la gente mala sabía provocarle enfermedades.

»—Y ¿a quién se las provocó?

»—Si el chamán quería, un vigilante cruel podía enfermar de tal manera que ya no se curaba. Yo tenía gripe crónica, estuve varios meses casi a treinta y ocho de fiebre, con debilidad, mareos, tos y vómitos. En la enfermería no me querían acoger; decían que aquella no era razón suficiente para que me ingresaran y me echaban en cara que la próxima vez me presentaría allí por tener hipo. Y entonces Niooko, el chamán, me provocó una fiebre de cuarenta grados: con eso estaban obligados a ingresarme. En la enfermería descansé una semana de cavar carbón y del polvo de las

minas, y me recuperé.

»—Y ¿cómo llegó el chamán al campo de concentración?

»—No se entendía con la administración de la cooperativa agrícola, es decir, del *koljoz*. Aunque hubiera querido entenderse no habría podido: su lógica era distinta, se conocía de memoria Siberia y su esencia. No veía con buenos ojos la administración del *koljoz* que lo regulaba todo, y ellos a él tampoco.

»—Pero ¿qué pasó en concreto?

»—Un invierno en que el hambre assolaba su aldea, el chamán robó un par de piezas de ganado del *koljoz* para alimentar a los niños hambrientos. En el *koljoz* se enteraron y se armó una de padre y señor mío. Por supuesto, los policías fueron tras él, pero se escapó hacia el bosque: saltaba de un árbol talado a otro como una ardilla mientras que ellos se hundían a cada paso hasta la cintura en los bancos de nieve. Niooko vivió algún tiempo en el bosque, pero allí donde durante seis meses no hay más que nieve y hielo no era posible alimentarse, así que se dirigió a la aldea más cercana y se entregó a la policía.

»Entonces me di cuenta de lo diferentes que eran las experiencias que tenía Nikolái Bilétov de las mías, de mi mundo de libros, teatro y amigos de la ciudad. Me parecía que aquel hombre cuyo pelo se rizaba formando suaves anillos castaños se orientaba enseguida en cualquier situación y que era capaz de defender y ayudar a los demás.

»—El camión que debía recoger a los reclusos en el puerto no llegó. Hicimos pues una parte del camino a pie; después anocheció y tuvimos que pasar la noche estirados en el suelo: dormimos cinco personas sobre dos abrigos y nos cubrimos con el resto. La noche de verano siberiana era tan fría que a todos nos castañeteaban los dientes y nadie pudo dormir demasiado.

»Por la mañana, Stepanida, una monja anciana a quien había conocido en la cárcel y que había dormido con otro grupo de reclusos, le dio a Nikolái una tortita de patata caliente recién tostada en las cenizas.

»—Aquí tienes el desayuno, Nikolái Leonídych. Compartirlo. Y sobre todo, no le hagas daño a Zayara...

»Nicolái juró que ni en sueños se le ocurriría hacerme nada malo. Al decirlo balbuceó un poco y me fijé en que él también se había ruborizado.

5

—Al cabo de poco llegaron varios camiones. El camino era escabroso y los presos nos golpeábamos continuamente entre nosotros. Al igual que cuando en el tren miraba por la ventana o al techo alto, también entonces me concentré en la belleza de lo que veía a mi alrededor. A lo lejos se extendía una llanura cubierta de hierba solo

interrumpida aquí y allá por un grupo de abedules raquíuticos.

»Alguien detrás de mí dijo que no lejos de allí empezaban los pantanos de Vasiugán.

»—No será tan terrible —oí a mis espaldas las voces de los ancianos del campo —; solo vamos a hacer trabajos forzados, pero no nos llevan a un campo de concentración. La deportación no es como los campos. ¿Has estado en alguno?

»—Sí. Al norte de Kotlas.

»—Yo en Kolymá. ¡La deportación no es nada en comparación con un campo de trabajo más allá del círculo polar!

»—Pero espera a cuando te manden al *koljoz* y no te paguen nada por el trabajo; ya verás cómo te mueres de hambre como un perro sarnoso. En el campo al menos te dan de comer.

»—¡Qué dices! Para mí no hay nada peor en el mundo que un campo. De comer siempre se encuentra algo, ¡la cuestión es no estar encerrado en un campo!

»A la conversación se sumaron otras voces. Todos estuvieron de acuerdo en que cualquier deportación siempre sería mejor que estar en un campo. El anciano que había cumplido pena en Kotlas contó cómo castigaban a los infractores: los desnudaban por completo, los ataban a un árbol y los dejaban por la noche en la taiga para que una nube de mosquitos y enormes moscas siberianas los devorara vivos. El que había estado en Kolymá dijo que en verano allí hacían lo mismo, y que en invierno los desnudaban en la nieve y con una temperatura extrema de cincuenta bajo cero los regaban con agua de una manguera. Nadie sobrevivía.

»Yo no me lo podía creer.

»—¿En nuestros campos soviéticos? ¿Nuestra gente rusa? ¡Imposible!

»El anciano me miró un momento, hizo una mueca y guardó silencio.

»Comprendí que lo que decía era verdad.

»Otro hombre más joven quiso cambiar de tema y me preguntó:

»—¿Por qué razón te han deportado?

»—Por mi padre; es un enemigo del pueblo.

»—Ajá —dijo. Y al rato retomó el hilo—: Pero Stalin dijo que el hijo no responde por el padre. Escribe a Stalin, seguro que te deja en libertad.

»—¿Usted cree?

»—Tienes que escribirle, esto es un malentendido. Verás cuando Stalin lo sepa. ¿Le escribirás?

»—Le escribiré.

»Se veían ya las primeras aldeas: cabañas destartaladas de madera, más bien de troncos con agujeros en el tejado y las verjas caídas, y miraras a donde miraras, barro por las calles.

—Nada más llegar a Pijtovka, busqué la oficina de correos de la aldea y le mandé una nota a mi madre:

No te preocupes, mamá, Gaira y yo estamos bien. A mí me arrestaron primero. A Gaira dos días después; me lo dijeron en los interrogatorios. No te hemos escrito desde hace tiempo porque estábamos en prisión, pero ahora que hemos salido lo haré a menudo. No es que nos hayan dejado precisamente en libertad, eso no. Nos han deportado por cinco años, a Gaira a Kazajistán, a mí, a Siberia. Todavía no conozco mi dirección, pero en cuanto la sepa, te la mando. Estoy en Pijtovka, una aldea. Se llama así porque en los alrededores crecen bosques de *pijtas*, abetos siberianos.

Besos,

ZAYARA



Pueblo de Pijtovka, dibujado por Nikolái Bilétov.

»Me tumbé en el suelo de la escuela, desierta debido a las vacaciones de verano. No podía dormir. Pensaba en Natasha, a quien había conocido en la cárcel. Echaba de menos a aquella chica que me había ayudado tanto. Natasha esperaba un niño pero, a pesar de ello, la habían encarcelado y la trataron muy mal, igual que al resto. Cuando me sacaron de la cárcel para enviarme al campo de trabajo, una compañera me introdujo en la mano unos pliegues de papel. Una carta de Natasha. Durante el tiempo que pasamos juntas le había pedido muchas veces que la que saliera antes de la cárcel escribiera a la otra contándole todo lo que vivía. Tras mi insistencia, Natasha me había escrito una carta en pequeñas hojas con una letra microscópica. Conseguí pasarla por todos los controles. En el tren y en el barco, me dio miedo ponerme a leerla. La alumbré con la linterna... pero me di cuenta de que con tan poca luz no podía leerla.

»Al día siguiente fui a que me asignaran un trabajo.

»—Soy pintor de paredes y necesito un ayudante —dijo Nikolái pasándome el brazo alrededor de los hombros.

»Caí entonces en la cuenta de que llevaba todavía lo que me había puesto para la fiesta en el piso de Moscú el día que me detuvieron: una falda negra, una elegante

blusa roja y zapatos de tacón. El hombre que asignaba el trabajo nos miró, a Nikolái y a mí, de una forma extraña, como si fuéramos sospechosos.

»Después dijo:

»—Está prohibido salir del pueblo. Se considera una fuga.

»—Y ¿al bosque? —pregunté.

»—¿Qué pasa con el bosque?

—¿Podemos ir a pasear al bosque?

»—Lejos no, solo hasta la entrada.

»Al atardecer fuimos a buscar alojamiento. Nos costó que alguien quisiera facilitárnoslo, y al final nos recomendaron que no nos presentáramos juntos porque parecíamos una joven pareja llamada a traer a una criatura al mundo, lo que echaba a la gente para atrás. Se me ocurrió preguntar en la oficina de correos, y si bien allí me proporcionaron casa, durante la primera noche que pasé en ella cayó un trozo de techo, por suerte no encima de mí.

»Al día siguiente fui a cavar: era el trabajo que me habían asignado. La propuesta de Nikolái sobre el pintor y su ayudante se la habían tomado a broma. Cogí el pico y la pala y me puse a cavar y retirar a un lado la tierra con entusiasmo, pero al cabo de unas horas me empezaron a sangrar las manos. Al terminar la febril jornada del primer día fui a recoger mi paga.

»—No has hecho ni la mitad de la cuota, de ese modo no te ganarás el sustento — me dijo el encargado con tristeza, y me puso en la palma de la mano un miserable par de kopeks.

»Me fui a casa. Me tumbé en el suelo; no tenía fuerzas ni para barrer los ladrillos y el revoque caídos. Estaba tan cansada que no era capaz de levantarme, no podía ni moverme. Me quedé tumbada en el suelo y por primera vez desde que me detuvieron, me eché a llorar.

7

—Por la mañana, antes del amanecer, Nikolái me trajo el desayuno. Cuando hubimos comido, conversado y tomado cada uno dos vasos de té caliente, le hablé de Natasha. Nikolái me hizo muchas preguntas; entonces le pedí que leyera en voz alta la carta que Natasha me había mandado en varias hojas de papel pequeñas; tuve el presentimiento de que se trataría de una confesión y preferí tener a alguien a mi lado...

Una calurosa mañana de julio de 1949, estábamos sentados en el borde del andén, con las piernas colgando encima de los raíles, en el apeadero de un nudo ferroviario. Éramos dos: un joven soldado, armado con una metralleta (el otro guardia se había ido a buscar agua caliente), y yo, hasta hace poco, estudiante de posgrado de la MGU,^[1] de veintiséis años de edad, embarazada de ocho meses y condenada

por el Consejo Especial a cinco años de destierro en la región de Kokchetav.

Tan pronto como el otro guardia se hubo ido, el joven me preguntó en voz baja:

—¿Qué has hecho? ¿De qué eres culpable?

—No soy culpable de nada...

No me apetecía charlar. Estaba agobiada y preocupada: llevaba ya varios días sin notar ningún movimiento del bebé. El día anterior, durante una revisión que me hicieron en la cárcel, me había dado cuenta de que la cosa estaba muy mal al observar las caras que ponían los médicos que me examinaron. Mi alarma se acrecentó a tenor de algunas de las frases que intercambiaron y que pude comprender. Yo esperaba que me sacaran de la celda común y me dejaran en el hospital de la prisión de Butyrka hasta que diera a luz, pero al día siguiente me despacharon con urgencia hacia el lugar de mi destierro. Tenían tanta prisa por quitármese de encima que ni siquiera esperaron a que se reuniera una partida de presos con el mismo destino; me metieron en un vagón vacío escoltada por dos guardias, y así fue como llegué a la estación en que me encontraba. Estábamos esperando otro tren para que, según entendí, me incorporasen a una partida de presos que iba en la misma dirección.

—Pero, de verdad, dime ¿por qué estás presa? —insistió el soldado mientras miraba alrededor, temeroso de que alguien lo oyera.

—Es una historia muy larga...

Finalmente se lo conté... En 1937 detuvieron y mandaron a un campo de concentración a mi padrastro, que me había criado; luego una vecina nuestra, con tal de quedarse con una de las habitaciones que ocupábamos, denunció a mi madre, a la que pusieron bajo arresto en vísperas de Fin de Año.

A mi hermano menor Félix y a mí nos iban a mandar a un orfanato, pero la directora de nuestro colegio, el n.º 204 Klavdia Vasíliyevna Poltávskaya, logró impedirlo. Gracias a sus gestiones, a nuestro abuelo, que ya tenía ochenta años, le fueron asignadas una pequeña pensión y nuestra tutoría. Fue Klavdia Vasíliyevna quién encontró alumnos para que yo, junto con otros chicos que también se habían quedado sin padres por aquel entonces, les diera clases particulares. Así que empecé a enseñar a la edad de catorce años, aunque mis ganancias solo daban para pagarme los desayunos en el colegio y comprar manuales y cuadernos. Pasábamos hambre, de modo que desarrollé un principio de tuberculosis. Nos ayudaban las amigas de mi madre: Liudmila Ivánovna Krasávina y Tatiana Vasíliyevna Almásova cuyos respectivos maridos habían sido fusilados. También las madres de nuestros compañeros de colegio nos pasaban algo de comida.

Yo era estudiante de primero en la Universidad de Moscú cuando el 16 de octubre de 1941 me marché como voluntaria al frente, después de haber hecho un curso de enfermería, y me hice combatiente de la tercera división comunista de Moscú. En aquel momento, mi hermano Félix trabajaba en una de las fábricas de armamento de la capital.

Al sufrir una fuerte contusión en uno de los combates, me desmovilizaron en 1942 y regresé a Moscú, donde enseguida empecé a trabajar de enfermera en un hospital. Al mismo tiempo estudiaba en la facultad de Historia, ya que entonces las clases eran de asistencia libre. Muchas veces solicité volver al frente o, al menos, hacer un curso de traducción e interpretación, pero tan pronto como rellenaba el formulario de solicitud encontraban algún motivo para rechazarla.

En 1948, cuando volvieron a detener y a desterrar por segunda vez a las esposas de los represaliados, sus hijos, ya crecidos, corrieron la misma suerte. A Félix lo detuvieron primero y en 1949 le seguí yo...

... Mientras tanto, el segundo guardia había vuelto con el agua caliente. El soldado joven me entregó, junto con el agua, un pedazo de pan con algo de queso.

—Toma, come.

—Gracias, no me hace falta: hace tan solo un día que salimos de Moscú.

Me costaba creer que el día anterior estuviera caminando por las vías secundarias de la estación de Kazán, en Moscú, escoltada por aquellos dos guardias que, en vista de mi embarazo, se rebajaron y cargaron con mi equipaje, que consistía en una maleta de cartón y un saco hecho con el forro de un colchón pintado a rayas, lleno hasta los topes de ropita de bebé, pañales, tarros de leche condensada y azúcar. Todas estas cosas me habían llegado de mano de mi marido una vez concluida la instrucción de mi causa, que había durado cuatro meses. Hasta su final, el juez instructor me había prohibido recibir envíos y dinero desde el exterior. En la celda me pasabas comida tú, Zayara, tú, mi nueva amiga.

Mientras esperábamos el tren en aquella estación de provincias, yo recordaba el reloj de la torre de la estación de Kazán que había sido punto de partida de tantísimos de mis viajes: a la dacha, cuando era niña, y poco después de la guerra, al campo de concentración para visitar a mi madre. La sección del campo en la que ella cumplía condena se llamaba Zhana-Arka, por lo que yo asociaba aquel nombre con el de Juana de Arco, de cuyo destino hacía tiempo que me ocupaba debido a mi condición de futura historiadora.

Como otras veces, el tren partió de la estación de Kazán y me volvió a llevar lejos de Moscú. Me condenaron a destierro conforme a los puntos 10 y 12 del artículo 58 del código penal que sancionaban los delitos de «propaganda antisoviética» y «omisión de denuncia». Yo no albergaba ningún espíritu antisoviético y, en lo referente al punto 12, efectivamente no denuncié a mi propio hermano. En Astracán, donde Félix estudió en una escuela de formación profesional en 1948, algunos estudiantes aficionados a la literatura, entre los que se contaba mi hermano, se reunían para leer los poemas y cuentos que escribían. Pronto aquel cenáculo literario se transformó en una asociación juvenil llamada Pensamiento Leninista Libre. Luego los acontecimientos se precipitaron conforme a un esquema habitual: un agente provocador, «causa común», juicio y condena de diez años para cada miembro del grupo.

Pero antes de que sucediera todo eso, Félix me había enviado una carta en la que me hablaba de su grupo literario. Al caer en la cuenta de que aquellos jóvenes no se limitarían a tratar cuestiones puramente literarias, respondí a mi hermano insinuándole que tuvieran más cuidado. Pero era demasiado tarde, puesto que Félix ya había ingresado en prisión: mi carta fue interceptada y sirvió de prueba para incriminarme aún más. Aparte de acusarme de conocer la actividad «criminal» de mi hermano y no denunciarlo, se me inculcó por simpatizar con sus ideas.

—Usted compartía las ideas de su hermano y de sus cómplices y por eso les avisó del peligro. No era para menos, pues se habían constituido en una organización antisoviética y así lo voy a hacer constar en el acta del interrogatorio.

—¡No es verdad! ¡Solo era un grupo literario! ¡No voy a firmar tal acta!

—¡Póngase en pie! —gritó el juez instructor.

Me levanté de la silla. El juez instructor me hizo permanecer en pie tanto tiempo que me desmayé y caí al suelo. Él me hizo aspirar amoníaco y volví en mí.

—¡Levántese!

El interrogatorio había empezado sobre las diez de la noche. Cuando el instructor llamó al guardia y le ordenó llevarme de vuelta a la celda, ya había amanecido. En la celda me esperaba otro suplicio: durante el día a los presos les estaba prohibido recostarse un solo instante; el guardia encargado de su vigilancia no dejaba de espiarlos por la mirilla de la puerta de la celda. ¡Ojalá fuera ya de noche...! Por fin anunciaron la hora de ir a dormir. Me acosté, pero apenas cerré los ojos, el celador abrió la pesada puerta, que retumbaba al abrirse, y me llamó para otro interrogatorio. Me vestí y a duras penas me calcé los zapatos, ya que tenía los pies hinchados. Un interrogatorio tras otro, todos de noche; insultos, amenazas, el «¡levántese!» que nunca ha dejado de acompañarme en mis pesadillas.

—¡No firmaré, no firmaré! —seguía yo en mis trece cada vez que el juez instructor ponía bajo mis ojos el acta de interrogatorio que él mismo había confeccionado.

Cuando estaba en la celda, cada vez me hacía más preguntas que, a primera vista, parecían simples de contestar: ¿por qué durante toda la noche no apagaban aquella luz cegadora de las celdas? ¿Por qué los interrogatorios se realizaban la mayoría de las veces por la noche? ¿Por qué teníamos que hacer nuestras necesidades en un cubo cuando el edificio de la prisión es un antiguo hotel con sus suelos de parqué y sistema de agua corriente? ¿Por qué arrancaron de nuestras ropas toda clase de botones y cierres e incluso quitaron la goma que ciñe la ropa interior al cuerpo? De todos modos, ingeniamos un remedio para los botones fabricándolos con miga de pan y, en cuanto a las ligas de las medias, las hicimos con cintas de tela que recortamos de los bordes de nuestras faldas. Sirviéndonos de aquellas «ligas», aprendimos a sujetar las medias con tanta maña que rara vez se nos caían.

Comprendí que el régimen carcelario tiene por objetivo humillarnos y minar nuestra fuerza de voluntad.

... Mis guardias, fatigados por el calor, miraban con impaciencia en dirección a las vías del tren. Yo estaba aún más impaciente que ellos, pues en mi estado lo mejor era llegar al destino cuanto antes.

En la prisión de Kúibyshev, desde la cual se distribuían partidas de presos con destino a otros campos y cárceles, permanecí durante tres semanas. Enseguida me cedieron un lugar en las literas de abajo, cerca de la ventana. Sin embargo, me faltaba el aire constantemente. Durante horas caminaba por el estrecho pasillo que había entre las filas de literas con la esperanza de que eso fuera bueno para mi bebé. Este seguía sin dar señales de vida y eso me preocupaba, pero mi poca experiencia me impidió temer lo peor. Más de una vez recordé con detalle mi traslado al hospital desde la prisión de Butyrka para un examen médico, así como el viaje de vuelta a la cárcel de Lubianka, tan apresurado que me había hecho sospechar. Una médica de Lubianka escribió no sé qué papel y acto seguido me metieron en un furgón celular abarrotado de gente. Por una ventanilla enrejada vi pasar los contornos familiares de los edificios de la calle Novoslobódskaya: la casa de Kúrnikov, la pastelería y, por fin, la esquina de mi casa Palija.

—¡Allí está mi casa! —exclamé sin poder contenerme.

—¡También la mía! —dijo la chica que estaba sentada a mi lado.

Resultó que era mi tocaya. Las hermanas Natasha e Inna Guéister, lo mismo que mi hermano y yo, se habían criado sin padres desde 1937, estudiaron y luego fueron a parar a la cárcel.



Natasha Guéister

Fueron tantas las cosas en las que no pude dejar de pensar durante aquellas semanas de espera en Kúibyshev... Me imaginaba lo preocupado que mi marido debía de estar por mí y por nuestro futuro bebé. Después de lo que le pasó a Félix, mamá debía de sufrir el doble a causa de mi arresto. Tras cumplir condena y, por consiguiente, perder el derecho a residir en las grandes ciudades, mi madre trabajaba en una fábrica de tratamiento de pescado en la región de Astracán.

También pensé en mi padrastro, que había perecido en un campo. Pável Fiódorovich Doroféiev, comisario político de una división de caballería y luego un importante funcionario del Partido, se casó con mi madre cuando yo tenía diez años. Recuerdo nuestro primer encuentro en «la casa del muelle» adonde me llevó mi madre: me impresionó el ambiente más que sobrio de su piso de soltero. La única decoración de las paredes consistía en un arma que llevaba grabado su nombre, regalo, a modo de condecoración, del comandante de brigada Kovtiuj, con quién mi padrastro había participado en la expedición de Tamán.

Un día del verano de 1937 estábamos con Pável en una casa de vacaciones para los cuadros del Partido. Durante el almuerzo, su amigo Piotr Ivánovich Smorodin, secretario segundo del comité regional de Leningrado y ex secretario general del comité central de las juventudes comunistas de Rusia, se dirigió a los comensales con la siguiente alocución: «¿Acaso no es hora de pararse a pensar sobre lo que está sucediendo en el país? ¡Tenemos que actuar; si no, nos echarán el guante a todos como si fuéramos gallinas en un gallinero!». La primera reacción de los presentes fue de desconcierto y luego todo el mundo se retiró precipitadamente de la mesa excepto Pável, que se quedó al lado de Smorodin.

... El último trayecto, desde Kokchetav hasta Volodárovka, un centro regional, fue el más corto. Nos metieron en la caja de un camión. Uno de los guardias subió a la cabina.

Una gruesa cadena atravesaba la caja haciendo las veces de barrera entre los presos y sus guardias. Cada vez que el camión pasaba por un bache, me golpeaba con la barriga contra la cadena a pesar de todas las precauciones que tomaba para protegerme.

Tras recorrer unos cincuenta kilómetros, el vehículo se detuvo para recoger a una persona que subió a la caja con nosotros. Vestía una chaqueta de trabajo forrada de algodón y tenía cara de persona de la *intelligentsia*. Resultó ser un maestro de escuela desterrado.

—¿No tenéis vergüenza? —dijo con acento polaco—. El tío va en la cabina y esta pobre mujer... ¡Si todavía se va a poner de parto antes de que lleguemos!

Solo entonces me trasladaron a la cabina.

Apenas llegamos a Volodárovka, empecé a tener contracciones. Aunque en el recinto de la Dirección Regional del Interior había varios vehículos, tuve que ir hasta el hospital a pie. Vladímir Ivánovich Lébedev, un periodista moscovita al que había conocido durante el viaje, casi cargó conmigo a través de aquel enorme pueblo.

En el hospital de Volodárovka di a luz un bebé muerto...

»Me tumbé en el suelo y me tapé la cabeza con el abrigo. Nikolái me puso la mano encima del hombro, y hasta la hora de salir a trabajar tocó el violín para mí. Con todo el sentimiento interpretó el *allegro molto appassionato* del *Concierto para violín* de Felix Mendelssohn.

8

—Mi amigo me traía comida cuando podía, pero a menudo no tenía nada para mí ni tampoco para sí mismo. Un día me dirigí a la única tienda local. Tenían tres tipos de artículos y un solo ejemplar de cada uno: un saco de sal de color gris oscuro, una gorra con visera y el mango de una pala.

»Cuando Minka, mi amiga de Moscú, se enteró de cómo vivía, empezó a enviarme cada mes todo el dinero de su beca universitaria. Yo iba siempre a buscarlo a principios de mes y en cada ocasión la cartera meneaba la cabeza:

»—¿Todavía existen amistades como esta?

»Nicolái y yo no éramos los únicos reclusos de Pijtovka. Me encontraba a diario a decenas de deportados, entre ellos a una mujer mayor de gafas gruesas de la cual después me dijeron que era Anastasía Tsvetáieva, hermana de la poeta Marina Tsvetáieva. Se la veía demacrada, y las cortas canas sobresalían por debajo de su pañuelo.

»Nicolái y yo salíamos a pasear por el trozo de camino que llevaba al bosque, hasta donde nos estaba permitido. Nos deleitábamos con los tempranos atardeceres invernales cuando a través de los abetos y de los alerces brillaba el sol poniente. Pero enseguida, el guardián que Nikolái llevaba dentro nos advertía: “¡Atrás! ¡Podrían caernos veinte años en un campo más allá del círculo polar por cruzar el límite!”. Así que paseábamos de la aldea al bosque, ida y vuelta, ida y vuelta, como por el patio de

una prisión.

»En Nochevieja también fuimos hasta allí.

»—¿Qué clase de Nochevieja es esta? —murmuré.

»Cuando llegamos al bosque, de detrás de las nubes asomó la luna.

»—¿Conoces la leyenda del Odiseo siberiano?

»Yo no conocía nada de Siberia salvo Pijtovka.

»—El cazador Janti-jo ensilló dos renos y fue a cazar con su hijo. Cabalgaron y cabalgaron hasta que encontraron huellas de oso. El cazador Janti-jo le ordenó a su hijo que volviera a casa y siguió al oso solo. Por la noche hizo fuego y se tumbó. Cuando a la mañana siguiente se despertó, avistó el oso, que subía por las rocas. “¡Espera y verás!”, exclamó el cazador Janti-jo saltando encima del reno y emprendiendo la marcha tras sus pasos, hasta que llegó a una aldea de madera y vio que el oso se introducía en la primera cabaña. El cazador Janti-jo lo siguió. “¿Adónde vas?”, le preguntó un anciano una vez dentro de la cabaña. “¿Sigues al oso? A este no lo cazarás, pues el oso soy yo”. Los demás habitantes de la cabaña rodearon a Janti-jo; eran tres gigantes. “¡Cazador Janti-jo!”, le dijeron, “no saldrás sano y salvo de aquí si no pasas las siguientes pruebas: para empezar vas a pegarte una comilona con nosotros; después abatirás una manada de renos y para terminar nos traerás una bandada de gansos salvajes, vivos o muertos. Si lo consigues, recibirás a esta hermosa joven, Naí, hija de uno de nosotros, como esposa”. “No me casaré con la hermosa Naí”, replicó el cazador Janti-jo, “porque yo ya tengo esposa y, además, Naí es demasiado joven para mí. Pero para mi hijo sí sería una buena esposa”. Comieron carne de reno asado acompañada de vodka durante tres días y tres noches, y los gigantes se durmieron bajo la mesa; el cazador Janti-jo siguió comiendo y bebiendo porque durante los tres años que llevaba tras las huellas del oso no se había saciado ni una sola vez. Los gigantes quedaron contentos con él. Cuando llegó el invierno, sujetaron los esquíes a las botas y partieron a la búsqueda de los renos. Al llegar a las llanuras, una manada de renos se precipitó hacia ellos. El cazador Janti-jo batió de lo lindo el hacha y pronto no quedó ni un solo reno vivo. Con la segunda y la tercera manada pasó otro tanto. “De momento has salido airoso”, le dijeron los gigantes satisfechos, “pero ¡espera a que migren los gansos salvajes!”. Cuando llegó el tiempo de las ocas, el cazador Janti-jo se armó de nuevo con el hacha, levantó el brazo y enseguida tuvo la primera bandada a sus pies, y después la segunda y la tercera. Los gigantes felicitaron al cazador Janti-jo por haber superado con éxito las tres pruebas, se despidieron de él y engancharon a los renos tres trineos llenos de mercancías: la dote de la hermosa Naí, una novia rica. Cuando tras un largo viaje, el cazador Janti-jo llegó al lugar donde vivía, la hermosa Naí le preguntó: “¿Dónde está la gran manada de renos de la que me has hablado? No veo ninguno, solo dos vejestorios allí”. En esas que del bosque emergió un joven apuesto con un niño pequeño y una gran manada de renos trotando detrás. “¿Quién es ese? ¿Un ladrón que me ha robado mis renos?”, gritó el cazador Janti-jo, y se dirigió a su encuentro. El niño pequeño se

asustó y se disponía a huir cuando el joven exclamó: “¡Papá ha vuelto!” y, dirigiéndose al niño: “Papá ha estado mucho tiempo fuera. Cuando se fue, tú todavía no habías llegado a este mundo. Fuimos juntos a cazar. Nadie esperaba que volviera. ¡Lo contenta que se pondrá mamá!”. El chiquillo se fue corriendo a casa: “¡Mamá! ¡Mamá! ¡Papá ha vuelto!”. Pero la madre, incrédula, meneó la cabeza: “¿Papá? No creo. ¡Los animales salvajes se estarán alimentando de sus huesos vete a saber dónde!”. Aunque el cazador Janti-jo se hallaba a su lado, ella seguía mirándolo como si no lo reconociera hasta que él la abrazó y dijo: “No cacé el oso, pero he traído una novia para nuestro hijo. ¡Mucha suerte, hijos míos!”.

»Sí, el mío es el viaje del Odiseo siberiano, pensé.

»La luna, entretanto, había desaparecido un par de veces detrás de las nubes, pero en ese momento volvía a brillar con su luz plateada. Bajo su albor, la nieve que había caído esa misma noche parecía algodón sobre las ramas de los abetos. Con el claro de luna los copos de nieve chispeaban y se teñían de mil colores.

»Nikolái y yo nos dimos cuenta de que era medianoche cuando de la aldea llegó a nuestros oídos un vocerío. Nos deseamos un feliz año nuevo y nos besamos.

»Después me costó mucho dormirme. Me decía: ¡Mira que celebrar el año nuevo aquí en la taiga! Estaba preocupada por mi futuro y, al mismo tiempo, no quería que nada cambiara en mi presente para no tener que separarme de Nikolái. Rezaba por que las autoridades no hicieran caso de mi solicitud de traslado.

9

—Pero las autoridades aceptaron mi solicitud.

»Cuando estaba todavía en la cárcel de Butyrka y me enteré de que como pena me deportarían cinco años a Siberia, mientras que a mi hermana Gaira la habían condenado a trabajos forzados en Kazajistán, solicité enseguida el traslado para poder estar con ella en el sur, con un clima más templado. A principios de mayo recibí el aviso de que mi solicitud había sido atendida y debía presentarme en Kazajistán, de otro modo se me consideraría una prófuga.

»Realicé tranquilamente, con lentitud, todos los trámites. Me dieron un permiso válido para diez días.

»Nikolái me advirtió encarecidamente:

»—En diez días tienes que llegar a Kazajistán pase lo que pase, de otro modo te denunciarán por intento de fuga y te pueden caer veinticinco años más allá del círculo polar; eso significa una muerte lenta por agotamiento.

»Con el permiso que me instaba a hallarme en el campo de Kazajistán el 17 de mayo, fui a ver a un tractorista local para que me llevara sesenta kilómetros hasta Petropávlovsk, por donde pasaba el tren.

»—Sí, te llevaré, ven mañana a las seis.

»Al día siguiente, a las seis de la mañana, resultó que el tractor estaba averiado y se tenía que arreglar.

»—¡Ven a las doce!

»A las doce el tractor seguía sin poder circular. Lo mismo sucedió al día siguiente.

»Me quedaban solo ocho días. Decidí desplazarme hasta la estación a pie.

»—¿Sesenta kilómetros a pie? —se horrorizó Nikolái—. ¿Y sola? Porque yo no te puedo acompañar, me condenarían por prófugo.

—Iré.

—¡Ahora que en la taiga va a estar todo embarrado por la nieve derretida, y por la noche habrá heladas! ¡Por todas partes encontrarás nieve amontonada fundiéndose!

»Pero yo estaba decidida, y el 9 de mayo me fui. Nikolái me acompañó hasta el límite de la aldea. Allí nos despedimos.

»Cuando hube andado un buen trecho, me di la vuelta como lo había hecho la mujer de Lot. Vi a lo lejos la aldea y me pareció que en el límite había una figura masculina. “Tal vez no sean más que imaginaciones mías porque es lo que deseo ver”, pensé. Y tuve la sensación de que en el aire flotaba la tierna melodía del primer movimiento del *Concierto para violín* de Mendelssohn.

10

—Caminé a paso ligero; llevaba solo un macuto con una rebanada de pan, jabón y una toalla, y en la mano un bastón en el que me apoyaba y que debía servirme también de arma. A las cinco de la tarde llegué a Orlovka, donde me propuse pasar la noche. Fui hasta la vivienda mejor conservada de la aldea, en cuya puerta había una chiquilla con un vestido veraniego a pesar de que en el aire revoloteaban copos de nieve húmedos.

»—¿Me pueden vender un vaso de leche? —pregunté.

»En la cocina, la encargada me sirvió la leche. Mordisqueé con ella la rebanada de pan que llevaba conmigo y, al terminar, dejé un rublo en la mesa. La chiquilla se lanzó encima de él y se fue corriendo.

»—¡Ladrona! —dijo con pereza la encargada.

»—¿Cree que puedo llegar a la siguiente aldea antes de que anochezca?

»La encargada se limitó a encogerse de hombros.

»Seguí por la llanura llena de barro atravesando los montones de nieve de la taiga; los copos húmedos revoloteaban en el aire mientras yo marcaba el ritmo con el bastón. Miré con alegría todo lo que me rodeaba, feliz de ser libre por una semana. Después vi un punto negro a lo lejos, delante de mí. “¿Es un lobo o una persona?”.

Esperaba que fuera un lobo.

»Cuando el punto se acercó, vi que se trataba de una persona. Un hombre. ¿Debía saludarlo como se hacía en el campo? ¿O así me pondría en peligro?, pensé.

»—Buenas tardes —me saludó el hombre primero.

»Respondí con las mismas palabras. El hombre se alejó.

»Cuando por la mañana emprendí el camino de nuevo, no recordaba el nombre de la aldea en la que había pasado la noche. Hacia mediodía vi un bosque en la dirección en la que avanzaba. Así me lo habían indicado en Pijtovka: cruzarás un bosque, mantente siempre en tu camino, no tuerzas en ningún momento, te perderías. Pero en el bosque había una bifurcación: el camino se dividía en dos senderos iguales. ¡No me habían advertido! Pensé un rato cuál de los senderos llevaría a la estación, y me decidí por el que doblaba hacia la izquierda. El camino me llevó a una vía del tren en medio del bosque. La seguí en dirección oeste.

»En la estación vacía encontré a una chica y le pregunté si el tren en dirección al oeste estaba por llegar.

»—Se acaba de ir —me dijo la muchacha, que iba vestida prácticamente igual que yo, excepto por el pañuelo, que llevaba anudado al estilo del campo.

»—¿Ahora mismo?

»—No, hará una media hora.

»Así que si en la bifurcación hubiera ido a la derecha, ¡podría haberlo cogido!

»—Y ¿cuándo llegará el siguiente?

»—Pasado mañana.

»—¿Pasado mañana? ¿Con tan poca frecuencia pasa ese tren?

»Nikolái tenía razón: ¡ese viaje era una insensatez!, me decía desesperada. Cuando llegara el tren solo me quedarían cuatro días, ¡y tenía que cruzar media Siberia! Además, ¿qué haría hasta pasado mañana?

»—¿Adónde vas?

»—A Karagandá.

»—¿A ver a la familia? Y ¿de dónde vienes?

»Pensaba en el tren que se me había escapado, no en la respuesta, y contesté:

»—De Moscú.

»La chica se echó a reír; el chiste le gustó.

»—Bueno, de hecho vengo de Pijtovka.

»—Ah, he oído el nombre, pero no he estado nunca allí —dijo sonriendo todavía por la gracia. Después se sacó una llave del bolsillo.

—Mira, ¿ves esa casa de ahí? Pues cuando entres diles que has venido a ver a Frosa. Hay una cama, descansa. Y en la mesa hay un puré; la verdad es que estará frío pero al menos comerás algo.

—El último vagón del expreso Vladivostok-Moscú se contoneaba de un lado a otro, pero eso me gustaba. Estaba sentada y miraba por la ventanilla sin rejas y, si bien me diferenciaba del resto de pasajeros por la ropa de trabajo siberiana —la ropa de fiesta para el baile, esto es, la falda estrecha y los zapatos de tacón, los había vendido hacía tiempo—, era libre y tenía los mismos derechos que todos los demás.

»Una chica bien vestida con un hijo pequeño entabló conversación conmigo y con el té me ofreció unos bollos. Coloqué en la mesita del tren, para todos, una tableta de chocolate por empezar —un lujo que hacía mucho que no probaba— que Nikolái me había obsequiado para el viaje. La joven madre bajó pronto y entonces pasó por el vagón la revisora y limpió la mesa; se apoderó de la tableta de chocolate casi entera y, como quien no quiere la cosa, se la metió en el bolsillo. Me dispuse a abrir la boca para exclamar que el chocolate era mío, pero cambié de idea: ¿de qué serviría? La revisora me diría: “¿Me toma por ladrona?”, y montaría un número.

»En Petropávlovsk tocó hacer trasbordo.

»Me sumé a una larga cola para comprar los billetes, pero pronto se descubrió que no quedaba ninguno para Karagandá. Entonces busqué a la policía.

»Un hombre uniformado escuchó mi historia y dijo con cansancio:

»—¿Y a mí qué me importa? ¿Acaso soy la taquilla?

»—No. Pero en la taquilla no tienen billetes y yo tengo que tomar este tren; de otro modo no llegaré a tiempo y me juzgarán como prófuga.

»—¿Y a mí qué me importa? —repitió el policía, irritado.

»Me puse de nuevo a la cola que no avanzaba. Delante tenía a una abuela acompañada de un nieto, que refunfuñó:

»—Otra vez el mismo cuento: viajará el que tenga los bolsillos llenos, y yo aquí con un niño. ¡Deben de querer que vaya a pie!

»—¿Quién dice que alguien podrá viajar en tren? —le pregunté.

»—Lo acaban de anunciar por los altavoces: para el tren con destino a Karagandá solo quedan billetes de primera clase —explicó la anciana señalando la ventanilla de al lado, en la que no había cola.

»“Será caro... —pensé, aunque no tenía ni idea de lo que podía valer un billete de primera clase—. ¿Qué pasará cuando lo pida y resulte que no tengo suficiente?”

»En la ventanilla, medio muerta, conseguí arrancar de mí las palabras:

»—Un billete a Karagandá...

»¡Llevaba suficiente dinero! Y no solo eso, hasta me devolvieron cambio.

»Apreté con firmeza el billete en la palma de la mano y me dirigí al andén: “Ah, debe de ser este tren: Moscú-Baljash”.

»El revisor de primera clase se fijó en mis botas llenas de barro y en mi chaqueta de trabajo con el número de prisionera, en el macuto y en mis manos callosas, y examinó mi billete con tanto rigor que casi lo muerde.

»El tren se puso en marcha. Me quedaban varias horas para mirar el paisaje a través de una ventanilla sin rejas. En mis oídos resonaba dulcemente el *allegro molto appassionato* del *Concierto para violín* de Felix Mendelssohn que Nikolái había tocado para mí tantas veces.

12

—¿Qué pasó luego? —pregunto una vez Zayara ha enmudecido.

—¿Qué pasó luego? —repite como si despertara de un largo sueño—. Pues nada especial. En Kazajistán cumplí la pena trabajando y tras la muerte de Stalin volví a Moscú. Encontré trabajo, me casé, tuve dos hijos. Empezó la vida cotidiana.

—Debió de ser una gran alegría regresar a casa después de los trabajos forzados.

—Sí... pero...

—Pero ¿qué?

—¡La estancia en Siberia fue tan enriquecedora! —exclama ella alegremente.

—Pero si pasó hambre, no podía ni ganarse el sustento mínimo, no había donde dormir con el mínimo de comodidad...

—Pero tenía amigos de verdad en los que podía confiar como después no he vuelto a confiar en nadie.

—Y ¿un amor? —me atrevo a preguntar tras dudar un poco por si semejante pregunta resulta demasiado personal.

Zayara no está molesta; al contrario, sonríe con complicidad. Después se lleva el dedo índice a los labios. Miro y veo que la puerta del salón está abierta y me doy cuenta de que el cuarteto de Schubert ha dejado de sonar.

Al despedirnos, Zayara me confiesa, pensativa:

—Hasta el día de hoy puedo oír el *Concierto para violín* de Mendelssohn en mi cabeza.

13

Zayara murió dos años después de nuestro encuentro. Me gusta imaginarme que en su entierro alguien tocó al violín el concierto de Mendelssohn.

PENÉLOPE ENCARCELADA

Susanna Pechuro

1

La puerta de entrada al piso está abierta. Susanna Pechuro me había advertido de ello durante la conversación telefónica previa a mi visita, cuando concertamos el día y la hora de nuestro encuentro en su piso, situado en una planta baja del Leninski Prospekt. Susanna se levanta a medias porque, como muchas de las mujeres que pasaron años en el gulag, no puede mantenerse de pie mucho tiempo: las que sufrieron malnutrición de jovencitas, cuando su cuerpo se estaba formando, de mayores han acabado teniendo graves problemas de movilidad.



«La puerta de entrada al piso está abierta...»

Para estrechar la mano que Susanna tiende hacia mí me desplazo a través de un montón de gatos de todos los colores. Susanna me observa un momento con sus grandes y expresivos ojos de color castaño. Luego hace ademán de dar de comer a los gatos: la ayudo a echar comida en un recipiente y varios felinos se acercan, saltando uno encima del otro, para dar con el alimento. Entonces, con tranquilidad, Susana se sienta otra vez y se dispone a contar su historia.

2

—Cuando tenía catorce años, en un curso extraescolar de literatura conocí a dos chicos algo mayores que yo. Borís y Vládik eran amigos inseparables; yo me reía llamándolos Dóbchinski y Bóbchinski como los personajes cómicos de *El inspector* de Gógol. Borís, alto, robusto, erudito y con una densa mata de pelo ondulado, aparentaba más de dieciséis años. Vládik, delicado, dócil e irónico, había sucumbido por completo al encanto de la personalidad de su amigo, que también yo descubriría pronto.

»Por entonces Borís ya había vivido lo suyo: su padre murió en 1941 en la guerra y un tío se lo llevó con él a la zona ocupada de Alemania. El chico volvió a Moscú a los quince años. Se negó a residir con su madre y su padrastro; prefería vivir solo en una de las habitaciones de un piso comunal de la plaza de la Manège. Solía invitarme a su madriguera junto con otros amigos y nos prestaba libros que habían quedado de la biblioteca de su padre.

»Borís, nuestra autoridad en materia de política y filosofía, dirigía nuestras lecturas. Quería que tuviéramos una verdadera cultura del pensamiento político y nos pidió que leyéramos textos de los políticos y revolucionarios tanto rusos como extranjeros. La segunda edición de las obras completas de Lenin tenía mucho éxito; en aquella época habían desaparecido por completo de las librerías y bibliotecas, y solo se vendía una edición censurada y corregida posteriormente. A veces, en esa habitación, Borís recitaba sus poemas a los amigos. Otras veces Vládik leía sus cuentos. Vládik se llamaba en realidad Vladlen, abreviatura de Vladímir Lenin; a su hermano, sus padres le habían puesto Leomar (*leninizm — oruzhe marxistov*: “leninismo, el arma de los marxistas”). Ambos muchachos procedían de una familia de comunistas ortodoxos y militantes.

»Un día nos reunimos en la biblioteca. Borís, que había heredado un piano, tocó uno de los nocturnos de Chopin; después tomamos té. Se acercaba el verano y yo recordé que en las vacaciones de 1945, cuando tenía once años, había estado en unos campamentos de pioneros en un edificio escolar a decenas de kilómetros de Moscú. Por allí pasaban trenes. Conté a mis amigos que con el resto de niños hacíamos ramos de margaritas, de flores de diente de león, aciano y campanillas azules, y con ellos les dábamos la bienvenida a los soldados que volvían a casa en tren.

»—Si el tren paraba, mis amigas y yo les entregábamos el ramo en mano; si solo pasaba, se lo tirábamos a las ventanillas.

»Borís sorbió un poco de té y dijo:

»—Yo sé algo de la guerra, algo más que lo que escribían en los periódicos y nos metían en la cabeza en la escuela. Es todo mucho más complejo de lo que parece. — Y se quedó en silencio.

»—¿Y cómo fue, pues? —pregunté con curiosidad.

»—En 1945, cuando estuviste en el campamento, y todavía en 1946, los trenes no llevaban solo a jóvenes felices que volvían a casa tras ganar una guerra, sino que en

los vagones cerrados para el ganado se transportaban prisioneros de guerra: rusos y alemanes.

»Aquello me desconcertó.

»—Y ¿adónde los llevaban?

»—A Siberia, a campos de trabajos forzados.

»Con unos ojos como platos meneé la cabeza: nunca había oído hablar de otros campos que no fueran los campamentos de pioneros en los que pasaba parte de los veranos. Borís me explicó:

»—Los campos soviéticos de trabajos forzados no son otra cosa que campos de exterminio, como lo eran los campos de concentración nazis. Además de prisioneros de guerra alemanes y rusos, los trenes llevaban a Siberia a miles de otros condenados, si bien el número concreto no puede saberse. Eran habitantes de Ucrania occidental, de los estados bálticos, también polacos, alemanes, además de rusos que durante la guerra vivían en aquellos territorios.

»—Y ¿cómo es posible que no se hable de ello? —objeté, indignada—. La profesora nunca nos ha dicho una palabra sobre el tema.

»—Pues porque está prohibido hablar públicamente de esto —dijo Borís.

»—Pero si tú estás al corriente de ello, entre los ciudadanos de Moscú también debe de saberse, ¿no?

»Borís guardó silencio.

»—No les concierne —dijo Vládik—. Y ¡para qué apagar el fuego que no los quema a ellos!

»Pensé que a mí sí me concernía. Y que se lo preguntaría a mi maestra y hablaría de ello con mis amigas.

3

Susanna hace una pausa para acariciar el lomo de un gato negro. Después desvía su mirada expresiva hacia mí y dice lentamente, como si le costara expresarse:

—Una vez, en enero, mi padre volvió del trabajo a casa, a la pequeña habitación que ocupaba mi familia de cuatro miembros en un piso comunal del barrio moscovita de Arbat. Tenía el rostro gris. Con dificultad, como esforzándose para traspasar el umbral, dijo sin cadencia:

»—Han matado a Mijóels.

»Mijóels era el actor principal del teatro judío en el que ofrecían representaciones en yidis, la lengua que se hablaba en nuestra casa.

»Aquella tarde mi padre se sentó pesadamente en la silla. Cuando su llanto se aplacó, dijo por lo bajo y de forma pausada:

»—Este asesinato desencadenará una bacanal, la “lucha contra el

cosmopolitismo”, como han empezado a llamarla. Ya veréis.

»—¿Qué es eso de la lucha contra el cosmopolitismo? —pregunté, muy aturdida, con un hilo de voz.

»—Es un eufemismo para el antisemitismo oficial y fomentado por el gobierno. Y una campaña de xenofobia en la que participará toda Rusia.

»En las semanas que siguieron pude comprobar por mí misma cómo se falseaba la historia. En la escuela nos empezaron a enseñar que todo lo importante del mundo lo habían hecho los rusos, que los grandes descubridores eran rusos y solo rusos, igual que los grandes escritores, pintores y compositores. Los alumnos protestaron. No querían olvidar nombres como Newton, Shakespeare y Beethoven. Una mañana, mi anciano profesor de Física, Nikolái Krávchenko, dijo con seriedad durante la clase:

»—Rusia ha aportado una enorme riqueza a la cultura mundial y por eso no hace ninguna falta que nos apropiemos de los méritos extranjeros. Así que recordad: la máquina de vapor la inventó Watt.

4

—Por la tarde les hablé a Borís y a Vládik del valiente profesor de Física. Ellos me contaron que el gobierno soviético había organizado una campaña contra la *intelligentsia*, por ejemplo contra la poeta Anna Ajmátova y el autor de relatos Mijaíl Zóschenko, y además contra los compositores de música que llamaban «formalistas»: Prokófiev y Shostakóvich.

»Nos quedamos hablando juntos hasta bien entrada la noche. Como siempre, nos preparamos té negro cargado y, cuando se nos terminó el azúcar, nos lo tomamos con miel. Los chicos desmontaron frente a mí los dogmas de la ideología pseudocomunista con la que nos llenaban la cabeza en la escuela, en las organizaciones de pioneros y en el Komsomol, la unión comunista de la juventud, y que cornetas y consignas de los periódicos, revistas, radios y carteles callejeros propagaban a los cuatro vientos.

»Después me acompañaron a casa por las calles silenciosas y oscuras de Moscú. Y durante este paseo nocturno, Borís, que era una autoridad para nosotros tanto en casa como en la escuela, decidió que un día crearía una organización.

»—¿Cuándo lo harás? —me interesé.

»—Con el tiempo, cuando llegue el momento. Será una organización para la conservación de los viejos valores revolucionarios en contra de las personas y tendencias que traicionan sus principios —dijo, y su voz se propagó por el silencio nocturno.

»—¡Hurra! —grité.

»Era consciente de que eso significaría reunirme con él todavía más a menudo.

También me daba cuenta de que nuestro plan era honesto. Y sobre todo, que era muy emocionante porque haríamos algo que no estaba permitido. En aquella época todavía desconocía la palabra “disidente”.

Me fijo en que los ojos de Susanna adquieren un brillo especial, como si en ellos surgieran pequeñas llamas cada vez que habla de Borís.

—La influencia de Borís crecía también en la escuela. En el curso extraescolar de Literatura solía tener la última palabra, y la responsable, una de las profesoras, empezó a preocuparse. Anunció que los cuentos y poemas que los alumnos quisieran leer en voz alta en el curso se le tenían que presentar previamente para obtener su aprobación. Pero nadie le hizo caso y el curso continuó funcionando como hasta entonces.

5

—Una tarde del año 1950, mientras yo, que ya tenía dieciséis años, miraba por la ventana de la escuela los copos de nieve que caían alumbrados por la farola de la calle, una de las alumnas leyó unos versos que había escrito no hacía mucho: era un poema corto y melancólico sobre una velada escolar. Nos gustó a todos. La pedagoga, sin embargo, pegó un salto y profirió con voz helada:

»—¡Este poema es antisoviético!

»—Y ¿por qué? —me extrañé.

»—¿Por qué? ¿Es que no ves que es triste? Hay sentimientos que no son para la juventud soviética.

»—Pero todos estamos tristes alguna vez —objeté.

»—La juventud soviética no debe estarlo. La tristeza es decadente —me cortó la maestra.

»Los tres amigos protestamos: no sirvió de nada. Así las cosas, anunciamos que dejábamos de asistir a ese curso que no era obligatorio y que, en lugar de ello, nos reuniríamos en casa de Borís. Allí recitaríamos lo que nos gustara y hablaríamos de literatura.

»Borís tenía entonces dieciocho años y era una verdadera personalidad; el año siguiente quería presentarse a los exámenes de ingreso en la facultad de Filosofía de la Universidad de Moscú. Vládik tenía diecinueve y cursaba el primer año en la facultad de Medicina.

»Impulsados por Borís, empezamos a leer literatura rusa de la Edad de Plata. Blok, Ajmátova, Biely, Mandelstam, Tsvetáieva y Gumiliov, entre otros, estaban prohibidos. Había varios alumnos más jóvenes que asistían a las veladas literarias de Borís y también al curso de Literatura extraescolar en el que, entusiasmados y sin malas intenciones, todos hablamos de aquellos singulares hallazgos.

»Pero la responsable del curso extraescolar denunció a su antiguo alumno al Ministerio del Interior.

»Al cabo de poco, Borís, que no se fiaba de nada, descubrió en su casa dispositivos de escucha. Los habían instalado en su habitación con el pretexto de revisar la instalación eléctrica. Pero aquello no nos amedrentó. Hacía demasiado frío como para ir al parque, así que insertamos una cuartilla gruesa de papel en el ventilador eléctrico y lo encendimos al máximo. De esa manera, se creaba una cortina de sonido a través de la cual era imposible escuchar nuestra conversación, que además manteníamos en susurros. El incidente solo logró fortalecer nuestra amistad.

»A finales de verano, los dos muchachos fueron a verme. Yo acababa de cumplir diecisiete años y pasaba unas semanas de vacaciones en casa de mi abuela. Y allí, en la veranda de la antigua casa de madera, en pleno campo, me lo comunicaron. Lo que me dijeron era tan importante que ya nunca retomé al estilo de vida que había llevado hasta entonces y en el que me sentía tan a gusto.

»Mi abuela nos había preparado una tarta de albaricoque. Vládik no podía parar de comer. Borís probó solo un trozo y después se pasó la servilleta por los labios. No se entretuvo más comiendo.

»—Susanna, hemos decidido crear, ahora ya sí de verdad, la organización secreta de lucha contra el régimen estalinista.

»Esperé a ver qué seguía.

»—Hemos venido solo para compartir nuestros planes contigo. Quisiéramos proponerte que fueras uno de los miembros, pero no podemos; hay demasiado peligro.

»Me mostré entusiasmada; me parecía romántico. Aquel verano había leído cuatro tomos de las obras completas de Stalin —acababa de recibirlos de una amiga como regalo de cumpleaños— y no había encontrado en ellos respuesta a muchas preguntas sociales que me angustiaban. Pero sobre todo, deseaba seguir al lado de Borís.

»Tres meses atrás, en mayo, Borís me había dicho durante un paseo que teníamos que separarnos. Él se preparaba para crear una organización ilegal que el régimen vería con malos ojos, y la amistad con él podría resultar peligrosa para mí. Con esas palabras me acompañó a casa y me besó, tal vez por última vez. Al cabo de dos semanas, durante las que los nervios no me dejaron ni comer ni dormir, me dirigí a casa de Borís y desde el umbral mismo de la habitación le espeté:

»—¡Ni hablar de separarnos!

»También entonces, a finales de verano en la veranda junto a la tarta de albaricoque y una inevitable taza de té, se me revolvió el estómago. Rápido, sin pensármelo, como queriendo anticiparme a algo, dije:

»—¡Contad conmigo, Dóbchinski y Bóbchinski!

»Los chicos callaron.

»Finalmente Vládik, tras zamparse otro trozo de tarta y lamerse los labios, dijo:

»—Es peligroso, Susanna. Hazlo solo si estás muy convencida. Y tal vez ni así.

»Y Borís, con una insólita voz baja y muy serio, añadió:

»—Nos va a costar la vida, Susanna. Puedes estar segura de ello. No es para ti.

»—¿Que no es para mí?

»—En absoluto.

»—Y ¿por qué me lo habéis dicho? ¿Por qué habéis venido? ¿Qué hacéis aquí?

»La conversación no me había sentado bien. Entendí que Borís era un héroe; pero ¡yo también quería hacer grandes cosas, no tenía ganas de quedarme atrás! Además, deseaba ser digna de él.

»Cuando los muchachos se fueron, me dije que pasara lo que pasara seguiría adelante con ellos. Pero en tal caso tendría que renunciar a mi abuela, a su veranda en la que tanto me gustaba tomar el sol y a los paseos por el bosque. Y no solo esto: ya no podría formar parte del Komsomol, yo, quien tanto disfrutaba de participar en todos los actos de mi instituto porque creía en ellos y honradamente me esforzaba en hacer lo mejor para mi país. Deseaba ser profesora, al estilo de mi anciano profesor de Física que no quiso renegar de Newton ni Watt. Y ¿qué pasaría con mis padres y mi hermano pequeño? Si me encarcelaban, dejarían de reírse durante las cenas. ¿Y si los encerraban a ellos? No lo soportaría. No me perdonaría que mis seres queridos sufrieran por mi culpa. Al día siguiente mismo les diría a los chicos que declinaba. Tomé la decisión y me acosté.

»Pero por la noche me desperté: ¿Podría seguir viviendo sin Borís? ¿Sin sus ojos, sus brazos, sus manos? ¿Sin sus conversaciones? ¿Sin nuestro entendimiento tácito?

»Discutí largamente conmigo misma, aunque en el fondo de mi alma sabía que ya me había decidido.

»A la organización secreta disidente pronto se sumaron el apuesto Zhenia; el pequeño, frágil y amable Vladímir; Irina, cuyos padres llevaban ya mucho tiempo encerrados sin motivo; Katia, que ya había conocido lo que eran los campos de trabajo siberianos al ser condenadas años atrás ella y su madre; y Maya, cuyos padres también cumplían varios decenios en Siberia. Con el tiempo se añadían cada vez más seguidores.

»Borís escribió con claridad y concisión los estatutos de la organización por la lucha sobre la cuestión revolucionaria.

»Celebramos todos juntos la Nochevieja. Despedimos el año 1950 y nos deseamos mucho éxito para 1951.

6

—A principios de enero acompañé a Borís a la estación. Iba a pasar un par de semanas a Leningrado, a casa de su tío, para dar a conocer la organización disidente

entre sus amigos de allí. Fue arrestado la noche del 17 al 18 de enero.

»El 18 de enero la policía secreta detuvo a Vládik. Y la noche del 18 al 19 de enero fueron por mí.

Susanna se detiene como si no quisiera seguir contando. Se levanta a medias, agarra una gata de tres colores y se la coloca sobre el regazo, acariciándola. Pero acto seguido la gata salta para acomodarse en un rincón de la sala. Susanna la acompaña con los ojos, luego vuelve a la realidad y sigue narrando:

—Durante cuatro horas tres policías secretos revolvieron todos los papeles buscando textos prohibidos y pusieron la habitación en la que vivíamos patas arriba. Durante cuatro horas sacudieron mis libros de texto y cuadernos y sacaron la ropa del armario. Y mi hermanito de cuatro años, al que mi madre cogía en brazos, se pasó las cuatro horas gritando: «¡Que se vayan estos señores!». Mi padre sufrió un infarto leve; el portero, balanceándose soñoliento en el umbral, observaba la catástrofe.

»Mi madre me preparó ropa de abrigo y calcetines de lana. Antes de irme, recorrí con la vista la habitación, con la sensación de que ya no volvería. En aquel momento, terminaba una etapa de mi vida. De recuerdo, cogí mi muñeca preferida.

»—¡Más vale que la dejes! —me gritó un policía de la secreta—. Lo que faltaba, ¡muñecas! ¡La cárcel no es una guardería!

»Sentada en el asiento trasero entre dos policías, me pregunté si también habrían arrestado a todos los demás. “¿Qué será de Dóbchinski y Bóbchinski?”, pensé una y otra vez. Y me juré que en los interrogatorios no delataría a nadie ni revelaría ningún nombre.

7

—Me fijé bien en cómo las reclusas de las celdas colectivas de la prisión moscovita de Lubianka abrían la boca y se frotaban los ojos cuando en el umbral aparecí yo, una chiquilla de diecisiete años con trenzas y enfundada en un vestido de niña con el cuello blanco bien planchado.



... las reclusas de las celdas colectivas de la prisión...

»Las acribillé a preguntas: ¿Por qué las habían arrestado? ¿De dónde provenían? ¿Había manera de escapar?

»Las mujeres me explicaron con paciencia que en la mayoría de los casos el arresto no tenía un motivo claro y que, excepto el comunista, todos los partidos políticos estaban prohibidos. Y en los siguientes catorce días, mientras a mí y a las demás nos humillaban de todas las formas posibles (mintiéndonos a la cara, engañándonos, aterrorizándonos y sin dejarnos pegar ojo por la noche), las compañeras me brindaron un curso completo de supervivencia en la cárcel. Aprendí a comunicarme de una celda a otra golpeando la pared, a hacer agujas de las espinas de pescado que flotaban en el brebaje al que llamaban sopa; aprendí a dormir no solo sentada, sino también con los ojos abiertos de manera que el vigilante no se diera

cuenta de nada. Y más y más cosas prácticas asimilé durante las dos primeras semanas en prisión.

»Por las preguntas que me hicieron en el interrogatorio, vi claro que también habían arrestado a Borís y a Vládik. Dóbchinski y Bóbchinski estaban en una situación parecida a la mía.

»Cuando faltaba poco para el juicio, me enseñaron lo que habían escrito sobre mí. Bajo los más inverosímiles cargos, desde un proyectado atentado contra Stalin hasta planes para hacer volar por los aires el metro de Moscú, se hallaba mi firma.

»El 7 de febrero de 1951, en el subterráneo de la prisión de Lefórtovo, se celebró el juicio contra mí y el grupo disidente al que pertenecía. Nos juzgó el departamento militar del Tribunal Superior de la URSS. Los arrestados no teníamos derecho a defensa. La noche del 13 al 14 de febrero se emitió el veredicto.

»Borís, Vládik y otro miembro más, Zhenia, fueron condenados a la máxima pena posible. A Katia, Irina y a mí nos cayeron veinticinco años en campos de trabajo.

»El veredicto supuso una sacudida importante. Quedaba descartado cualquier plan para el futuro. Sin embargo, yo pensaba en una sola cosa: si Borís sobreviviría.

8

—En 1952 nos trasladaron a los campos de trabajos forzados. Irina e Ida, dos chicas de la organización de Borís, fueron testigos de los actos de protesta en Kengir, en Kazajistán, en el llamado Steplag. Varios miles de reclusos se rebelaron después de la ejecución de un grupo de presos, supuestamente por no respetar la disciplina. El levantamiento duró cuarenta días. En ese lapso, los insurgentes apelaron a una comisión de Moscú para investigar el caso y establecer condiciones menos duras. En el verano de 1954, es decir, más de un año después de la muerte de Stalin y después del arresto de Beria, el levantamiento fue aplastado: los tanques cruzaron de forma inesperada el campo, que estaba lleno de gente desarmada, sobre todo mujeres. A los que sobrevivieron, entre ellos Irina e Ida, los trasladaron a otro campo mucho más inclemente, más allá del círculo polar. Para llegar hasta allí tuvieron que cruzar toda Siberia en dirección al norte.

»A mediados de 1951, el Ministerio del Interior de la URSS había empezado a realizar detenciones en masa de científicos, artistas y escritores de origen judío y a deportarlos a campos de trabajo. Consideraron que nuestra organización era de carácter judío nacionalista y que dependía de un “centro sionista”. Por ello, durante los primeros años en el gulag tuve que padecer interrogatorios constantes y traslados frecuentes de un sitio a otro. En total estuve en once prisiones y siete campos de trabajo o campos penitenciarios.

»Cada vez que me trasladaban a un campo nuevo, tenía la esperanza de averiguar

algo sobre Borís. De averiguar que vivía. Preguntaba por él a quien podía. De vez en cuando, en la oscuridad aparecía una llama de esperanza: alguien decía haberlo visto realizando trabajos forzados en Kolymá, en Vorkutá o en Norilsk; otro, en cambio, aseguraba haberlo visto en una cárcel. Yo guardaba aquellas noticias como si fueran tesoros.

»Apreciaba a las reclusas ancianas, presas a quienes la vida y la desventura habían convertido en sabias. Esas mujeres valientes habían sido testigos de los acontecimientos sobre los que los jóvenes solo podíamos debatir a partir de la historia y las informaciones falseadas que nos ofrecían los libros de texto y los periódicos. En los campos, ellas abrían los ojos de la juventud a la historia verdadera de su país.

»En abril de 1952 me subieron a un tren con las ventanas enrejadas y me empujaron entre una multitud de mujeres. El tren, lleno a reborar de mujeres (y en otros vagones, de hombres), partió en un principio hacia el sur, a Riazán, donde se detuvo varias horas y después se dirigió directamente hacia al norte, cruzando Siberia. A medida que avanzaba, la nieve aumentaba. Yo observaba los paisajes a través de las rejas y no podía sino celebrar tanta belleza y luminosidad. Después de semanas de viaje sin servicios, el tren escupió a cientos de presos sucios, hediondos y exhaustos en la ciudad de Intá. Desde allí nos dirigimos a pie a un campo de trabajo especialmente duro: se rumoreaba que eran pocos los que sobrevivían.

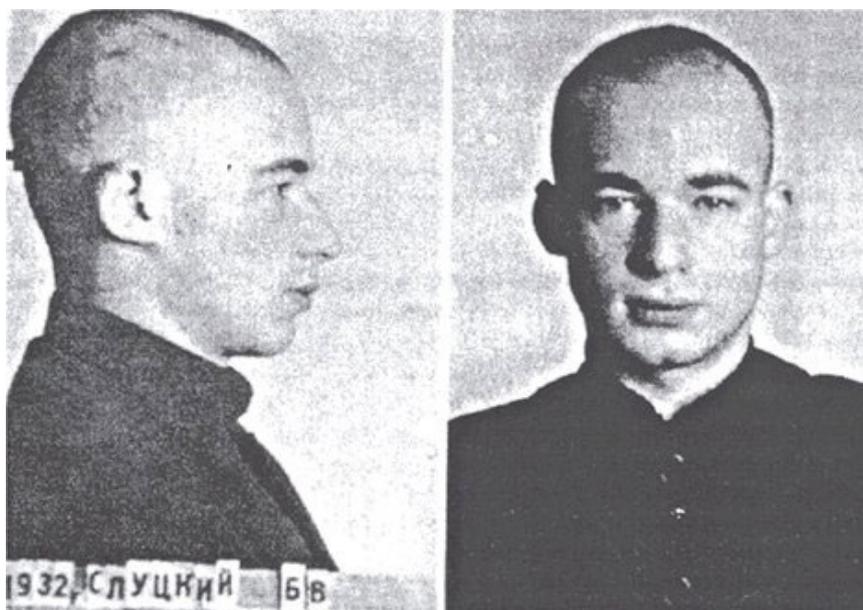
»Cuando llevaba ya varios meses allí, me encontré con una extranjera de pelo oscuro que tendría unos cincuenta años y procedía, sin duda, de círculos artísticos e intelectuales.

»—¿No ha visto a Borís? —le espeté.

»La dama me miró con compasión, convencida de que la chiquilla con trenzas se había vuelto loca de tanto sufrimiento: sabía que Borís era un nombre ruso habitual.

»Me di cuenta de la impresión que había causado y rápidamente añadí:

»—Me refiero a Borís Slutski. Joven, alto, inteligente y de pelo oscuro. Filósofo.



»Lina (así se llamaba la señora, que era española) meneó pensativamente la cabeza.

»Luego supe que era la mujer de Serguéi Prokófiev. Pero nunca alardeó de ello, si bien se sentía orgullosa de su marido. Me introduje gracias a ella en un grupo de literatos que por las noches, tras jornadas de doce horas en las minas, leía sus propios poemas y obras de los grandes poetas y prosistas, especialmente de los prohibidos, como Tsvetáieva y Zóschenko, de los que nadie sabía si seguían con vida o si habían fallecido también en un campo de trabajos forzados. En las veladas literarias yo solía recitar poemas de Anna Ajmátova.



Lina Prokófiev antes y después del gulag

»Lina se me ha quedado grabada en la memoria —exclama Susanna ante un recuerdo grato—: una mujer fuerte, tenaz y desdichada. Cuando la conocí, trabajaba pelando patatas heladas. Se pasó cuatro años así: se levantaba a las seis de la mañana para coger un cuchillo desafilado (en la cocina no había otros) y hasta la noche pelaba una enorme montaña de patatas duras, medio congeladas y, de hecho, imposibles de pelar, patatas que representaban la base de la alimentación de todo el campo de mujeres y del vecino campo de hombres. Y día sí día también iba al bosque a tirar la basura de todo el campo: ella, menuda y frágil, desempeñaba la función de varios hombres fuertes. Pero lo que hundió en tan duras condiciones a esa mujer delicada, frágil y sensible hasta límites impensables fue perder la voz. Ella, soprano, solista en óperas y conciertos y, como ya he dicho, esposa de Serguéi Prokófiev, ni siquiera podía interpretar solos en las actuaciones que hacíamos en los campos, únicamente era capaz de cantar en el coro. Y eso, más incluso que las condiciones en el campo, la atormentó.

»Aparte de que las mujeres educadas y cultas vivían más que las otras chicas,

Lina era un personaje. Emanaba de ella una vida interior rica, irradiaba belleza, energía y vitalidad mental, aun cuando en el campo de trabajo solía estar triste y, como la mayoría de las mujeres, sufría depresión. Vivía como en una pesadilla, como si no pudiera creer lo que le había pasado.

»Pero lograba percibir belleza a su alrededor, algo que la mayoría de la gente era incapaz de hacer; durante los seis meses de invierno, cuando más allá del círculo polar no sale el sol, veíamos cómo de pronto Lina se detenía y contemplaba el cielo: si este estaba despejado, la aurora boreal se revolcaba perezosa en él cual animal salvaje y les restaba brillo a las estrellas. Cuando se acercaba la primavera y un par de horas al día nos alumbraba un cielo rojo oscuro, Lina se embebía de él como el sediento en el desierto al que le dieran de beber. En otoño, iba al bosque a tirar la basura sin hartarse jamás de contemplar los pequeños y amarillentos alerces, los únicos árboles que allí crecían. De hecho, eran más bien pinos enanos. Decía que debería ser pintora para poder compartir con los demás semejante efusión de tonalidades amarillentas. En verano recogía flores silvestres del bosque al que iba a tirar la basura del campo sin fijarse en las moscas y en los enormes mosquitos que nos picaban. Después las repartía entre las demás: compartió siempre todo cuanto tenía. Cuando recibía un paquete de sus hijos (nos estaba permitido una vez al año), repartía a partes iguales entre sus amigas lo que quedaba después de que los vigilantes lo saquearan.

»Bien es verdad que Lina fue siempre distinta de las demás. Recuerdo que durante mucho tiempo coincidió en la celda con una bailarina; Lina, cansada después de trabajar todo el día, en lugar de tumbarse hacía ejercicio con ella. Por eso, a diferencia de la mayoría de las mujeres, no perdió flexibilidad.

»En los campos, cada uno se tenía solo a sí mismo, su yo, su ética y su moral. Y eso incluía el cuidado de todo lo demás y de su aspecto. Algunas mujeres, por la noche, tras jornadas de doce y hasta quince horas, se peinaban, se quitaban mutuamente los piojos del pelo, se planchaban con las manos los pantalones, los únicos que tenían y con los que después se acostaban. Y retiraban la tierra de las botas para volver a embarrarlas al día siguiente (esto en verano; en invierno no había más que hielo y bancos de nieve altos como dos personas). Las que cuidaban de su aspecto velaban además por la pureza de su comportamiento y extendían su buena influencia sobre las demás, al menos sobre algunas. No sobre la mayoría, eso era imposible.

»Después, a Lina y a mí nos destinaron a distintos campos. Lo hacían para que entre las presas no trabáramos lazos profundos de amistad.

—De Intá, volvieron a transferirme a la prisión moscovita de Lefórtovo. Eso suponía casi un mes en un vagón cuerpo con cuerpo en las peores condiciones. Las necesidades se hacían en un cubo solo al principio; hacia el final, la mayoría de las mujeres las hacía simplemente en un rincón.

»De la prisión de Lefórtovo me llevaron a la de Butyrka: era ya el año 1953 y me enteré de que Stalin había muerto. Mi primer pensamiento al saberlo fue: “Seguro que ahora dejarán a Borís en libertad. Y a mí también. ¡Igual nos vemos pronto!”.

»La esperanza brilló en el horizonte. Pero a medida que las semanas y los meses transcurrían sin cambios, se fue extinguiendo hasta desaparecer del todo. Esperaba averiguar algo sobre Borís en los interrogatorios. A veces no podía aguantar más y yo misma formulaba la pregunta. Pero nunca recibí buenas noticias.

»Me negué a aceptar que Borís pudiera estar muerto. Cualquier recuerdo de él se convertía en una estrella clara de posibilidades en el nebuloso y negro cielo del futuro. Esta estrella me guio a través de todos los sufrimientos, a través de todos esos años de humillación.

»De Moscú me enviaron otra vez a los campos siberianos.

10

—A finales de 1955 me llevaron de nuevo a la cárcel de Moscú para reexaminar mi caso. Entonces pensé que no había esperanza de que me liberasen ni de que saliera nada bueno de aquella nueva investigación. Pero volvió a nacer en mí la ilusión de averiguar algo sobre Borís.

»El 26 de abril de 1956 nos anunciaron a las presas que los veinticinco años de cárcel se reducían a cinco. Al igual que muchas de ellas, yo ya llevaba más tiempo entre cárceles y campos. En cuanto a Borís, me dijeron que había sido ejecutado el 26 de marzo de 1953, tres semanas después de la muerte de Stalin. No me lo creí del todo.



Susanna Pechuro a su salida del gulag, en 1956

»Al dejarnos en libertad, las autoridades del campo nos pidieron que firmásemos un documento sobre la “no difusión” de lo que habíamos visto y vivido durante los años de cautiverio. Me negué a hacerlo.

»Volví a casa. Contra toda lógica, esperaba ver a Borís. Lo busqué por las calles y en el metro durante meses y meses.

—Acostumbrarse a la vida corriente fue increíblemente duro —dice Susanna poco a poco, sumergida en sus pensamientos—. Fue difícil aunque me acogieran con los brazos abiertos: mis padres y mis amigos celebraron mi regreso y me hallé rodeada de cariño y cuidados. Hubo alegría, flores, fiestas. Cestas llenas de flores cubrían no solo la habitación donde vivían mis padres, mi hermano y tras mi regreso también yo, sino además el recibidor del viejo piso comunal. Recibía a diario cartas alegres y poemas. Y a pesar de ello, había un vacío en mí.

»Todo me parecía trivial. Nada tenía sentido. Nadie en libertad podía imaginarse ni por asomo lo que yo había experimentado. Y a mí me parecía que ellos no tenían vivencias. Al menos no lo que yo llamaba vivencias. El mundo de la gente en libertad era radicalmente distinto al mío. Me sentí sola, incomprendida.

»Andaba por las calles y veía a mujeres y hombres despreocupados que al atardecer frecuentaban los cafés donde se tomaban un té o una copa de vino; observaba la ligereza de las conversaciones superficiales sobre el tiempo o la última moda, acompañadas de risas que no tenían más explicación que la alegría de vivir. Veía los escaparates de las tiendas, que ofrecían artículos de todos los colores, a los niños gritando mientras jugaban con la pelota en la calle, las cabinas telefónicas en las que la gente concertaba citas amorosas, todo con despreocupación y alegría. Los coches y los trolebuses corrían ruidosamente a mi alrededor, los tranvías tocaban la bocina por el camino, algunos hombres compraban ramitos de violetas y de lirios de los valles para sus chicas, otros hacían cola para llevar carne a casa, mucha gente aplacaba el hambre directamente en los tenderetes de la calle con una jugosa salchicha de frankfurt con mostaza y todos andaban a paso rápido por las anchas avenidas y las calles y se sentaban en los bancos de los parques lamiendo un helado de nata o fruta. Mis antiguos compañeros y amigos se lo pasaban bien: la era de Jruschov ofreció algo más de libertad, y los jóvenes urbanos acudían a cineclubs a ver películas de Rossellini y Fellini, y a cafés donde se tocaba jazz, pero a mí me dolía ver a mis compañeros. No me olvidaba ni por un instante de lo que los demás no querían ver: que bajo aquella superficie en calma se escondía un régimen nocivo, un aparato político atroz que velaba sin cesar y que, como un dragón malvado, devoraba a diario a sus víctimas.

»En aquella época se hablaba del “deshielo” que había traído la nueva política de Jruschov, pero yo sabía que eso era solo una careta para el hocico bestial del régimen, como solía decir.

»Mis padres no entendían mi tristeza. Creían que tras una larga separación les habían devuelto a su niña, mientras que quien llegó a casa fue una mujer adulta que tenía poco en común con la niña, una mujer que en menos de seis años había vivido más que otras en toda una vida, que había conocido la cara más dura y cruel de la existencia y había vivido varios años en la frontera entre el ser y el no ser.

»Sobre todo el primer año después de mi regreso, frecuenté la compañía de mujeres que también habían sido reclusas, que tenían las mismas experiencias que yo

y que reaccionaban con un rechazo similar a la vuelta a la vida normal. Mis amigos de antaño organizaban reuniones especialmente para mí en las que poetas jóvenes leían su obra, pero yo me sentía como una extraña y al final dejé de acudir.

»A la larga llegué a valorar al menos una parte de mi experiencia. Me di cuenta de que había sido en los campos donde llegué a conocer las profundidades del mal que mi país engendró. El campo de trabajo fue para mí la lección vital más importante; esos años amargos y duros fueron la mejor escuela, una escuela que me sería de gran ayuda para el resto de mi vida. No puedo imaginarme mi vida sin los campos. Y más todavía: si tuviera que volver a vivir otra vida, no querría ahorrarme esta experiencia. Cuanto más espantosa era la existencia, más firme resultaba ser la amistad. En la vida normal, semejantes lazos no tienen cabida. Se requieren situaciones extremas, sentimientos y emociones extremas para que ese cariño y esa solidaridad sean posibles.

12

—Como quien padece hambre me lancé a la posibilidad de retomar mis estudios. No hacía ni un mes que me habían liberado cuando me presenté a los exámenes de selectividad. Una vez aprobados, me matriculé en la facultad de Historia de la Universidad de Moscú para continuar el trabajo científico al que se quería dedicar Borís. Sabía que mi amigo había elegido como especialidad la época de Iván el Terrible, la Opríchnina.

»Aprobé los exámenes de acceso, pero no me aceptaron. El decano, que sabía de dónde procedía, me hizo llamar y declaró: “En nuestra facultad no formamos a carne de presidio”.

»Mis nuevos amigos hicieron cuanto estuvo en sus manos para que la resolución fuera revocada. Sabían lo importante que era para mí estudiar, empezar una nueva vida. Al final lo lograron: el funcionario del Comité Central del Partido Comunista de la URSS que debía decidir sobre el caso era un antiguo recluso que había cumplido pena en Ábez, uno de los campos en los que yo había estado presa. Al final me aceptaron en el Instituto de Historia y Documentación.

»Me apliqué en los estudios con ímpetu, literalmente como un hambriento que se lanza sobre un pedazo de pan. La vida me ha permitido probar el hambre fisiológica y el hambre intelectual y, de verdad, no sé cuál es peor.

»En uno de los campos, en los que a los reclusos nos permitían tomar prestados varios libros cada diez días, me aprendí cuentos, artículos y ensayos enteros de memoria. Luego, durante años, me alimenté de ellos.

—El primer día en la universidad, a los estudiantes nos dividieron según el periodo histórico que queríamos tratar. El excelente historiador Sigurd Schmidt me preguntó: «¿Va a estudiar Iván el Terrible? En tal caso venga a mi despacho después de clase». Y una vez allí me dijo una sola frase: «Evite las analogías históricas porque no le dejan a uno conocer el fondo».

»Pregunté otra vez por Borís Slutski en el Ministerio del Interior. Volvieron a responderme, y me lo evidenciaron por escrito, que había sido fusilado: esta vez dijeron que en 1952.

»Entonces me casé con un compañero de la facultad de Matemáticas. Tuvimos dos hijos.

»Desde los años sesenta colaboré con los disidentes; en los sesenta y los setenta, después de trabajar copiaba sus ensayos para el *samizdat*. De esta manera participaba en la protesta contra el régimen, pero también tenía la sensación de colaborar con Borís. Al fin y al cabo, él fue uno de los primeros disidentes.

»Y al final llegué a ser testigo de lo que nunca había esperado ver: la caída del comunismo. Los años entre 1989 y 1991 fueron los más felices. Vivimos para ver con nuestros propios ojos la caída del totalitarismo y tratamos de ayudar al nuevo sistema como pudimos. Asistí fervorosamente a todos los mítines y manifestaciones, y me sentía feliz entre cientos de miles de personas que opinaban lo mismo que yo y salían a las calles de Moscú porque por fin se les permitía expresar su opinión.

»En los años noventa, tras la desintegración de la URSS, se fundó el Memorial, el instituto para la conservación de la memoria de las víctimas del comunismo. Me convertí en una de sus primeras colaboradoras. Me ocupaba de las tareas de organización: respondía a centenares de cartas que nos llegaban desde todos los puntos de Rusia de personas que, por primera vez, se atrevían a contar sus historias y la vida de sus amigos y parientes, víctimas del totalitarismo.

En ese momento entró un chico joven sin llamar, igual que habían hecho antes varias personas, pero estas se habían retirado al ver que Susanna estaba ocupada con una entrevista.

—Le presento a mi nieto Alekséi Makárov, estudiante —dijo Susanna mirando al muchacho con orgullo—. Estudia y al mismo tiempo trabaja en el Memorial.

El chico me dio la mano y luego se sentó en un rincón y se puso a leer el periódico de oposición *Nóvaya Gazeta*. Susanna siguió contando:

—¿Y yo? Siempre he hecho y hago todo tal como lo hubiera deseado Borís. Sigue siendo mi luz, igual que lo había sido antes. Eduqué en este espíritu a mis hijos y ahora guío a mi nieto. Todos actuamos de acuerdo con las enseñanzas de Borís.

»En sus interrogatorios, que pude leer mucho más tarde en los archivos del KGB, Borís declaró que todo lo que había hecho era para el bien de su país. Que nunca

pensó en sí mismo sino en el bien común. Así nos educaron nuestros padres y nuestros maestros. Borís, al igual que yo, fue el producto de aquella enseñanza.

14

—Lina Prokófiev también le fue leal a su esposo incluso después de la muerte de este. Nos rehabilitaron a las dos, pero tanto Prokófiev como mi Borís habían muerto pocos años antes: a ambos los liquidó el poder soviético, a cada uno a su manera. Tras su rehabilitación, Lina dedicó el resto de su vida a la conservación de la obra de Prokófiev, tanto en Moscú como luego en Occidente.

»Una vez me la encontré en un concierto en Moscú. Al verme, corrió a abrazarme y me dio su número de teléfono para que la llamara. Estaba tan cambiada, tan resplandeciente y elegante y rodeada de artistas, que sentí tal abismo entre su mundo y el mío que temí que mi llamada fuera inoportuna. No la llamé, pero pensé en ella. Comprendí que Lina Prokófiev y su vida eran una metáfora de lo que fue el siglo xx: por un lado, la era de los grandes avances en los ámbitos artístico y científico, y por otra, la de la destrucción del hombre a manos de los totalitarismos.

»Me doy cuenta de que sin mi experiencia en el gulag no sería como soy: una mujer que no teme a nada. En el gulag, de un hombre puede salir un monstruo humano. Pero si uno pasa por el campo y no se convierte en un ogro, sabe que en la vida ya no le puede pasar nada malo. Está acorazado. Ha pasado la prueba.

»Tengo siempre abierta la puerta por si alguno de los niños que juegan en el patio quiere venir a verme. Y vienen a diario; tengo galletas y caramelos preparados para ellos. No cierro con llave ni por la noche, pues a veces se presenta algún que otro vecino para charlar un poco. De todos modos, no podría levantarme e ir a abrirles, no puedo andar, ¿lo ve?

Susanna se inclina y vierte un poco de leche de la botella en el cuenco para los gatos. Enseguida se presentan corriendo unos diez y, con sus lenguas rasposas, lamen la bebida. Susanna se entrega plenamente a ellos y se olvida del mundo que la rodea.



Susanna Pechuro en 2008

Susanna murió del mismo modo que vivió: entregada a los demás, a sus vecinos y a sus gatos. Y a la justicia social por la que había muerto Borís.

JUDITH DEL SIGLO XX

Ela Markman

1

—¡No! ¿En serio? ¿A usted le gusta la poesía de Marina Tsvetáieva?

La vocecilla de chiquilla ingenua de Ela Markman suena despreciativa. Mientras habla, observa el retrato enmarcado que cuelga en la pared del salón: en él se ve a una Marina joven. Es una fotografía de la poeta en los años veinte del siglo pasado, cuando vivía en el exilio en Praga. Reposo suavemente la cabeza en la de su hija Ariadna; las dos llevan un flequillo que les cubre la frente y que dibuja una línea recta en la fotografía. Por aquel entonces Marina escribió el «Poema de la montaña» y el «Poema del fin», sobre el encuentro y la separación de su amor, un apuesto joven rubio, ruso como ella. Marina todavía no sabía que al cabo de poco se trasladaría a París y que, allí, con la única fuerza de la palabra escrita, hechizaría a Rainer Maria Rilke, que vivía en Suiza no lejos de la frontera italiana, como había hecho antes con Borís Pasternak; y que, a finales de los años treinta, volvería a la URSS siguiendo a su marido Serguéi Efrón, quien más tarde desaparecería en la cárcel, igual que su hija Ariadna en el gulag e igual que ella misma acabaría en las garras del NKVD; la policía secreta la empujó al suicidio.

—Ariadna Efrón-Tsvetáieva —murmuro.

—Yo la conocí. En los trabajos forzados —dice Ela.

Quiero preguntar por Ariadna, la hija de Marina, pero Ela me frena para mostrarme una estantería llena de libros de Marina. Abro uno de ellos: en los márgenes de los poemas aparecen muchas notas escritas a lápiz. Hojeo el libro; en la página de la introducción hay una foto de Marina en la época de su exilio parisino, en la que todas las mañanas se preparaba un café solo bien cargado, tomaba el cuaderno y escribía durante varias horas cuando aún todo dormía. Ignoraba entonces que dos años después de regresar a su patria se encontraría en un callejón sin salida. La voz de Ela interrumpe mis pensamientos.

—Nosotros, mi marido y yo, no leemos a Tsvetáieva. No entendemos por qué se insinuaba a los hombres.

Replico que no sé de qué insinuaciones habla y que, además, lo importante es su poesía. Ela, sin embargo, no se rinde.

—¡Está todo en sus versos!

No quiero discutir, con más razón porque creo que Ela se burla de mí: si no le gustara la poeta no tendría tantos libros de ella, y subrayados. Prefiero llevar la

conversación hacia Ariadna, la hija de Marina que ella conoció personalmente.

—¿Cómo era?

—Una belleza de las que rara vez se ven —contesta Ela con la característica admiración rusa por la belleza femenina—. Tenía unos ojos enormes como... como un lago al despertar el día. Verdes, transparentes, unos ojos claros y buenos. A medida que iba adelgazando por los trabajos forzados, más se agrandaban sus ojos. Tengo su correspondencia con Borís Pasternak, el poeta amigo de su madre.

En la cama en la que me invita a acomodarme, coloca un cuaderno mecanografiado: una publicación casera y clandestina del *samizdat*. Mientras Ela sale despacio de la habitación, para preparar el té, yo abro el cuaderno y me adentro en él...

2

26 de agosto de 1949

Querido Borís:

El viaje hasta el lugar donde me han destinado me llevó cuatro meses y fue de lo más agotador. El trayecto de Kúibyshev a Krasnoyarsk fue el más duro: el calor y la sed me martirizaban, además de dolerme el corazón. Desde Krasnoyarsk fuimos en barco por el Yeniséi en una travesía que me pareció larguísima. En mi vida había visto un río tan grande, tan poderoso a la vez que indolente, de trazo tan nítido y hasta cierto punto norteño. Jamás se me habría ocurrido ir a verlo por mi cuenta. La taiga de sus orillas iba mudando en tundra boscosa; desde el norte llegaba el frío, como si las fauces de un animal extraterrestre lo exhalaran desde siempre y, sin duda, para siempre. En algún lugar de por aquí, muy cerca, debe de estar la cocina en la que se guisa en grandes cantidades el mal tiempo para las más lejanas regiones. «Ha llegado una ola de frío repentina»: eso se refiere a nosotros. Las puestas de sol son indescriptibles. Solo un gran creador, al gastar tal cantidad de oro y púrpura, es capaz de transmitir una sensación de frío, un frío intenso, inexorable como la muerte misma, en vez de la sensación de fuego, luz y calor. Estamos bajo cero. Ya en agosto. ¿Cómo será, entonces, a partir de ahora?

Me dejaron en la villa de Turujansk, a trescientos o cuatrocientos kilómetros del mar de Kara. Todo son cabañas de madera; hay un solo edificio de piedra que, aparte de ser un antiguo monasterio, es feo. De todos modos, es un centro regional, tiene colegios, un hospital y un club en el que el baile sucede indefectiblemente al cine. Por las calles vagan vacas y perros laika que en invierno sirven para tirar de los trineos. Quiero decir que solo lo hacen los perros, las vacas andan sueltas... Turujansk es un lugar histórico. Aquí estuvo confinado Y. M. Sverdlov. El gran Stalin en persona, que también vivía desterrado en la villa de al lado, iba a visitarlo. Stalin estuvo confinado en la región de Turujansk desde 1915 hasta 1917. Los ancianos del lugar se acuerdan de ambos perfectamente. La casita en que vivió Sverdlov ahora es una casa-museo, pero aún no he logrado entrar; será porque las horas de descanso del guardián del museo y las mías coinciden. Me exigieron encontrar trabajo en un plazo de tres días cuando aquí es difícil, pero que muy difícil encontrarlo. Así que durante tres días llamé a todas las puertas en busca de trabajo y de carbón. Cuando ya desesperaba tuve suerte: me contrataron para limpiar en un colegio por un sueldo mensual de ciento ochenta rublos. Mis obligaciones son sencillas pero variadas. Durante veintidós días trabajé en la siega en una isla deshabitada y transporté con unas andas diez toneladas de heno. Las moscas y los mosquitos me desfiguraron la cara hasta dejarla irreconocible. Cada media hora llovía, el heno se mojaba y nosotros con él. Luego nos secábamos. Nos alojábamos en una tienda de campaña que también se mojaba y se secaba alternativamente. Nos alimentábamos mal debido a que habíamos traído poco pan y avena, por no haber tenido en cuenta las inclemencias del clima. Ahora estoy ocupada en los trabajos de remozado del colegio: encalo, pinto los pupitres y otros muebles, friego los enormes suelos, corto y siervo leña, en fin, trabajo entre doce y catorce horas al día. El agua la tomamos del Yeniséi, que está lejos, y la

acarreamos a pie cuesta arriba. A causa de todo eso, mi aspecto y modo de andar se han vuelto equinos; me parezco a aquellos jamelgos que se utilizaban antes para transportar agua, tal y como se los representa en el famoso manual de anatomía: laboriosos, mustios y huesudos. Pero mis ojos, según una antigua costumbre mía, absorben y llevan hasta el corazón, sorteando la mente, la increíble belleza de una Siberia que no tiene parangón. En todo momento tengo unas ganas locas de escribir y dibujar que solo son comparables a las de volver a casa. No tengo ni tiempo ni papel para ello, de modo que lo llevo todo guardado en el corazón. Y está a punto de reventar.

Las condiciones de vida dejan mucho que desear: alquilo un rincón, peor que el de Dostoievski, a una anciana que no está en sus cabales. Todo son rendijas y dentro, chinches. Por esa monada de rincón con algo de calefacción la vieja se lleva todo mi sueldo. Y eso que no tengo ni donde dormir, ya que en la casa solo hay un taburete y una mesa.

Se me acaba de ocurrir que en toda mi vida (pronto cumpliré ya treinta y seis años) no he tenido una habitación propia donde poder encerrarme y trabajar sin molestar a nadie y sin que nadie me moleste. Más aún, durante los últimos años me he desacostumbrado por completo a ver, sin extrañarme, una vivienda humana mínimamente digna. La cosa llegó a tal punto que, al visitar a V. M. Ínber en su casa, me sentí horriblemente deprimida al ver sillones, armarios, sofás y cuadros. En cambio, tu casa me encantó y tuve ganas de tocarlo todo con las manos. En pocas palabras, en estos años me he vuelto tosca y apocada. Tendría que cuidarme mucho para volver a acostumbrarme a que todo me esté permitido y que todo me pertenezca. Pero mi destino no es precisamente de los que prodigan este tipo de cuidados, aunque todavía no haya aceptado que voy a ser una desgraciada de por vida, pues sigo soñando que me despierto y todo está bien.

Al regresar de la siega obtuve por fin, tras un largo trámite, mi cédula de identidad y, de este modo, logré recibir tu transferencia. Te lo agradezco con toda mi alma y perdóname esta actitud de pedigüeña contigo. Esto de tener que pedir, aunque seas tú a quien le pido, me parece sencillamente horrible, lo mismo que estar ahora en esta maldita cabaña y llorar por no poder ganar ni para pienso ni para establo aunque trabaje como una mula. ¿A quién le hace falta y a gusto de quién es mi trabajo? Borís, no dejo de acordarme de mi madre. La recuerdo muy bien y sueño con ella casi todas las noches. Tal vez ella me proteja si todavía sigo viva.

Cuando recibí el dinero que me habías enviado, me compré una zamarra de algodón, una falda y unas zapatillas. También me voy a comprar sin falta unas botas de fieltro. Además, pagué la leña para todo el invierno, compré un poquitín de cualquier cosa comestible que encontré y me lo comí enseguida, como un personaje de Jack London. No sé si te interesan todas estas menudencias.

Querido Borís, tus libros volvieron a quedarse «en casa», o sea, en Riazán. Te ruego que reúnas un pequeño fondo para mí. Siempre necesito tener tus libros a mano, no los abandonaré nunca aunque, a mi pesar, sucede todo lo contrario. Te pido por favor que me envíes todas las obras tuyas que tengas, tanto los poemas como las traducciones de Shakespeare, además de aquella prosa tuya, si es posible. También «Los trenes de la madrugada». Además, si puede ser, mándame papel de escribir y algunos cuadernos, pues aquí son imposibles de conseguir.

Estoy feliz por haberte visto. Sobre ello te escribiré luego, en algún otro momento. ¡Qué bien que existas, mi querido Borís! Tengo unas ganas terribles de recibir cuanto antes alguna noticia tuya. Cuéntame de tu vida. Aquí las nubes a menudo parecen de tu puño y letra, de modo que el cielo es como una página de un manuscrito tuyo. Entonces, dejo el balancín con los cubos y leo en ellas, y todo me resulta maravilloso.

Un beso y muchas gracias.

Tuya,

ALIA

3

Sentada en la cama esperando que Ela regrese para poder mantener una larga

conversación con ella, repaso mentalmente la vida de Ariadna: en 1922 su padre Serguéi Efrón tuvo que abandonar la URSS, y su madre, la poeta de treinta años Marina Tsvetáieva, escapó poco después con su hija de diez del hambre y la represión hacia Berlín, donde la familia se reencontró. Se instalaron en Praga, ciudad que tras la revolución se constituyó en uno de los mayores focos de rusos emigrados gracias a las ayudas de Masaryk a la emigración rusa. En Praga, Ariadna fue a una escuela rusa. En París, adonde la familia se trasladó al cabo de varios años, completó los prestigiosos estudios de Artes Plásticas en el Louvre y colaboró con la revista *Francia-La URSS*. Como pintora, incluso inauguró en París su primera exposición, alabada por artistas destacados como Natalia Goncharova.

Ariadna se fue de casa, en parte tal vez porque entre ella y su madre a menudo se producían escenas tempestuosas que dejaban un poso de sufrimiento en ambas. Volvió a Moscú en marzo de 1937, justo en la época en que empezaron las peores purgas estalinistas. A Ariadna, que entonces tenía veinticuatro años, le fascinaba la idea de los cambios que estaban teniendo lugar en su país de origen y que gran parte de los intelectuales parisinos acogía con los brazos abiertos; de hecho como su padre, que toda la vida sintió la necesidad de entregarse ciegamente a un ideal, a una meta: primero, tras la Revolución, a los blancos, después a los rojos. Y es curioso que, ni siquiera después del increíble sufrimiento al que fue sometida durante diecisiete años —torturas en la prisión, el gulag y los trabajos forzados en el lejano norte—, Ariadna no cambiara su opinión sobre la URSS.

En el mismo año 1937, solo un mes y medio después de que Ariadna volviera a Moscú, la siguió su padre, que anhelaba tanto la patria que en 1931 había solicitado en la embajada soviética de París el permiso para regresar, lo que el NKVD aprovechó enseguida para reclutarlo para sus servicios secretos. ¿Y Tsvetáieva? Marina no quería ni oír hablar de volver. Mas finalmente, ante la presión de la familia, dejó París en 1939 y volvió con su hijo Mur a Moscú para reunirse con Ariadna y sobre todo para cuidar de su marido enfermo. Durante el trayecto en barco anota en su diario: «Caminé a bordo, después me detuve y me sentí físicamente como Napoleón de camino a la isla de Santa Elena». Así que Marina era consciente de que no habría trayecto de vuelta, de que se trataba de un destierro para siempre, de que terminaba la vida en libertad y tal vez la vida misma.

Una vez en Moscú, Marina se enteró en la misma estación de que su hermana Anastasía y también el hijo de esta habían sido arrestados. A Marina no la visitaba nadie ni recibía invitaciones; de todas maneras, eran pocos los que sabían que se hallaba en Moscú. Ni siquiera su viejo amigo el escritor Borís Pasternak, uno de los más próximos a ella, se dejaba ver por su casa. Lo único que Pasternak hizo fue, a través de un conocido, mandarle recuerdos a la hermana de Efrón para que se los diera a Marina. Casualmente la poeta estaba presente. Un mensajero le daba recuerdos; ella apretó los labios y le restó importancia. Sabía que la gente le tenía miedo. El miedo era omnipresente. Pero Pasternak, que abogaba más y más por las

víctimas de las persecuciones, a las que llamaba mártires, fue el único que ayudó a Marina cuando, tras el arresto de su marido y de Ariadna, se encontró con un hijo de catorce años, sin dinero, sin empleo y sin techo: gracias a su intercesión, Marina pudo trasladarse a una casa para escritores y se le confiaron varias traducciones.

Desgraciadamente, Marina no llegó a saber, porque no vivió para verlo, que Pasternak mantuvo correspondencia con Ariadna y trató de ayudarla cuando fue liberada de los campos y también mucho tiempo después, cuando la enviaron al norte de Siberia a realizar trabajos forzados perpetuos fuera del campo.

¿Se imaginaba Marina de otro modo la vida a su vuelta? Sin duda no se la imaginaba de color de rosa, pero no podía prever el infierno con el que se encontró. ¿Y Ariadna? En Moscú trabajó en la Unión de Periodistas como grafista y periodista. Por aquella época conoció a un joven que se enamoró de ella y que se fue a vivir a su casa a pesar de no haberse divorciado de su mujer. Es difícil decir si Ariadna sabía que Samuil trabajaba para el NKVD; lo más probable es que no. Seguramente a Samuil lo enviaron sus superiores para que delatara a Ariadna; solo así se explica que después toleraran que mantuviera correspondencia con ella y que la visitara una vez en el gulag a pesar de que oficialmente no estaban casados. Luego Samuil cayó en desgracia, fue arrestado, condenado a muerte y, en 1952, fusilado; hasta ese momento, ayudó a Ariadna y a sus parientes como pudo.

Marina volvió a un Moscú dominado por el pánico a la represión, a los arrestos y a la muerte. La histeria se percibía en el aire, la gente se acostaba con un maletín preparado para la cárcel o para Siberia. Se arrestaba y ejecutaba sin miramientos y sin ningún tipo de lógica. En el verano de 1939, toda la familia vivía en una cabaña de madera cerca de Moscú con gente que había mandado el NKVD. El menor movimiento estaba bajo control estricto. Con todo, Serguéi Efrón, que se trataba allí el corazón, se recuperaba poco a poco gracias a la presencia de Marina y los hijos. Y entonces sucedió.

Al mes y medio del regreso de Marina, la noche del 27 al 28 de agosto, alguien llamó a la puerta. Varios policías secretos llevaron a cabo un registro domiciliario a fondo que se prolongó hasta el amanecer. Por la mañana se llevaron a Ariadna. «Incluso en tal situación se mantuvo todo el rato a la altura: se reía y bromeaba, si bien algo rígida», anota Marina. No se despidió ni de su madre ni de su padre ni del hermano: creía que volvería en cuanto se viera que se trataba de un malentendido.

«¿Te vas sin despedirte?», preguntó Marina.

Ariadna, entonces sí bañada en lágrimas, les dijo adiós con la mano.

No volvió a verlos.

Al padre lo encerraron el 10 de octubre. Una desesperada Marina escribió al ministro del Interior, Beria: «Mi marido está gravemente enfermo; he vivido con él treinta años y en la vida he conocido a mejor persona». Esta y otras cartas quedaron sin respuesta.

Desde este momento, Marina acudía en Moscú a dos prisiones: su marido y su

hija se encontraban separados. Temblaba de miedo, le castañeteaban los dientes. Después de una de las visitas anotó: «Dentellaba de tal manera que no he sido capaz de dar las gracias».

¿Qué pasaba entretanto con los reclusos? En 1954, un año después de la muerte de Stalin, cuando las condiciones se relajaron un poco, Ariadna presentó una solicitud al fiscal general de la URSS en la que describía la experiencia de su encarcelamiento: «Cuando me encerraron, los que me interrogaron querían: 1. Que confesara que era agente del servicio de inteligencia francés; 2. Que confesara que mi padre lo sabía; 3. Que confesara que mi padre también pertenecía al servicio de inteligencia francés. Me pegaron desde el primer interrogatorio. Me interrogaban de día y de noche, incluso en la celda; no me dejaban dormir, me encerraban descalza y desnuda en celdas heladas, me azotaban con porras de goma llamadas “interrogadores para mujeres”, me amenazaban con fusilarme, representaban mi ejecución».

Ariadna aguantó meses de torturas y de presión psíquica para que acusara a su padre de algo que no había hecho.

Una vez más, la devolvieron a la celda con la cara morada, medio inconsciente. Mucho tiempo después escribió al respecto: «No podía creer que fuera yo: yo, todo esto, ¡no lo podría aguantar!», y suena como una paráfrasis de los versos de Anna Ajmátova, cuyo hijo se hallaba también en una prisión estalinista y cuyo primer marido fue fusilado después de la revolución, mientras que al segundo lo mandaron al gulag: «No soy yo esa, es otra quien sufre. Yo no lo resistiría».

Finalmente, destrozada física y psíquicamente, Ariadna firmó el papel que le tendían.

Después de un año de sufrimiento, interrogatorios y torturas en la cárcel, la condenaron de manera arbitraria, sin juicio, a siete años de trabajos forzados en el campo penitenciario con el régimen más estricto de todos.

Su padre, Serguéi Efrón, encarcelado también, nunca claudicó a pesar de que lo torturaron de modo parecido a la hija, si no más. En aquella época demostró tanta voluntad y carácter como nunca en la vida. Es algo común entre los presos que saben que ya no tienen nada que perder, porque en cualquier caso está todo perdido de manera irremediable y el único, el último resto de terreno humano que les queda y con el que pueden demostrarse que todavía son humanos es manifestar una fuerte voluntad y no traicionar a sus allegados, y por lo tanto tampoco a sí mismos. El empeño de Efrón era tanto más digno de admirar por el hecho de que se hallaba en un estado lamentable. Tras un intento desesperado de suicidio, el psiquiatra de la cárcel escribió sobre su estado: «El preso sufre alucinaciones, a menudo auditivas; tiene la impresión de que alguien habla de él en el pasillo, que lo quieren arrestar, que su mujer está muerta. Sufre ansiedad, muestra señales de abatimiento y extenuación, piensa solo en el suicidio y tiene un temor y convencimiento insólitos de que le espera algo terrible».

Lo fusilaron tras dos años de prisión, un mes y medio después de la muerte de su

esposa. Más tarde se encontró un papel con su firma totalmente deformada e ilegible que atestigua el estado en el que se encontraba.

Marina, entretanto, se había quedado sin medios siquiera para alimentar a su hijo Mur. Nadie quería darle trabajo a alguien que había emigrado y que estaba perseguido por el NKVD, todos temían relacionarse con una mujer cuyos marido e hija eran presos políticos: les daba miedo que les trajera la desgracia. El NKVD le pidió su colaboración: si no aceptaba, se encargarían de que le negaran el salario allí adonde fuera. Marina lo rechazó. Una de las últimas manifestaciones escritas que dejó fue una solicitud de trabajo: «Ruego me asignen un puesto de lavaplatos». Por orden del NKVD no se lo asignaron. La escritora que muchos consideran la mayor poeta del siglo xx se vio de ese modo empujada al suicidio.

En 1944 Mur, el hermano de Ariadna, murió en el frente, defendiendo la misma Unión Soviética que había destruido a su familia.

Ariadna no hablaba a menudo de los campos de trabajo, pero recordaba el viaje al gulag: la metieron en un vagón para ganado en el que había más de cincuenta ladrones y asesinos. Ella, que tenía entonces veintiocho años, comprendió al instante lo que le esperaba y, horrorizada, se dejó caer de rodillas junto a la puerta, ya corrida y cerrada.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el cabecilla de los ladrones.

En aquel ambiente, el nombre de Ariadna Efrón sonó inusual, como palabras mitológicas, de otro mundo.

—¡Conque tú eres Álochka! —se alegró el cabecilla.

Y es que su amante le había hablado de Ariadna, vecina de celda en Lubianka: Ariadna la había ayudado a guardar varios objetos y había compartido con ella la comida que su madre le mandaba a la cárcel.

Le hicieron un sitio en una litera y la cubrieron con una manta.

Cuando al cabo de varios días abrieron el vagón de ganado y Ariadna salió de él viva, los guardias no podían creer lo que veían.

Habían enviado a catorce mujeres a los campos de trabajo. Solo dos llegaron con vida.

Ariadna trabajaba con los leñadores más allá del círculo polar, en el campo Kniazh-Pogost, en la República de Komi: en medio de una oscuridad absoluta que duraba seis meses al año y a cincuenta bajo cero, cortaba árboles, los partía con la sierra y después los apilaba.



Ariadna Efrón, hija de Marina Tsvetáieva, en el gulag

Allí se enteró de la muerte de su padre y también allí recibió una de las últimas cartas de su madre:

Querida Alia:

[...] Dices que lo que llevas peor es la alegría; a mí me pasa lo mismo: cuando sucede algo bueno, los ojos se me llenan solos de lágrimas, sobre todo en lugares públicos; basta una simple entonación amable. Vulnerabilidad profunda. Es que lloro por todo, ¿sabes? Abro enseguida la boca como un pez y me trago las lágrimas, me impongo al llanto pero me atraganto y los demás no saben adónde mirar...

Después dejaron de llegarle cartas de su madre. Ariadna preguntó por ella a sus parientes, pero nadie le dijo nada. Todos temían contarle la verdad. Hasta al cabo de bastante tiempo no se enteró, a través de una tía, de la muerte de su madre y de que en 1944 había muerto su hermano Mur.

En 1947, una vez cumplida la pena en el gulag, Ariadna, que había cumplido los treinta y cinco años, toda huesos, canosa, con el corazón delicado y un soplo cardíaco, se instaló en Riazán; los reclusos tenían prohibido vivir en la capital y a un radio de cien kilómetros alrededor; por lo que normalmente se instalaban en ciudades situadas a ciento un kilómetros. Allí, tras hacer varios trámites burocráticos, empezó a dar clases en la escuela de arte. Borís Pasternak le mandaba sus traducciones de Shakespeare y Ariadna se las leía a sus entregados alumnos.

En 1949, sin embargo, volvieron a encerrarla, y la condenaron y la deportaron a Turujansk, en la región de Krasnoyarsk, a un centenar de kilómetros del círculo polar, relativamente cerca de Norilsk, tristemente conocido por ser el gulag situado más cerca del Polo Norte. Desde allí, Ariadna escribió las cartas a Borís Pasternak que Ela me había dejado leer mientras preparaba el té y algo para picar. Ariadna había conocido a Pasternak en París en 1935, cuando tenía veintitrés años; a su vuelta a Moscú se vieron con más frecuencia.

6 de marzo de 1950

Querido Borís:

... Hace unos días vino en viaje oficial el candidato a diputado del Sóviet Supremo por Turujansk. Hacía un frío terrible, pero toda la población salió corriendo a recibirlo. Los chavales se encaramaron a los postes y las verjas, los músicos frotaron sus trompetas con alcohol para ensayar luego la marcha *El héroe soviético*. Obreros y empleados públicos enarbolaban banderas, retratos, pancartas y consignas, cuyo colorido se acentuaba por el contraste con la monotonía de un paisaje nevado. Al final, desde el aeródromo, un tintineo de campanillas. Nosotros sabíamos que aquel sonido procedía precisamente de allí, pero parecía que viniera de todas partes a la vez, a causa de la pureza del aire y de un fuerte eco. Cuando finalmente aparecieron los trineos, tirados por unas jacas peludas y correosas, todo el mundo gritó «¡hurra!» y se precipitó hacia el candidato. Solo que en medio de aquel alboroto fue difícil reconocerle enseguida, ya que tanto él como sus acompañantes, que eran muchos, tenían las caras igualmente enrojecidas, como abrasadas por el frío. Asimismo, todos vestían pellizas blancas de piel de cordero. En un primer momento pensé que, por mi edad, yo ya no estaba para aquellos trotes, pero no me pude contener y también eché a correr, sin saber bien adónde, en medio de chavales y consignas; salté cercas, me hundí en la nieve hasta las rodillas, grité «¡hurra!» y regresé al trabajo tremendamente contenta, afónica, con las botas llenas de nieve hasta los topes y con restos de espuma en la boca.

¿Sabes? Me encanta todo tipo de manifestaciones, fiestas populares e, incluso, ferias; adoro la multitud rusa. Jamás una obra de teatro o cualquier otra clase de espectáculo «premeditado» me ha hecho gozar tanto como una fiesta popular que se desborda por las calles de una ciudad o de un pueblo, o sea, todo lo que mi madre no soportaba.

He vuelto a contarte un montón de nimiedades que para nada importan en la vida actual. Me doy cuenta de ello, lo sé con certeza, en fin.

Te mando un beso fuerte. ¡No vuelvas a enfermar!

Tuya,

ALIA

17 de abril de 1950

Querido Borís:

... Hemos tenido tres días primaverales seguidos. La nieve se torna negra, se hace porosa y quebradiza, el agua gotea de los tejados, unas nubes grises y tibias se deslizan por el cielo. Aún falta mucho para que la taiga empiece a reverdecer, pero ya va adquiriendo tonos azulados, se envuelve en una bruma color de nata y cuando el sol se pone detrás de la franja boscosa que marca la línea del horizonte, una tenue penumbra desciende suavemente sobre la nieve como si de la sombra de unas pestañas enormes se tratara. A causa de la luz del sol, todo se vuelve maleable: las delgadas ramas de los pinos alerce, las ramas de los abetos, exuberantes como la cola de un zorro, de modo que los contornos pierden la sequedad y nitidez propias del invierno. Salen a la luz de Dios los niños y los cachorros nacidos en invierno y criados en las cabañas junto con los terneros y las gallinas. A los pájaros todavía no se los ve ni se los oye, salvo una vez que por casualidad vi una bandada de gorriones singulares, con copete y babero blanco en el pecho.

No deja de sorprenderme que últimamente no viva en absoluto el invierno, más bien lo «sobrevivo», tan solo «llego» hasta la primavera, etc. (Discúlpame por escribirte en un papel tan malo; incluso uno así es difícil de conseguir aquí).

Hoy he ido a ver a la doctora. Me ha dicho que el mal estado de mi corazón para nada se corresponde con mi edad y me ha aconsejado más reposo y, también, que evite las preocupaciones y los desasosiegos. A tenor de todo eso, me ha recetado un montón de porquerías. Además, por lo que entiendo, tienen efectos secundarios. Por lo que se refiere al reposo y al sosiego, ya te lo puedes imaginar y, en cuanto al corazón, no estoy conforme, pues creo que aún le queda mucha pólvora por quemar.

Siempre me angustia sobremanera acudir a los locales oficiales, comisarías, ambulatorios, oficinas,

etc., y aspirar su particular olor, también oficial. Hoy me he pasado en el ambulatorio cuatro horas seguidas haciendo cola con los demás pacientes: hombres con barba de varios días, mujeres lívidas con el pelo desgredado, adolescentes repletos de pecas sobre unas caritas de pómulos salientes. Bancos con los respaldos pulidos por las innumerables espaldas; pancartas que proclaman: «Nos hemos curado del cáncer» y «Proteged a los niños de las diarreas de verano», pulidas por las miradas; oh, qué hastío me provocan, lo mismo que las conversaciones a media voz sobre los dolores en la parte inferior del pecho, debajo del omóplato, en el estómago, en los senos, en las sienes: ¡todo son dolores! También a mí me duele el corazón; es un dolor sordo y lastimoso pero, como efecto de la abundancia de males ajenos, empiezo a sentirme sana hasta lo indecente y me entran ganas de sacudirme ese sopor y salir corriendo.

En cambio, ¡qué bien están los hoteles, los embarcaderos y las estaciones de tren! La tristeza que allí revolotea es de una naturaleza muy diferente, es una tristeza viva, de alas enormes y recias, a punto de transformarse en júbilo, ¿verdad? Su intensidad se iguala a la de la felicidad. La tristeza de las salas de espera es distinta, es una tristeza que desplumaron viva, una tristeza sin expectativas (¡hermosa palabra!). No es tristeza siquiera sino, más bien, una mosca de otoño.

Todo lo que te estoy contando es de una insignificancia indudable. El ruido, la aglomeración y la incomodidad me asedian pero, a pesar de todo, tengo muchísimas ganas de conversar contigo, aunque sea brevemente. Mejor dicho: ¡al ver todo esto tengo tantísimas ganas de conversar contigo! Todo me resultaría llevadero si no echara terriblemente de menos Moscú. Esta falta me causa más que nunca un verdadero sufrimiento y una tremenda tristeza. Y eso que viví allí muy poco tiempo, hasta cumplir los ocho años, y luego otros tres, ya de adulta. Esta clase de angustia es la más terrible y quizá sea pariente del sentimiento que provoca un amor no correspondido. A pesar de haber sido tantas las ciudades magníficas y elegantes que he visto y donde he vivido, jamás las he querido, aunque las haya admirado, comprendido y apreciado. Una vez abandonadas, no dejaban en mi memoria más huella que los decorados de las piezas teatrales que alguna vez había visto.

Pero Moscú es verdaderamente la ciudad de mi alma, como lo era del alma de mi madre; es mi ciudad, mi única propiedad, a cuya pérdida sigo sin resignarme. Sueño —y es la pura verdad, no lo digo por decir— con calles, callejuelas y pasajes precisamente moscovitas, y no con otros cualesquiera. Aun así, no me gustaría vivir en Moscú pues no quisiera que se convirtiese para mí, debido a la cotidianidad, en la ciudad de unos pocos itinerarios habituales. Si de mí dependiera, viviría y trabajaría encantada muy lejos de Moscú, precisamente en el norte, más al norte aún de lo que estoy ahora. Viviría y trabajaría de verdad, no de la manera en que me veo obligada a hacerlo actualmente. Escribiría libros que trataran de cosas que pocos tienen ocasión de ver, escribiría bien, ¡te doy mi palabra! El extremo norte es tierra virgen para un escritor, decididamente; nadie ha acertado todavía a escribir algo de verdad notable sobre el tema. Iría a veces a Moscú de visita, para sumergirme en ella por un momento y otra vez de vuelta al norte. Ya lo ves: no paro de decir «haría, haría»...

Un beso fuerte y gracias.

Tuya,

ALIA

5 de diciembre de 1951

Querido Borís:

Te escribo deprisa y corriendo pues, aunque trabajo sin parar, no hay manera de ponerme al día, y eso que debo llegar a tiempo para «registrar» y «formalizarlo» todo. Muchas gracias por el envío. Comprendo tan bien como si estuviera a tu lado lo que te debe de costar en estos momentos. Esta locura de distancia que nos separa geográficamente no me impide tener una idea cabal sobre todo aquello que guarda relación con tu vida y tu trabajo. Pienso en ti muy a menudo y, sin dudarle siquiera, creo acertar en todo lo que pienso. Me resulta algo cómico, pues en toda mi vida te he visto solo unas pocas veces, y aun así ocupas en ella un lugar muy importante. Esto último no es del todo cierto, pues «un lugar importante» suena a muletilla y demasiado hueco. Más bien has llegado a formar parte de mí como alguna vez, hace tanto tiempo que no lo recuerdo, lo hizo mi madre, que llegaría a ser un poco yo, lo mismo que yo llegaría a ser un poco ella. Aunque, en general, todo aquello, que puedo sentir clara y llanamente, se vuelve un galimatías que no tiene nada que ver con la esencia del sentimiento cuando intento referirlo en un papel.

Me resulta fácil pensar cuando voy deprisa hacia algún lugar no muy lejano, en medio de nieves sin fin, con algunas tachas de cercas torcidas, que parecen jeroglíficos, y cables eléctricos que vibran con una

cantinelas pesadas a causa del frío. Entonces es fácil y ligero mi pensar, como si unas bocanadas de aire puro y alguna que otra ojeada al invierno de Turujansk fueran suficientes para que las cosas ocuparan su lugar y se ordenaran de alguna manera. Es de lamentar que esta clase de medicina, tan asequible además, no tenga efectos duraderos.

He empezado a cansarme con facilidad y eso, además de irritarme, me preocupa. No me queda nada de energía, tan solo el aguante, que es el último recurso vital con el que contaba para cuando fuera vieja. A veces pienso que, si mi suerte se trocara milagrosamente para bien, las fuerzas regresarían. ¡No puede ser que se hayan agotado por completo sin que las empleara en algo que realmente mereciera la pena!

El invierno empezó aquí después de las festividades de noviembre con fríos de cincuenta grados bajo cero, pero ahora es diciembre y estamos casi a cero grados, de modo que me he animado un poco. ¡Cuesta horrores trabajar cuando hace muchísimo frío y los elementos asedian por todas partes! Solo me consuela que el invierno de aquí sea hermoso, aunque a pesar de toda su belleza es extraño, como una madrastra de buen parecer a quien admiras y padeces a la vez...

5

10 de octubre de 1952

Mi querido Borís:

¡Acabo de recibir tu aviso de transferencia y unas líneas maravillosas en un impreso tan de oficina! No me canso de decirte lo agradecida que estoy, sobre todo por el hecho de que todo lo que viene de ti es para mí como una fiesta, o sea, algo de lo que estoy privada por completo y de lo que en absoluto puedo prescindir en la vida. Cada vez que veo algo de tu puño y letra vuelvo a experimentar la misma sensación de profunda felicidad que me sobrevenía en vísperas de la Pascua, la Navidad o, al menos, en mi cumpleaños cuando era niña. La verdad, te quiero muchísimo (¿tal vez sea hereditario?), te quiero como solo los elegidos pueden querer a otros elegidos, o sea, sin hacer caso del tiempo ni del espacio, sin límites, ¡por encima de las barreras!^[2] Pero conociendo tu manera de ser, estoy segura de que me responderás, al comprender que esas líneas tienen su origen en la dimensión espacio-temporal, y a pesar de que tienes gripe, que estás tremendamente ocupado y demás. Ya me diste semejantes lecciones pero, desde luego, no aprendí.

Aquí ya estamos en invierno y en un primer momento, hasta que llegue a hastiar, es maravilloso. La vida vuelve a estar escrita en negro sobre blanco, la nieve es muy reciente y, sobre ella, todas las cosas parecen también nuevas y diminutas: todas las casuchas, hombrecitos, caballitos y perritos. Solo el río se muestra hostil como de costumbre, y su incesante fluir, aunque oprimido por el hielo, sigue embargando de zozobra el alma.

Aquí el cielo es siempre bajo, cercano y más obvio que nunca. El sol y la luna están, a diferencia de en Moscú, al alcance de la mano y se puede ver al natural, cómo y con qué, el norte fabrica el buen y el mal tiempo, lo cual hace que uno ya no se sorprenda por nada. Tan solo la aurora boreal eleva de vez en cuando la bóveda

celeste a una altura tal que el corazón se encoge, y luego vuelve a bajarla para acabar con la sensación.

Si no fuera por ti me sentiría muy sola, pero lo veo todo un poco con tus ojos y eso hace que sienta, de alguna manera, que estoy en tu compañía, lo cual me alivia. Fuera de todo esto, la vida de aquí se parece a Luchínushka^[3].

Hoy se ha marchado el último barco. Después de zarpar y alejarse de nuestra fea orilla ha dado un bocinazo de despedida y ha puesto rumbo al sur para adelantarse, por poco tiempo, al invierno. Y aquí nos hemos quedado: gentes, balsas, pajares parduzcos y botes volcados, todos cubiertos de nieve. Todavía no hace frío, pero el horizonte es de color rosa como una sandía abierta, lo cual augura bajas temperaturas. ¿Para qué te cuento todo esto? Dicho a la manera de Chéjov, con la salvedad de que este se refería a cierta esposa, el invierno es lo que es...

6

29 de mayo de 1953

Mi querido Borís:

Te echo mucho de menos aunque te escriba tan poco. Las labores y quehaceres, que no tienen fin, se comen no solo mi tiempo sino también mi ser entero, aunque en vez de «se comen» sería mejor decir que me dispersan, me hacen añicos. Incluso en los pocos momentos en los que consigo recomponerme en una sola pieza no dejo de sentirme una especie de mosaico. «El cisne, al cielo; el lucio, al agua, y el cangrejo camina hacia atrás»^[4]: todo eso en una misma persona. En semejante estado cuesta hasta escribir una simple carta.

A pesar de que mayo ya está a punto de acabar, hoy tenemos el primer día primaveral, frío y azul. Hace frío porque el hielo baja por el río. Desde el otro lado de la ventana se oye un fragor auténticamente de océano, poderoso e indolente. Desde muy niña me sobrecoge esta indolencia de las extensiones acuáticas; cualquier llama posee más temperamento que el Yeniséi, que desemboca en el océano, y que el océano, que engulle el Yeniséi. El agua es poderosa e indolente como la muerte, por lo que la aborrezco y le tengo miedo. Ayer vi ahogarse a un chaval que estaba en la orilla pescando troncos que bajaban por el río. A un extremo de la cuerda se ata un gancho de hierro, y el otro extremo se sujeta en una mano. Entonces, cuando se acerca algún tronco, se arroja con fuerza la cuerda y el gancho se clava en la madera. El malogrado chaval se ató la cuerda al cuerpo y la arrojó hacia un tronco pero erró, de modo que, en lugar de en su objetivo, el gancho se clavó en un témpano de hielo que bajaba y que lo arrastró con él. Un monstruoso caos de moles de hielo se lo tragó a dos pasos de la orilla y nada se detuvo ni un instante, pues «un minuto de silencio»

es una invención humana. El agua fluía igual de inexorable, el viento seguía soplando y arrastrando por el cielo, a la desbandada, unas nubes desastradas y torcidas. No se produjo ningún milagro divino, los hombres no pudieron socorrerlo y su madre se quedó en la orilla barrosa dando voces desesperadas y rasgándose las vestiduras. Su cara, lo mismo que sus desnudos pechos y sus manos de lavandera, era blanca como un metal en fundición, y la gente apartaba la vista. La muerte y la desgracia siempre se muestran desnudas y da vergüenza mirarlas.

Borís, querido, incluso la primavera de aquí ha llegado ya a asquearme y no es por aquel chaval, es algo general. El cielo es demasiado espeso o demasiado vacío; el agua, impasible; la vegetación, escasa y las personas hace mucho que las describió Gorki. Por el pueblo vagan vacas, tan flacas como en un sueño bíblico, y miran con sus ojos idénticos como los de las estatuas griegas. Se comen la corteza de las estacas de álamo de los huertos y se frotan las espaldas en todos los postes de telégrafo. Los caballos, que disfrutaban de sus vacaciones previas a la labranza, transitan entre el lodo por las pasarelas de madera, de modo que las personas han de meterse en el fango. Sobre los montículos de tierra que sirven de refuerzo a las paredes exteriores de las cabañas, se sientan los «mozos» y miran de hito en hito a las «mozas» que pasan, ataviadas con cuanto se puede comprar en la tienda local, de modo que una de cada dos viste de lunares; una de cada tres, de rosa y una de cada cuatro lleva un vestido con grandes flores estampadas, lo cual hace que se parezca a una yegua rodada. Todas sin excepción llevan calcetines de color azul. En el aire, por encima de todo, flota un ligero aroma que se desprende de los cerezos al otro lado del río, acompañado del son de un acordeón victorioso, igual de dulzón.

Hoy ha llegado el primer barco. Entre los pasajeros, según me han contado unas muchachas, no había ninguno joven y atractivo. Aunque ha desembarcado uno joven y bien vestido. Pero, puesto que ha resultado ser instructor del comité regional del Partido que venía a supervisar la formación ideológica en las organizaciones de base del Komsomol, el interés por él no ha tardado en extinguirse cediendo su lugar a un temor sagrado.

Ya tenemos luz solar durante las veinticuatro horas, pero eso no hace que me sienta mejor.

¡Un beso fuerte y cuídate!

Tuya,

ALIA

3 de junio de 1954

Borís, querido amigo:

Perdona por no haberte escrito en tanto tiempo. No sé por qué, pero al leer tu

última carta, al momento me sentí ofendida y quise encontrar un rato libre para responderte con un montón de tiernas insolencias. Lo haré sin falta pasado un tiempo, cuando vuelva en mí, si es que lo logro. La cuestión es que me enteré de la muerte de S. D. Supe de su enfermedad el año pasado, pero tenía la esperanza de que se recuperara. Ahora ya no se puede esperar nada más. ¿Sabes, querido? Hace mucho que me cuesta seguir viviendo; no he podido, sigo sin poder y no podré jamás encajar todas estas pérdidas. Cada vez que sucede es como si me cortaran una parte de mi cuerpo; todas las prótesis son inútiles. ¡Vivo como si me hubieran descuartizado, solo falta que me corten la cabeza y ya está! Por lo demás, parece que hace mucho que me las arreglo sin ella...

7

Mientras espero a que regrese Ela, pienso en Ariadna: la rehabilitaron en el año 1955. Inmediatamente después de su llegada a Moscú se puso a recopilar la obra y la correspondencia de su madre, Marina Tsvetáieva, para su primera edición en la Unión Soviética. Al principio no tenía nada. Su habitación en un piso compartido con varios inquilinos estaba vacía, solo había en ella un baúl con los escritos de Marina y un perro de peluche que le había regalado una amiga para darle la bienvenida a Moscú tras su larga ausencia.

Al ver su pobreza, sus amigos le trajeron toda clase de objetos más o menos prácticos. Durante el día, Ariadna se ganaba la vida traduciendo poesía; de los idiomas que desconocía (por ejemplo el español, el alemán y el georgiano) traducía usando una primera versión hecha por un especialista en esa lengua; de esa manera tradujo, entre otros, a Baudelaire, Verlaine, Lope de Vega y Goethe.

Y por la noche solía abrir el baúl lleno de raros tesoros y se disponía a pasar los poemas de su madre a limpio y clasificar tanto la poesía como la correspondencia.

Muchas personas la consideraban arisca, poco diplomática: con su suave voz y sus gestos femeninos decía a la gente a la cara cosas duras y desagradables. «Siempre digo lo que pienso porque no tengo tiempo para inventar mentiras», afirmaba.

Ariadna pasó los últimos diez años de su vida en Moscú. A finales de los años cincuenta, Pasternak la invitó a compartir piso con su amiga Olga Ivínskaya y su hija Irina. En 1960, tras la muerte de Pasternak, que había desempeñado en su vida el papel de padre, hermano, amigo y admirador, y después de que detuvieran y sentenciaran a varios años de gulag a Olga e Irina —a Olga por segunda vez—, Ariadna vivía en Moscú y se dedicaba a construir el archivo de Marina Tsvetáieva, además de escribir su propia obra literaria. Puesto que tenía el corazón débil, por prescripción médica pasaba los meses de verano en Tarusa, cerca de Moscú, donde acabó varios trabajos biográficos sobre su madre. Fue allí donde a la edad de sesenta

y tres años murió de un infarto.

8

Ela vuelve con el té y se sienta junto a mí sobre la cama.

—Usted ha venido por mí y por mi historia —dice con una sonrisa de niña buena y una vocecilla dulce de chiquilla a la que le avergüenza hablar. Pero bajo esta delicada superficie siento que Ela sabe muy bien lo que quiere—. Usted ha venido por mí y por mi historia, así que, si no tiene ningún inconveniente, voy a hablar de mí...

»Fueron tres las generaciones de mi familia que sufrieron represalias. Empezaron antes de que yo naciera, en 1924. Muy a principios de los años veinte, mi tío y mi abuelo paterno murieron durante el saqueo y la destrucción de la iglesia del pueblo, que ellos habían intentado salvar. Eso fue en Ucrania, durante la guerra civil que siguió a la revolución y duró cinco años: desde 1917 hasta 1922. Lo que le pasó a mi familia fue algo parecido a las atrocidades que describe Isaak Bábel en su volumen de relatos *Caballería Roja*.

»Pero el espanto no acabó allí: mi abuelo materno fue represaliado en 1926. En 1937 detuvieron y fusilaron a mi padre.

»Yo nací en Tiflis, la capital de Georgia, entonces una de las repúblicas que formaban la Unión Soviética. En mi familia éramos cinco: mis padres, mis dos hermanas y yo. Mi padre era viceministro de la industria de madera del Transcáucaso. Beria, el ministro de Asuntos Interiores y georgiano, al igual que Stalin, y mi padre se odiaban, porque en una ocasión mi padre había propuesto hacer una distribución de los recursos forestales más justa entre Georgia, muy rica en madera, y Armenia y Azerbaiyán, que carecían casi por completo de dichos recursos, mientras que Beria lo quería todo para Georgia. No tardaron en cesar a mi padre de su cargo y lo rebajaron a director de un consorcio de construcción. Más tarde fue acusado de haber malogrado el trabajo del consorcio, por lo que lo volvieron a cesar y lo nombraron director de una cooperativa agrícola en Poti, en Georgia, que se dedicaba al cultivo de mandarinas.

»En una ocasión, el presidente del comité municipal del Partido llamó a mi padre y le preguntó por qué no tenía en su despacho ningún retrato de Beria. Mi padre intentó que todo quedara en una broma alegando que Beria no le había regalado ninguno. Este se enteró por terceros y le prometió a mi padre regalarle un cuadro tan bonito que jamás pudiera dejar de admirarlo. A principios de 1937 detuvieron a mi padre. Poco después lo fusilaron.

»Después de la muerte de mi padre, mi madre peregrinó de una oficina a otra buscando trabajo. Le contestaban: “Vuelva en una semana, a ver qué podemos hacer”.

Y al volver, las personas con las que había hablado ya no estaban, las habían detenido. Incluso las personas que vivían con la ilusión de ser impunes porque ocupaban un puesto de cierta importancia en la jerarquía estatal eran detenidas y desaparecían en un gulag o las fusilaban sin más. Tantas detenciones... Parecía un tsunami, pero de larga duración. No entiendo cómo había personas que no entendían lo que se cocía en el Partido Comunista.

»A mi madre, la encarcelaron a finales de ese mismo año, de modo que a los catorce me quedé huérfana. Déjeme que le recite un pequeño poema:

Con el mar de lágrimas hasta la rodilla
que nuestras madres derramaron,
bañados en nuestra propia sangre,
hemos mirado a la muerte cara a cara
y os vamos a juzgar por toda una generación
a la que engañasteis y por nuestros padres
a quienes matasteis y dejasteis pudrir en vida.

»Estos versos los compuse en el gulag, en los años cincuenta. Mucha gente componía versos en los campos de trabajo: eso ayudaba a mantener la mente ocupada.

9

—A mis hermanas y a mí iban a mandarnos a un orfanato, pero la administración del colegio donde estudiábamos logró impedirlo. Cuando arrestaron a mi madre, nos sacaron de nuestro apartamento y lo precintaron. Teníamos una gata que se había quedado encerrada dentro de una de las habitaciones. No tenía qué comer y maullaba sin parar. Intentamos pasarle comida por debajo de la puerta, pero no hubo manera. Entonces acudimos a la comisaría y pedimos que liberaran al animal. Con gran sorpresa nuestra, se avinieron a hacerlo. Para recompensarnos de algún modo, nos dieron un pequeño apartamento de dos habitaciones.

»En el colegio fui buena alumna; me interesaba la ciencia. En vísperas de la guerra presenté una solicitud para ingresar en la facultad de Mecánica y Matemáticas de Leningrado, pero la invasión nazi estropeó mis planes.

»Las tropas alemanas avanzaban tan rápido que a finales de agosto de 1941 ya habían ocupado Donbass, la parte este de Ucrania en la que habitábamos en aquella época. Por entonces a mi madre ya la habían puesto en libertad, así que vivimos juntas bajo la ocupación. Antes de que nuestro pueblo fuera liberado por las tropas soviéticas en 1943, la región había pasado y vuelto a pasar de mano en mano muchas veces: la ocupaban los nazis, luego la recuperaban los soviéticos y así hasta el final de la guerra.

»Recuerdo bien que durante la guerra tenía ganas de caer en las manos de la Gestapo para que me arrestaran y así demostrar que era una verdadera comunista. Al igual que muchos de mis compañeros, yo creía tener una misión vital que estimábamos de gran importancia histórica: la de construir el comunismo. Así nos lo enseñaron desde que éramos niños, y nos lo creímos; esa misión daba sentido a nuestras vidas y nos hacía felices. El Estado soviético promocionaba el activismo y la participación, básicamente en la esfera política. Su mecanismo se basaba en la interacción de la gente que hacía realidad los mensajes que le interesaban al Estado. Nos acostumbramos a ser activistas procomunistas, no sabíamos pensar de otra manera.

»La enseñanza que recibimos en los años veinte y treinta en la joven Unión Soviética bajo el mandato de Stalin versaba sobre lo inconmensurablemente importante que resultaba cada una de nuestras acciones para el futuro. Cada cosa que hacíamos podía tener una envergadura cuyo alcance iba más allá de nuestras vidas, más allá incluso de la Unión Soviética. El futuro debía ser no solo soviético, sino universal: era el comunismo, la felicidad, la igualdad de todos.

»Nosotros, me refiero a toda mi generación, crecimos convencidos de la trascendencia de todo lo que hacíamos y decíamos. Nos inculcaron que nuestras acciones eran determinantes para el buen o mal futuro del mundo entero: eso era lo que nos enseñaban a diario, durante horas en el colegio y el instituto, eso era lo que se respiraba en el aire. Todos los jóvenes estábamos impregnados de ese sentimiento de la propia grandeza. Nadie se puede imaginar lo llena y apasionante que resulta la vida de alguien que vive en la convicción de que está ayudando a construir algo grande.

»La mayoría de la gente, incluso los jóvenes, creía en Stalin. Él proporcionó una dimensión a sus pequeñas vidas. Pero muchos otros, hijos de padres represaliados, éramos muy críticos con él. De hecho fuimos los primeros disidentes. Los disidentes creíamos en el comunismo, no lo rechazábamos en absoluto, pero tuvimos fe en el verdadero comunismo, no en el que practicaban Stalin y Beria sirviéndose de la violencia.

10

—En el colegio y el instituto nos educaron para que estuviéramos siempre dispuestos a sacrificarnos por el bien común. Como consecuencia, cuando cumplí diecinueve años, entre varios compañeros de clase formamos una organización terrorista clandestina con el fin de atentar contra Stalin y Beria, a los que considerábamos artífices de la sangrienta dictadura que se había establecido en la URSS. Éramos seis: cinco chicos y yo. Llamamos a nuestra organización Muerte a Beria.

»No éramos ilusos respecto a nuestras capacidades de atentar, solo queríamos

llamar la atención de la gente sobre la política criminal que estaba diezmando el país. Nuestra mayor proeza fue pegar proclamas que incitaban a la población a darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Las actividades de la organización se prolongaron entre 1943 y 1945, año en que nos fuimos a vivir todos a distintos lugares. Aquello no nos había acarreado ningún problema hasta que en 1948 uno de los compañeros nos denunció a todos.

»Nos pusimos en semejante peligro dentro de un régimen que perseguía cualquier desviación de la ideología establecida porque teníamos fe en nuestra misión histórica. A pesar de que pudiéramos morir ejecutados, creíamos que las generaciones futuras nos darían la razón y nos celebrarían como a unos héroes, como a unos mártires.

»Yo era la que odiaba a Beria con más fuerza. Y puesto que sabía que era un mujeriego empedernido, decidí tenderle una trampa: seducirle (de joven yo era muy vistosa) y luego matarle. Como Judith a Holofermes. Me daba asco, pero lo hubiera hecho para eliminar de la faz de la tierra a ese asesino en masa. Lo habría ajusticiado por mi padre, pero no solo por él: sobre todo por el bien del pueblo ruso y de la humanidad entera.

»La visión de la propia vida como la de un héroe que se sacrifica por el futuro de la humanidad produce un dulce vértigo. Es como vivir ebrio de la propia importancia. Tal vez Jesucristo experimentara algo así. Y muchos, muchos otros que se rebelaron.

»Puesto que desde la escuela estábamos entrenados para distinguir entre el bien y el mal, nuestro armamento fue esencialmente la crítica, y la formulábamos muy bien. La mía fue la primera generación de jóvenes que empezó a tener una postura crítica hacia el Estado soviético, a pesar de la gran victoria en la Segunda Guerra Mundial. Después de la guerra no hubo muchos entre nosotros que se dedicaran a cantar odas al régimen; aquellos tiempos habían quedado atrás. Uno de mis compañeros dijo que si alguien gritaba elogios a la URSS era un imbécil o un farsante. Eso era lo que pensábamos todos. Además, los que somos judíos no podíamos dejar de percibir que no estábamos en igualdad de condiciones con los que no lo eran.

»En el universo de nuestra juventud había buenos y malos, y nada en medio, porque, lo repito porque es algo muy importante para comprender la mentalidad de los soviéticos, desde pequeños nos enseñaron que el bien y el mal estaban separados por una línea divisoria muy clara. Vivíamos en un mundo bipolar. Los buenos eran los comunistas, los malos los capitalistas, o sea los occidentales, que eran absolutamente malvados a ojos del régimen, al igual que cualquier otra cosa que pudiera distraer de la construcción del comunismo. Esta división era básica, era la esencia de todo. Así que desde pequeños nos acostumbramos a dividir el mundo y la gente entre el bien y el mal, en amigos y enemigos, en bienhechores y malhechores.

»A los malhechores debíamos odiarlos. Sí, también nos enseñaron a odiar, a delatar y a castigar a los malos, sobre todo a los malos comunistas, a todos los que no eran sinceros. Desde pequeños nos enseñaron el odio. Del amor no se hablaba; lo que importaba era el odio. Castigar a los malhechores formaba parte del programa

soviético de llevar a cabo acciones útiles.

»Como ya he dicho, yo nací en 1924 y toda mi generación se parecía a mí, pero no solo ella. A la gente más joven también la embargaba ese sentido de misión que tenía una importancia histórica. Los padres incluso ponían a sus hijos nombres de pila que eran símbolos del comunismo, esa meta radiante; muchas chicas se llamaban Lenina, muchos chicos Mels, las iniciales de Marx, Engels, Lenin y Stalin. El nombre que me pusieron mis padres, comunistas convencidos, siete años después de la revolución fue Kommunela. Es un nombre que antes de la revolución no existía, y se deriva de la palabra “comunismo”. Ahora este nombre no me gusta por sus connotaciones, así que uso su versión abreviada, Ela. La mayoría de la gente se sentía orgullosa del experimento comunista, que veía como una mar de bondad que paulatinamente se extendería por toda la tierra, por todo el planeta, por todo el universo.

11

—Pero estaba hablando de la Segunda Guerra Mundial y he hecho una digresión. Uno de mis recuerdos más profundos es del día en el que los soviéticos lanzaron una incursión de paracaidistas para reconquistar nuestro pueblo de manos de los nazis. Ese día se produjo un encarnizado combate. Los combatientes malheridos quedaban tirados en la calle y nadie los socorría. Entonces, salí corriendo y me puse a acarrearlos hacia el ambulatorio del pueblo, donde esperaba encontrar alguna asistencia médica pero dentro no había nadie. Logré poner a salvo a unos setenta heridos. Luego llegó un hospital de campaña soviético.

»Al ver lo que había logrado me elogiaron y extendieron un papel que certificaba mi acto de heroísmo para una posible condecoración. Pero los efectivos soviéticos, acosados por los alemanes, se batieron en retirada y caímos bajo el poder de los nazis. Cuando estos veían una aglomeración de personas en zonas de combate, mataban a todos sin pestañear acribillando a la gente con sus metralletas. Iban a hacer lo mismo con nosotros pero yo, que los conocía bien debido a los dos años de ocupación, salí corriendo a su encuentro y les convencí, hablando en alemán, de que aquel era un hospital de civiles.

»Los nazis montaron guardia en las puertas del ambulatorio sin dejar salir a nadie, con el propósito de identificar al día siguiente a los que estaban dentro, pues sospechaban de todos los rusos. Durante la noche conseguimos sacar por la puerta de emergencia a los heridos que no podían valerse por sí mismos y los escondimos en algunas casas del pueblo. Al día siguiente, los nazis se dieron cuenta de que los heridos que quedaban en el ambulatorio eran soldados soviéticos y los hicieron prisioneros. Luego anunciaron que todo aquel que escondiera en su casa a un

combatiente soviético sería fusilado y con él, todas las personas que residieran en la misma calle.

»Durante la ocupación nazi, en el pueblo funcionaba una bolsa de trabajo en la que las autoridades alemanas extendían una especie de cédulas de identidad a los residentes. Me convencieron de que me colocara a trabajar allí para conseguir impresos en blanco de aquellas cédulas, y luego falsearlos poniendo los nombres y apellidos de los heridos escondidos por la población. De este modo se podría demostrar que los heridos, en el caso de que los descubrieran, eran civiles residentes en el pueblo. Me contrataron como intérprete y así pude conseguir los impresos, gracias a lo cual se salvaron muchas vidas. Cuando los soviéticos liberaron definitivamente nuestro pueblo, se prohibió a todos aquellos que habían estado bajo la ocupación alemana que se desplazaran fuera de su lugar de residencia.

»Mis dos hermanas perecieron en el sitio de Leningrado durante la guerra. Podrían haber sido evacuadas si lo hubiesen deseado, pero se negaron ya que querían seguir ayudando en el hospital. Así éramos los rusos.

»Yo, que había perdido mucho tiempo a causa de la guerra, deseaba estudiar en la universidad y solicité permiso para salir de mi pueblo. Me investigaron y me acusaron de colaboradora de los nazis por haber trabajado en la bolsa de trabajo. Mis intentos de defenderme, acompañados de los pertinentes testimonios propios y ajenos, no surtieron efecto. Además, como ya he dicho, en 1948 un miembro del grupo terrorista Muerte a Beria nos delató a todos.

»Nos detuvieron y, tras medio año de investigación, nos condenaron a veinticinco años de trabajos forzados. Me enteré de la denuncia durante la misma vista judicial por boca del denunciante, quien confesó públicamente habernos traicionado. No le sirvió de mucho, pues recibió la misma condena que nosotros; además, le enviaron a un campo de Karagandá, en Kazajistán, cuyas condiciones climáticas extremas tanto en verano como en invierno superaban en dureza a las del norte de Rusia, más allá del círculo polar, donde fue confinado el resto de nuestra malograda organización.

»En realidad, el traidor fue quien peor lo pasó, pues una vez empezó a confesar, se le exigió más y más información hasta que ya no le quedó nada en el tintero, lo cual provocó las iras de los instructores, que lo acusaron de ocultar información.

»Dentro de todo tuvimos suerte, ya que en 1947, justo un año antes de que nos juzgaran, se había abolido la pena de muerte, que se volvería a instaurar en 1949. Por lo demás, nosotros sabíamos el riesgo que corríamos al constituirnos en una organización subversiva, de modo que mentalmente estábamos preparados para afrontar la prisión y el resto del castigo. Eso nos dio fuerzas en el transcurso de nuestro confinamiento porque, a diferencia de muchos otros presos, sabíamos la razón por la cual estábamos allí. Antes de que nos enviaran al campo, juramos continuar nuestra lucha una vez saliéramos en libertad.

12

—Me condenaron a veinticinco años de trabajos forzados en las minas de Vorkutá e Intá, más allá del círculo polar, entre los hielos eternos, donde permanecí hasta después de la muerte de Stalin. Los demás chicos del grupo Muerte a Beria corrieron la misma suerte. Después de la guerra, toda la población de los territorios anteriormente ocupados por los nazis estaba bajo sospecha. A medida que los soviéticos fueron liberando Ucrania, los países bálticos, Polonia y Alemania, fueron llegando a los campos numerosos contingentes de civiles procedentes de aquellos territorios. Había muchos extranjeros de casi todos los países. Las personas morían como moscas. En mi caso, al hecho de haber vivido en Ucrania se sumó el de haber creado un grupo terrorista. Parecía una broma cruel habernos condenado a veinticinco años cuando era toda una proeza aguantar siquiera un par de meses.

»La única ventaja que tenía el régimen que se nos aplicaba a tenor de nuestra condena era la total separación, excepto en los lugares de trabajo, de los delincuentes comunes, que eran los peores enemigos de los presos políticos. Aquellos se regían por sus propias leyes y, siempre que podían, robaban y aniquilaban con el beneplácito de las autoridades de los campos a todo el que no pertenecía a su cofradía. La ideología oficial soviética de la época consideraba a los delincuentes comunes “elementos socialmente afines al régimen”.

»La inmensa mayoría de los recién confinados en los campos era gente joven. A muchas de aquellas personas se las acusó de tendencias separatistas, principalmente a los ucranianos y a los bálticos, debido a que en sus respectivos países había habido movimientos armados de resistencia a los bolcheviques. Los mismos que los liberaron de los nazis los sometieron al yugo soviético.

13

—Aguanté bien el campo, a pesar de que en todo momento me emplearan en los trabajos más duros, que eran las minas y la construcción de carreteras. Viví muchas situaciones difíciles, lo cual me curtió sobremanera y me enriqueció como persona, gracias a las experiencias vitales de todo tipo que atravesé.

»Y es que el gulag, precisamente por ser terrible, es enriquecedor. Se trata de una situación límite que te lo enseña todo sobre ti misma y sobre los que tienes a tu alrededor, sobre el ser humano. Estoy agradecida al destino por haberme mandado al

gulag, por lo mucho que allí conocí y aprendí.

»Aprendí por ejemplo que uno debe adaptarse a cualquier situación. La capacidad de adaptación es lo más importante en la vida. Quien no se acostumbraba a la vida del campo se hundía. Los demás nadaban sobre su superficie respirando bien y acababan dominando el terreno.

»Cuando era pequeña, mi padre me repetía una y otra vez una frase que nunca he olvidado: “¿Qué crees que buscan tus enemigos? Verte frustrada, amargada, con la cabeza gacha. Si no quieres darles ninguna alegría a tus enemigos, mantén siempre la cabeza bien alta”. Y así lo hice siempre, sobre todo en la cárcel y en el campo. Gracias a mi actitud, puedo decir que el campo fue una experiencia valiosa. No concibo mi vida sin esta vivencia que me curtió y me enseñó los verdaderos valores, no sus sucedáneos.

»Ser intrépido era básico en el campo. Mi madre, que también había aprendido lo suyo allí, me enseñó que aquel que se rinde acaba pereciendo. Recuerdo que en una ocasión, mientras trabajábamos, un hombre se acercó a uno de nuestros guardias y le pidió que le dejara retozar un rato con una de las presas. El guardia se negó y quiso echar al insolente. Entonces este sacó una navaja y amenazó al guardia que, mientras tanto, ya le estaba apuntando con su metralleta. La cosa se puso fea, de modo que arremetí como una tigresa contra ambos y... ¡los desarmé!

»Cada día era un aprendizaje. Fue en el campo donde comprendí que la injusticia que se había cometido conmigo formaba parte de la tendencia general del momento. Y no solo de aquel momento. Era parte de nuestro sistema. El sistema se basaba en la injusticia y la arbitrariedad, ese sistema en el que creíamos, el que ayudamos a establecer, el que dio sentido a nuestras vidas, el que impregnó toda mi juventud.

14

—Pero le voy a contar algo más alegre: el momento en que me enteré de que Stalin había muerto, ¿quiere? Tenía en el campo una amiga, pintora de profesión, que trabajaba en la sección cultural-educativa, cosa que significaba que organizaba las celebraciones de los días festivos del calendario comunista: la Revolución, el Primero de Mayo y cosas por el estilo. Sus superiores le habían dicho, a modo de gran secreto, que Stalin se encontraba muy grave de salud. Ella reflexionó sobre cómo darme aquella buena, buenísima noticia, sin que yo reaccionara de una manera exagerada que podría comprometerme. Por fin, tras reunirnos con otra amiga común, me lo comunicaron en el momento en que me estaba quitando las botas de fieltro después del trabajo. Entonces, en un arrebato de entusiasmo, levanté una de las botas y grité: «¡Chicas, hurra! ¡Chicas, bien! ¡Stalin la está palmando!». Pero aún no había muerto. Cuando por fin murió estábamos trabajando. Nuestros guardias, que en aquel campo,

a diferencia de otros, eran bastante compasivos con nosotras puesto que nos recogían las cartas para enviarlas y a veces nos permitían terminar el trabajo antes de la hora reglamentaria, nos dijeron: «Chicas, a bailar, ¡Stalin ha muerto!». En cambio, los soldados que custodiaban a los hombres mientras estos trabajaban montaron en cólera por la muerte de Stalin y los obligaron a mantenerse firmes en el frío intenso de comienzos de marzo.

»Con esto quiero decir que incluso entre nuestros carceleros había de todo. Según dijo Mamardashvili, un gran filósofo georgiano, ser humano consiste en el esfuerzo de serlo en todo momento. Esta frase me la repetía una y otra vez en el campo.

Mientras nos tomamos el segundo té, que esta vez ha preparado el marido de Ela, también un ex prisionero, veinte años más joven que su esposa, esta me revela que hay un poema que ha recordado toda la vida, un poema cuya belleza la ayudó a sobrevivir en el campo. Se dispone a recitar los versos con mucho sentimiento. Reconozco estrofas del poema «Jardín», de Marina Tsvetáieva.

Por ese infierno,
por ese absurdo,
dame un jardín
para mi vejez.
Para mi vejez,
mis días de perro,
mis años ardientes,
un jardín fresco.
Dime: —No sufras ya, toma
ese jardín, solo como tú.
(Pero tú no entres en él).
Toma ese jardín, solo como yo.
Para mi vejez ese jardín.
¿Ese jardín o quizás el más allá?
Dámelo para mi vejez,
para la absolución de mi alma.

15

Al despedirme, le comento a Ela:

—O sea que era broma lo que me ha dicho antes, que no leía a Marina Tsvetáieva. La anciana me abraza y pone cara de esfinge, sin decir ni sí ni no.



Ela Markman en su piso de Moscú en 2013

16

Ela Markman, siempre muy animada y activa, murió unos meses antes de que yo acabara mi libro. Le hubiera encantado verlo publicado.

MINERVA EN LAS MINAS

Elena Korybut-Daszkiewicz

1

Elena Korybut-Daszkiewicz me da la bienvenida con el decoro y la parsimonia de alguien acostumbrado a recibir invitados de cierta clase. En su vivienda, aunque también está situada en medio de la fealdad y el aburrimiento de las *jruschovki*, uno tiene la impresión de encontrarse en un elegante piso, amueblado con piezas antiguas de la Europa Central. La señora Korybut-Daszkiewicz, que para sus tratados científicos usa el apellido de casada, Márkova, sirve el té en un juego de porcelana de Sèvres, seguramente una de las reliquias que fue capaz de recuperar de las fauces de las guerras y revoluciones en su residencia de noble polaca.

Solo al cabo de un rato vislumbro que, al igual que la mayoría de las mujeres que pasaron por el gulag, tampoco Elena puede caminar bien o mantenerse mucho tiempo de pie. La causa de ese impedimento es la malnutrición prolongada.



«Solo al cabo de un rato vislumbro que...»

La señora Korybut-Daszkiewicz se comporta con una amable nobleza y dignidad. Antes de invitarme a que me siente en uno de sus sillones me enseña su prodigioso archivo sobre el gulag, en el que ha reunido libros, cartas, documentos, fotografías y dibujos.

Antes de ponerse a narrar su historia, Elena me anima con su cálido tono profesional:

—Quiero que se sepa todo, aquí y en Occidente. Pregúnteme lo que quiera, se lo diré todo. Soy un compendio, una enciclopedia del gulag.

Mientras cuenta su relato, nuestras tazas tintinean sobre los platillos una y otra vez. El té tiene un sabor delicioso; la hija, Inna, de unos cincuenta años y rostro joven, llena una y otra vez la preciosa tetera. Cada vez que entra en el comedor, observa a su madre con tierna solicitud.

Elena Korybut-Daszkiewicz se concentra y se pone a narrar su historia, condensándola y recordando con precisión algunos detalles significativos a cuya luz su relato adquiere la dimensión que le corresponde.

2

—Me detuvieron los liberadores, o sea los soviéticos, durante la Segunda Guerra Mundial, después de la batalla de Stalingrado, en 1943. Consideraron que la población entera de los territorios ocupados por los nazis durante la guerra se componía de colaboracionistas y traidores a la patria. Muchos de los que fuimos a parar al gulag proveníamos de Ucrania, otros de las repúblicas bálticas, del este de Polonia y de Bielorrusia, además de numerosos judíos rusos víctimas del antisemitismo de Stalin.



Elena en 1943

»A mi padre, que era profesor, lo habían detenido durante las purgas de 1937 y poco después lo fusilaron. Tras su muerte, mi madre y yo nos quedamos en la miseria. Mi madre, Waclawa Korybut-Daszkiewicz, era una polaca procedente de una antigua familia aristocrática; había estudiado Matemáticas, además de varias lenguas extranjeras y Música en la Universidad de Kíev, ciudad donde yo nací en 1923.

»Durante la guerra, que pasamos en la región ucraniana de Donbass, trabajé en el hospital, que pasaba de manos rusas a manos alemanas una y otra vez, según el resultado de las batallas. Trabajé de manera desinteresada como enfermera para ayudar a los heridos de guerra. Y puesto que hablaba bien el alemán, cuando los nazis dirigían el hospital muchas veces hacía de intérprete entre los rusos heridos y los directores sanitarios. Cuando los ejércitos alemanes se batieron definitivamente en retirada, antes de huir de nuestra ciudad de Krasnoarmeysk, que en según qué épocas

también se llamó Grishino y en la actualidad ha llegado a llamarse Pokrovsk, quemaron muchas casas, además de la cárcel; todos los presos perecieron en el incendio. Supongo que a los nazis no les dio tiempo de pasar a fuego el hospital.

3

—Cuando las tropas alemanas se retiraron de los territorios que habían ocupado, entre otros mi ciudad, yo solo pensaba en matricularme en la universidad. Para poder hacerlo tuve que pedir permiso de salida para trasladarme a Leningrado. Pero los trabajadores de la oficina que tramitaba los traslados, en vez de ayudarme, me acusaron de haber colaborado con los nazis y me detuvieron. Y puesto que la cárcel se había quemado en el incendio, me enviaron a un centro de detención provisional.

»Se trataba de un enorme hoyo oscuro, subterráneo, una especie de tumba grande llena de gente hasta los topes. No había servicios ni agua para lavarse; la gente hacía sus necesidades donde podía. El hoyo lo tapaban herméticamente, de modo que había poco aire para respirar; la gente se mareaba, desfallecía y los ancianos se morían. Recibíamos muy poca comida y lo que era peor, poca agua. Nos hallábamos en la oscuridad sin fin.

»Pero cuando nos acostumbramos a las tinieblas, fuimos capaces de distinguir las miradas de nuestros compañeros en la desgracia y buscamos establecer contacto con los demás. Las personas se comunicaban a través de los ojos; hubo casos de simpatía mutua, otros de enamoramiento. Puedo afirmar que fue gracias a aquellos contactos tácitos que muchos de nosotros sobrevivimos. En las condiciones extremas en las que me tocó vivir fui testigo de cómo el hombre puede aniquilar a otro hombre con un solo gesto o cómo puede salvarle la vida únicamente mirándolo con bondad.

4

—Al cabo de unas semanas, me transportaron a la cárcel de la ciudad de Stálin, hoy Donetsk, en Ucrania. Mientras duró la investigación de mi caso con sus correspondientes interrogatorios, reflexionaba a menudo sobre el destino de mi familia. Yo era la tercera generación de prisioneros. A finales de los años veinte, mi abuelo Michał Korybut-Daszkiewicz murió en la cárcel de Kíev de un infarto durante un interrogatorio. A mi padre lo arrestaron en 1937 y lo metieron en esa misma cárcel, donde poco después encerraron a mi madre, otra Korybut-Daszkiewicz. Seis años más tarde era yo la encarcelada, una chica de veinte años. Me acusaron de

colaboracionismo con los nazis y me condenaron a quince años de trabajos forzados, el más duro en la escala de los castigos, por traidora a la patria.

5

—En junio de 1944, después de un largo viaje desde la cárcel de Stáline, los presos aterrizamos en el campo de Kotlas. Nos habían llevado en un barco de carga por el río Dvina. Llegamos por la noche, pero puesto que era la estación de las noches blancas, se veía como si fuera de día. En una orilla del ancho río distinguimos un paisaje verde que se componía de bosques y colinas, adornado con una iglesia blanca con varias cúpulas doradas; en la otra orilla divisamos alargadas barracas ennegrecidas. Eran dos mundos muy distintos. Me pareció que lo observaba todo desde el río Leteo y que por una orilla, la oscura, alta y de difícil acceso, se entraba en el infierno, y por la otra, luminosa y deliciosa, en el paraíso.

»Antes de acostarnos, en la barraca donde nos dieron un brebaje como cena, me tocó sentarme al lado de un anciano con barba blanca. Resultó que era siberiano y que estaba en la cárcel por haber ejercido de chamán, cosa que estaba prohibida. Me pidió que le enseñara la palma de la mano. Nunca me había gustado que me adivinaran el futuro, pero no quería ofender al anciano; por otra parte, admito que sentía curiosidad.

»—Tu camino será largo y duro —afirmó el chamán—. Te esperan muchas contrariedades, muchos aprietos. Tendrás la muerte en los talones más de una vez, a veces estarás tan mal que tú misma llamarás a la muerte para que se te lleve. Perderás tu melena dorada, y te encerrarán bajo tierra.

»Temblé, y él se dio cuenta.

»—Pero no tengas miedo, nunca tengas miedo, eso es esencial. Lo superarás todo, pero no volverás a casa hasta después de muchos años. Una vez en libertad conocerás la felicidad y el éxito. Veo algunos libros. Vas a escribirlos tú y te convertirás en un personaje célebre y distinguido. Solo morirás cuando seas muy mayor, rodeada por los miembros de tu familia.

»Al día siguiente nos transportaron más al norte.

6

—Al llegar al campo de mi destino enfermé de erisipela; pero al cabo de un par de semanas me repuse y Ania, mi doctora, me mantuvo en el ambulatorio como su

ayudante. De modo que el primer trabajo que me adjudicaron en el campo fue el de enfermera. Conocía bien esa profesión porque, como ya he mencionado, durante la guerra y la ocupación nazi había trabajado de enfermera en mi ciudad.

»Un día, Ania me dijo:

»—Esperemos que le gustes a Buydán.

»No sabía qué significaba tener que gustarle a alguien, pero me limité a preguntarle:

»—¿Quién es Buydán?

»—Es el director del ambulatorio.

»Al final, Buydán dio su visto bueno para que me quedara a trabajar en el ambulatorio. Me asignaron el turno de noche. Yo era la única enfermera y cada noche fallecían varias personas. Estaba sola con los moribundos, con sus quejas, con su llanto. No podía ayudarles ni aliviarlos porque casi no había medicamentos y las condiciones sanitarias eran lamentables. La enfermedad más extendida era la distrofia. Ya la había visto cuando trabajaba de enfermera durante la guerra, pero entonces las personas morían por la patria y esa certeza las aliviaba, mientras que aquí fallecían de hambre y por las condiciones inhumanas. La mayoría de aquellas personas habría podido seguir viviendo si se les hubiera proporcionado alimentos adecuados, pero en el campo se quedaron en los huesos; las camillas se llenaron de esqueletos vivientes envueltos en piel. Yo, que aún conservaba mi aspecto normal porque acababa de llegar al campo, sentía hasta vergüenza por mi salud, mi juventud y mi aspecto humano.

»Un día me fijé en que Ania llevaba un vestido debajo de su bata de médico, que no la obligaban a ponerse los harapos de prisionero. Además, lucía un bonito pelo mientras al resto de nosotras, que acabábamos de llegar, nos habían rapado tanto la cabeza como el pelo púbico: antes de entrar al campo, unos hombres, en medio de la nieve, sin mirarnos siquiera, nos despojaron de todo el pelo con varios navajazos.

»El cabello rubio de Ania, que también le habían afeitado, había tenido tiempo de crecer lo suficiente como para formar en su cabeza un divertido peinado a lo chico, como si hubiera elegido ese corte a propósito para que le favoreciera. Su vestido negro resaltaba su figura esbelta. ¡Qué poder tiene la ropa! Entre todos los prisioneros vestidos con ropa de trabajo sucia y medio rota, Ania parecía una chica sentada en un restaurante caro a la cual en cualquier momento se le acercaría un hombre elegante. Sin embargo, no se le podía acercar nadie que no fuera un preso desaliñado y envuelto en harapos mugrientos y hediondos. Tener que llevar ropa de trabajo formaba parte de nuestro castigo: era una manera más de humillarnos, desmoralizarnos y tenernos bajo control.

»Un día, durante mi turno de noche, entró un hombre y se puso a gritar:

»—¡Qué pocilga es esta!

»Luego caminó entre las literas de los enfermos mientras seguía gritando palabras soeces. Me preguntó sobre los casos graves y le dije que varias personas acababan de

morir. Parecía que al hombre le daría un ataque de tanto chillar y echarme la culpa de todos los muertos.

»Al día siguiente se lo conté a Ania; la chica soltó una carcajada:

»—Esta es la táctica de Buydán. Quiere meterte miedo para luego acercarse a ti con más facilidad.

»—Quiero dejar este trabajo —dije, indignada—. No estoy aquí para que se me acerque uno cualquiera.

»—Parece que no sabes adónde has ido a parar, bonita. Aquí no eres nadie y no estás en condiciones de elegir. Este es un campo donde hay muchos, muchísimos hombres y pocas mujeres. Hay otros campos que son solo de mujeres, pero aquí te tienes que acostumbrar a las miradas masculinas. Y la cosa no se quedará en miradas furtivas ni proposiciones caballerescas. Nosotras no tenemos ningún derecho, nadie nos hará caso. Aquí, la mayoría de la gente está deshumanizada. Tienes que intentar sobrevivir, es lo único que importa. Y para que sepas toda la verdad, el director del ambulatorio no es la peor elección de todas. Podrías ir a parar a las garras de los presos comunes, ladrones y asesinos.

»—¿Los ladrones y asesinos están aquí con nosotras? ¿No nos han separado?

»—Trabajarías en las minas con ellos. Y las que mandan allí son las prostitutas. Enseguida alguien se apoderaría de ti para convertirte en su propiedad. Si intentas protestar, te matarán o te mutilarán, que es lo mismo. Te recomiendo que no te opongas a las proposiciones de Buydán. Pero si eres una virgen purísima o si Buydán te resulta insoportable, entonces ten en cuenta que está prohibido utilizar la violencia, aunque todo el mundo la usa. Pero como él está a un paso de la libertad (lo sentenciaron en 1937), tal vez no quiera buscarse problemas y evitará recurrir a la fuerza.

7

—Al día siguiente pedí que me enviaran a las minas. Sabía que así se acabaría mi carrera en la medicina, el poder ayudar a los enfermos en un edificio más caliente que los demás, mi sueño de poder llevar ropa de calle en vez de los repugnantes trapos deformes de los prisioneros. Y sin embargo, me sentí como una ganadora. «Voy a trabajar en las minas», pensé; «pero peor que las minas sería perderme a mí misma».

»Durante mis largos años de cautiverio tuve ocasión de ver algunos casos en que las mujeres defendieron su honor. Esto puede parecer improbable: no éramos más que esclavas, de hecho éramos menos que esclavas, no teníamos ningún derecho en absoluto. Pero cuando esto ocurría, generalmente era gracias a la fuerte voluntad de la mujer.

»Después de que yo abandonara el ambulatorio, Ania encontró a un hombre con

quien pudo vivir un amor en el campo: tuvo un novio, a pesar de todas las prohibiciones, advertencias y amenazas. El amor les duró todos los años que permanecieron encerrados en el campo. En una ocasión, Ania quedó embarazada y como sabía que las autoridades del campo tenían la obligación de quitarles los bebés a las madres, optó por el aborto. En las primitivas condiciones del ambulatorio se lo realizaron mal y Ania estuvo a punto de morir. Por aquel entonces Buydán ya no se encontraba allí y yo pude volver a ejercer de enfermera, y estaba de servicio mientras a Ania se le escapaba la vida debido a la septicemia. Aunque la tapaba con todo lo que encontraba, ella no paraba de temblar como una epiléptica. Pero al final se recuperó. La siguiente vez que se quedó embarazada, decidió tener al bebé. Dio a luz a una niña. Después de que se la quitaran, Ania pidió que la trasladaran a la guardería del campo para poder estar cerca de su hija. De esta manera, Ania fundó una familia en el gulag.

8

—Puesto que había rechazado a mi jefe y, con él, un modo de vida soportable en la enfermería, tuve que experimentar de lleno lo que era la vida de un preso normal en las minas de Vorkutá. Pésimas condiciones de higiene, una carga de trabajo sobrehumana, desnutrición: todo eso transformaba a los presos en moribundos desvalidos que, pocos meses después de llegar al campo, fallecían casi en su totalidad. Muchos morían en las minas a causa de los accidentes que sucedían a diario. La seguridad laboral y la mecanización del trabajo brillaban por su ausencia. Ninguno recibía siquiera una formación elemental en minería, que requiere conocimientos y hábitos prácticos especiales. Se procedía de una forma muy simple: el mismo día en que llegaba una nueva partida de presos, se los enviaba a trabajar bajo tierra, incluidas las mujeres. Eran nuevos, estaban frescos, y por lo tanto eran capaces de ofrecer algún rendimiento.

»Jamás olvidaré mi primera jornada en la mina. Era la n.º 9. Los guardias nos condujeron hasta la boca negra del agujero. Por encima del abrigo nos colocaron lámparas de minero que se alimentaban con queroseno y cuya luz amarillenta e intermitente no iluminaba en absoluto. A empujones, nos introdujeron una a una en el subterráneo. Fuimos descendiendo, prácticamente a tuestas, por un túnel inclinado y angosto, hundiéndonos en socavones y chocando contra obstáculos imposibles de identificar. Del techo, sobre nuestras cabezas, caían chorros de agua. El suelo era resbaladizo; de vez en cuando, alguna de nosotras caía, las que caminaban detrás se amontonaban sobre ella, las lámparas se apagaban... Al final, llegamos a la galería. Una vez allí, a los hombres se los destinaba a las labores de arranque y a las mujeres a las de carga. Mi primer trabajo en la mina fue arrastrar el mineral de carbón con

ayuda de una pala. El artificiero (obligatoriamente una persona contratada, de condición libre, pues solo a ese tipo de trabajadores se le confiaba el manejo de explosivos) colocaba las mechas y hacía volar la roca. Luego los presos hombres descargaban el mineral arrancado sobre unos toboganes al pie de los cuales se encontraban varias mujeres que tenían que arrastrarlo con palas. Yo, por regla general, no era capaz de absorber tal volumen de trabajo: el carbón se amontonaba rápidamente amenazando con tapan la galería y enterrarme bajo su peso. Entonces, el capataz (uno de los presos comunes) acudía corriendo, mientras lanzaba injurias, para zurrarme. Pero como la paliza no podía hacer que la cantidad de carbón, que se amontonaba a una velocidad terrorífica, disminuyera, él mismo tenía que emplearse a fondo para despejar el corredor.

»Al cabo de varios días de trabajar en la mina empecé a contar con la ayuda inesperada del artificiero, que se apiadó de mí y se prestó a echarme una mano cuando el mineral llegaba a ser especialmente abundante. Supe muy poco de él, ya que casi no me hablaba: a los trabajadores libres les estaba terminantemente prohibido hablar con los presos. Se llamaba Volodia y era de Leningrado. Tras licenciarse en Ingeniería de Minas, lo destinaron a Vorkutá. Quedó conmocionado por la situación de los presos y el hecho mismo de la existencia de trabajos forzados en nuestro país. Mientras arrastraba el mineral para ayudarme, me hacía preguntas sueltas. En primer lugar, quería saber por qué estaba yo allí. Le conté brevemente como pude el incidente del hospital. A veces Volodia me traía algo de comida, y por el Año Nuevo de 1945 me hizo un regalo: una aguja de coser y una bobina de hilo. Ni siquiera nos estaba permitido tener aguja e hilo así que, sin poder remendar nuestra ropa, vestíamos harapos. Sin embargo, alguien se chivó y a Volodia lo trasladaron a otra mina.

9

—Muchos de los presos perecieron víctimas de fusilamientos extrajudiciales. El pretexto legal más extendido era el intento de fuga. Todos los desplazamientos se hacían con escolta. La orden era clara al respecto: «Paso a la izquierda, paso a la derecha, despertaré la lógica sospecha de un intento de fuga y la escolta disparará sin avisar». A personas extenuadas, incapaces de caminar en línea recta, si daban un paso en falso, si se tambaleaban al andar o quedaban rezagadas, se las fusilaba en el acto a la vista de todos. Lo mismo a los que se acercaban demasiado a la «zona prohibida»: una franja de tierra removida entre la alta valla exterior y el cercado interior de alambre de espino. Un «intento de fuga» servía de pretexto para lo que fuera. En los campos de trabajos forzados, el abuso no tenía límites. En verano, al preso que cometía una pequeña infracción se lo desnudaba hasta la cintura y se le obligaba a

permanecer de pie junto a la torre de vigilancia. Los mosquitos lo machacaban vivo, era imposible quedarse quieto. Al primer movimiento sonaba el disparo...

»Eran frecuentes los fusilamientos en masa. A finales de los años cuarenta, en Mulda se masacró, por “amotinamiento”, a toda la población de un gulag de hombres. El suelo y las paredes de los barracones de aquel campo arrasado estaban manchados de sangre y fragmentos de cerebro humano cuando nuestra partida de presas desembarcó allí para reemplazar a los fusilados...

»Dediqué un poema al fusilamiento de los presidiarios; está en mi archivo. Un momento... Aquí. Se llama “Moloch de nieve”. Se lo voy a leer:

Aleteó el ocaso sangriento
como un ave que cae abatida...
Se heló el grito ante el horror:
¡La frontera de lo inalcanzable
ha sido traspasada!
Los confines se miraban espantados,
apresurándose a esconderse
en la oscuridad de la noche.
El MOLOCH de nieve se estremeció
ante la ofrenda abundante
sobre el ARA sacrificial...
En el cristal de la ventana,
la helada dejó una esquila,
en el idioma del polvo de nieve:
El valiente halcón, arrojado al precipicio,
dejó caer las alas rotas...

»En marzo de 1946, nueve bálticos se fugaron. Los guardias les dieron alcance e hicieron que los perros los despedazaran. Sus cadáveres fueron exhibidos, a modo de escarnio, sobre la nieve de la entrada del campo. Les colocaron unas tablillas de madera en las que escribieron con sangre: “¡A los perros, muerte perruna!”. No era la primera vez que se practicaba esa clase de “exhibiciones” siniestras. Ya había sucedido en la mina n.º 9... De los fugados, yo solo conocía a uno por su nombre; se llamaba Nine.

»Los bálticos habían empezado a llegar al campo a finales de 1945, pero el grueso no llegó hasta 1946. Desde Lituania, Letonia y Estonia venía una partida de presos tras otra. A la espera de que las puertas del infierno se abrieran, la partida de turno se colocaba en la entrada del gulag, donde se la podía distinguir bien desde el sector de mujeres del campo, debido a que se elevaba un poco por encima de la tundra circundante. Nosotras, presas “de la promoción de 1943”, observábamos sorprendidas a aquellos jóvenes “hermanos del bosque”, como llamaban a los guerrilleros bálticos que todavía conservaban fuerzas y energía para luchar contra el poder soviético. Vestían ropas de abrigo bonitas de corte occidental. ¡Por Dios! Era increíble que aún existieran personas bien vestidas, con apariencia humana. Nos parecían venidos de otro mundo, un mundo fantástico. Tras dos años de encierro en el campo, nuestro aspecto era el típico de las presidiarias: chaquetones sucios y rotos, pantalones

forrados de algodón, una especie de borceguíes de fieltro, gorros con orejeras. Parecíamos talladas por el mismo patrón; únicamente se nos podía distinguir por los números que llevábamos pintados sobre la ropa. Unos meses después, de la apariencia humana de los recién venidos ya no quedaba rastro. Su bonita ropa había desaparecido; los jerséis de lana gruesa habían sido reemplazados por chaquetones rotos. El trabajo extenuante en las minas y la bazofia con que se alimentaba a los presos transformaban con una rapidez inverosímil a los jóvenes rebosantes de fuerza en moribundos desvalidos. Los campos de trabajos forzados eran campos de exterminio. Se denominaban “campos de trabajos forzados de régimen extrasevero para los traidores a la patria”.

10

—Para no desesperar, mientras trabajaba en la mina recordaba poemas que sabía de memoria y me los recitaba a media voz, o cantaba bajito arias de ópera que conocía del repertorio de mi madre. Un día, una compañera que provenía de Lituania reconoció un aria de *El oro del Rin* y me dijo que Wagner había empezado a componer esta ópera en Riga. Una vez echadas en el barracón por la noche, nos pusimos a conversar sobre Wagner y su concepto de la obra de arte total; entonces pronuncié la palabra *Gesamtkunstwerk*. Buceamos en nuestra memoria en busca de todas las óperas del compositor; yo las pronunciaba en el original alemán, sobre todo la última, *Der fliegende Holländer*. Mi compañera me entendía, pues en Letonia las óperas se cantaban en alemán, al contrario que en la URSS, donde se cantaban traducidas al ruso. Luego nos pusimos a hablar sobre la amistad de Wagner con Liszt y sobre su hija Cosima, con la cual se casó Wagner.

»Después de esta conversación no pude dormir durante mucho tiempo porque en mis oídos flotaban las melodías de Wagner. Aquella noche llegué a sentirme como un ser humano.

»Al día siguiente, para mi sorpresa, fui requerida por el supervisor. ¡Ni se me ocurrió pensar que el motivo fuera la conversación sobre las óperas de Wagner que habíamos sostenido mientras estábamos tumbadas en las literas dentro del barracón! Pero ¡de qué manera se tergiversaron mis palabras! ¡Qué siniestra fue la manera en que el supervisor formuló la acusación contra mí! Se me imputaban delitos de apología del racismo, de la ideología y de las consignas fascistas, glorificación de los estadistas nazis y otras cosas por el estilo. Los apellidos de compositores alemanes habían sido trocados en los de jerarcas nazis. En el despacho del supervisor se procedió a interpretar la escena de turno del teatro del absurdo. ¡Cuán familiar me resultó aquello tras la investigación que se había llevado a cabo para mi causa! El supervisor tenía su versión de lo que habíamos hablado la noche anterior en el

barracón, y ni los compositores ni la música constaban en absoluto en aquella versión. El tema de la conversación había sido manipulado hasta el punto de desplazar los hechos históricos del siglo XIX a la época actual y suplantar los nombres de compositores germanos por los de nazis de renombre. El supervisor pretendía que yo reconociera “con toda franqueza” el hecho de haberlos ensalzado. En definitiva, debía confesar mis nuevos crímenes contra la patria. Yo me negué y expliqué una y otra vez el argumento de la ópera, para reflejar lo que había sucedido en realidad.

»—¿A santo de qué iniciaste la conversación sobre compositores? ¿Acaso te dedicas profesionalmente a la música? Aquí tengo tus datos. Fuiste internada en el campo cuando cursabas el último año de bachillerato, ¿no es así? En los institutos soviéticos no se estudia a los compositores alemanes. ¡Así que mientes, no hablasteis de compositores sino de fascistas!

»Tuve que emplear mucho tiempo para demostrar que no era verdad y explicar por qué me había dado por hablar de compositores.

»—Aunque no me dedico profesionalmente a la música, fui educada en una familia con aficiones musicales. Mi madre y mi abuela estudiaron en el conservatorio. En nuestra casa siempre sonaba música y canto, y había muchos libros sobre músicos. Leí sobre Wagner cuando aún era niña, por eso lo conozco aunque no lo estudié en el colegio.

»El supervisor no se dejaba convencer y me interrogó minuciosamente sobre los estudios de mi madre y mi abuela, con el objetivo de pillarme en una mentira. ¡Qué contento se puso cuando dije que mi abuela había estudiado en el conservatorio de Varsovia!

»—Vaya, vaya, resulta que tu abuela residió en el extranjero, así que tú, ya antes de nacer, tenías propensión a Occidente.

»—Mi abuela estudió en Varsovia a finales del siglo pasado, cuando Varsovia y casi toda Polonia eran parte de Rusia.

»Ese era el talante de mis visitas al despacho del supervisor. Aquella vez se me encerró en la celda de castigo para aislar me de mis compañeras de barracón so pretexto de evitar que yo influyera en posibles testigos. Posteriormente, casi todas ellas fueron interrogadas al respecto por el supervisor. La mayoría ni siquiera había oído o tenía una idea aproximada de la citada conversación. Y las que estaban al tanto, tampoco podían especificar nada. Pero al supervisor eso lo tenía sin cuidado, pues no buscaba dilucidar la verdad sino validar su versión de los hechos. Al posible testigo se le exigía “colaborar con la investigación” en aras de acreditar su condición de ciudadano soviético, dar pruebas de “estar vigilante ante la subversión”; de lo contrario, se lo consideraría cómplice del fascismo. En tales circunstancias, los había que estaban dispuestos a testificar lo que fuera.

»Durante aquellos días mi futuro dependía enteramente de lo que declararan los testigos. Si una o dos personas confirmaban la versión del supervisor, me vería amenazada por otra condena. Y como yo ya estaba cumpliendo quince años de

trabajos forzados, una nueva condena no tenía ningún sentido, por lo que se me sentenciaría, como era habitual en tales casos, a ser fusilada por “propaganda fascista”.

»Ignoro cómo fue verificada mi declaración. Por lo visto, alguien conocía los nombres de compositores alemanes y la obra de Wagner, lo cual me salvó la vida, y las represalias se limitaron al encierro en la celda de castigo.

11

—Después de meses de nieve, hielo y temperaturas rayanas en los cincuenta grados bajo cero, en agosto a veces disfrutábamos de unos días veraniegos. Recuerdo que la primera semana de agosto de 1947 hizo unos días de auténtico verano. Por aquel entonces volví a trabajar en el turno de noche en la enfermería. Cuando regresaba a las nueve de la mañana a mi barracón y el sol brillaba, me parecía tener alas.

»Me dije que debía aprovechar el momento y un día me detuve para observar la tundra soleada, una imagen que se podía apreciar en raras ocasiones. Paseé la vista por el inmenso espacio algo reverdecido que se levantaba en la distancia para encontrarse con el cielo. Como en una estepa, no había ni montañas ni ondulaciones del terreno que obstaculizaran la carrera libre de la tierra hacia el horizonte. Pero en ese mismo instante sentí que los ojos de la tundra no eran azules y amables sino grises, fríos, despiadados, que el abrazo de la tundra no era el de una madre sino el de una madrastra, y me recorrió un escalofrío.

»Para escapar a esas sensaciones contradictorias, me tendí junto al barracón encima de una manta. Para los presos era muy importante disfrutar de los pocos momentos agradables: eso nos daba fuerzas para seguir adelante a través del mar de adversidades. El sol calentaba y yo me sentía como si lo tomara en una playa junto al mar en medio de unas vacaciones. Echada encima de una manta miraba el cielo, que por regla general solía aparecer bajo toda la carga de nubes y nieblas; al contemplar sus alturas azules me parecía hallarme en el sur y me sentía distinta. Hasta que se me acercó mi compañera Valentina Mijáilovna y su voz desgarró mi luminosa dicha meditativa.

»—¡Oh, niña alocada! —me dijo—. ¡Qué es esto de echarte en el fango! ¡Vas a agarrar ciática y una pulmonía!

»—Lo que estoy agarrando es el placer intenso de la luz del sol y el calor. Acércate y te contaré un cuento sobre Chopin.

»—No, no te voy a apoyar en tu insensatez.

»Al cabo de una hora, Valentina volvió a acercarse diciendo que si seguía así, me garantizaba una insolación. Me reí:

»—Mejor morirse tomando el sol que vivir en medio de la niebla.

»Aquel día, en vez de ir a dormir en el barracón me quedé tomando el sol y antes de dirigirme al ambulatorio disfruté de una puesta roja carmesí.

12

—¿Cuál era el trabajo más duro de todos? —le pregunto a Elena—. ¿Podía haber algo más temible que pasar días y noches hambrienta, en una helada celda de castigo sumida en la oscuridad, y luego tener que salir a las minas o a construir la vía del ferrocarril?

—Sí —contesta—. Experimenté algo todavía más cruel, más refinadamente cruel. En pleno invierno, cuando no hay luz nunca y el sol no aparece ni por asomo, me enviaron junto con otros presos a construir un muro con piedras tan pesadas que costaba levantarlas. Un día nos obligaban a construirlo y al día siguiente nos ordenaban que destruyéramos lo erigido; y así una y otra vez. La mayor tortura de todas las que he vivido consistía en la inutilidad de un trabajo sobrehumano.

13

—Lo que me salvó fue, en gran parte, la belleza —afirma Elena—. Cuando podía escribía una especie de diario, aunque escribir cualquier cosa estaba estrictamente prohibido. La tundra, el hábitat en que nos encontrábamos, era un paisaje que llegué a amar y odiar a la vez. Le voy a leer una de las escasas entradas de ese diario que guardo en mis archivos.

Elena lee su texto en voz alta, como una actriz que vive cada emoción del poema que recita:

El Polo Norte nos echó su helado aliento invernal, impregnó el aire de un frío duro y seco, dándole la consistencia de la miel azucarada. Con las brumas del Ártico, el viento del norte tejía hilos de nieve y los tendía más allá del Polo Norte, ciñendo con ellos el sol y el horizonte. Luego trenzaba telas blancas y las impulsaba hacia las estrellas para arrojarlas finalmente a la tierra, tapando con un manto de nieve la TUNDRA negra. El invierno había llegado. El minúsculo día polar y la larga, larguísima noche. ¡La luz! ¿Acaso se puede vivir sin luz? La luz ilumina la vida, la luz descubre las lontananzas y las alturas, y traza caminos hacia ellas. Vivir es ambicionar la lejanía. Pero para nosotras... Esa escasa luz no nos proporciona alegría. Es la que ilumina nuestra vida y hace visible lo que nos duele ver: un cielo bajo, opaco, como los ojos de un ciego. Un cielo ciego... El sol, tras dejar ver apenas su desfallecida testa por encima de la línea del horizonte, nos mira indiferente con su ojo turbio y frío. Las lontananzas, contrapuestas, están envueltas en la neblina. La blanca TUNDRA yace muerta. Sobre su blancura de cadáver, resaltan las manchas negras de los barracones, las alambradas y las torres de vigilancia. Dondequiera que se dirija la mirada, sus contornos hieren la vista. Durante la noche polar, una densa oscuridad se posa sobre la TUNDRA. Entonces, parece tan sencillo traspasar, al abrigo de la noche, la frontera de lo prohibido... Sobre los barracones y las torres de la vigilancia, gorros velludos de nieve. El trazado del odioso gulag no carece de

sofisticación, y, por encima de él, se abren de par en par los cielos y ejecuta su danza la aurora boreal. El cielo vive, el cielo respira, el cielo se esfuerza por huir hacia lo desconocido. Pero sin poder hallar el camino, se agita, oprimido por la argolla del horizonte. Mientras la TUNDRA duerme, el cielo alborota, indómito, tiene vida propia. Esa vida nos resulta incomprensible, pero nos infunde esperanza... ¿Cómo aguardamos la noche polar? ¿Con pesadumbre y miedo, acaso? ¡Cierto, pues nos priva por mucho tiempo del sol y el azul del cielo! Aunque a la vez ocurre todo lo contrario, puesto que borra la geografía del campo de concentración y abre de par en par el cielo a otro mundo, ¡el de la aurora boreal!

14

Mientras Elena guarda su cuaderno en el archivo, le hago varias preguntas. La anciana vuelve a sentarse cómodamente y, después de sorber el té y dejar la taza en su platito, se dispone a reflexionar sobre su experiencia:

—Soy consciente de que algunas de mis compañeras de campo sostienen que su vida no habría sido tan plena sin la experiencia del gulag. Yo no estoy de acuerdo. Si pudiera volver a vivir mi vida, me habría gustado empezar la universidad a los dieciocho años y, al acabar los estudios, dedicarme al trabajo de lleno. El gulag fue una pérdida de tiempo, de salud, de energía. Los seres humanos estamos hechos para buscar la felicidad, la actividad que nos satisface, la belleza. Considerar el gulag imprescindible para aprender cosas sobre la vida me parece perverso, aunque entiendo por qué lo dicen: mis compañeras añoran las amistades que se estrechaban en el gulag. Sin embargo, en la vida en libertad también se puede disfrutar de grandes amistades. Creo que lo positivo que haya podido aportar a alguien la estancia en el gulag no compensa todo lo negativo. No, desde ningún punto de vista mi experiencia en el gulag valió la pena.

»En cambio, mi recuerdo luminoso de los campos va unido al tema de los libros.

Elena me enseña un libro de Pushkin, adornado con antiguos grabados, impreso en 1905:

—En el campo, este libro de procedencia desconocida pasó por centenares, tal vez miles de manos. Los libros tienen sus vidas, sus historias y destinos, igual que los hombres.



«—En el campo, este libro de procedencia desconocida...

Entonces me muestra un archivo de cartas que le mandaron a escondidas, de un barracón a otro, algunos presos: filósofos y escritores. Con sumo cuidado toco esos pedacitos de papel llenos de una letra minúscula medio borrada y constato que hablan de Kierkegaard, Goethe, Beethoven, Gógol...

15

—Todo lo que luego logré en la vida se lo debo a los escasos libros que pude leer en el gulag —concluye, y exclama—: Nadie es capaz de imaginar lo que para los presos significaba un libro: ¡era la salvación! ¡La belleza, la libertad y la civilización en medio de la barbarie!

»Curiosamente, mi vida se desarrolló de acuerdo con la predicción del anciano chamán —sigue contando—. Después de la muerte de Stalin en 1953, y gracias a los grandes esfuerzos de mi madre, las nuevas autoridades me conmutaron la pena por una especie de libertad provisional. En aquel momento me sentí muy decepcionada porque eso significaba que, aunque me dejaran salir del gulag, estaba obligada a seguir viviendo cerca de los campos de Vorkutá. Lo peor de todo era que no tenía permiso para matricularme en la universidad, que era lo que más ansiaba. No tenía trabajo ni dinero.

»Al final, mediante la intervención de unos amigos, encontré empleo en un laboratorio químico de la ciudad. Fue allí, en Vorkutá, donde me casé con un ex prisionero como yo. Mi marido, un hombre de gran humanidad y con un desarrollado sentido de la ética, trabajaba de director teatral en el teatro de Vorkutá. En 1954 por fin pude matricularme en los cursos por correspondencia de la Universidad

Politécnica de Vorkutá, de modo que cuando en 1960 me trasladé a Moscú con mi marido y mi hija Inna, de tres años, ya tenía un diploma que me sirvió para continuar mis estudios en el Instituto de Automatización y Cibernética de Moscú. Tenía treinta y siete años.

»Al llegar a la capital y encontrarme con un estilo de vida más despreocupado que el de Vorkutá, ciudad que funcionaba como refugio de numerosos prisioneros o ex prisioneros del gulag, tuve que adaptarme a la mentalidad de sus habitantes. Y de hecho no me acostumbré nunca a lo que interpretaba como un comportamiento superficial: las personas se quejaban de muchas cosas que yo consideraba que no tenían importancia y vivían unas vidas que llenaban con frivolidades sin saber bien qué querían.

»Creo que el gulag me ayudó a conocer los verdaderos valores de la vida, a saber distinguir lo sustancial de lo trivial. Me concentré en mis estudios y más tarde en mi trabajo, aprovechando cada minuto, casi diría cada segundo, para dedicarlo a una actividad provechosa. Si viajaba en el metro, por ejemplo, siempre llevaba en el bolso un libro de arte o filosofía, y sobre todo los clásicos rusos e universales, y aprovechaba para leer y para conocer. No tenía tiempo para cafés y restaurantes con los amigos; prefería dedicar todo mi tiempo a mi trabajo.

»Me convertí en una especialista en cibernética e informática, publiqué varios libros sobre esa especialidad y participé en numerosos congresos internacionales en las capitales occidentales como una de las pocas mujeres en ese campo. No me jubilé hasta los ochenta años, pero sigo escribiendo artículos científicos y textos sobre mi experiencia en el gulag. Mi hija Inna me acompaña. Incluso en esto acertó mi chamán del gulag: que moriría como una persona con méritos reconocidos, ¡y en el seno de mi familia!

PSIQUE ENCARCELADA

Valentina Íevleva

1

Valentina es una de las últimas mujeres que visito en Moscú, y para ello me traslado al suburbio moscovita donde vive. Me levanto muy temprano porque hay que tomar el metro hasta las afueras de la ciudad y luego un tren de cercanías que pasa de forma infrecuente e irregular, sin horario fijo. Parece que no llegaré nunca a Schérbinka, así que me rindo. Me siento en uno de los bancos del parque que rodea el palacio de Tsarítsyno y llamo a la señora Valentina para decirle que cancelo la cita.

—Pero querida, ¿por qué? ¿Por qué, bonita?

—No puedo llegar a su casa, no hay ningún tren.

—Usted es escritora, ¿verdad, guapa?

—Eso intento.

—¿Y quiere escribir un libro?

—Sí.

—¿Y cree que ese libro le caerá del cielo? ¿Que se escribirá solo? Mire, querida, cuando uno desea realmente algo, tiene que ir a por ello. ¡Y a por todas! De otro modo, nunca conseguirá nada en la vida. Si el primer obstáculo la hace desistir de venir a verme, mejor quédese sentada en casa y no se proponga nada.

Con la cabeza gacha, avergonzada, espero más de dos horas en un andén azotado por el húmedo viento otoñal y con temperaturas invernales para subir al primer tren que va a Schérbinka. Resulta que en la taquilla no me han entregado el billete que he pedido y mi trayecto se acaba en la parada anterior. Una revisora malhumorada me riñe, pero con un gesto cansado me deja proseguir mi viaje. Una vez en Schérbinka busco durante largo rato la calle y la casa, pues en ese suburbio en construcción las viviendas todavía no están marcadas. Kirguizos, uzbekos y chechenos me siguen en sus coches observándome con su oscura mirada, avanzando tras de mí. Pero ni se me ocurre darme por vencida.

Finalmente encuentro a Valentina. Es una anciana en silla de ruedas, que con toda evidencia acaba de levantarse de la cama. Su piso está casi vacío.



«Finalmente encuentro a Valentina...»

—Siempre fui una gran lectora, pero mis hijos no me dejaron traerme mis libros aquí; solo tres o cuatro. Dicen que los libros no tienen futuro.

Me hace pasar a la cocina, la única habitación que da testimonio de que alguien vive en ese piso. Nos sentamos a la mesa, cubierta de bolsas de té, un hervidor y varias cajas de galletas. Allí escucho su historia.

2

—Todo empezó durante la Segunda Guerra Mundial, en el año 1944, cuando conocí a Bill —cuenta Valentina con ímpetu—. Bailamos juntos en el Club Internacional de Arjánguelsk, que frecuentaban marines estadounidenses y también soldados ingleses. Bill era norteamericano, uno de esos que en su barco, que se llamaba *Thomas Hardy*, traían ayuda a la Unión Soviética: alimentos, pero también munición y armas. Bill fue mi gran amor; me quedé embarazada de él y meses después de su partida de nuestra ciudad di a luz a Bela. Le puse Bela a mi niña porque suena a Bill en femenino. Él lo ignoraba todo: nunca supo que tenía una hija en Rusia, ni tampoco que a su novia la encerraron en el gulag por haberle conocido.





«—Todo empezó durante la Segunda Guerra Mundial...»

—¿Nunca más se comunicaron? —le pregunto con los ojos desorbitados.

—No. Creo que él lo intentó, pues me llegaron indicios de sus esfuerzos. Si viene a cuento, llegaremos a ello —añade con algo de impaciencia—. De modo que después de la guerra yo era una madre jovencísima y estudiante de Arte Dramático.

—Tendría usted unos veinte años, ¿no? ¿O más?

—Aún no había cumplido los veinte —contesta Valentina un poco irritada por las interrupciones.

Con toda evidencia mis preguntas la desconciertan, de manera que me prometo no interrumpir más sus recuerdos, aunque a veces no puedo contenerme. Tras bucear unos instantes en su memoria, Valentina retoma su historia.

—Sucedió pocos años después de la guerra. Una noche que acababa de dormirme con Bela, que tenía dos años, en los brazos mientras mi madre dormía en la cocina, me arrancaron del sueño el timbre y los golpes y patadas en la puerta. En ese

momento se encendió la luz y tres desconocidos, dos hombres y una mujer mayor, irrumpieron en la habitación. Se me llevaron a la cárcel y luego al campo.

Valentina se fija en que el agua hierve. Introduce un par de bolsitas de té Earl Grey en una tetera blanca y vierte el agua caliente encima. Yo me dispongo a servirnos el té, pero Valentina me recomienda que esperemos un poco más.

Luego se pone a beber su té a sorbos pequeños mirando por la ventana de la cocina y llama mi atención sobre los copos de nieve que flotan en el aire. A continuación se aclara la garganta y prosigue con su historia.

—En el campo, cada noche antes del toque de diana soñaba con mi madre y mi hija. El sueño era siempre el mismo: las tres regresábamos a casa y, antes de llegar, mi madre y Bela desaparecían. Yo las buscaba en vano y eso me destrozaba; me despertaba exasperada.

»Una noche, mientras tomaba la sopa en la cantina, se lo conté a un viejo siberiano encerrado por ser chamán. Con absoluta naturalidad me dijo que era una señal de que pronto algo cambiaría en mi vida.

»Le hablé al chamán sobre lo desgraciada que era, yo que no había hecho nada, por encontrarme tan lejos de mis seres queridos.

»—No debería verlo con esos ojos. La han encerrado injustamente; esa es su ventaja. No hizo nada, ¡por tanto moralmente es más fuerte que los demás!

»—Pero estar en este agujero lleno de suciedad...

»—Haga un esfuerzo por no ver la suciedad. Cuando llegue la primavera mire la nieve reluciente, el cielo azul, el contraste entre la luz y la sombra, que aquí es enorme. Ahora que es invierno y no sale el sol, concéntrese en los distintos matices de gris: los hay azulados, mientras que otros son rosáceos. Fíjese también en el alambre de espino y en nuestras cabañas deslucidas como lo haría una fotógrafa buscando un plano. Verá que incluso en la fealdad es posible encontrar belleza.

»—Y ¿qué me dice de la barbarie y la maldad?

»—Compadezca a las malas personas, porque son malas por debilidad. Encuentre amigos que se le parezcan, pues esa amistad será para toda la vida; es algo que ocurre siempre en la desgracia.

3

—Me llamaron al NKVD del campo para identificar un cadáver. Querían que declarara que era un tal Fiódor Ivánovich Punin, pero yo ni siquiera podría haber reconocido a esa persona, pues tenía la cara completamente destrozada y ensangrentada. Seguramente los guardianes le golpearon con la culata de su fusil, o bien lo dejaron así sus compañeros de prisión. Al negarme a identificar a alguien a quien no conocía, me trasladaron a un campo en la estación Kozia, cerca de Kónosha,

en la ruta Vorkutá-Kotlas, donde había muchísimos presos políticos: lituanos, estonios y letones.

»Mi vida se había acabado. Subsistía solo a base de recuerdos; tenía diecinueve años y me sentía como una anciana cuya vida ya había pasado. Entonces me di cuenta de que uno es joven mientras hace planes para el futuro y ese futuro es un misterio que le atrae, pero al que también teme. Cuando eso deja de ocurrir, es viejo.

»Me incluyeron en las brigadas de Vasíliev, un militar que había participado en la guerra. Vasíliev nos envió a Rita Panfílova y a mí a cortar árboles. Por supuesto, el trabajo de leñador nos era completamente desconocido a Rita y a mí, así que en un día entero solo talamos un árbol. Era un pino alto. Primero hicimos cortes con una sierra manual; era lentísimo, y encima a mí me daba pena que la sierra cortara el cuerpo de aquel ser vivo, sentía más dolor por el árbol que si me estuvieran cortando a mí misma. Al final fingía serrar, pero solo me esforzaba por no causarle dolor al pino. Así que la única que trabajaba era Rita. Luego el pino empezó a caerse poco a poco, pero no estaba del todo claro hacia qué lado. Rita y yo saltábamos como cabras. Cuando se desplomó sobre el suelo, intentamos arrastrarlo, pero las ramas se embrollaron con los árboles del entorno y no había nada que hacer. Nos dimos cuenta de que era necesario cortar las ramas, pero ya era demasiado tarde. El capataz de la brigada nos gritaba furioso porque no habíamos cumplido el cupo. A sus espaldas nos reíamos de él, perfumadas por la madera fresca y pegajosa por la resina, y nos olisqueábamos la una a la otra como si fuéramos perros. Nunca nos hartamos del olor limpio, puro y tranquilizador del bosque.

»Al día siguiente, como castigo, nos dieron solo media porción de pan y nos quedamos sin cena.

»Ese día me asignaron la misión de recoger grandes ramas de pino y quemarlas en una hoguera. Lanzaba las ramas al fuego y, mientras ardían, me senté cerca. Luego un hombre aspiró el aire, olisqueó como un perro y gritó: “¡Algo se está quemando!”. Solo entonces me di cuenta de que unos abrojos ardientes del pino habían caído sobre mis pantalones acolchados. Primero se abrió un solo agujero, pero en una fracción de segundo mi ropa entera se encendió. Todos se lanzaron hacia mí para ayudarme a apagar el fuego. Desde entonces fui con andrajos quemados. De camino al trabajo y una vez en él, todavía pasaba más frío que antes. Cada día volvía reventada, hambrienta y congelada.

»Era inaguantable. Me negué a seguir yendo al trabajo.

»Así que me metieron en la celda de castigo. Casi sin comida. Pasaba frío día y noche. Sin dormir, pues no había cama. Cuando tres días después volví al barracón, el capataz de la brigada, Vasíliev, se negó a aceptarme. Me enviaron a cortar postes; durante catorce horas al día debía trabajar como un robot. ¿Cómo aguantaría? A menudo pensaba en las palabras del viejo chamán, que me había aconsejado que ni en la extenuación dejara de buscar algo hermoso a mi alrededor. Pero estaba tan agotada que no tenía fuerzas ni ganas para ello, y no lo conseguía.

»Así pues, con frecuencia me negaba a ir al trabajo. Tras cada rechazo me enviaban a la celda de castigo, donde pasaba hambre y era incapaz de dormir debido al frío. Me convertí en un *dojodiaga*, un rocín a punto de morir, como se llama en el argot del campo a los presos famélicos. Me hice a la idea de que iba a morir: mejor eso que vivir como un esclavo.

4

—Llegó el verano. Había luz día y noche, y solo de madrugada el firmamento se teñía de un tono violáceo y rápidamente dejaba libre el camino al sol, que se esforzaba en despegarse del horizonte y se mantenía sobre él durante unas veinte horas. Nadie sabía cuándo era de día y cuándo de noche; no dormíamos y caíamos debido al agotamiento igual que las moscas al final del verano. Cada día soñaba con esos grandes mosquitos peludos que no pican tanto como los pequeños pero son repugnantes. Por la noche se transformaban en una especie de ángeles peludos que volaban alrededor de mi cabeza. Sin embargo, las noches eran algo más silenciosas; los insectos no hacían tantos estragos.

»Me enviaron a un campo diferente para hacer un trabajo diferente con personas diferentes. Nuestra condena consistía también en obligarnos a perder nuestros puntos de referencia; tan pronto los establecíamos, nos enviaban a otro campo con gente nueva, con sus distintas maneras de irritarse y distintas costumbres; no teníamos más remedio que enfrentarnos a ello con calma, lo que en esas condiciones tan difíciles exigía un esfuerzo sobrehumano.

»Me asignaron a la fábrica de ladrillos. Junto a mí trabajaba un rubio alto y apuesto, visiblemente mayor que yo. Se me presentó y me besó la mano, como si no fuéramos dos despojos sucios, piojosos, hambrientos y soñolientos, envueltos en harapos, que durante catorce horas al día daban martillazos a ladrillos uno al lado del otro, sino personas descansadas y perfumadas que se hubieran conocido en una recepción, ella con vestido de cóctel y una copa de champán en la mano, él con traje oscuro y corbata plateada.

»—Heino Eller.

»—Valentina Grigórievna Íevleva. Es un placer. Se llama usted igual que un conocido compositor estonio.

»—Soy yo —repuso, y tuve la sensación de que se sonrojaba.

»—Cuando era estudiante, tocábamos sus composiciones —dije, y tuve la sensación de haberme vuelto a encontrar con un viejo conocido de mi vida anterior. Tenía ganas de abrazar a Heino.

»—Anatoli Vanéyev —se incorporó a la conversación el prisionero que trabajaba al lado de Heino.

»Fuimos los tres juntos a la cantina y pronto nos convertimos en inseparables. Una vez les recité varios de mis poemas, que componía por gusto antes de dormir y en las largas caminatas hacia el puesto de trabajo para ocupar de alguna manera la mente. Heino Eller se ofreció a componer música para acompañarlos. Luego los representamos en nuestros recitales de los sábados. Convencí a Anatoli para que recitara a Derzhavin. De pie, ante el público, con la camisa desabrochada, tronaba con su voz de bajo:

Soy rey, soy esclavo,
soy gusano, soy Dios.

»Y todos entendimos que realmente era rey y era Dios, aunque las autoridades hacían todo lo que podían para convertirlo en gusano y esclavo. De repente supimos que todos éramos reyes y dioses, por mucho que el campo se esforzara en rebajarnos a gusanos e imponernos tareas arduas propias de esclavos con grilletes. Aplaudimos al poeta, Derzhavin, y al intérprete, Anatoli. Pero ante todo nos aplaudimos a todos nosotros y cada uno a sí mismo.

5

Valentina bebe un poco más de té. Luego se contempla las manos y parece no reconocerlas como suyas, sonrío y dice:

—En aquel campo conocí a Tatiana, una de mis grandes amigas del gulag. Una actriz.

La anciana hace rodar su silla hacia una estantería con unos pocos libros. Extrae uno de ellos; en la cubierta se ve el retrato de una mujer cuya sonrisa ensancha aún más su rostro redondo, enmarcado con un peinado a lo Marlene Dietrich. Valentina me explica que se trata de una autobiografía de la célebre actriz.

—Tengo que contarle su historia, es mucho más interesante que la mía.

No quiero interrumpirla, de modo que me limito a asentir con la cabeza.

—Conocí a Tatiana a través de Heino. Era nueva en nuestro campo. Todos los camastros y literas estaban ocupados y nadie quería dejarle sitio a esta famosa actriz de treinta y cinco años, así que se lo cedí yo y por las noches me fue contando su historia. No debía oírle nadie y por eso, tumbadas en la litera junto al techo, hablábamos en susurros.

»A primera vista, la vida de Tatiana era como una manzana brillante de color rojo granate a la que con gusto todos le hincarían el diente; poca gente intuía que, por dentro, la manzana estaba podrida. La deslumbrante actriz Tatiana Okunévskaya gozaba de un extraordinario éxito profesional tanto en el teatro como en el cine; era

nuestra Greta Garbo. La admiraban artistas y políticos, y el mariscal Tito de Yugoslavia la pidió en matrimonio justo después de la guerra: la había visto protagonizar la película *La noche sobre Belgrado* y actuar con su compañía en la capital del país. Sin embargo, Tatiana no tuvo suerte en sus dos matrimonios. Su segundo marido, Borís Gorbátov, era un escritor vendido al realismo socialista cuyos textos no tienen ningún valor artístico. Más que el arte, lo que le interesaba era la alta política; oportunista como era, se convirtió en uno de los dirigentes de la Unión de Escritores Soviéticos, posición reservada exclusivamente para escritores de pacotilla fieles a Stalin. Gorbátov arrastraba a su mujer a todas las recepciones políticas posibles; por su cumpleaños y el día de su santo le escribía poemas de amor y los publicaba en periódicos y revistas, de manera que toda la Unión Soviética creía que amaba profundamente a su mujer. Todos estaban convencidos de ello excepto Tatiana: ella sentía que la relación con su marido era superficial y sobre eso se lamentaba por las noches, susurrando en la litera.

»Borís no le sirvió de apoyo; la arrastraba por las recepciones por si algo de su brillo recaía sobre él. Cuando arrestaron a Tatiana y la condenaron al gulag, él la repudió, anulando de ese modo su matrimonio. En los casos ideológicos ni siquiera hacía falta el divorcio. En su vida previa, tal como la llamaba ella, es decir antes de ser arrestada, Beria la había invitado una vez a cenar con la promesa de liberar a su padre y a su abuela, condenados al gulag en la gran purga del 37. Tatiana acudió a la cena muy a su pesar; Beria la llevó a su dacha de las afueras de la ciudad, donde la violó, y por supuesto no se molestó en comunicarle que su abuela y su padre habían muerto hacía tiempo, fusilados al poco de arrestarlos. Solo al cabo de un tiempo se enteró Tatiana de ello.

6

—En una ocasión mi nueva amiga me despertó por la noche, lo que era muy extraño —continúa Valentina—. Todavía faltaba mucho para el toque de diana. A continuación, en un susurro acallado que a duras penas me permitía distinguir las palabras sueltas, me contó que había tenido un amor, un indio; la tía de él, la señora Vijaya Lakshmi Pandit, hermana del primer ministro Nehru, era la embajadora de la India en la URSS, y su sobrino Triloki (Tatiana se refería a él como Tikki, como lo llamaban sus amigos) la ayudó como agregado a poner en marcha la primera embajada de la India en la Unión Soviética. Tikki había estudiado en Oxford, al igual que su tía.

»Estoy segura de que arrestaron y condenaron a Tatiana por su relación con Tikki —continúa Valentina—. A mí me pasó lo mismo: durante la época de Stalin estaba prohibido relacionarse con extranjeros. Razón de más para que a nosotros, los rusos,

nos atrajera la idea. Tatiana y Tikki (su nombre completo era Triloki Nath Kaul) se conocieron en una recepción en la embajada de la India. La señora Pandit era de trato fácil y la velada fue más bien informal. Tatiana cruzó varias veces la mirada con los ojos marrones y perfilados del joven agregado de la embajada. Tikki le recordaba a uno de los dioses del panteón hindú, Krishna; solo le faltaba la flauta. Durante la recepción, él le llevó platitos con especialidades indias y le explicó el contexto cultural de cada una. Después le propuso que salieran juntos en coche por Moscú y que ella le mostrara sus lugares preferidos. Pero les pareció que alguien los seguía, así que, a partir de entonces, conducían siempre fuera de la ciudad. Circulaban por paisajes nevados. Cuando empezó el deshielo, Tatiana avistó una vez junto a la carretera una campanilla blanca; Tikki hundió sus zapatos lustrados en el barro para conseguirle la primera flor de la primavera. Era un hombre callado que rara vez se alteraba, pero Tatiana vio lágrimas en sus ojos cuando alguna vez ella llegó tarde a sus citas. No sabía ruso. Tatiana no hablaba inglés; sin embargo, llegaron a entenderse.

»Una vez, Tikki trajo consigo un diccionario porque quería comunicarle a Tatiana algo importante. Ella logró entender que lo vigilaban y lo seguían. Comprendió que su amigo se comportaba con honradez al advertirla, a pesar de que aquello podía suponer el fin de su relación. Tatiana no hizo mucho caso del aviso: era intrépida, a veces incluso imprudente. Se convencía a sí misma de que era una mujer libre, de que no se había convertido en una cobarde como su marido. Además, el riesgo le proporcionaba la sensación de llevar una vida plena. No interrumpió sus citas con Tikki, pero empezaron a quedar en casa de él.

»Cuando terminó la estancia laboral en Moscú del diplomático y este tuvo que volver a la India, le regaló un suntuoso chal de seda india. En el campo de trabajo, Tatiana lo guardaba como si fuera un tesoro. En los campos resultaba imposible conservar algo. Que Tatiana lo consiguiera quiere decir que aquel regalo significaba mucho para ella.

»Luego arrestaron a Tatiana y a partir de ese momento no pudieron mantener correspondencia. Tikki se fue, pues, de Moscú. En la India se casó (la novia la eligieron los padres, según la tradición hindú) y tuvo una hija, de nombre Preeti. En los años sesenta se convirtió en el embajador de la India en la URSS. E imagínese: fue, como si dijéramos, el padrino de Svetlana Alilúieva, hija de Stalin, cuyo marido era indio. Digo marido si bien nuestros altos funcionarios burocráticos no les permitieron casarse. Se llamaba Brayesh Singh. Era el aguijón en el ojo del poder soviético, y lo atormentaron hasta la muerte. Svetlana fue a esparcir sus cenizas en el Ganges y desde allí huyó a Estados Unidos. Tikki guardó su manuscrito *Veinte cartas a un amigo*, que luego se publicó en forma de libro en el mundo entero y tuvo mucho éxito. Esta es la historia de Tikki.

—¿Cómo supo todo esto? —pregunto, incrédula.

—Por Tatiana, por supuesto. Durante la segunda estancia diplomática de Tikki en

Moscú, coincidieron varias veces en recepciones. Fue unos diez años después de su regreso de los campos. Cuando ella salía de las recepciones, él siempre la seguía con una mirada llena de tristeza. Su matrimonio no fue feliz: su esposa era una hindú tradicional y nunca viajó con él. Tikki pasaba más tiempo con su hija, una joven cosmopolita, que con su esposa.

7

—Tatiana volvía de Kishiniov, la capital de la entonces República de Moldavia. Su compañía de teatro había sido invitada allí y aquella vez Borís, su marido, la acompañó; creo que como alto funcionario del Partido sabía que pronto arrestarían a su mujer y estaba preocupado por ella. Quería estar a su lado. Ni siquiera él, un pez gordo del Partido, pudo hacer nada por ella, porque seguramente a Tatiana la delataron. Y con las delaciones no había nada que hacer: todo el régimen se basaba en ellas, eran sagradas. Quizás alguien le deseaba mal. Tal vez fuera por envidia. Tatiana me dijo que solo una buena amiga conocía su relación con Tikki.

»De Kishiniov, Tatiana volvió enferma de gripe. Su marido insistió en que no podía volar en avión y el largo viaje en tren, a pesar de ser en coche cama, la perjudicó. Al quinto día, cuando fueron a arrestarla, estaba a treinta y nueve de fiebre. Entre escalofríos, se puso un vestido elegante como si fuera a dar un recital; creía que se trataba de un malentendido que se aclararía pronto. Todas lo pensábamos, porque no éramos conscientes de haber cometido ninguna infracción.

»A Tatiana la interrogó, entre otros, el ministro de Seguridad del Estado, Abakúmov. Le interesaban sus relaciones con los extranjeros: con el presidente yugoslavo, el mariscal Tito; con Tikki y con otros. En uno de estos interrogatorios nocturnos interminables incluso dejó que le sirvieran un café con pastas, que ella, por supuesto, ni siquiera probó. Le hicieron repetir varias veces cómo, en una recepción, Tito le había pedido el primer vals. En comparación con Beria, Abakúmov se comportaba con bastante decencia. Por lo demás, la interrogaron agentes rudos que lo que pretendían era que reconociera su culpa cuanto antes. Y, como parecía que la cosa iba para largo porque Tatiana no quería confesar y la prisión de Lubianka estaba llena a rebosar, la mandaron varias horas a la nevera para que se le helaran las extremidades. Tampoco entonces Tatiana confesó. Recayó en su enfermedad, volvió la fiebre y un día, en un estado de absoluto agotamiento, firmó la inculpación de cargos que no había cometido según los cuales era una espía que pasaba información secreta a las potencias extranjeras. Estaba extenuada por el encarcelamiento y las torturas que sufrió, igual que todas nosotras: físicas, pues pasaba las noches en los interrogatorios a los que la llamaban regularmente y de día no se le permitía tumbarse en la celda ni estar sentada con los ojos cerrados (en tal caso las puertas se abrían

inmediatamente y el celador gritaba que estaba prohibido dormir después del toque de diana), y psíquicas, pues los interrogadores eran rudos con ella y la mayoría de las veces no se dirigían a ella de otro modo que “zorra”, “ramera” o “puta”.

8

—Una vez, ya en el campo, tras una de sus narraciones nocturnas en voz baja, Tatiana pasó la noche intranquila; batía los puños en el aire, exclamaba palabras incomprensibles, y al final entendí lo que gritaba: «¡Vampiro! ¡Succiona la sangre de la nación! ¡Mátenme, no puedo más!».

»La sacudí para despertarla. Era una desgracia; ¿y si una de las compañeras acababa por comprender lo que exclamaba dormida e iba a delatarla para mejorar su propia situación o para vengarse de ella? La juzgarían de nuevo y probablemente le caerían diez años más o hasta veinticinco.

»Al final logré despertarla. Susurraba como sumida en la fiebre: “¡Mi alma se rebela! Que me torturen, que me destrocen el cuerpo. Pero ¡que no me toquen el alma! El alma está viva y se rebela. Stalin es un vampiro que daña, destruye, devasta. Hitler trató de exterminar a los judíos, los comunistas, los gitanos. Pero Stalin quiere aniquilar la *intelligentsia* y con ella ¡el espíritu de la nación! ¡Suerte que a mi padre y a mi abuela los fusilaron ya en 1937! ¡Doy gracias por que no los torturaran largos años en los campos, que no tuvieran que ver esa devastación del espíritu, esa vejación eterna y arbitraria!”.

»Después tocaron diana. Tatiana no se recobró en todo el día.

»A la noche siguiente le dije que no hablara, que no se exaltara. Pero ella necesitaba sacarlo todo: “¿Sabes, Valia? En la cárcel de Lubianka creía que estaba todo premeditado para acabar con la individualidad de la gente. Pero ahora he comprendido que no es algo que ocurra solo en la prisión y en el gulag, sino que todo el sistema comunista trata precisamente de hacer lo mismo: anular la individualidad de la gente, transformar toda la nación en un rebaño obediente. Es como en una novela utópica. Y no nos damos cuenta: mientras estamos en libertad pensamos que somos libres y, sin embargo, no tenemos muchos más derechos que en prisión o en los campos: tal vez durmamos y comamos más, pero en todo lo demás nos controlan, nos siguen y nos escuchan igual que aquí, y tanto nosotros como los que viven en la llamada libertad tememos las delaciones”.

»Le di a Tatiana un terrón de azúcar que tenía guardado entre los harapos con los que me envolvía los pies para que las botas de trabajo no me quedaran tan grandes. Ella se fue tranquilizando.

»Por la noche continuó narrando. Una vez, cuando la traían de vuelta de un interrogatorio en la cárcel, le pareció oír la voz de su madre; sabía que ella también

estaba en prisión. “¡Mamaaá!”, resonó por todo el edificio. Pero no hubo respuesta. O bien no era su madre o bien a aquella dama le impidieron responder. Los carceleros tiraron a Tatiana al suelo con varias llaves, la ataron y se la llevaron al calabozo, a una celda subterránea muy húmeda. Allí cogió una neumonía con la que la mandaron a un campo de trabajo en Kazajistán.

»Estaba tan mal y tenía tanta fiebre que casi no recordaba nada del viaje. Sabía que la habían llevado en camilla, pero estaba fuera de sí por la fiebre y solo deseaba morir.

9

—Un día se dio cuenta de que estaba tumbada boca arriba y que sobre ella brillaban estrellas enormes. Tenía la sensación de que si extendía el brazo podría coger una. La nieve resplandecía a su alrededor y helaba de lo lindo; ni un alma por ninguna parte. En su cama, al lado de ella, había alguien tumbado que le respiraba a la cara:

»—¡Gracias a Dios ha vuelto en sí! Soy su médico, preso también; me llamo Georgui Márkovich Kaufman. No aparte la cara, no se mueva. Solo así se puede curar.

»El doctor Kaufman le respiraba en la cara como los animales de Belén templaban con su respiración al niño Jesús, la miraba a los ojos y la tranquilizaba con su mirada. Era tanta su bondad que Tatiana se echó a llorar.

»Yacía en una cama plegable plantada en una calle del campo, entre barracones. El médico le explicó que la enfermería estaba llena de moribundos.

»—En cuanto quede un sitio libre, la instalaremos a usted. Pero no se está mucho más caliente que aquí. En el interior también hace tanto frío que se nos congela todo.

»A Tatiana le caían las lágrimas por las mejillas ante tanta amabilidad. El doctor Kaufman se las secó rápidamente con la palma de la mano.

»—No puede llorar, las lágrimas se congelarían enseguida. Y, sobre todo, no debe respirar por la boca en ningún caso, sería su fin. No se mueva, que se caerán los trapillos que le han traído las reclusas de los barracones más próximos.

»El médico se levantó de la cama y Tatiana vio a un anciano bajito, enjuto y canoso; debía de tener más de ochenta años. El hombre se volvió hacia ella.

»—Ahora tengo que ir a la enfermería a ver a los moribundos; otra persona se tumbará a su lado y le dará calor en la cara. Nos turnamos, ¿sabe? Tiene usted un absceso pulmonar; no tenemos con qué eliminar el pus, no disponemos de medicamentos, así que no la podemos ayudar y su cuerpo tiene que arreglárselas solo. Para ello necesitará todas sus fuerzas. Una señora le ha traído agua caliente.

»Tatiana hizo un débil intento de sonreír pero el doctor se sobresaltó.

»—Cuidado, se lo advierto de nuevo: si la enfermedad se apodera por completo

de los pulmones, no estará en nuestras manos salvarla. Así que, si hablan con usted, no responda.

»Tatiana tenía la sensación de que aquel anciano era Jesucristo, que en realidad no existía, que era una aparición en sueños, un producto de la fiebre.

»Después supo que, de pequeño, tras la Revolución, sus padres se lo habían llevado a Francia; desde allí se había trasladado, ya de adulto, a Shanghái, donde abrió una clínica que se labró un buen nombre por toda China. A los ochenta y dos años, decidió pasar lo que le quedaba de vida en Rusia. “Espionaje, veinticinco años”, fue la sentencia que dictaron contra él. Y de repente se encontró en el gulag.

»Tatiana se fue restableciendo poco a poco. En primavera, un viento cálido peinaba el manto de flores que cubría el desierto de Kazajistán.

»Mas al cabo de poco llegó el largo verano kazajo; un sol inclemente caía a plomo sobre la dura tierra que las reclusas, entre ellas una recuperada Tatiana, tenían que cavar y cargar con las palas en camiones. Por la noche, Tatiana a menudo se desplomaba de cansancio en la cama y se dormía al instante sin cenar, sin fuerzas siquiera para quitarse la ropa.

10

—Una vez, Tatiana se fue corriendo del trabajo toda sofocada. El doctor Kaufman había mandado a una enfermera a pedirle que acudiera de inmediato. No lo había hecho nunca. «Esperemos que no le haya pasado nada», se decía Tatiana acelerando el paso.

»Se lo encontró de pie en la puerta, sonriendo.

»—Adelante. En la mesa hay té e incluso un trozo de pan blanco. Sírvase.

»Tatiana lo engulló ávidamente y el médico fue al grano:

»—Me he enterado de que no le ha dado la mano a la encargada del campo.

»—No he podido. Algo en mí se resistió a que lo hiciera.

»—¿Por qué llevar las cosas al extremo?

»—Pero ¡si es una miserable carcelera!

»—Es una reclusa igual que usted. Sabe perfectamente que en los campos los vigilantes también son presos. Además, consiguió para usted una gallina, para que recobrara fuerzas. Sintió lástima por el solo hecho de haberla visto en las películas. Aunque olierá mal, ¡era una gallina! No todos lo hubieran hecho. ¿Es que no ve que su orgullo está fuera de lugar?

»Tatiana recordó que con la gallina habían preparado un caldo. Tuvo que retirar los gusanos con Yanna, pero ¡qué sabroso resultó!

»—Tiene razón —murmuró. Y sintió la necesidad de confesarle algo al médico —: Seguramente se va a enfadar conmigo aún más si cabe, pero no me pude aguantar

y en un momento de absoluta desesperación le escribí una carta a Stalin. Ya la he mandado. Como el que se ahoga y se agarra de un hilo.

»—¿Qué le escribí, por Dios?

»—Todo lo que pasa aquí.

»—Y ¿cree que esta carta le llegará? En este país, las cartas por lo general no llegan a quienes van dirigidas, sino a manos de aquellos sobre los que se quejan los que las han escrito.

»—No lo sé, espero que mi marido consiga entregársela.

»—Pongamos que la censura del campo la pasa por alto, ¿cree que cambiará algo?

»—Bueno... cuando Stalin se entere, pues...

»—¿De verdad cree que Stalin no sabe nada de esto?

»Tatiana balbuceó algo. Se daba cuenta del riesgo que había corrido y de lo inútil de aquel gesto. ¿Qué pasaría? ¿Qué sería de ella?

»El médico siguió:

»—¿Stalin? El resplandeciente porvenir le trae sin cuidado, es solo fachada. Todo lo que ve usted a su alrededor es obra suya. Ese futuro maravilloso es una mentira como lo es todo lo que Stalin ha dicho y hecho alguna vez. Stalin es oscuro, astuto, hipócrita, mezquino, cobarde, falto de talento, inhumano y miserable como todos los hombrecitos que la ola de la historia ha encumbrado. ¿Qué es lo que le ha escrito en concreto?

»—Le describí de forma realista y sin emociones lo que vi primero en las prisiones moscovitas de Lubianka y Lefórtovo y lo que he vivido después aquí en el campo.

»—¿Es consciente del enorme riesgo que corre?

»—Me lo puedo imaginar.

»En aquel momento entró corriendo Yanna, su compañera. Resulta que la pala de Tatiana había desaparecido y, en su ausencia, la habían condenado a diez días de celda de aislamiento. Se rumoreaba que allí la atmósfera era irrespirable; todos la temían. Pero Tatiana se dijo que no sería peor que la nevera de la prisión de Moscú y lo aceptó con calma. Luego pasó días y noches sentada en un taburete, sacudiéndose las pulgas que caían del techo y saltaban desde las paredes. Al final, redujeron los diez días a cuatro, pero tuvo que incorporarse inmediatamente al trabajo igual que el resto de mujeres. Trabajaban en la construcción de un canal a cuarenta grados de temperatura: tenían que levantar y hacer rodar piedras de cincuenta kilos, cavar y cargar la tierra con las palas en los camiones. La tierra estaba abrasada; las noches, cortas, no bastaban para refrescarla, y tampoco para refrescar el aire. Las mujeres trabajaban con máquinas trituradoras y prensas que expelían calor. Sudaba hasta el último hilo de lo que llevaban puesto. Tatiana trataba de imaginarse cómo lo aguantarían Greta Garbo y Marlene Dietrich.

»—¡Tatiana Okunévskaya, debe presentarse a la dirección del campo! —fue la

orden.

»Se le nubló la vista. Aquello no era nada frecuente, solo pasaba en casos excepcionales... Se obligó a mantener la calma: semejante llamada significaba o bien la muerte o bien la libertad.

»El encargado, un rudo y antipático rubio, empezó a interrogarla despacio y con cautela: ¿le había escrito una carta a alguien?, ¿qué contactos tenía?, ¿en qué círculos se movía cuando estaba en libertad? La interrogaba con astucia: no hablaba con ella como si fuera una presa, sino una persona. Tatiana, bien consciente de que el hombre era un camaleón, extremó las precauciones para no enredarse en su telaraña.

»—Prepárese para viajar. Ha llegado la orden de que se presente en Moscú.

»¿De verdad podía significar eso la libertad? Si pudiera volver a casa... ¡A casa! ¡Lo que daría por pasar en casa ni que fuera un solo atardecer, una sola noche!

»Se despidió del médico. Era la primera vez desde que se conocían que lo veía feliz, si bien en sus ojos se adivinaba también un temor que él trataba de esconder.

»Tatiana se sentó en la caja de un camión con un soldado armado con un fusil que la vigilaría durante el viaje, para que no se escapara. A medida que se alejaba, Tatiana pasó de mirar al médico a los ojos a seguir su cabeza plateada hasta que su figura se perdió a lo lejos; después observó con la mirada el campo y se imaginó en él al médico, hasta que también el campo se convirtió en un punto y acabó por disolverse en la lejanía y el polvo.

»Tatiana intuía que no volvería a ver al médico. Pero, a pesar de la avanzada edad de este, no se imaginaba que moriría unas pocas semanas después de su partida.

11

—Volvía a tener ante sí las puertas de la prisión de Lubianka. La llevaron por largos pasillos; en la cárcel imperaba un silencio sepulcral. La encerraron en una celda en la que estaba sola y la dejaron allí semanas enteras como si se hubiesen olvidado de ella. Tatiana fue perdiendo progresivamente la esperanza de salir en libertad. Por fin, un día tintineó la llave en el cerrojo.

»—¡Al interrogatorio!

»La condujeron al despacho de Abakúmov, al que ya conocía. Pero se fijó enseguida en que aquella vez el ministro ni siquiera la miraba.

»—Así que... de nuevo en Lubianka. ¿Qué tal se encuentra?

»Era la primera vez que le hablaba de aquel modo. Normalmente bromeaba, a veces se mostraba incluso un poco coqueto: se comportaba como un hombre en presencia de una mujer. Pero en aquel momento se le veía frío y malhumorado.

»—¿Por qué no dice nada? En el campo se estaba mejor, ¿verdad? Allí uno se lo puede montar a su manera, no ir a trabajar, holgazanear en la enfermería, recibir

paquetes con comida de los parientes, escribir cartas... —Furioso, se le acercó de un salto—. ¡Hay que ser muy tonto! ¿Sabe adónde fue a parar su carta? ¡Aquí! ¡Está en mi escritorio! Se creía más astuta que un servidor, ¿verdad? ¡Menuda cerda está hecha! —gritó hasta que la ira lo dejó sin voz—. Ya veremos quién tiene la última palabra. Según usted, yo soy un enemigo del pueblo, ¿verdad? ¡Yo mato a golpes al pueblo ruso! ¡A la *intelligentsia* rusa! A decir verdad, con gentuza como usted no se puede hacer otra cosa que matarla. Según usted ¡yo soy un asesino! Yo...

»Levantó el brazo para abofetearla pero se detuvo a medio gesto.

»—No me ensuciaré las manos con usted. Dejaré que se pudra en uno de los calabozos subterráneos que ya ha tenido el placer de conocer aquí en Lubianka. ¡Dejaré que se pudra, que se hiele! La torturaré hasta la muerte, ¿lo entiende? Lo que pasa es que usted, con ese cerebro de mosquito que tiene, no entiende nada de nada. Y ahora dígame ¿a quién le dio la carta para que la entregara?

»—A nadie. Simplemente la eché al buzón.

»—Así que no me lo dirá. Muy bien, vaya esperando. Haré torturar a su madre ¡y ya verá con qué gusto dice la verdad!

»—No sé qué más podría decirle.

»—Ahora mismo pondré a su madre bajo custodia. Y su marido, Gorbátov, ese mujeriego incurable, seguirá saboreando vinos y caviar sin mover un dedo por usted. ¡No habrá nadie que mueva un dedo por usted! Entre otras cosas porque nadie sabrá dónde se encuentra.

»Pulsó un botón.

»—Llévensela.

»Tatiana cruzó la habitación. En la puerta se dio la vuelta.

»—Confío plenamente en que un día nuestras posiciones se intercambiarán.

»“Calma —se dijo enseguida—: cállate, tranquilízate; si no, se pondrá de nuevo hecho una furia y será peor. Calma, ¡no te perjudiques más!”.

12

—El ministro del Interior dejó a Tatiana un año en la húmeda y fría celda del subterráneo de la prisión más temida, Lubianka. Durante un año no oyó más voz humana que las órdenes de los vigilantes ni tuvo el menor contacto con un ser vivo. Durante un año tiritó sin parar de frío y el reuma le devoró las rodillas y las muñecas. Durante un año se ordenó a sí misma: «No puedes volverte loca, no debes concederles este gusto. Y para no enloquecer, tienes que establecer un régimen diario y mantenerlo».

»Por la hora en que le traían la sopa aguada sabía si era de día o de noche. Durante todo el año, por las mañanas se obligó a dar cuatro pasos de ida y cuatro de

vuelta, de un muro de la celda al otro; media hora por la mañana, media hora por la noche. Después del “paseo”, tocaba hacer ejercicio. Y finalmente se dedicaba a ejercitar el cerebro: recordaba los versos medio olvidados y poco a poco los hizo emerger de las profundidades de la memoria hacia la superficie y los susurraba. Más adelante los ensayaba a media voz y cuando ya estaba segura de tener todo el poema en su poder, los recitaba para sí; cada vez encontraba en ellos nuevos matices. Del mismo modo rebuscó en su memoria los papeles que había interpretado: Roxane de *Cyrano*, Ofelia de *Hamlet*, Masha de *Las tres hermanas*. Reflexionaba sobre los personajes y sobre las obras. Si hubiese tenido papel y lápiz, habría escrito ensayos enteros sobre ellos.

»Durante un año meditó también sobre qué era lo peor del poder soviético. La arbitrariedad, se dijo. Sí, la arbitrariedad era lo peor. Si al ministro del Interior se le antojaba, podía con total impunidad meterla en un calabozo cubierto de moho en el fondo de la prisión, donde el sol no entraba, donde no entraba nadie, y dejar que se pudriera allí como si se tratara de una mazmorra medieval. “Todo nuestro sistema se fundamenta sobre la arbitrariedad”, murmuraba. Durante un año la acosaron pensamientos y estados depresivos, y cuando creía que, fruto de la desesperación, perdía el juicio, se levantaba y daba cuatro pasos de ida y cuatro de vuelta: andando conservaba la cordura y más o menos la condición física. Se acordaba de los amigos cercanos y lejanos, y de los parientes, la familia; sentía cariño por todos ellos y se propuso ser mejor persona que antes si sobrevivía a aquella tortura extraída del “Infierno” de Dante.

»Un día se le ocurrió tratar de limpiar un hueco en la suciedad de la ventana que daba al pasillo oscuro: nunca ocurría nada, no había nada que ver. Hasta que un día vio pasar a Abakúmov y detrás de él a un guardián con una metralleta apuntándole la espalda. Le pareció imposible, pensó que era una alucinación fruto de la soledad eterna a la que la habían condenado.

»Sin embargo, al día siguiente vinieron a buscarla; tuvieron que llevarla en brazos de lo débil que estaba. Se encontró de repente en una celda hospitalaria. Al principio, su estómago no toleraba ni la comida para enfermos. Por la noche no dormía, no podía desprenderse de la sensación de que pronto le pegarían un tiro como habían hecho con su padre y su abuela. No quería aceptar las pastillas para dormir que le ofrecía la enfermera; temía que la quisieran envenenar.

»Tras una semana de cuidados la llamaron para interrogarla. Dos hombres la cogieron por debajo de los brazos y la arrastraron al despacho; tras pasar un año en el pequeño calabozo, estaba tan desfallecida que no se aguantaba de pie. Además había perdido el hábito de hablar y en el interrogatorio no fue capaz de articular palabra: no arrancó de sí más que sonidos como de animal. Un interrogador nuevo y menos severo que los anteriores la mandó de vuelta a la celda del hospital y le recomendó que escribiera todo lo que recordaba: sobre todo quería saber cualquier cosa que tuviera que ver con Abakúmov. Tatiana lo miró interrogativamente: ¿Sobre

Abakúmov? ¿Y eso? Con una buena disposición a la que no estaba habituada desde que empezara su estancia en prisión y en el campo de trabajo, el interrogador le reveló que Abakúmov había caído en desgracia, lo habían arrestado y estaba preso en Lubianka igual que ella, así que era necesario revisar los casos que habían pasado por sus manos.

»Después de otra semana de cuidados volvieron a llamarla para interrogarla. Para entonces ya podía andar y hablar. Además del interrogador de la última vez, en la habitación estaba presente un señor mayor con uniforme de general.

»—Buenos días, soy el fiscal militar general de la Unión Soviética y me veo obligado a hacerle varias preguntas. ¿Tuvo algo con Abakúmov? ¿Se acostó con él?

»—No.

»—¿No le hizo ninguna proposición en este sentido?

»—No.

»—¿Escribió usted cartas ilegales desde el campo de trabajo?

»—No.

»—Antes de que se la llevaran al campo de trabajo, ¿quién la interrogó en la prisión de Lubianka?

»—Abakúmov.

»—¿Qué le preguntó?

»—Me preguntó por la recepción del presidente de Yugoslavia, Tito.

»Tatiana recordó que, en el último interrogatorio antes de que se la llevaran al campo de trabajo de Dzhezkazgán, Abakúmov le había preguntado una y otra vez por los detalles de su vals con Tito. Tatiana no se extendió en las respuestas y dijo que no se acordaba, aunque lo recordaba todo hasta el último detalle: durante el vals, Tito le había propuesto a la ligera que se trasladara a Yugoslavia, trabajara allí y se convirtiera en su mujer. Ella, con la misma ligereza, rechazó la proposición (entre risas dijo que hogar solo hay uno), pero pensaba a menudo en esa propuesta, igual que en el vals y en los encuentros anteriores con Tito.

»Había respondido a Abakúmov con brevedad, sobre todo porque no quería hacerle partícipe de sus vivencias íntimas pero también porque tenía la sensación de que alguien se escondía en la habitación detrás de la estufa que había junto a la puerta o en la habitación contigua, que intuía y a la que probablemente daba acceso la puerta. Durante los interrogatorios, Abakúmov miró varias veces hacia la puerta, lo que le pareció especialmente sospechoso.

»—¿Qué es lo que Abakúmov quería saber de la recepción de Tito?

»—Qué vestido llevaba.

»—¿Qué más?

»—De qué hablamos con el mariscal durante el vals.

»—¿Y qué le respondió?

»—Que no lo recordaba.

»—¿Es suya esta letra?

»Le entregaron un trozo arrugado de la carta a Stalin.

»—Sí.

»—Cuéntenos de qué hablaba en esta carta.

»—De todo lo que vi y oí a mi alrededor, y de lo que viví.

»—¿A quién iba dirigida la carta?

»—A mi marido, Gorbátov. Tenía que entregársela a Stalin, con quien se reúne a menudo por trabajo.

»—¿Cómo llegó a la mesa de Abakúmov?

»—No lo sé.

»Supuso que al caer en desgracia, Abakúmov la habría despedazado hasta que quedara hecha trizas. “¿Por qué, por Dios, no la tiró a la estufa teniendo como tenía una bastante grande en la habitación?”, se preguntó para sus adentros, y ella misma se respondió: porque no le dio tiempo. Cuando alguien cae en desgracia tiene que destruir rápidamente todo lo que podría constituir el cuerpo de delito.

»—Ahora vuelva a la celda y con toda tranquilidad describa para nosotros todo lo que tenga que ver con Abakúmov. La creo cuando dice que no hubo nada entre ustedes. Pero no me creo que no hubieran coincidido previamente.

»Tenía razón. Delante de los ojos de Tatiana apareció la imagen de Abakúmov en una recepción, escondido detrás de una columna y siguiéndola con la mirada. En aquella ocasión, a Tatiana la advirtió su marido, que declaró que el ministro no tenía nada que hacer en una recepción para artistas y que no entendía qué hacía allí.

»Trasladaron a Tatiana a una celda común con otras reclusas. Escribió lo que le habían pedido. Al cabo de poco la mandaron de nuevo a un campo de trabajo. Si bien su caso había sido revisado en beneficio de ella y estaban a punto de ponerla en libertad, Abakúmov fue entretanto rehabilitado; solo Stalin o Beria podían haber ordenado su rehabilitación. Así que llevaron a Tatiana a un campo más duro que el kazajo de Karagandá: a uno situado más allá del círculo polar.

13

—Y esa es la historia de Tatiana. En uno de esos campos del norte la conocí —dice Valentina acomodándose en su silla de ruedas—. La liberaron en 1954, después de la muerte de Stalin. El mismo año murió su marido y también otra persona: Abakúmov. Tatiana lo había augurado bien: sus papeles se intercambiaron. Pero no previó, no podía prever, que tras la muerte de Stalin juzgarían a Abakúmov, lo condenarían por alta traición y a finales de aquel año lo fusilarían.

Tras un momento de silencio y asombro, le pregunto a Valentina dónde conoció exactamente a Tatiana.

—En Viatlag, cerca de Vorkutá. Ya le he dicho que la conocí a través de Heino,

un gran compositor, un preso compañero de las dos.

Valentina sorbe su té, que mientras tanto se ha enfriado. Hace una mueca de disgusto y se dispone a preparar otro. Mientras lo hace prosigue su relato:

—Fue una alegría que la dirección del campo le pidiera a Heino que montara dos espectáculos que fueran aptos para nuestro campo, pero que también pudiéramos representar como invitados en los campos vecinos. Todo el sistema del archipiélago gulag contaba con más de dos mil presos y cientos de vigilantes, líderes de grupos y la propia dirección, que al fin y al cabo también estaba formada por presos. Uno de los espectáculos debía ser teatral y el segundo musical, con un coro; el propio Heino debía hacer de dramaturgo, director de teatro y director del coro. No lo podía rechazar; como castigo lo hubieran trasladado a un campo peor.

—¿Tatiana y usted actuaron en esos espectáculos? —pregunto.

Valentina vierte el té recién hecho y continúa relatando:

—A Tatiana y a mí nos asignaron los papeles principales de la obra, y también cantábamos en el coro del musical. Como Heino necesitaba más cantoras para el coro, además de a nosotras escogió a otras presas que habían sido condenadas por robo, prostitución o asesinato. Asistían a los ensayos muy maquilladas, blasfemaban sin parar y utilizaban palabras groseras; durante el baile que formaba parte del número musical, se subían mucho las faldas. Heino las marcó: en su presencia no permitiría esos modales. Pero si tuvo influencia sobre ellas fue sobre todo gracias a su personalidad y su carácter, y la verdad es que, con el paso de las semanas, fueron cambiando. Nunca hubiera creído que algo parecido fuera posible: no solo dejaron de comportarse y maquillarse de forma provocadora, sino que empezaron a hacerlo sobriamente y con gusto, también cuando comían. Tal fue la influencia que Heino ejerció sobre todas nosotras.



Valentina, en uno de los espectáculos en el gulag

»Una de ellas, Liuba, al principio se pintaba con un pintalabios rosa muy chillón con el que quedaban manchados hasta la nariz y los dientes, y se untaba con un líquido queapestaba y que ella tomaba por perfume: todo por seguir en la compañía de Heino, porque quien actuaba en la obra y cantaba en el coro tenía un horario de trabajo reducido.

»El trabajo consistía en poner ladrillos en la construcción o bien en talar árboles, cortar troncos y construir vías. Tatiana pertenecía a la brigada forestal. Los árboles de Siberia son centenarios, altos, enormes; más de una vez, alguien se desnucó o se partió la columna al caerle encima un árbol.

»Bajo la influencia de Heino, de Tatiana y otros, en los ensayos y en las representaciones Liuba empezó a maquillarse con moderación, a perfumarse con hierbas secas, dejó de hablar de forma grosera y se recogió las largas greñas en una coleta; aunque se la ataba con un cordón porque en el campo no encontraba nada

más, lo hacía con tanta gracia que, en su cabello color maíz, un simple cordón parecía un adorno especial. Otras mujeres del grupo de ladronas y prostitutas también sufrieron una transformación parecida a la de Liuba.

»¿Por qué un espectáculo no puede tener un éxito tan rotundo en libertad? ¿A qué se debe que en libertad no exista esa percepción colectiva del teatro y que el aplauso de los presentes no sea tan efusivo?, nos preguntábamos Tatiana y yo. Repetimos cada obra tres veces. Después representamos dos de los espectáculos en campos vecinos; alrededor de Vorkutá, en el norte de Rusia, habían surgido decenas de ellos y estaban hasta los topes. Tuvimos un gran éxito en todas partes. La presencia de la famosa Tatiana Okunévskaya, a la que todos los presos conocían de las películas, aportaba brillo a nuestra representación.



«La presencia de la famosa Tatiana Okunévskaya...»

—Fue un 31 de diciembre. Durante el trabajo, Heino me invitó a una velada de Fin de Año. Yo sabía que eso significaba que tendría que escapar en secreto de mi barracón, que se cerraba a las diez de la noche. Le dije a Heino que contara conmigo. Hice un muñeco de trapo, lo coloqué en la cama y lo cubrí con la manta. Luego salté la valla y corrí hasta la entrada, donde me esperaban Heino, Anatoli y varios más. Nos escabullimos por las calles hasta un barracón en el campo de los hombres.

»Nos dio la bienvenida un ambiente templado y el claroscuro de las velas, que los padres de Anatoli habían enviado desde Leningrado para la ocasión, además de un bizcocho y *strudel*, pastel de manzana con pasas y nueces. A Heino le mandaron desde Estonia manteca de oca con chicharrones, y la untamos en rebanadas de pan que trajo su compañero de cuarto, panadero del campo. Acompañamos el banquete con agua caliente en la que echamos varias hojas de té y añadimos azúcar. A medianoche brindamos y nos abrazamos, luego cantamos y recitamos poemas. Los obsequé con varias canciones americanas que solía cantar Bill.

»Más tarde alguien llamó a la puerta. Se hizo el silencio. Todos se quedaron petrificados en la posición en que cada uno estaba en aquel momento: Heino con el plato con pan untado que nos estaba ofreciendo, Lena con una cerilla sin prender con la que quería encender una nueva vela, Anatoli con el índice en el aire, a la mitad de un chiste que había empezado a contar. Nos miramos algo aturdidos. Luego se oyeron unos golpes más fuertes en la puerta.

»Anatoli se recuperó despacio y bajó el brazo. Con gestos, me indicó que me escondiera y fue a abrir. Rápidamente, me deslicé bajo la mesa. Entre las piernas de los demás vi que Anatoli se ponía encima el abrigo, salía y cerraba la puerta tras de sí.

»Heino me ocultó tras un enorme barril de levadura que tenía el compañero de cuarto de Anatoli para la preparación del pan. Lena también se escondió allí.

»Al cabo de unos momentos, entró Anatoli con un vigilante. Me senté en cuclillas tras el barril, silenciosa como un ratón; apenas respiraba y me esforzaba para que no me castañetearan los dientes, porque lejos de la estufa soplaba un viento helado por las grietas del barracón. Debía de ser casi por la mañana. Por su conversación, entendí que alguien había encontrado un muñeco de trapo en mi cama y me estaban buscando. Anatoli ofreció al recién llegado una rebanada de pan con manteca y el vigilante aceptó. Anatoli le garantizó que no me había visto; el vigilante le creyó y se marchó.

—Me despertaron temprano en mi barracón. Lo primero que pensé fue: «Mi madre dice que lo que uno hace el 1 de enero lo hará durante todo el año». El vigilante gritó que después de las diez de la noche había salido de mi barracón, que habían encontrado en mi cama, en mi lugar, una especie de espantapájaros y que lo consideraba un intento de fuga.

»—¿Qué intento de fuga? ¿No estoy durmiendo tranquilamente en mi cama?

»Pero el vigilante no me escuchaba. Gritó:

»—¡Hoy mismo te trasladamos! Te enviaremos andando a otro campo, ¡verás qué gusto!

»Después de la velada de Año Nuevo aún no había perdido el buen humor, y pensé que si el dicho de mi madre era cierto, durante todo el año caminaría cincuenta kilómetros sobre el hielo tras una noche de vigilia hacia algún lugar desconocido, probablemente un sitio inhóspito, lejos de las amistades que había conseguido trabar en los últimos meses.

Valentina hace una pausa larga y mira por la ventana. El viento persigue los copos de nieve, cada vez más densos. Me doy cuenta de que no tiene ganas de seguir. Está cansada y seguramente lo que viene no es nada agradable. Le sonrío, dándole ánimos para continuar. Con hastío, Valentina bebe un poco y moja una galleta en el té antes de introducísela en la boca.

—En el nuevo campo había casi únicamente mujeres —cuenta con cierta inapetencia, en voz baja—. Muchas de ellas estaban embarazadas; las habían traído de diferentes campos. Lo primero que comprobé fue el frío que hacía en los barracones. Durante el día íbamos al bosque a trabajar de leñadoras, incluidas las embarazadas. A cada paso nos hundíamos en la nieve hasta más arriba de las rodillas, hasta la mitad de los muslos, a menudo hasta la cintura o más. A cada momento nos teníamos que rescatar mutuamente de la nieve. Por la mañana, en lugar de los preceptivos, e insuficientes, cuatrocientos gramos de pan, recibíamos doscientos. No había sopa sino agua recalentada. Un mundo de dolor y sufrimiento, ¡y a nuestro alrededor esa deslumbradora belleza del bosque!

—Era el final del otoño. Primero recibimos la orden de cavar un agujero en el hielo del río Obi. Luego, a los reclusos nos llevaron por el río helado y nos dejaron en tierra firme. A nuestro alrededor, tundra, planicie nevada. Hielo, nieve y oscuridad:

ese sería nuestro destino durante varios meses, lo sabíamos.

»—Hemos llegado —dijo el conductor del transporte.

»Pero por ninguna parte hallamos barracones, baños, ni campo alguno.

»—Que cada una acampe donde pueda —añadió.

»Resultó que el transporte había traído unas diez tiendas pequeñas que no bastaban ni mucho menos para todas. Tuve suerte: me invitaron a compartir una de ellas con muchas otras mujeres. Sabíamos que para las que no tenían dónde meterse, eso significaba una muerte segura, por congelación.

»Por la mañana repartieron picos y palas entre nosotras.

»—¡A cavar!

»La tierra estaba cubierta por una dura capa de nieve helada, era imposible cavar en ella. El pico simplemente rebotaba sobre la superficie blanca, emitiendo un sonido metálico. Durante todo el día fingí cavar; si no, los guardias me habrían golpeado con la culata del fusil, como hacían con las demás mujeres.

»Hacía un mes que no nos bañábamos. Pronto aparecieron los piojos, blancos y grandes. En ningún otro campo los había visto así. Los aplastábamos contra la estufa. Se escondían en las costuras. Tan pronto aplastábamos uno, en su lugar aparecían dos más. Nos picaban mientras trabajábamos y no nos dejaban dormir.

»Protesté ante la dirección. Como castigo, me rebajaron la porción de pan a la mitad. Rehusé ir al trabajo y me asignaron una tarea aún más dura: construir las vías del ferrocarril.

17

—Caminábamos a oscuras hacia el lugar de trabajo. Durante el trayecto, nos contábamos historias y cuentos para que el viaje nos resultara más llevadero y para que los que nos escuchaban se concentrasen en algo distinto a los perros amaestrados que corrían constantemente a nuestro alrededor. Me acordé del cuento sobre la reina de los hielos. Su reino de hielo era el reino del mal y al pequeño Gerd le cambió tanto que el niño se convirtió en un malvado insensible. ¿Nos convertiríamos también nosotras en el pequeño Gerd? A mi alrededor todas las mujeres suspiraban. Maya, una joven de etnia evenki, se puso a contar un cuento siberiano:

»—Érase una vez un cazador que se llamaba Poy-yaumbe y que corría tras un oso, pero este se escondió en una cueva. Poy-yaumbe fue en pos de él. El oso penetró cada vez más y más en la cueva hasta que Poy-yaumbe llegó al final y se halló en una tierra que se parecía a la nuestra: había bosques, prados y pueblos, pero todo era más hermoso, el sol brillaba más y la gente era más alegre. En ella crecían vides, moreras, limoneros y plataneros. Pero Poy-yaumbe no se fijó en toda esa belleza porque quería volver a casa. Por la noche tuvo un sueño. Se le apareció el espíritu de un platanero y

le explicó cómo llegar a casa. Pero una vez allí, Poy-yaumbe echaba de menos ese paisaje tan hermoso; estaba triste y no podía vivir sin aquel sol y aquella tierra alegre. En otro sueño volvió a aparecersele el espíritu del platanero y le dijo: “Poy-yaumbe, pronto morirás y vivirás para siempre en ese hermoso paisaje. Es un submundo. Una bella princesa te escogió como marido y se convirtió en oso para atraerte al submundo. Pero tú querías volver a la tierra triste. Ahora tendrás que reconciliarte con la princesa”. Poy-yaumbe murió poco después, llegó al submundo y por los siglos de los siglos vivió allí feliz con la bella princesa. Así que, chicas, cuando lleguemos al lugar de trabajo y empecemos a cavar, ¡pensad que quizás así lleguemos a un mundo más bello!

»Miré hacia el paisaje que se extendía tras nuestra sección. En el campo de trabajo uno perdía la costumbre de mirar al horizonte, porque la vida allí lo absorbía por entero, igual que el mar un grano de arena. Vi el panorama habitual: bajo el cielo negro grisáceo, el blanco desierto de hielo se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

»Cogí el pico y golpeé el hielo. Un témpano salió volando, pero el pico no atravesó la superficie helada hasta encontrar la tierra. Se acercó a mí un tal Sasha, miró por unos momentos cómo me esforzaba inútilmente y, con su pico, cavó para mí un trozo del camino para la vía del ferrocarril. Luego se fue como un fantasma, como si nunca hubiera estado ahí.

»Cuando llegué a este campo, no podía cavar ni cinco minutos. Oía en mi cabeza voces que me exhortaban: “No hagas este trabajo, es para esclavos y tú no lo eres. Eres una mujer libre, ¡no puedes convertirte en esclava!”.

»¡Cuántas veces pensé en huir! Pero ¿cómo escapar cuando cada movimiento es vigilado por guardias con fusiles? Y ¿adónde huir, si más allá del círculo polar te rodean miles de kilómetros de tundra nevada cubierta por una capa de hielo, donde día y noche sopla un violento temporal de nieve? Lo único que nos quedaba era esforzarnos por sobrevivir, aferrarnos a cada uno de los momentos de felicidad, que aparecían como una mariposa y acto seguido levantaban el vuelo. Los presos nos agarrábamos a estos momentos como un perro a un pedazo de carne. Si no, estaríamos muertos.

18

—Tras otro intento de rebelión, me encontré tumbada en la celda de castigo, donde hacía el mismo frío que en el exterior, llena de morados de los golpes que me habían propinado, con dolor en la columna vertebral, famélica, más muerta que viva. Pensé en mi amiga Nina, que se había quitado la vida. Entonces decidí quitármela yo también. La idea me alivió. Estaba tan desesperada que no veía otra salida. De repente, empecé a sentirme como un ser libre y eso me dio fuerzas.

»Cuando después de dos semanas me sacaron de la celda de castigo, fui al terreno de las obras. Había barreños con cal viva. Corrí hacia allí, encontré un vaso de medio litro y lo llené de cal. Acto seguido me lo bebí.

»Sentí un ardor terrible, como si el estómago se desgarrara. Me entraron muchísimas ganas de vomitar y tenía las entrañas en llamas.

»Me llevaron a la enfermería, pero la enfermera no sabía qué hacer conmigo. Me liberó del trabajo y me instaló en una cama. Durante varias semanas sufrí muchísimo y lo único que deseaba era morir rápidamente. En todo ese tiempo no pude comer ni beber. Ni una gota de agua me entraba en el estómago, todo salía enseguida por la nariz.

»Un amigo, el rubio Liosha, se enteró de lo sucedido varias semanas después. Consiguió comida para mí; la pagó él: carne de vacuno, azúcar y nata. Me trajo un caldo que me daba, caliente, tres veces al día; luego agua caliente endulzada y finalmente nata. Poco a poco, algo empezaba a entrar en mi estómago.

»Liosha se sentaba en mi cama y decía:

»—Vivirás, Valia. Debes vivir. Solo podrás sobrevivir al campo si tienes sentido común, si eres inteligente, fuerte, hábil, astuta y mezquina.

»Torturada, negué con la cabeza. No tenía fuerzas para pensar cómo ser mezquina y astuta. Liosha siguió susurrando:

»—¿No ves a tu alrededor que mujeres y hombres sencillos mueren como moscas? Y de los débiles y viejos mejor ni hablemos. ¿Es así o no, querida?

»Asentí, sobre todo porque quería que continuara. Sus dulces palabras susurradas al oído y su ternura me reconfortaban.

»—No puedes mostrarte abierta y decir la verdad; eso es un defecto, sería fatal para ti. Sigue siendo consciente de tu inocencia, de que estás aquí injustamente, de que no le has hecho nada a nadie. Esa conciencia ayuda mucho. Por eso mueren aquí tantos asesinos: porque no tienen conciencia de pureza e inocencia.

»¿De dónde había salido aquel ángel de la guarda que cada día se sentaba en mi cama y me alimentaba con paciencia?

19

—Llegó un día en que Liosha no se presentó. Zina, una compañera, me explicó que lo habían enviado a otro lugar sin avisar, seguramente para que no pudiera seguir cuidándome. Sobreviví gracias al ángel Liosha, aunque mi estómago acabó destrozado.

»¿Me alegraba de estar viva? No, no me alegraba. No tenía motivos para seguir viviendo. Cuando me restablecí y volví al trabajo, a pesar de que me funcionaba solo medio estómago, decidí huir. Me daba igual que en invierno fuera casi imposible, que

una no pudiera llegar a ninguna parte sola, que lo más probable fuera que me congelara en la tundra. Quería largarme aun a costa de encontrarme con la muerte.

»Al finalizar el trabajo me vestí con toda la ropa que tenía: sobre los vestidos me puse los pantalones de trabajo y el abrigo. Durante la noche, los presos con permiso salían del campo vigilado para ir al almacén, donde a cambio de bonos podían comprar comida. Fingí pertenecer a su grupo y conseguí llegar al almacén. Me acerqué al rincón oscuro donde había una puerta, deseando que estuviera abierta. ¡Lo estaba! Me pareció una premonición de que conseguiría huir. Temblaba de miedo y esa angustia me paralizaba. Salí y fui hacia el bosque por el camino helado más cercano.

»Era una noche sin luna. El bosque estaba a oscuras, pero la nieve brillaba con luz propia. A cada paso, mis amplios pantalones crujían de tal manera que todo el tiempo pensaba que me habían descubierto, que sin duda iban por mí. Tuve que apartarme de donde podía toparme con algún guardia; en algunos lugares, la nieve me llegaba hasta las rodillas o la cintura. Podría haberme hundido entera igual que en un pantano y no habría habido nadie para rescatarme. Otros trechos estaban congelados y no me quedaba más remedio que avanzar con cuidado sobre el hielo. Di un paso brusco y los pantalones hicieron tanto ruido que debió de oírse por todo el bosque. Sí, ya percibía un rumor: eran los vigilantes sobre esquís, ¡me pisaban los talones! Me di la vuelta, pero no había nadie tras de mí. Era el rumor del bosque, donde a menudo se desprendían montones de nieve y enormes témpanos de las ramas. El cielo estaba cubierto, seguramente iba a nevar. No brillaba la luna, pero la nieve emitía tal resplandor que yo veía el bosque como si fuera de día.

»Caminé a buen paso toda la noche, sin cansarme. Sentía pánico, pero deseaba la libertad con todo mi ser. Tras un largo rato empecé, lenta y débilmente, a sentir una especie de gozo y me puse a cantar en voz baja.

»Cuando la densa oscuridad se diluyó, supe que había llegado la mañana y que me descubrirían con más facilidad. Aceleré. Caminaba por un camino que no sabía adónde llevaba.

»“¡Alambradas!”, grité para mis adentros.

»Y entonces unos guardias me cogieron violentamente y me llevaron a algún sitio. A un campo. ¿Acaso durante la noche había dado una vuelta entera y había regresado a nuestro campo? Los guardias me condujeron a la oficina.

»Pasé el resto de la noche caminando por la celda: dos pasos adelante, dos de vuelta. Por temor a lo que pudieran hacerme no pude dormir.

»Poco después vinieron a buscarme de nuestro campo para llevarme de regreso. Me trasladaron encadenada. A veces me escupían, me empujaban con violencia, así que cada dos por tres me caía sobre la nieve. En nuestro campo me condujeron a una habitación y cuatro hombres fuertes se pusieron a golpearme. Estaban rabiosos por haberlos engañado, por haber huido como si nada, sin que se percataran. Me desmayé y volví en mí ya en la enfermería. Estaba llena de moratones, hinchada. Sobre todo

me dolían las costillas; era insoportable. Debía de tenerlas rotas. De la enfermería me llevaron a la celda de castigo, sin estar curada.

»¿Cuántos días llevaba en aquella celda de aislamiento? ¿No serían diez, ya? ¿O me habían alargado la condena y no me había enterado? No lo sabía, no sabía nada. Y no me enteraría de nada. Vivía en la oscuridad. Como mínimo hacía ya diez días. Cuando miraba hacia fuera por la grieta entre las vigas, veía la tundra nevada que se convertía en taiga: una planicie blanca bañada por la luz de la luna, como si algún dios del Olimpo hubiera cogido una enorme linterna e iluminara el mundo.

»No me arrepentí de haber querido huir. Me había confirmado a mí misma que era un ser libre. Que no les temía. Que preferiría morir a rendirme.

20

—Por fin llegó el momento de la libertad. Salí del campo. Una vez en Arjánguensk, descubrí que mi madre había muerto. Cuando fui a buscar a mi hija de diez años al orfanato, esta no me reconoció y la maestra tuvo que intervenir: para obligar a Bela a que se fuera conmigo.

»Me prohibieron vivir en mi ciudad natal o en cualquier otra ciudad; los antiguos prisioneros solo se podían alojar a más de cien kilómetros de distancia de las capitales. En un vano intento de empezar a llevar una vida normal, cogí a Bela y fui a visitar a los padres de mis amigos del gulag; no tenía otros. Viajamos lejos, hacia el sudoeste de la URSS, a distintas poblaciones ucranianas; de allí nos trasladamos a Uzbekistán y del sudeste de la Unión Soviética tomamos la ruta directamente hacia el norte, a Salejard, una pequeña ciudad cerca de los campos de trabajo. En ninguna parte encontré lo que anhelaba: una vida tranquila para Bela y para mí misma. Los empleos que me ofrecían a regañadientes no duraban mucho; todo el mundo temía darle un trabajo fijo a una ex presa. Al final conseguí un empleo ilegal de limpiadora en una oficina.

»Luego me casé, aunque pronto descubrí que mi marido era aficionado a la bebida. Tuve más hijos. Pero lo que realmente me proporcionaba satisfacción era la lectura. Paulatinamente, mi vivienda se llenó de centenares, de miles de libros que llegaron a ocupar casi todo el espacio; eran ellos quienes verdaderamente habitaban mi piso. No paraba de leer; la lectura era mi pasatiempo, mi pasión y mi alimento intelectual. Leyendo me olvidaba de mi vida malgastada, de mi compleja identidad, del rechazo que mi persona inspiraba a la gente, como si fuera una apestada. Leyendo vivía de nuevo, podía empezar desde el principio; leyendo vivía muchas vidas.

La luz de la tarde ha menguado cuando Valentina acaba su historia. Nos quedamos sin hablar. Luego rompe el silencio y añade en voz baja, meditativa:

—He conocido la mayor bondad posible, la mayor solicitud, pero también el mal que todo lo destruye: ambos los experimenté en el campo de trabajo, y eso me permitió comprender a las personas y a mí misma. He vivido los horrores más variados, el pánico, pero también la aventura: eso me ha permitido alcanzar un conocimiento profundo de la vida. He tratado a personas que me salvaron la vida dando la suya por mí. Y a enemigos que me atacaron con un cuchillo. Más de una vez concluí que se puede sobrevivir al gulag, pero no a la mayoría de las personas que lo habita. En libertad todo es discreto, suave. Sin embargo, uno se conoce a sí mismo solo en las situaciones más extremas. En el campo conocí el mal por el mal: hacer daño sin necesidad. De eso ningún animal es capaz, solo el hombre. Pero el ser humano también puede llevar a cabo actos buenos sin motivo. Y quien no ha conocido la amistad en un campo de concentración no puede imaginarse qué es. Algo así no existe en ninguna otra parte.

»Mi vida estuvo llena de belleza y fealdad, de resentimiento y odio, pero también de ternura: todo eso me ha refinado, todo eso me ha convertido en la persona que tiene delante de usted. Una anciana de pelo cano, desdentada, en silla de ruedas, en un piso que consta de una sola habitación, sin ascensor. Esta mujer es una presa por segunda vez, se dirá sin duda. Sí, podría parecer que soy prisionera de mi vejez y de mi invalidez. Pero ¡no! Tengo ojos y oídos, ¡sigo disfrutando de lo que hay a mi alrededor!

Valentina acaba de hablar justo cuando fuera oscurece y en los edificios de pisos de enfrente se encienden las luces. Con los ojos iluminados observa las ventanas rosas, turquesas y amarillas que se iluminan en la oscuridad. Y dice:

—A veces pienso en mis muertos. ¿Qué habrá sido lo más importante en sus vidas? ¿El gulag, con sus amistades a prueba de bala? ¿Habrán tenido a su ángel de la guarda como yo tuve a Liosha? Me planteo estas preguntas, serena, mientras observo las ventanas de colores. Me imagino la vida tras esas ventanas, y así revivo yo también. Esta es mi esperanza, mi representación diaria, mi felicidad.

ANTÍGONA FRENTE AL KREMLIN

Natalia Gorbanévskaya

1

Un día gris perla de noviembre de 2012, por las calles parisinas de los alrededores de la parada del metro Alésia hormigüea gente más bien humilde, en su mayoría inmigrantes. Natalia Gorbanévskaya vive en un edificio claro de varias plantas. Atravieso una pequeña zona ajardinada y recorro unos espaciosos y luminosos pasillos que conducen al piso donde vive la periodista, disidente y poeta.

2

Con un esbozo de vaga sonrisa me abre la puerta una mujer ágil que aparenta setenta y tantos años, fuerte y de ademanes nerviosos. En voz baja, aunque vigorosa y a veces áspera, me indica que deje el abrigo sobre la cama; se trata de un colchón en el suelo con unas mantas revueltas encima. En la única habitación que ocupa Natalia Gorbanévskaya reina el pintoresco desorden de quien no se rompe la cabeza con la vivienda porque tiene asuntos más importantes que atender.

Nos sentamos a una mesita pequeña abarrotada de libros y papeles, ceniceros repletos, platos y tazas —un juego de cerámica de Meissen— con restos del desayuno. Natalia, traductora del polaco al ruso de autores como Czesław Miłosz y una de las más conocidas disidentes del régimen soviético, va al grano igual que un soldado a la batalla. Rompe a hablar, con su eterno cigarrillo en la mano como un arma que indica al interlocutor dónde empieza el área privada que le está vedada. Natalia se pone a narrar lo que le ocurrió en 1968, hace ahora más de cuarenta años, de manera objetiva, sin sentimentalismos ni rodeos...



«Nos sentamos a una mesita pequeña abarrotada de libros...»

3

—El 21 de septiembre de 1968, como todos los días, muy temprano por la mañana encendí la radio para escuchar la Voz de América —cuenta Natalia—. Con la dicción excitada y un tono exaltado informaban de que aquella noche las fuerzas del pacto de Varsovia habían ocupado Checoslovaquia. Sintonicé varias emisoras occidentales: también allí hablaban de los tanques soviéticos que habían invadido Praga. Entonces oí la emisora soviética Mayak, El Faro, en la que leyeron la declaración de la agencia soviética de noticias TASS, que repitió lo mismo. Ese día no tenía que ir a trabajar porque estaba de baja por maternidad, de modo que llamé a mi amiga Larisa Bogoraz.



Natalia Gorbanévskaya en los años sesenta

»—Lara, han enviado unidades militares del ejército a Checoslovaquia.

»Sentí que lo ocurrido era muy grave y que no podía despacharlo con un simple artículo en la revista disidente clandestina que dirigía, *Crónica de los acontecimientos actuales*. Esta vez no se trataba de un asunto interno soviético sino de la potestad que nuestros dirigentes se habían otorgado de castigar a un país independiente, aunque situado dentro de su zona de influencia.

»Yo era una disidente con bastante renombre en Occidente: había conocido a Anna Ajmátova y fui yo quien organizó la manera de pasar de contrabando su gran ciclo de poemas *Réquiem* a Occidente. Por cierto, Ajmátova, con sus consejos y su modo de alentarme, fue mi maestra en el arte de la poesía.

»Tras darle varias vueltas al asunto, me pareció que la única respuesta no solo digna sino también con sentido era una manifestación. Cuando me enteré por mis colegas disidentes de que se preparaba una marcha contra la ocupación de Checoslovaquia, sentí que tenía que participar, que era mi deber. Y como en aquella época le daba el pecho a mi hijo recién nacido, decidí salir a manifestarme con el bebé en un brazo y una pequeña bandera checoslovaca en la otra mano.

»Con Larisa Bogoraz nos pusimos de acuerdo: la manifestación tendría lugar el 25 de agosto al mediodía, en la Plaza Roja, delante del Museo de Historia. El día anterior llegó de Leningrado otro compañero disidente, Víktor Feinberg, que no sabía nada de lo que se preparaba en Moscú; no le habíamos hablado de ello porque los teléfonos estaban intervenidos. Enseguida vino a verme y solo cruzar la puerta de mi piso, declaró:

»—Hay que tener dignidad y organizar una manifestación. Mis amigos de Leningrado dicen que no encontraré a nadie que esté tan loco como para acudir a

manifestarse y arriesgarse a una detención segura, pero yo he decidido participar y participaré, ni que sea yo solo.

»Le tranquilicé asegurándole que no estaría solo, que en Moscú habíamos organizado una manifestación y que habría moscovitas lo suficientemente locos como para acudir a ella. Por cierto, hablando de Víktor: dictaron contra él una sentencia terrible; pasó cuatro años en unas condiciones durísimas en el hospital psiquiátrico de una cárcel, cuyos empleados eran ex prisioneros comunes que pegaban a los encerrados por cualquier nimiedad. Durante todo aquel tiempo tuve remordimientos por haber enviado a Víktor a semejante tortura. Pero por otro lado, si no le hubiera avisado que organizábamos una manifestación, jamás me lo habría perdonado.

»Avisamos a bastantes personas, todos disidentes. Algunos no se enteraron de la convocatoria porque sus cónyuges no les avisaron por miedo. Otros acudieron a la Plaza Roja pero no se atrevieron a dar el paso de manifestarse con sus compañeros sabiendo que el precio a pagar sería demasiado alto.

4

—El 25 de agosto a las doce del mediodía nos juntamos ocho manifestantes en la Plaza Roja, concretamente en el sitio reservado, antes de la Revolución de Octubre, para las ejecuciones. Yo acudí con un cochecito que me habían prestado; en él había colocado a mi hijo de tres meses y las pancartas. Decidimos mantenernos sentados o de pie en el adoquinado y colocar junto a nosotros las pancartas caseras contra la invasión. En ellas habíamos escrito: «Vergüenza a los invasores» y «Por nuestra libertad y por la vuestra». La mía era la única en que ponía: «Por vuestra libertad y por la nuestra». Eso significaba lo siguiente: «Cuando vosotros, los checoslovacos, seáis libres, entonces lo seremos también nosotros». Aunque nadie se hacía demasiadas ilusiones de poder ver la libertad en su país. Otra pancarta mía decía: «Manos fuera de Checoslovaquia».

»Era el cuarto día después de la ocupación de Checoslovaquia y la propaganda soviética estaba en su apogeo. La maquinaria de propaganda comunista del régimen pedía a los ciudadanos soviéticos apoyo absoluto para prestar “ayuda fraternal a los pueblos checo y eslovaco, descarriados por las tramas imperialistas occidentales”.

»La gente que pasaba por la plaza iba concentrándose alrededor de nosotros, los manifestantes; más tarde supe que eran agentes del KGB vestidos de paisano. Al cabo de poco se pusieron a gritar a pleno pulmón: “¡Sucios judíos!”, “¡Traidores a la patria!” y “¡Peguemos a los antisoviéticos!”. Los agentes del KGB desgarraron nuestras pancartas y banderas checoslovacas. Nosotros nos quedamos sentados en silencio sobre el peldaño de la acera y no opusimos resistencia alguna.

»Luego llegaron los golpes y las palizas. A Litvínov un hombre lo batió con una

cartera y una mujer lo zurró con el bolso. A Feinberg un hombre le pegó hasta hacerle saltar cuatro dientes. Aquello duró seis, siete, como máximo ocho minutos; entonces la policía secreta se llevó a los manifestantes. Más que llevárselos, los detuvieron, los arrastraron y los enviaron directamente a la cárcel. A mí no me hicieron caso.

»Mientras se los llevaban a la prisión en el coche de la policía, otro coche salió de la puerta Spasski del Kremlin. Entre los pasajeros se hallaba Alexandr Dubček, el depuesto líder de la Primavera de Praga; la noche de la invasión, los soviéticos lo habían traído esposado en avión a Moscú.

»El KGB llevó a cabo sus detenciones muy deprisa, para que los observadores occidentales no se dieran cuenta y en Occidente no se llegara a saber nada de lo ocurrido. Sin embargo, la noticia sobre nuestra manifestación y la detención posterior encontró su camino hasta los medios de comunicación occidentales. Entonces Tom Stoppard escribió una obra de teatro sobre el coraje de los manifestantes de la Plaza Roja, y Joan Baez compuso una canción llamada *Natalia* sobre mí y sobre nuestro activismo. En sus conciertos y en su álbum *From Every Stage* la precede una pequeña introducción en la que Joan dice: “Es gracias a personas como Natalia Gorbanévskaya, estoy convencida, que tú y yo estamos vivos y caminamos por la tierra”.

»Las voces de Occidente fueron muy importantes para nosotros; nos dieron la sensación de que había gente que nos oía, nos apoyaba, que no estábamos solos y que nuestra protesta, que se oponía directamente al derecho del Kremlin a intervenir en los asuntos internos de sus países satélites, tenía sentido. Esto, para nosotros, fue algo esencial: saber que el castigo y el sufrimiento que no se harían esperar tenían un sentido.

»Valió la pena. En distintas ciudades rusas a la gente le llegó la noticia de nuestra manifestación. A raíz de nuestra oposición ellos también empezaron a protestar: por la noche fabricaban hojas informativas que pegaban en las paredes.

»Para mí valió la pena sobre todo porque si no lo hubiera hecho, nunca más habría estado en paz con mi conciencia.

5

—Tras la detención de los demás, yo fui la única que siguió manifestándose en la Plaza Roja hasta que, al cabo de un rato, volvieron por mí y me llevaron para interrogarme varias veces. Después me acompañaron a mi casa, donde llevaron a cabo un registro domiciliario. Como supe más tarde, entretanto habían encarcelado a los demás manifestantes. Gracias a tener hijos pequeños, pero también porque era la disidente más conocida en Occidente, a mí no me detuvieron en aquel momento. No lo harían hasta un año más tarde, en diciembre del 1969, declarando mi

incapacitación. Un psiquiatra emitió el diagnóstico: esquizofrenia progresiva. El diagnóstico típico de los insumisos.

»Me encerraron en el hospital psiquiátrico de la cárcel Butyrka, donde me sometieron a un tratamiento forzado. Luego me trasladaron a la prisión psiquiátrica de Kazán: un centro psiquiátrico especial para los “enemigos del pueblo”. El edificio estaba circundado por un muro con alambre de púas y en las ventanas había rejas, es decir, como en cualquier cárcel.

Natalia se queda callada; no tiene ganas de seguir contando. Me explica su silencio:

—Estar encerrado en uno de esos centros psiquiátricos, que en ruso llamamos coloquialmente *psijushka*, es lo más duro que le puede pasar a una persona. Nunca he hablado de ello, nunca he sido capaz de hablar de ello. Narrarlo sería como revivir la tortura.

Su silencio es elocuente.

Al final se decide a contar su experiencia, aunque presa del desasosiego y la angustia. Habla deprisa, como si quisiera acabar cuanto antes.

6

—Los medicamentos que me suministraban eran drogas psicotrópicas que a la larga desarrollaban la enfermedad de Parkinson y provocaban la pérdida de la memoria. A mi compañera de habitación, también prisionera política, empezaron a temblarle los dedos al cabo de varios meses. Esta mujer se procuraba libros clandestinamente y me los ofrecía también a mí. Pero tanto ella como yo empezábamos a leer una página y unas líneas, y más allá ya no recordábamos lo que acabábamos de leer.

»No era posible desechar los medicamentos: se ejercía un control estricto sobre los pacientes. Intenté esconder la medicación varias veces, pero me amenazaron con los castigos más severos. Me sentía como si estuviera encadenada a la cama; en cambio, a la hora del paseo tenía ganas de saltar y de salir volando para sacudirme los grilletes.

»Una vez al mes, a los prisioneros-pacientes se nos permitía escribir una carta de hasta cuatro hojas. Nada más empezaba, olvidaba lo que ya había escrito y lo que no, cosa que me agotaba. Cuanto más tiempo pasaban las prisioneras en una *psijushka*, tanto más olvidaban. Una mujer murió tras pasar allí treinta años, otra había llegado en el año 1969 pero, después del tratamiento que atacó su memoria, no recordaba el año en que la habían puesto en libertad. No había nadie que recordara las fechas; muchas mujeres enloquecieron.

»En la *psijushka* una se daba cuenta de la arbitrariedad del régimen y la total ausencia de la ley. No había nadie que pudiera defenderte. Ni siquiera podías contar

con la honradez de los médicos, aunque esta fuera nuestra única esperanza. Intentábamos persuadirnos de que los médicos eran nuestros amigos; de no hacerlo, habríamos buscado la manera de suicidarnos. Y es que los médicos no fueron honrados, no podían serlo. Una *psijushka* era un lugar de castigo, un centro donde las autoridades se deshacían de las personas ideológica y políticamente incómodas. Por eso despedían a los médicos íntegros y llenaban los centros psiquiátricos con pseudomédicos obedientes que por un sobresueldo estaban dispuestos a hacer cualquier cosa.

»Todas las mañanas, al despertarse, una se preguntaba: “¿Me he vuelto loca ya? ¿O sigo siendo normal? Diría que soy normal pero eso es justo lo que suelen creer los locos”. Lo más espantoso, lo que robaba la esperanza hasta a los más optimistas, era el hecho de que nadie sabía cuánto tiempo pasaría allí porque no habían sido condenados; oficialmente eran libres, solo estaban “en tratamiento”. Nadie sabía lo que le harían ni cómo terminaría.

»En estas condiciones de injusticia absoluta y a la merced de los médicos que no eran sino títeres del KGB, al cabo de unos meses cualquier persona sensible o psíquicamente vulnerable presentaba señales de enfermedad psíquica. Lo más común era la angustia permanente, la sensación de estar perseguido tanto por los médicos como por los demás ingresados, o sea, manía persecutoria y paranoia. Fue indeciblemente espantoso; no hay peor tortura en el mundo entero.

»Lo que me salvó fue mi conciencia. Me repetía una y otra vez que lo que había hecho era necesario. Saber que uno se había comportado en todo momento como es debido, de acuerdo con el dictado de su conciencia, es muy importante y gracias a ello, si no está sometido a las drogas agresivas durante demasiado tiempo, se puede sobrevivir ileso.

»Me torturaron, pero en el fondo de mi ser había paz. Solo cuando uno sabe que ha obrado correctamente le invade esta sensación.

»También me salvaban las poesías que intentaba componer para demostrarme que estaba cuerda. Este es uno de mis poemas de aquella época:

No fui yo quien salvó Varsovia ni Praga,
no, mi culpa es irredimible,
mi casa herméticamente sellada, condenada,
la casa del mal, de la traición y el crimen.
Encadenada a ella por eternas cadenas invisibles,
encuentro alegría y veneno en esa casa temible,
en un rincón oscuro, borracho, desgraciado,
donde vive mi pueblo sin culpa y sin dios.

»Estuve prisionera en el centro psiquiátrico algo más de dos años. En 1972 me dejaron en libertad porque en el extranjero se hablaba y se escribía mucho sobre mí y sobre mi destino. “¿Solo dos años? ¡Es un castigo para niños!”, me decían mis conocidos. Pero cuando un compañero disidente me preguntó si cambiaría esos años

por tres en el gulag, respondí: “¡Lo cambiaría no por tres, sino por siete años en el gulag!”.

7

—Cuando me dieron el alta de la cárcel psiquiátrica, pasé directamente a los brazos de mis amigos disidentes para continuar nuestra labor. Volví a protestar, a dar entrevistas a periodistas extranjeros, a manifestarme en la calle. Además, me alegré al ver cómo prosperaba la revista clandestina *Crónica de los acontecimientos actuales*, que había ayudado a fundar poco antes de la manifestación en la Plaza Roja y que mis amigos continuaron y desarrollaron durante mi ausencia. A mi retorno volví a mecanografiarla en varias copias como *samizdat*, palabra que significa en ruso «autopublicación», que solo llegaban a un círculo limitado de personas, pero no dejaba de ser una rebelión contra el control del Estado todopoderoso y arbitrario. Más que antes, no había tiempo que perder; un ex prisionero valora cada momento.

»El poder de nosotros los disidentes residía en el hecho de que los medios de comunicación occidentales transmitían todo lo que producíamos, de manera que nuestras protestas, propuestas y recomendaciones, emitidas por las emisoras radiofónicas occidentales, llegaban a millones de oyentes.

»Ya antes de que me detuvieran, con la intención de publicarlos en un libro recopilé los textos de los interrogatorios a los participantes de la manifestación en la Plaza Roja, que milagrosamente pude obtener del KGB y que mis ayudantes pasaron de contrabando a Occidente. El libro llegó a publicarse en varios países como Gran Bretaña, Francia, México y Estados Unidos; se llama *La Plaza Roja al mediodía*. En la introducción a la edición inglesa decía un periodista del *New York Times*, Harrison Salisbury: “La virtud de este documento son sus detalles meticulosamente elaborados, además de su exposición cristalina de la grosera violación de la ley soviética; la aplicación, por parte del Estado, de la fuerza y el engaño, y el uso del tribunal como instrumento de injusticia, falsificación y supresión de testimonios; la provocación deliberada por parte de los órganos estatales y sobre todo la banalidad del sistema”.

»Por todas esas actividades (el libro publicado en Occidente, la revista clandestina y mi incesante actividad disidente), los ataques contra mí siguieron y la persecución se volvió cada vez más insoportable. Las autoridades soviéticas me hicieron saber que, al igual que la de Solzhenitsyn, desterrado solo unos años antes, tampoco mi presencia en la Unión Soviética era deseada. En septiembre de 1975 me obligaron al exilio forzado en Israel con mis dos hijos.

8

—Un año más tarde me trasladé a París. Desde el principio me encantó el barrio que escogí para vivir: un barrio popular lleno de inmigrantes. Exiliada como ellos, tenía cuarenta años y empezaba una nueva vida.

»Un centro psiquiátrico francés se ofreció a hacerme un examen profundo y detallado para determinar si los tratamientos químicos de la *psijushka* habían dejado secuelas. Resultó que todo estaba en orden.

»En los primeros meses dediqué cada momento libre a pasear por París; caminaba para descubrir cómo era mi nueva ciudad, mi nueva vida. Me encantaban los cafés, y me gustaban aún más cuando en ellos se jugaba al *pinball* y estaba permitido fumar. No concibo la vida intelectual sin cigarrillos. El café y el tabaco son lo que me mantiene mentalmente viva.

»Me he convertido en una verdadera especialista en París y lo mismo me ocurre con otras capitales, especialmente con Praga y Varsovia, ciudades que me he pateado de cabo a rabo porque es allí donde más veces me han invitado, generalmente para dar conferencias. Además, en Praga y Varsovia me han otorgado varios premios por haber defendido a sus ciudadanos en un momento histórico en que no los defendía nadie.

»Aquí en París también formo parte del comité editorial de distintas revistas, básicamente de exiliados: *Rússkaya mysl* (Pensamiento ruso) y *Kontinent*. Desde el inicio de la era de internet me he convertido en una bloguera entusiasta en ruso; siempre hay muchas cosas, y muy graves, por criticar en la Rusia de Putin. Este es mi blog, por si lo quiere seguir: <<http://ng68.livejournal.com/>>.

»Pasé treinta años como apátrida; cada seis meses tenía que hacer largas colas en medio de otros inmigrantes para conseguir que estamparan el sello en mi pasaporte hasta que, en 2005, Polonia me ofreció su ciudadanía, que acepté encantada. Un auxilio parecido te puede cambiar la vida.

9

—De vez en cuando viajo a Rusia para ver lo que allí ocurre y para denunciar los excesos. En el año 2011 me dieron el Premio Ruso que otorga la Fundación Yeltsin. En mi parlamento recité un poema de 1965 dedicado al represaliado activista por los derechos humanos Yuri Galanskov:

En medio de una oscura turbulencia,
con una amplia sonrisa,

Rusia se mueve a trompicones
como si chocara contra un espejo.

»Con la lectura de este poema en una ocasión tan solemne quise transmitir la idea de que Rusia sigue siendo la misma que cuando la conocíamos como la Unión Soviética, aunque haya cambiado de nombre, de bandera, de himno y de líder. La gente presente en la ceremonia lo captó enseguida.

»En la Rusia de hoy encuentro mucha pomposidad, además de una injusticia galopante a todos los niveles, la misma arbitrariedad que antes y una hipocresía como no he visto en otras partes. Pero lo peor de todo es el olvido, la amnesia organizada desde arriba. Y muchos, la mayoría, aceptan obedientemente la obligación de olvidar. Escribí sobre ello este poema:

El crimen aún no se ha borrado,
la hora de la verdad no ha llegado.
En la estufa la leña sigue crujiendo
como un reloj, aunque el fuego se ha extinguido.

»Si de vez en cuando viajo a Rusia es también para asistir a las marchas de protesta, incluidas las que conmemoran nuestra primera manifestación contra la invasión de Checoslovaquia. Naturalmente, en la Rusia de Putin los manifestantes no están bien vistos, pero mis colegas disidentes y yo no hacemos caso a las advertencias, igual que no lo hicimos en su momento y preferimos que nos castigaran a quedarnos callados.

10

Natalia no es como las mujeres con un pasado en el gulag que he conocido: cordiales, moderadas y agradecidas por la visita y el interés. Mientras me alejo de su casa y me dirijo por su aireada calle de vuelta al metro, pienso que Natalia es la más dura de todas: una mujer resuelta, tenaz, austera, arisca y obstinada.

11

Un año más tarde, en 2013, supe que cuando se conmemoraban en Moscú los cuarenta y cinco años de la invasión de Checoslovaquia por parte de las tropas soviéticas, Natalia Gorbanévskaya regresó allí para juntarse con los ocho manifestantes de antaño. También esta vez la policía los detuvo por organizar una

manifestación no autorizada.

Tres meses después Natalia murió en París, esa ciudad que le había brindado refugio aunque no adopción, como una madrastra le niega el cariño a una hija adoptiva poco favorecida. Falleció en su piso de París, rodeada de sus papeles de activista, sus libros, su poesía: hasta el último momento trabajó por la causa sin perder ni un minuto de su precioso tiempo; hasta el último instante la amparó su mundo, el mismo mundo que antaño fue la causa de tanto dolor y de tanta satisfacción.

ULISES EN SIBERIA

Janina Misik

1

En Ognisko Polskie, o The Polish Hearth Club, principal centro cultural polaco en Londres, situado en un edificio elegante y fastuoso del barrio de Kensington, me recibe un hombre alto y distinguido de melena blanca, vestido con meticuloso refinamiento. Cuando le pregunto si en Londres todavía vive alguna polaca que estuviera en el gulag durante la guerra, reacciona de inmediato: Janina Misik. La llama por teléfono y concierta una cita con ella para la mañana siguiente. Luego me invita a tomar un café en el exquisito restaurante que alberga el centro cultural.

2

Todavía en la puerta, la octogenaria Janina Misik me cuenta que Zygmunt Sobolewski, el hombre que el día anterior me ayudó a localizarla, es muy apreciado entre los polacos de Londres.



El barrio de Londres donde reside Janina actualmente

—Si va usted a escribir un libro sobre el gulag, tiene que conocer su historia — dice con un tono que no acepta un no por respuesta.

—El caso es que el libro que escribo es sobre mujeres —alego—. Quiero conocer su historia, ¡la historia de Janina Misik!

—Yo se la contaré, descuide. Pero primero le voy a relatar la de Zygmunt Sobolewski, ¡verá que no lo lamentará!

Comprendo que no está en mi poder doblegar su inquebrantable voluntad. Janina Misik empieza, pues, su relato.

3

—Los soldados soviéticos irrumpieron en la casa de la familia Sobolewski la noche del 10 de febrero de 1940. Así se lo contó más tarde su padre, ya que Zygmunt era entonces un niño de dos años. Los miembros de la familia tuvieron que vestirse a toda prisa; les ordenaron que recogieran lo que pudieran necesitar para el viaje. Sentaron a los niños en el trineo y a los padres les tocó arrastrarlo, cargado como iba con los niños y su equipaje, hasta la estación de tren.

»Stalin tenía la intención de desalojar a todos los polacos de la región de Volinia y, de hecho, de todos los territorios periféricos, que en polaco se llamaban *Kresy*, Los Confines. Hoy esta región pertenece a Bielorrusia y Ucrania. Así que, bajo la vigilancia de rusos armados, los padres arrastraron a los niños sobre la abundante nieve durante una hora hasta la estación más cercana. Allí, los soldados rusos cargaron a la familia en un vagón de ganado. No había servicios. El trayecto hasta el campo de trabajo duró tres semanas durante las que murió mucha gente: no recibían alimento y viajaban sin calefacción a temperaturas de cuarenta bajo cero, por no hablar de las condiciones higiénicas. Los llevaron a un campo de la región de Vólogda. Todo lo que había era un inmenso bosque. Los iban a emplear en la tala de árboles.

»Los niños que no estaban en edad de trabajar asistían a una escuela rusa; entre ellos se hallaba el hermano de Zygmunt. En la escuela los obligaban a recitar una oración frente al retrato de Stalin y los maestros les prometían que, si lo hacían bien, Stalin les ofrecería caramelos. “¡Reza por papá Stalin, chiquillo! El buen *bátiushka* te dará caramelos”. Así que los pequeños rezaban y el maestro tiraba de un cordón del que caían un par de caramelos. El hermano de Zygmunt, que había descubierto el truco, no rezaba. Y una vez fue y perforó los ojos de Stalin con un imperdible.

»Zygmunt no podía andar: había enfermado a causa de la desnutrición. No se sostenía en pie, tenía que quedarse tumbado. Una vez, en el campo de trabajo, una mujer le ofreció un trozo de pan y un hombre le untó con aceite las piernas debilitadas. Hasta hoy recuerda lo mucho que aquello lo alivió. Era un chamán

siberiano.

»Del gulag sabía lo que le había contado su padre. Pero en su casa no se podía hablar de los campos delante de su madre, que había quedado traumatizada para el resto de su vida. En la memoria de Zygmunt quedaron grabados solo fragmentos del viaje que, tras el tratado para la liberación de los prisioneros polacos firmado por Stalin y el gobierno polaco en Londres, presidido por Władysław Sikorski, su familia emprendió desde el norte de la Unión Soviética hacia el sur del país, hasta Uzbekistán. Zygmunt recordaba sombras, figuras sin rostro. En todas partes de la URSS, durante aquel invierno, su familia presenció muerte y sufrimiento; la gente moría a centenares, y a numerosos sobrevivientes las autoridades los mandaban al gulag. Muchos de los que con aquel frío escapaban a pie o en trineo no aguantaban el viaje y simplemente caían de cansancio o, a veces, de un derrame cerebral. Al parecer, muchos practicaron el canibalismo: al huir se llevaban consigo una víctima previamente escogida y cebada y, cuando se agotaba la comida, la devoraban. Los cadáveres yacían yertos junto al camino. El padre de Zygmunt arrastró a su familia en un trineo durante meses, sobre la nieve y el hielo. Luego los llevó varios meses más en una barca, tirando de una soga. Al final los condujo en carro por caminos polvorientos, escabrosos, y en el sur atravesaron el desierto.

»La familia permaneció en Uzbekistán algo más de año y medio, y Zygmunt seguía sin poder levantarse ni andar: estaba debilitado, extenuado, y sus piernas no respondían. Pero hubo un hecho que siempre recordaría con precisión: un día su hermano lo sacó en brazos de la *kibitka* de barro, su vivienda. Hasta donde alcanzaba la vista se extendía el desierto. Allí divisó un árbol. El hermano saltó una cerca y trepó al manzano para robar una manzana, un manjar excepcional que la familia no había degustado en años y Zygmunt nunca; la manzana sería para él.

»Igual que en Rusia, en Uzbekistán se padecía hambruna. La gente hacía sopas con lo que encontraba: tortugas, raíces y perros. Todos los días se producían muertes: uzbekos, polacos, rusos..., la muerte no diferenciaba entre unos y otros.

»Zygmunt recuerda que cuando tenía cuatro años, un día las autoridades condujeron a su grupo de polacos desde el desierto de Uzbekistán hasta el puerto de Krasnovodsk, en Turkmenia, hoy Turkmenistán, que, igual que Uzbekistán, en aquella época pertenecía a la Unión Soviética. El barco que los llevó a Persia iba lleno de gente que huía de Stalin. Algunos se ahogaron en el mar Caspio porque se lanzaron y nadaron contra las olas, pero nunca lograron alcanzar el barco.

»Llegaron a Persia hechos unos esqueletos envueltos en andrajos. Los trasladaron de inmediato al hospital porque todos sin excepción precisaban atención médica: después de años de sufrir hambre y heladas de hasta cincuenta grados bajo cero, estaban gravemente debilitados y enfermos. La tuberculosis, el tifus y la disentería eran las enfermedades más frecuentes. Al padre de Zygmunt, por ejemplo, le robaron las botas en el gulag. Pasaba a menudo: los funcionarios soviéticos se apropiaban de las cosas de los prisioneros. El caso es que el padre tenía que envolverse los pies con

paños para no andar descalzo sobre el hielo: así, hubiera nieve o hielo, se desplazaba todos los días a trabajar de leñador. Con el tiempo perdió la movilidad de los pies debido a la congelación. El hermano de Zygmunt murió en Teherán en 1942. Está enterrado en el cementerio de la ciudad, donde se reservó una gran ala para los polacos fallecidos.

»Después los trasladaron a Pakistán en calidad de refugiados políticos, y allí vivieron en tiendas de campaña en el desierto, cerca de Karachi: por la noche las hienas y los chacales rondaban su tienda. Zygmunt seguía gravemente enfermo, por lo que se lo llevaron a un hospital militar instalado también en tiendas en el mismo desierto. Los pacientes eran principalmente ingleses y estadounidenses, soldados todos ellos; uno le regaló un osito de peluche que acompañaría al niño mucho tiempo. Gracias al tratamiento, Zygmunt empezó finalmente a andar cuando tenía cinco años.

»En diciembre de 1943 mandaron a los polacos a un campamento de acogida del sur de la India, en la ciudad de Kollapur, cerca de Hyderabad. Tras todo ese periplo, la India representó un pequeño paraíso. Ya no les faltaba el alimento pues recibían dinero del gobierno polaco en el exilio. En el sur de la India había solo dos estaciones: en una hacía calor, en la otra, calor extremo. Los que habían pasado años en el norte de Rusia sabían apreciarlo, incluidos los niños. Zygmunt no ha olvidado nunca cómo contar en idioma telugu. Sin embargo, los padres se hacían una y otra vez la misma pregunta desesperada: “¿Qué será de nosotros? ¿Qué será de nuestros hijos?”. Permanecieron en la India cuatro años, y solo allí los niños empezaron a asistir a la escuela: los polacos confeccionaron una especie de libro de texto y organizaron clases en el campamento. Pero los padres seguían sufriendo la incertidumbre: ¿Será posible regresar alguna vez a Polonia? ¿Dónde viviremos? Hasta que un día les ordenaron que recogieran sus cosas e hicieran sus hatillos.

»Tras un viaje de tres semanas en barco, el 26 de septiembre de 1947 llegaron al puerto inglés de Southampton. Zygmunt tenía entonces nueve años. Los llevaron en camión a un campamento de refugiados, después a otro y a otro; los trasladaban sin parar. En las cabañas, que parecían toneles, había solo camas, nada más; las pertenencias que uno pudiera tener, las guardaba debajo de la cama. Pero los polacos organizaron de nuevo sus escuelas improvisadas.

»Después, Zygmunt se encontró un día en una escuela inglesa. No entendía nada, y con ojos como platos miraba las asignaturas que se impartían: álgebra, aritmética, geometría, latín..., palabras que no le decían nada. Sus padres no sabían inglés: en los campos se hablaba ruso y entre la familia polaco, así que los adultos no habían tenido oportunidad de aprenderlo. Sin embargo, Zygmunt conseguiría un buen empleo en Londres.

—Sí, al final me alegro de verdad de que me haya contado esta historia —respondo a la pregunta de Janina Misik.

Y me concentro en su propio relato. Tras una primera parte, la interrumpo para repasar el comienzo:

—Veo a una colegiala de coletas castañas, atadas con una cinta roja. Tiene doce años y lleva colgada a la espalda una cartera de piel; sale con las amigas de la escuela y cruza una plaza de la ciudad de Rovno, en Volinia, Polonia oriental, en la que hay una pequeña iglesia barroca. Es la hora del almuerzo; todo está tranquilo, hasta la mendiga de la iglesia cabecea. La colegiala trata de convencer a sus amigas para que por la tarde la acompañen a ella y a su hermana a bañarse en el río: «Venga, nos llevaremos un balón hinchable», promete.

»¿Es así? —pregunto para asegurarme de que resumo bien lo que me acaba de contar esa mujer de pelo blanco teñido de un tono claro, y pantalones y jersey a conjunto del color de los guisantes tiernos.

—Sí, la colegiala soy yo, hace setenta años —responde Janina Misik.

Con sutileza, asiente varias veces con la cabeza; sin duda, sus pensamientos se hallan lejos de su piso al sur de Londres en el que me encuentro de visita y en cuyo salón, decorado con muñecas de ojos parpadeantes, flores de papel, fotografías y recuerdos de todo tipo, que testimonian una vida rica, nos hemos acomodado. Janina Misik se encuentra mentalmente en la pequeña ciudad con su iglesia barroca y los tejados rojos. De allí la arrancó brutalmente el siglo xx, despojándola de la infancia.



«... sus pensamientos se hallan lejos de su piso...»

—El 17 de septiembre de 1939 los soldados soviéticos irrumpieron y tomaron la ciudad —cuenta Janina apenas en un susurro, como si no quisiera ni pronunciar semejantes cosas. Entonces fija la mirada en el ramo que hay en un jarrón, en la

mesita del té que queda entre las dos—: ¡Cómo huelen! —Y es que de camino a su casa me he parado a comprarle dos ramos de jacintos violetas en una tiendecita del vecindario. Con un suspiro, continúa—: Recuerdo las hordas vociferantes de rusos, muchos de ellos borrachos, que se reían de nosotros, los polacos.

»El 10 de febrero de 1940, a las cinco de la mañana, los policías secretos soviéticos asaltaron nuestra casa gritando “¡Manos arriba!”. ¡Como si fuéramos criminales! —exclama indignada a pesar de que han transcurrido setenta años. Todavía ofendida, meneaba la cabeza antes de proseguir—: Al ver que éramos presas del pánico, gritaron algo más comedidos: “*Sobiraites s veschami!* ¡Preparen el equipaje!”. Esta frase se me quedó grabada para toda la vida. Mi madre no se levantó, ni respiraba; creíamos que el miedo la paralizaba pero no era eso: había sufrido un infarto. Mi hermano de nueve años la atendió. Mi padre no se hallaba en casa: era medio judío y en esos tiempos de arrestos masivos temía que vinieran a buscarlo, por lo que prefería pasar las noches en casa de distintos conocidos. Mi hermana mayor se había encargado de que le avisaran. A la orden, mi padre, que acababa de llegar, mi hermana y yo recogimos lo que nos permitieron. Yo sentía una rabia incontenible y desesperada y con mucho gusto los hubiera zurrado pero al menos les grité, yo, una chiquilla:

»—¿Qué piensan hacer con nosotros? ¿Dónde se ha visto, irrumpir así de madrugada en un piso, en casa de desconocidos y despertar a una familia con niños? ¡Esta es *nuestra* casa, *nosotros* vivimos aquí! ¿No ven lo que han provocado? —dije señalando a mi madre, que lentamente se recuperaba del infarto, que resultó ser leve.

»Se compadecieron un poco y dejaron de gritar. Nos ayudaron a empaquetar la ropa de abrigo y algo de comida, básicamente pan y patatas. No eran malvados. Cargamos a mamá y nuestro equipaje en el trineo y, bajo la vigilancia de los policías rusos, arrastramos el trineo con toda la carga sobre la nieve hasta el tren.

5

Los jacintos del jarrón desprenden su olor, indiferentes a los horrores e injusticias de los que habla Janina.

—El viaje, en un tren que solo disponía de vagones para el ganado, duró dos semanas —sigue contando—. El tren, por supuesto, no contaba con calefacción, los vagones iban abarrotados y los servicios comunes para todos se encontraban en el centro de uno de ellos. A veces paraba para que la gente pudiera hacer sus necesidades, siempre en masa y bajo la vigilancia de un policía con fusil. De comer no nos daban nada; recibíamos solo agua caliente. Si uno se acercaba a la pequeña ventanilla con rejas, veía cómo nos deslizábamos por un paisaje nevado, pero no sabíamos adónde nos llevaban. Del viaje recuerdo, además del hambre, el

agotamiento que nos producía el miedo por lo que podía venir. Mamá lloraba sin parar. Parecía que fuera a perder el juicio.

»Llegamos a un campo de trabajo cerca de la ciudad natal de Gorki: Nizhni Nóvgorod, tanto antes como después de los soviéticos. Nos alojaron en cabañas de madera. A nuestra familia de cinco miembros le asignaron una litera de madera: abajo dormían mis padres, arriba mis dos hermanos y yo. Nos sentíamos como en una jaula. Al día siguiente de la llegada nos mandaron a trabajar. Trabajábamos catorce horas al día cortando árboles, hundiéndonos en la nieve y sin estar acostumbrados a nada parecido: éramos de ciudad, mi padre hasta entonces había trabajado en el ayuntamiento, mi madre era una ferviente lectora y buena pianista.

Las muñecas que nos rodean en el piso de Janina parpadean con sus ojos de cristal... «Sí, sí, así fue», afirman con sus cabecitas de cabello de nailon.

—Sin embargo —dice Janina ya no con voz lánguida sino casi alegre—, tengo que decir que los rusos se portaron muy bien con nosotros. Ellos tampoco tenían nada. Los hombres eran reclutados por el ejército o bien condenados al gulag. También había muchas mujeres. Los rusos acataban la idea de fraternidad entre los pueblos eslavos y nos ayudaban como podían. Querían mostrarse hospitalarios, como si fuéramos unos huéspedes venidos de lejos. No me refiero a los guardias, sino a los condenados como nosotros. Los rusos lo pasaban muy mal, imagínese que hace poco leí que Stalin hizo asesinar a veintidós millones de personas; lo dijo su hija Svetlana, que vivía en Estados Unidos y no pudo perdonar a su padre las atrocidades cometidas.

»Mi padre era hombre de profundas convicciones religiosas. En el gulag organizaba reuniones bíblicas y él mismo recitaba de memoria páginas enteras de la Biblia. La administración lo castigaba porque la religión estaba prohibida en los campos. Pero mi padre no le daba importancia y seguía con su actividad. En la Unión Soviética, los campesinos escondían sus iconos en maletas debajo de la cama y temían abrirlas por si los niños los veían y los delataban. En aquella época se consideraba correcto delatar a los propios padres y no hacerlo era un delito condenable.

»Los árboles que talábamos y serrábamos debían servir luego para construir vías de tren. Nos enteramos de que ese proyecto se había anulado, pero a pesar de ello nos obligaron a seguir trabajando como antes. Todo ese sufrimiento no sirvió para nada, nos forzaron a desempeñar un trabajo inútil. Lo peor era saber que tenías que romperte el espinazo como un esclavo y, al mismo tiempo, que tu trabajo no tendría utilidad alguna. Uno es capaz de sobrellevar muchas cosas si tiene una meta; el caso contrario es un infierno.

»Sufríamos frío y hambre sin tregua. Nos invadía la tristeza, no sabíamos qué sería de nosotros y estábamos permanentemente hambrientos. Los niños soñábamos con una sola cosa: tener suficiente pan, poder comer hasta saciarnos. El hambre es lo que recuerdo con más nitidez de mi infancia. El complejo del hambre me ha

acompañado hasta hoy, por eso tengo siempre la nevera llena y seguramente como más de lo que debería. Ni siquiera después de tantos años me he quitado de encima la sensación de que en cualquier momento pueden arrebatarme la comida de la boca, así que intento tener siempre el estómago lleno por si acaso.

Janina Misik lo dice mirando a su alrededor como si reclamara el testimonio de sus muñecas.

6

—Recuerdo que una vez mi padre contó la historia de un americano con quien durante un tiempo había talado árboles. Después lo trasladaron. Recordé hasta su nombre: Cy Oggins, y después busqué qué había sido de él. Siempre me ha interesado la suerte que corrieron los extranjeros en el gulag, seguramente porque me identificaba con ellos. Ocurrió de la siguiente manera...

»—Soy Cy —solía presentarse Isaiah. Sus padres, judíos rusos refugiados en Estados Unidos que en casa hablaban yidis, al nacer le habían puesto de nombre Isaiah, en ruso Isai. Cy era la abreviatura.

»Brillante y curioso, pronto se convirtió en el orgullo de la familia por lo que, en la segunda década del siglo xx, su hermano mayor David le pagó los estudios en la Universidad de Columbia en Nueva York, a pesar de que con ello casi se arruinó. Cy quería ser profesor universitario; mientras cursaba los últimos años trabajó para la prestigiosa editorial Yale University Press. En la universidad vio mucha injusticia social y política y, joven y sensible como era, protestó contra ello. Conoció entonces a Nerma, una militante comunista radical. Se casaron y, bajo la influencia de su mujer, se puso a trabajar para los servicios secretos de la Unión Soviética.

»Lo enviaron primero a Berlín y luego se trasladó con Nerma a París, donde le encomendaron que vigilara a los rusos emigrados después de la Revolución, en especial a la familia del zar, los Románov. Las misiones le llevaron a China, ya sin Nerma ni su hijo Robin. Tras varios viajes a Shanghái, lo citaron en Moscú. Vivió varios meses intranquilo; sabía lo que significaba semejante convocatoria, especialmente en la segunda mitad de los años treinta, época del gran terror estalinista. Además quería reunirse con su familia, que, por advertencia suya, había vuelto a Estados Unidos: en Europa la guerra estaba al caer.

»Al final ocurrió lo que llevaba tiempo temiendo: una noche helada de febrero de 1939, en el último piso del hotel Moskvá, llamaron a su puerta. Acabó en una celda de detención en la cárcel de Lubianka. El 5 de enero de 1940 fue condenado, naturalmente sin defensa, a ocho años de trabajos forzados. Lo trasladaron a Norilsk, el campo soviético situado más al norte de todos. El japonés Misao Naito, uno de los compañeros de Cy en Norilsk que durante la guerra había trabajado de intérprete y

traductor, escribió a Nerma cuando fue liberado en 1957.

»Cy, que nunca había gozado de una salud de hierro, estuvo a punto de morir cuando llevaba dos años de internamiento, por lo que uno de los hombres con los que compartía destino en el hielo eterno de Norilsk, el francés Jacques Rossi, mandó a través de un oficial polaco una carta a la embajada estadounidense: “El ciudadano americano Cy Oggins se halla en el campo de trabajo al borde de la muerte”.

»Diplomáticos estadounidenses solicitaron de inmediato ver al prisionero. Las autoridades soviéticas se lo llevaron entonces de vuelta a la prisión de Butyrka para asistirlo y engordarlo, y evitar así que los estadounidenses vieran el estado de decrepitud en que se hallaba.

»Pese a ello, los dos jóvenes diplomáticos se encontraron a un hombre de cuarenta y dos años que parecía un anciano acechado por la muerte. Cy respondió a las preguntas de los diplomáticos y les dirigió varias veces el siguiente ruego: “Denles noticias mías a mi mujer Nerma y a mi hijo”. Ellos escribieron a Washington informando sobre lo sucedido y añadieron que intercederían por su repatriación.

»El 4 de marzo de 1943, Nerma recibió una carta con sello oficial de Washington:
Estimada señora Oggins:

Nos dirigimos a usted en relación a su marido, el señor Isaiah Oggins, encarcelado en la Unión Soviética. Nuestro ministerio ha recibido una notificación de nuestra embajada en la que la administración soviética informa de que liberará a su marido en cuanto tenga pasaporte válido. Se sobreentiende que lo repatriarán en breve.

»Al cabo de cinco días, Nerma recibió otra carta en la que Washington le pedía mil doscientos dólares para pagar el viaje de Moscú a Estados Unidos de su marido. En tres semanas, Nerma consiguió reunir cuatrocientos cincuenta. No tenía un trabajo estable, solo ocasional y mal remunerado. En la época en la que necesitaba imperiosamente esos mil doscientos dólares, ganaba solo cien al mes. Los amigos de Oggins no la ayudaron porque la temían por ultraradical: Nerma seguía creyendo ciegamente en Stalin.

»Nerma recibió de Washington un último mensaje: “La administración soviética ha notificado a nuestra embajada que no pueden volver a ocuparse del caso de su marido, por lo que no podrá ser liberado”. Y le devolvieron sus cuatrocientos cincuenta dólares. Moscú no había tenido nunca la intención de dejarlo en libertad.

»¿Qué pasaba mientras tanto con Oggins? Varios años de duros trabajos forzados en la tierra de las nieves y el hielo perpetuos, y el constante viento helado del Polo Norte hicieron de él un hombre desesperado, prematuramente envejecido y con la salud minada. Cuando se lo llevaron a la cárcel moscovita de Butyrka, donde se reunió dos veces con los diplomáticos estadounidenses, aprovechó la oportunidad para mandarle dos cortos telegramas a su mujer. En el primero, entre otras cosas, escribió: “Te agradecería mucho que hicieras todo lo posible para que podamos reunirnos de nuevo”. Y en el segundo: “Te ruego que hagas lo que sea por mi caso;

necesito urgentemente tu ayuda y tu amor”.

»A principios del año 1947 se cumplieron los ocho años a los que Cy había sido condenado. En el verano de aquel año fueron a buscarlo a su celda y le dijeron que iban a liberarlo. Lo llevaron a un laboratorio del edificio contiguo. “Es una mera formalidad, después será libre”, le explicaron. El profesor Mayranovski le puso una inyección. Cy empezó a jadear y después se le paró el corazón. Oggins fue asesinado por orden personal y explícita de Stalin. Nerma no supo de la muerte de su marido hasta mucho después.

»¿Por qué no hizo nada Nerma sabiendo que su marido se hallaba en prisión? Podía haber escrito un artículo en los periódicos para hacer público su caso, y el resto hubiera fluido por sí solo. Hasta su muerte en 1995, Nerma, comunista ferviente hasta sus noventa y siete años, calló porque si hubiera advertido de que Cy estaba en el gulag, habría reconocido con ello su error vital y su vida de comunista habría quedado despojada de sentido.

7

Janina hace una pausa para cerciorarse de que la historia de Oggins ha causado en mí la impresión debida.

Mientras ella narra, observo que las paredes del salón, al igual que la superficie de las mesitas, están cubiertas de fotografías enmarcadas. Para animarla, le pregunto a Janina si había tenido amigas en el gulag.

—La gente se portaba bien con nosotros, eso es verdad —dice—, pero también nos tenían miedo porque éramos extranjeros y, si se relacionaban con nosotros, podían llegar a tener serios problemas con la dirección del campo. Así que estábamos solos. Solos en un campo de trabajo aislado en el bosque, rodeados de nieve y hielo. Es cierto que durante un tiempo tuve una amiga polaca, pero esta nos dejó pronto.

»Después la situación política cambió. Hitler atacó Polonia, unida a los Aliados, y el primer ministro polaco, Władysław Sikorski, consiguió desde su exilio en Londres que Stalin liberara a los polacos que los soviéticos tenían en cautiverio; pero cuando en 1943 pidió que la Cruz Roja Internacional investigara la masacre de oficiales polacos de Katyń, Stalin suspendió las relaciones diplomáticas con Polonia.

»De modo que no podíamos volver a nuestro país. Pero después de casi dos años en el gulag siberiano, en 1940, gracias a las gestiones diplomáticas de Sikorski, nos mandaron al sur de la Unión Soviética.

Janina pronuncia el nombre del primer ministro Sikorski con un respeto y gratitud conmovedores, cosa que he podido apreciar también en otros polacos exiliados de esa generación.

—Llegamos a Uzbekistán —sigue narrando Janina—. Nos desplazamos hasta allí

de forma parecida a como lo hizo la familia de Zygmunt Sobolewski: en verano en balsas por el Volga; en invierno, cuando la nieve lo cubría todo y el río y los lagos se helaban, avanzábamos en un trineo que uno de nosotros tenía que arrastrar. Cubrimos una parte del camino en tren, pero nos desplazamos sobre todo a pie. Recorrimos aproximadamente cuatro mil kilómetros. Cuando llegamos a Uzbekistán, nuestros huesos revestidos de piel crujían. Parecíamos prisioneros de un campo de concentración tal y como los conocemos por las fotografías. En nuestro grupo había un sinnúmero de enfermos, otros habían muerto de desnutrición. Muchos llegaron a Uzbekistán procedentes de las cárceles de Moscú donde los habían torturado. El que sería mi futuro esposo, polaco también, estuvo detenido en la prisión de Lubianka.

»En Uzbekistán vivimos en medio del desierto en una tienda de campaña o en *kibitkas*: chozas de barro sin ventanas a las que dábamos forma nosotros mismos con la tierra del desierto. Los uzbekos vivían del mismo modo. En invierno nevaba y helaba, pero no disponíamos de estufas, claro. La vida en el desierto era bastante primitiva. Los oasis en los que se habían levantado las ciudades uzbeques medievales quedaban lejos. Por descontado, no vimos ciudades míticas como Samarcanda o Bujará, principales oasis en la ruta de la seda: éramos unos proscritos.

»El agua del desierto estaba contaminada, no se podía beber y los niños andábamos siempre sedientos. Por eso murieron tantos niños por intoxicación. Y el que no moría, enfermaba de tifus o disentería. El hambre nos acompañaba siempre. Si tuviera que definir mi infancia, lo haría con la palabra “hambre”.

»No teníamos camas, dormíamos sobre una manta en el suelo. No había ningún hospital cerca. Una vez me desperté por la mañana y encontré a mi mejor amiga muerta. Sentí desconsuelo, pero no tuve más remedio que acostumbrarme a prescindir de ella porque la muerte estaba a la orden del día. Mi hermana cogió el tifus y estuvo enferma mucho tiempo. Pero era joven, se curó y sigue con vida; ahora vive en Birmingham y tiene ochenta y seis años.

»¿Cómo pude sobrevivir a todo esto? Tal vez gracias a la esperanza de que todo terminaría y vendrían tiempos mejores. Esa esperanza absolutamente ilógica no me abandonó nunca.

8

—El que no estaba enfermo trabajaba en los campos de algodón, que quedaban lejos. Nos pagaban con harina. Por la mañana caminábamos varias horas hasta llegar; por la noche hacíamos el camino de vuelta. Siempre hambrientos y cayendo de cansancio, trabajábamos a destajo incapaces de cumplir el mínimo establecido. Pero ¡la gente era tan buena!

Janina hace con los brazos un gesto como si quisiera abrazar, si no todo el

universo, sí al menos el mundo de sus muñecas de melenas largas que la miran expectantes, sin parpadear.

—Por la noche las familias uzbekas nos invitaban a sentarnos con ellas. Los uzbekos tampoco tenían nada, pero lo compartían todo con nosotros. Nos sentábamos delante de su *kibitka* sobre una especie de colchón ancho cubierto de alfombras o mantas, los hombres con gorros de colores, las mujeres con faldas de algodón multicolor largas hasta los pies, y tomábamos con ellos té verde en cuencos de porcelana uzbeka en los que se entrelazaba el azul con el blanco. Junto con el té nos servían pan, y alguna vez mordisqueamos también dulces en forma de bolitas o rollitos.

9

—Los polacos organizaron sus escuelas en el desierto de Uzbekistán; gente con los conocimientos más variados impartía las diferentes asignaturas. Niños y niñas íbamos a trabajar en los campos solo algunos días de la semana, el resto estaba reservado para las clases. De modo que al final recibimos una educación relativamente sólida: sabíamos de matemáticas y física, historia e idiomas, teoría de la música, ortografía polaca, literatura universal y hasta dibujo: cuando no disponíamos de papel, dibujábamos en la pizarra o en la arena del desierto. Y tuvimos un excelente profesor de inglés que desde el primer momento conversó con nosotros; aquel era su método de enseñanza. Después, a los que sobrevivimos y nos instalamos en Londres, nos vendría la mar de bien.

»Tras año y medio en el desierto, nos deportaron a las montañas de Uzbekistán, cerca de la pequeña ciudad de Kitab. Curiosamente, en los idiomas de aquella zona geográfica “kitab” significa “libro”. Allí donde miraras, veías maravillas naturales: valles y ríos, prados y bosques, altas montañas con las cimas nevadas. Y algunas veces hasta conseguimos canjear pan o arroz por fruta. En Kitab también hay un cementerio polaco, tanta era la gente que seguía muriendo.

»Después nos trasladaron al puerto de Krasnovodsk, en Turkmenistán, y desde allí en barco hacia Pahlev, en Persia. Recuerdo aquel momento: el barco se acercaba a una tierra verde preciosa, estábamos todos llenos de esperanza. Y nuestras expectativas se cumplieron porque, en Persia, nos amparó la mano protectora del Reino Unido; así lo había pactado el general Sikorski. Los persas, mucho más ricos que los uzbekos, nos colmaron de cuidados. A los enfermos los ingresaron en el hospital; flacos hasta los huesos como estábamos, recibimos grandes raciones de comida. Los adultos trabajaron en su mayoría en fábricas, los niños asistimos al colegio, donde nos enseñaban maestros polacos. Residíamos en viviendas especiales, con decenas de personas por habitación. Desde allí, más tarde, nos trasladaron a

varias ciudades palestinas, incluso a Nazaret, y al final al Líbano y a Egipto. Por aquel entonces yo ya era una muchacha y todo este viaje lo viví como una aventura apasionante.

»Mi hermana mayor se quedó un tiempo en el Líbano con nuestra madre, que después de pasar hambre tanto tiempo, había caído gravemente enferma y no podía ponerse de pie. Mi hermana se ocupaba de ella, y de las dos cuidaba un oficial inglés que mi hermana había conocido en Teherán y que la acompañó durante todo ese arduo periplo; no podía vivir sin ella. Aprendió polaco y a cocinar especialidades de nuestra tierra. A mi hermana la llamaba “rosa polaca”, ¿y creerá que, cuando más tarde se casaron en Inglaterra, todos los domingos le traía el desayuno a la cama y en la bandeja había siempre una rosa fresca en un jarrón?

10

Janina se da cuenta de que mi vista se ha deslizado hasta una pequeña fotografía en blanco y negro cuyo marco dorado destaca en la pared. En ella se ve a un grupo de chicas despreocupadas montadas sobre un camello.

—Soy yo cuando tenía dieciséis años. Esto fue en Palestina. También allí la gente se portó muy bien con nosotros.

Le pregunto si durante el éxodo su familia no esperaba poder volver a Polonia. Janina Misik niega con la cabeza.

—Tras los acuerdos de Yalta, en los que Estados Unidos y el Reino Unido cedieron Polonia y otros países de la Europa Central y del este a la Unión Soviética, vimos claramente que no podríamos regresar a casa: habíamos conocido el comunismo en Rusia y sabíamos que en ningún caso queríamos vivir bajo semejante régimen. Encima, la parte de Polonia de la que provenía mi familia en aquella época ya no pertenecía a Polonia, sino a la Unión Soviética. Razón de más para no querer volver a un infierno seguro. Nos mandaron, pues, a Egipto, donde vivimos en el desierto, hábitat que conocíamos ya de Uzbekistán. Hasta que, en 1947, nos embarcaron en Port Said y nos enviaron a Southampton. Después de tanto tiempo en el desierto, fue muy agradable contemplar de nuevo un paisaje verde. Al principio nos instalamos en un campo de refugiados.

»Yo era joven y sabía que quería vivir con plenitud, tener un trabajo digno y ser útil, y sabía que para ello necesitaba formación. Me inscribí en la Universidad de Gilford, me saqué un diploma de maestra y conseguí trabajo en el British Council. Trabajé de intérprete y de organizadora de eventos culturales y, como tal, me relacionaba con gentes del mundo entero. Era un trabajo vibrante y estimulante.

»En Inglaterra conocí al que sería mi futuro marido: también era polaco, oficial del ejército y pintor. Tuvimos un hijo que se llama Alec y hoy tiene sesenta años. Mi

primer marido murió de cáncer en 1990. A mi segundo marido lo hirieron de gravedad en Italia, durante la guerra, y sufrió un trauma posbélico. Él también murió, hace un año, a causa de una mezcla de demencia y Alzheimer, la enfermedad más cruel que existe. Pero la vida sigue; ahora me dedico a organizar reuniones de polacos en un centro situado aquí enfrente. ¿Tiene tiempo? ¿Le apetece que la lleve a comer allí? Vaya, se va de Inglaterra hoy mismo. De acuerdo, pues tomaremos al menos un café y un pastelito polaco. ¿Por qué no? ¿Solo café? Pero así me siento muy mala anfitriona. Está bien, si no se deja convencer...

»¿Por dónde iba? Ah sí, mi marido con Alzheimer. Nunca hubiera pensado que tendría que cuidar de alguien con una enfermedad tan tremenda. Y ya ve, cuando fue necesario, también encontré la fuerza para hacerlo. Uno aguanta mucho más de lo que cree: es una lección que la vida me dio ya en la infancia. Y si uno quiere sacar algo de esta vida, tiene que luchar por ello y sobreponerse a los obstáculos, esta es otra lección. Así que sigo dedicándome a organizar actividades culturales como antes y estoy contenta de hacer algo por los demás. Ser útil es la mayor satisfacción que se puede sentir en la vida. Y es que también me ocupo de niños con discapacidad mental, ¿los ve aquí, en la fotografía? Hay quien contribuye desde Polonia a título individual o en nombre de una organización: son donaciones modestas, cada uno da lo que puede. Y una vez a la semana organizo aquí en mi casa una reunión con té, música y recitales. Ya sé que se marcha hoy, pero la próxima vez que pase por Londres, ¿tiene que venir sin falta!

»Antes de morir deseo hacer cosas buenas y necesarias en este mundo. Cuando muera, no quiero presentarme ante Dios con las manos vacías, ¿sabe? Quiero darles a los demás aquello de lo que la política y la historia, a mí personalmente, me privaron en la infancia.

Janina Misik acaba su capuchino. Janina, cual Ulises femenino de nuestro tiempo, halló su Ítaca en Londres entre la comunidad de polacos londinenses.

—Nunca podré agradecer lo suficiente a los ingleses que nos ofrecieran la posibilidad de salvar la vida y que compartieran con nosotros lo poco o mucho que tenían —suspira finalmente mientras su mirada alegre se pierde en las tinieblas de los lejanos recuerdos.

ARIADNA, HIJA DEL LABERINTO

Galia Safónova

1

Galina Stepánovna Safónova —Galia para los amigos— es más joven que el resto de las mujeres que he entrevistado, porque no fue detenida ni sentenciada al gulag sino que nació en un campo del norte de Rusia, en los años cuarenta. Puesto que el barracón que la pequeña Galia compartía con su madre y otras presas, la torre de vigilancia y las alambradas eran lo único que había conocido de niña, lo vivía como algo natural. Al igual que los perros de los guardianes, siempre atados... a no ser que alguien intentara escaparse. Y la rabia, la desesperación y la depresión de su entorno.

Nos sentamos a la mesa, cada una con una taza de té cargado y dulce, como gusta en Rusia. Entonces Galia se dispone a narrar su historia...

2

—Nada más graduarse en la facultad de Medicina de Moscú, mi madre, que se llamaba Tamara y era epidemióloga, entró a trabajar en la enfermería —cuenta Galia con voz resuelta; seguramente habrá preparado un guión antes de que yo empezara a grabar la entrevista—. Luego ingresó en el conocido Instituto Méchnikov. Fue allí donde entró en contacto con la microbiología, puesto que la epidemiología y la microbiología son ciencias afines. Mientras estudiaba en el Méchnikov, que era, además, un centro de investigación, siguió trabajando, se casó y tuvo dos hijos, mis hermanos mayores, una hermana y un hermano. Nacieron en 1929 y 1930 respectivamente.



Galia universitaria

»Mientras tanto, en el Lejano Oriente empezaron a suceder cosas extrañas: en las aldeas la gente moría por causas desconocidas. Como eran simples aldeanos, a las autoridades aquellas muertes les tenían sin cuidado. Hasta que la epidemia se extendió a los efectivos del Ejército Rojo acuartelados en la región: empezaron a morir soldados. Dado que en consecuencia la capacidad defensiva del país empezó a correr peligro, Kliment Voroshílov, el titular de Defensa, firmó la orden de enviar al Lejano Oriente una expedición de médicos moscovitas para aclarar las causas de aquella plaga. El grupo lo encabezaba Lev Aleksándrovich Zílber y contaba con siete investigadores. Mi madre era una de las epidemiólogas de la expedición.

»Los miembros del grupo se desplazaron al este y pasaron allí cerca de un año.

Tras los primeros seis meses, lograron detectar al agente morbífico, la garrapata, así como diagnosticar la enfermedad: encefalitis de la taiga. Misión cumplida, ya podían regresar. Pero como Zílber, jefe de expedición, era un investigador de lo más tenaz, propuso elaborar el antídoto, lo cual requirió otros seis meses de experimentos. Varios expedicionarios se ofrecieron como cobayas: se les inoculó el agente bacteriano, para luego tratarlo. Eso tuvo secuelas: un tal Soloviov sufrió parálisis facial. Tras regresar a Moscú, consiguió sin embargo acabar sus estudios de posgrado y llegó a académico. De modo que la expedición volvió triunfante a la capital, con el antídoto a punto. Allí fueron aclamados y premiados con unas vacaciones en balnearios del Estado.

»Aquellos de los expedicionarios, entre ellos mi madre, que estaban demasiado ocupados con su trabajo como para marcharse de vacaciones fueron testigos de una noticia que cayó como una bomba: el NKVD, o sea la policía secreta, había incoado una causa contra Zílber a raíz de unas presuntas denuncias por crímenes contra el pueblo. A la sazón, los miembros de la expedición que se encontraban en Moscú recibieron presiones para que firmaran una declaración inculpatoria, un libelo, contra él. Mi madre se negó. Mientras tanto, agentes del NKVD habían requisado toda la documentación de la expedición, de modo que los expedicionarios no tenían en su poder ninguna prueba documental para exculpar a su jefe. La naturaleza inhumana del régimen se puso de manifiesto en el trato que se dio a aquella gente inocente, todas personas cultas y activas, depositarias de la cultura y la intelectualidad, la flor y nata de la nación: los metieron en vagones de ganado y los enviaron al gulag. Paradójicamente, o como una burla del azar, la estación de destino se llamaba Svobodni, o sea “libre”.

3

—Ya en el gulag, donde mi madre siguió ejerciendo la medicina, la trasladaron de urgencia a otro campo cuyo médico jefe había fallecido para que ocupara su puesto. Lo primero que hizo fue visitar la enfermería, donde tomó contacto con los pacientes y estudió sus historiales clínicos, ya que tenía que determinar si eran aptos para trabajos más o menos pesados, como la tala de árboles en unas condiciones climáticas absolutamente inclementes. Además, estaba entre sus competencias aprobar el régimen especial de alimentación para los que padecían enfermedades estomacales graves, como por ejemplo una úlcera. Y se encontró con que quienes gozaban de ese régimen para enfermos estaban sanos, eran presos comunes con una posición privilegiada en el gulag, mientras que las personas que no formaban parte de su casta estaban literalmente moribundas, sin que nadie se preocupara por ellas. Se estaban pudriendo en vida, y nadie se molestaba siquiera en darles de comer.

»Mi madre se propuso cambiar las cosas en aquella enfermería. Examinó a uno de aquellos hampones impostores y le comunicó que era apto para los trabajos más duros. Él la amenazó con pincharla con su navaja y por poco cumple su amenaza. Pero mi madre no se acoquinó y le golpeó en la mano con la que empuñaba la navaja, que se le cayó. Entonces intervinieron los sanitarios y lo inmovilizaron. Más tarde, el hombre fue transferido a otro campo.

»Como empezó a correr la voz de que mi madre era muy buena doctora, le tocó atender no solo a los presos sino también a los enfermos de las aldeas y poblados circundantes.

»Allí, en la taiga más allá del círculo polar, las distancias entre poblado y poblado eran enormes. Una de las unidades militares allí acantonadas le entregó a mi madre un caballo que se llamaba *Niño*, para que dispusiera de un medio de transporte. El caballo tenía un carácter antojadizo. Cuando en una ocasión mi madre tuvo que ir a un lugar no muy lejano, decidió prescindir del carro y ensilló a *Niño*. Al pasar delante del cuartel, se encontró con que allí estaban realizando ejercicios de caballería. *Niño*, cuyo historial militar mi madre ignoraba, olfateó a sus congéneres y fue hacia ellos a galope, saltando por el camino todos los obstáculos colocados a propósito para las prácticas, y siguió galopando. A raíz de esa anécdota, se creyó que mi madre, además de excelente doctora, era una especie de amazona, lo cual la aupó a la celebridad.

4

—Mientras tanto, allá por el año 1940, Zílber fue puesto en libertad y enseguida empezó a hacer gestiones para que liberaran a mi madre y a Aleksandra Shebaldáyeva, otra miembro de la expedición que en su momento se había negado a firmar la denuncia contra él. Mi madre se cruzó con ella durante el traslado al campo. Cuando Zílber se puso manos a la obra para reunir la documentación necesaria, comenzó la guerra. Lo volverían a detener en 1942. Así que sus gestiones no prosperaron.

»Más tarde mi madre fue a parar a la región de Arjánguelsk, a Kotlas, donde yo nací. Con anterioridad había intentado alistarse como voluntaria para ir al frente, seguramente para reunirse con mi padre, quien luchaba allí, según sabría yo más tarde.

»Mis abuelos maternos también eran médicos. Cuando murió mi abuela, mi madre era pequeña y una tía suya la acogió en Moscú: Yelizaveta Dúdina, actriz del célebre Teatro de Arte. Su marido era pintor, miembro de la Academia de Bellas Artes de Rusia. Vivían en la calle Arbat. Ya en edad de merecer, mi madre se iba a casar con Vladímir Bazhénov, un cirujano recién graduado, el primogénito de una conocida familia de artistas de Moscú. Este tenía una hermana y cinco hermanos, uno

de los cuales, Aleksandr, era pintor y tenía fama de tarambana. Tres de los hermanos, incluido este último, estaban enamorados de mi madre, pero todo apuntaba a que sería el mayor, Vladímir, el que se llevaría el gato al agua. Incluso se llegó a fijar la fecha de la boda. Pero unos días antes la situación dio un giro radical y mi madre acabó casándose con Aleksandr. Todo esto fue antes de que mi madre conociera a mi padre.

5

—Yo nací en 1942 en el campo de trabajo de Kotlas. Mi nacimiento fue inscrito en el registro del gulag de Pechora, región de Arjánguelsk, en el norte de Rusia. Por aquel entonces, si bien mi madre gozaba de un régimen de semilibertad, vivía y trabajaba dentro del gulag. Mis primeros recuerdos se remontan a cuando tenía cuatro años. Me acuerdo de dos barracones que se comunicaban por medio de un pasadizo cubierto, fabricado con simples tablones de madera. En uno vivíamos nosotras y en el otro estaba ubicada la Casa de Cultura, que era como se llamaba el lugar donde se dedicaban a la propaganda comunista y a la reeducación. La cocina también se encontraba en ese barracón.

»Recuerdo que de muy pequeña una noche cené un plato de gachas pero me quedé con hambre. Entonces abrí la puerta del pasadizo para ir a la cocina a por más, cuando una ráfaga de aire frío me cortó el paso. Tuve que buscar algo de abrigo, un par de botas de fieltro que me quedaban enormes. Volví a abrir la puerta, crucé el pasadizo y, una vez en el barracón de al lado, me encontré con que varias personas, entre ellas mi madre, estaban ensayando algo sobre el escenario. “Quiero más gachas”, empecé a pedir. A mi madre no le dejaron que me atendiera, fue otra mujer la que me llevó a la cocina y me dio de comer.

»Cuando yo tenía cinco años, a mi madre la liberaron del campo, obligándola, sin embargo, al destierro. Le impusieron residir en la misma área de los campos de concentración de Kotlas, donde trabajaba de epidemióloga, en una enfermería. Nos adjudicaron una habitación minúscula, mejor dicho un cubículo donde solo había espacio para dormir, en una residencia para ferroviarios. Recuerdo un pasillo larguísimo, con habitáculos a ambos lados. Disponíamos de una pequeña cocina compartida por todos, donde también se lavaba ropa en un lavadero.

»A pesar de todos los padecimientos, mi madre no se convirtió en una persona resentida ni rencorosa.

»Recuerdo una anécdota. Cuando nos mudamos del gulag al pueblo de al lado, me sorprendió el hecho de que los perros estuvieran sueltos. Hasta entonces solo había visto los perros de los guardianes del gulag, que iban atados, y pensé que se trataba de un animal que no podía existir de otra manera.

»También la rabia, la desesperación y la depresión de mi entorno en aquel entonces parecían algo natural para la niña que yo era. Teníamos un vecino que armaba follón cada dos por tres; sobre todo le encantaba pegar a las mujeres. Cuando se propasaba, entre gritos e insultos, era mi madre la que habitualmente corría a apaciguar los ánimos. Nunca dudó en acudir en auxilio de quien sufría cualquier agresión, tanto si le afectaba directamente como si no. Más tarde, cuando ya vivíamos en Moscú, mi madre salvó a una chica, una vecina nuestra, a la que asaltaron dentro del ascensor. Fue en medio de la noche. La chica pegó un grito agudo y espantoso, lo cual hizo que los vecinos, en vez de socorrerla, echaran los cerrojos. Mi madre, en cambio, se puso rápidamente una gabardina por encima del camisón y salió al rellano al grito de “¡La policía ya está en camino!”, cuando, en realidad, ni siquiera había dado el aviso. Los asaltantes huyeron.

6

—Cerca de los campos de Kotlas, en medio del bosque, edificaron la parada de tren de Solvichegodsk, unida a la estación de Kotlas por un ferrocarril de vía estrecha. Fueron los presos del gulag los que construyeron aquella vía férrea. En Solvichegodsk nos asignaron una casita de estilo finlandés de dos ambientes, con una cocina pequeña con horno de leña y un trastero minúsculo. El retrete se encontraba en la calle, a treinta metros de la casa. Durante el invierno hacíamos nuestras necesidades dentro de un cubo, para no tener que salir fuera, donde el frío era tan intenso que podía llegar a cincuenta bajo cero.

»Para sobrevivir, mi madre empezó por criar un cerdo y luego, una cabra; más tarde a esta se le añadió un macho cabrío, y tuvieron cabritos. Comprábamos el cerdo en primavera y lo engordábamos hasta finales del otoño, cuando se llevaba a cabo la matanza, y así teníamos provisiones para pasar el invierno. Mi madre no estaba casi nunca en casa y yo, una niña pequeña, tenía que cuidar de los animales. A pesar de vivir en Solvichegodsk, que entonces eran cuatro casitas en medio del bosque, mi madre seguía trabajando como médico en el gulag de Kotlas, donde yo iba a una especie de guardería con otros niños, la mayoría de ellos fruto de violaciones, frecuentísimas en los campos de trabajo, según me enteraría más tarde.

»Para trasladarnos al campo de concentración, mi madre para ir al trabajo y yo a la guardería, nos desplazábamos en una *kukushka*, que quiere decir “cuco”, el tipo de tren que circula por vía estrecha. El maquinista ya nos conocía bien y nos saludaba tocando la bocina. Si tenía que esperarnos, lo hacía sin quejarse; nuestra relación con él era muy buena. Nunca dejábamos la puerta de nuestra casa cerrada con llave, a pesar de que en los alrededores proseguían los trabajos de construcción, de los que se encargaban los presos, muchos de ellos comunes. Los presos sabían que nuestra casa

estaba abierta y mi madre dejaba dentro algo de comida preparada para ellos, generalmente patatas o pan. A cambio, ellos cortaban leña para nosotras y mantenían el horno encendido, así que, cuando regresábamos, la casa estaba caliente y había una cazuela de patatas listas para comer.

»Con todo, no puedo decir que tuviera una infancia infeliz, pues debido a mi corta edad era imposible que me diera cuenta de la situación real en la que nos hallábamos. No conocía otra cosa, así que no tuve más remedio que aceptar lo que había.

»Recuerdo que el campo estaba custodiado por guardias armados que oteaban desde unas torres de vigilancia. También los había que hacían la ronda. A mí no me molestaba su presencia, incluso a veces charlaba con ellos. En verano venían unas amigas mías, hijas de otros médicos, e íbamos a nadar al río. También salíamos al bosque a buscar setas, con las que mi madre luego preparaba sopa. Para el invierno, ponía a macerar col dentro de un barril. En septiembre cogíamos arándanos y hacíamos compotas y conservas que también consumíamos durante el invierno.

»Como teníamos cabras, la leche no nos faltaba. Yo era muy pequeña cuando aprendí a ordeñarlas. Para forraje, tenía que juntar cincuenta haces diarios de ramas de abedul, que conservaban muy bien sus cualidades a lo largo del invierno. Eso lo hacía en verano. Como las ramas de abedul son muy flexibles, no se rompían con facilidad, pero en cambio las de aliso son más tiesas y con un solo movimiento era posible arrancarlas. Cuando lo supe, decidí hacer trampa, sustituyendo el abedul por el aliso. Así iba más deprisa. Mi madre me descubrió y me reprochó con severidad que pusiera mi comodidad por encima del bienestar de nuestras cabras, ya que las ramas de aliso, una vez almacenadas, se volvían incomedibles y se convertían en serrín. Aún me acuerdo de que la reprimenda de mi madre me hizo sentir muy avergonzada. La quería tanto... Era lo único que tenía.

»Cuando sustituyeron la vía estrecha por una convencional, empecé a desplazarme desde Solvichegodsk hasta la escuela primaria en trenes de pasajeros. Por lo general iba sola. Una vez, al subir a la plataforma del vagón, me topé con dos hombretones que estaban fumando y hablando de forma grosera. Uno me echó una bocanada de humo en la cara. Le regañé, y entonces él forzó la apertura de las puertas y me empujó afuera, con el tren ya en movimiento. Volé y caí sobre la nieve. Seguramente serían delincuentes comunes recién liberados tras la amnistía de turno; la zona estaba infestada de ellos, ya que era una región con una gran concentración de gulags. Tras el impacto perdí el conocimiento y, cuando volví en mí, pude observar un cielo estrellado. No sé cuánto tiempo había transcurrido. Alrededor había un gran silencio. Me costó recordar lo que había pasado; regresé a casa caminando por la vía férrea. Menos mal que me acordé de la dirección en que viajaba el tren, y así desanduve el camino hasta ver las luces de la estación en la que había subido.

—En cuanto a mi padre, era un tema tabú. Jamás hablamos de él hasta que yo tuve unos once años.

»Mi madre viajaba a menudo por trabajo, de modo que me quedaba mucho tiempo sola en casa. Como era curiosa, me gustaba revolver las cosas, y, en una ocasión, me topé con un envoltorio, un pañuelo anudado por las cuatro puntas, con algo dentro. Había varias fotos algo difuminadas en las que aparecía un hombre y algunas cartas en forma de triángulo, las que habían llegado del frente. Las leí y caí en la cuenta de que aquel era mi padre. La manera de dirigirse a las dos, a mi madre y a mí, era muy cariñosa. Mi madre no quería hablar de él; cuando lo hizo, fue de forma escueta, diciendo que combatía al enemigo y cosas así. Más tarde me enteré de que toda la correspondencia que llegaba del frente se sometía a censura y por lo tanto se podía decir muy poco de lo que sucedía de verdad. En una de aquellas cartas, fechada a finales de 1944, mi padre prometía que pronto nos volveríamos a ver, que nos llevaría regalos. Hacia el final de la guerra, en territorio checoslovaco, fue herido en un hombro; lo llevaron a distintos hospitales.

»Finalmente, lo trasladaron a Rusia. A partir de ese momento, no tuve más noticias de él. Mi madre repetía una y otra vez que a mi padre lo habían matado en la guerra. Yo, por mi parte, tampoco investigué para averiguar algo más. Una historia extraña, ciertamente. Aunque jamás acusé su ausencia porque mi madre lo era todo para mí.

8

—Ella era una gran lectora y de todos sus viajes traía libros, que escaseaban en nuestro ambiente. Los que había disponibles eran los al régimen. No sé cómo lo hacía, pero se las ingeniaba para conseguir libros buenos de autores clásicos. También recuerdo que las presas que trabajaban cerca de nuestra casa fabricaban a mano para mí libros con sus propios dibujos, además de muñecas. La que era mi favorita parecía tener carita de porcelana, aunque está claro que de porcelana no era; no sé cómo consiguieron aquel efecto. Además, tenía pelo de verdad; la he conservado hasta ahora. Otra muñeca, diminuta, estaba hecha con miga de pan, pintada con colores.

»Mi madre también era una manitas. En una ocasión confeccionó para mí un vestido a base de peales, paños que se usaban en el gulag: se enrollaban alrededor del pie a modo de calcetín (porque en los campos de trabajo estaba prohibido llevar calcetines) y así podían calzarse las botas. Ella y sus compañeras hacían libros para mí, cuentos infantiles escritos a mano y con ilustraciones. Eso da fe del empeño que

ponían tanto mi madre como las demás presas en inculcarme algo de cultura en un ambiente en el que faltaba de todo. Es digno de admiración que personas como ella, privadas de libertad de aquella forma atroz, conservaran la dignidad y se esforzaran por no caer en la barbarie, preocupadas por transmitir conocimiento y cultura de generación en generación.

9

—Cuando se nos permitió trasladarnos del campo de trabajos forzados a la casa de Solvichegodsk, mi madre se llevó con ella a Mójova, una anciana oriunda del Volga condenada al destierro por *kulak*, por poseer tierras. Parecía Catalina la Grande de mayor: tenía los rasgos finos y recogía su pelo cano en un moño sobre la nuca. Tenía mal carácter, eso sí. En una ocasión, era ya de noche, ella estaba secando los platos, que si están bien lavados, producen un sonido característico, algo así como un leve rechinar. Curiosamente, cuando Mójova acabó su tarea, el sonido se seguía oyendo. Nos asomamos a la ventana, pues mi madre estaba al caer, y vimos que el sonido lo emitían al pisar la nieve unos lobos que merodeaban afuera. Estaban siempre al acecho: una vez mataron a nuestro cabrito, y otra vez se dejaron ver cuando un grupo de chicos y chicas regresábamos después de haber robado heno para nuestros animales en la orilla opuesta del Víchegda, el afluente derecho del Dvina Septentrional. La orilla de nuestro lado era muy empinada, y sin embargo la subimos a la carrera al avistar a los lobos.

»Cuando yo estaba en quinto grado, en clase empezó a correr el rumor de que mi madre era enemiga del pueblo. Tiré del hilo y averigüé que quien propagaba aquellos infundios era Valka Barkova. La esperé después de las clases y la reté a que me dijera a la cara lo que cuchicheaba a mis espaldas. Ella justificó la acusación aduciendo que mi madre había colaborado con los nazis. Le dije que era una acusación absurda, ya que mi madre había pasado los años de la guerra en el gulag. Pero no me hizo caso y siguió en sus trece. Era mucho más alta y fuerte que yo, pero yo estaba furiosa: la golpeé hasta tirarla al suelo y luego le hice comer tierra, literalmente.

»En general, durante mi infancia jamás me sentí marginada porque mi madre hubiera estado presa. En aquella región, personas deshonestas como Valka Barkova eran mayoría. Casi todos los que ocupaban puestos de responsabilidad en las industrias y demás establecimientos habían pasado por el gulag. Habían cumplido su condena, pero no les estaba permitido regresar a su casa; tenían que vivir en el destierro, en un régimen de semilibertad. Aquellos ex presos políticos eran gente culta y formada que, en realidad, jamás se habían metido en política. Los privaron de libertad por razones ideológicas. La esposa de uno de ellos me dio incluso clases de alemán, que luego me serían de mucha utilidad en mis viajes de trabajo al extranjero.

Preocupada por verme cansada tras mi largo viaje, Galia prepara para mí otro té bien caliente y me envuelve los hombros en un chal de lana. Solo después de observarme con solicitud vuelve a su historia.

—A pesar de haber crecido en el gulag, y seguramente a causa de no haber conocido otra vida que aquella, considero que mi infancia fue normal, con regalos para las fiestas, con estudios y actividades artísticas: cantaba con mi madre incluso arias de ópera y los prisioneros y ex prisioneros me enseñaron a leer y a dibujar. Era una existencia muy rica en comparación con la de muchos que, aun teniendo más recursos, vivían de forma insípida.

»Para la fiesta de Fin de Año siempre poníamos un árbol de Navidad, que decorábamos con adornos de fabricación propia, entre ellos piñas de abeto pintadas a mano o adornadas con los envoltorios plateados de los caramelos que guardábamos: quedaban muy bonitas. Además, colgábamos en el árbol, a modo de adorno, rosquillas y mandarinas, cuyo olor incluso ahora lo asocio con la fiesta de Fin de Año, que es cuando solíamos decorar el árbol. Si a veces comíamos fruta era porque nos la enviaban a modo de agradecimiento desde las repúblicas soviéticas de Asia Central los antiguos presos que, mientras tanto, habían salido en libertad. Fuera de eso, casi no había fruta en el campo. En la punta del árbol, en vez de la estrella roja de rigor, colocábamos todos los años la figurita de una garza de alas blancas apoyada sobre una pata que había fabricado un preso.

»En nuestra casa muchas veces se alojaba gente, especialmente doctoras jóvenes, prisioneras que llegaban al campo a trabajar y que carecían de vivienda propia. Cuando yo tenía seis años, un Primero de Mayo, día festivo, fui con una de ellas, Irina, y con mi madre al río. El agua aún estaba fría. En primavera el Víchegda crecía mucho e inundaba la orilla opuesta, que era muy baja. Vimos cruzar unas barquitas hacia el otro lado. Yo también quise atravesar el río y rogué a mi madre que me montara en una. Cerca había un hombre que estaba por salir con la suya. Mi madre negoció con él, e Irina y yo subimos a la barca. En medio del río se abrió una vía de agua y el bote empezó a hundirse. Como yo no sabía nadar, cundió el pánico. Veía a mi madre y a otras personas correr por la orilla de un lado a otro, pegando gritos y haciéndonos señales enérgicas. Al final, el barquero consiguió volcar la barca y me gritó que me sujetara a ella. Asustadísima, me agarré a su cuello y por poco nos ahogamos los dos. Por suerte, pronto llegó otra barca y nos rescataron a todos.

»Cuando tenía que ausentarse, a veces mi madre me llevaba a vivir con otras familias. Entonces, me preparaba un hatillo con víveres para no abusar de la hospitalidad de aquellas gentes. Una vez me quedé con una familia muy devota;

rezaban a todas horas. Allí, en una habitación para él solo, se alojaba un diácono. Fue la primera vez que me topé con el fanatismo religioso, pues se empeñó en convertirme. Me reprochaba que no estuviera bautizada. Según él, carecía de la protección que, ante los peligros de la vida, nos proporciona el ángel de la guarda, que el bautizo nos asigna a cada uno. Yo le hacía preguntas incómodas sobre Dios y la religión que le molestaban sobremanera. Acabó por amenazarme con el castigo de Dios para aquel mismo verano, en el río.

»Con la llegada de las temperaturas suaves empecé a ir a bañarme en el río. Un día se desató una fuerte tormenta y me quedé sola en la orilla, pues todo el mundo se había ido corriendo a casa. En vez de hacer lo mismo, me acordé de las amenazas del diácono, y, temerosa de que Dios me partiera con un rayo, me refugié bajo la plataforma desde la que se saltaba al agua, tal era el miedo que tenía metido en el cuerpo. Me quedé allí temblando hasta que la tormenta hubo pasado. No le dije nada a mi madre, pues en casa no teníamos costumbre de sincerarnos.

»Sin duda nos queríamos mucho, pero no nos tratábamos nunca de forma cariñosa, quizá por la aspereza general de la vida de entonces, y más en la cercanía de un gulag. Jamás habíamos utilizado una con la otra apodos cariñosos, por ejemplo. Solo aprendí a exteriorizar la ternura con mis hijos y nietos. La educación que me dio mi madre fue autoritaria. Según le confesó a una tía mía, me había tenido para darle sentido a su vida, pues en un momento dado había perdido las ganas de vivir. Me tuvo para sobrevivir, diría yo. Ella, sin embargo, no me lo confesó nunca. Creo que no era plenamente consciente de lo compleja que resultaba la maternidad en solitario. De ahí su frecuente intransigencia para conmigo. Recuerdo que cuando yo iba a la guardería, un niño me pidió que dijera en voz alta, sin pensármelo, el nombre de la ciudad de Stalingrado, en ruso Stalingrad, pero sin la erre. Lo hice, y me salió “Stalin gad”, es decir, “Stalin es un canalla”. A la sazón mi madre fue llamada a la guardería, donde recibió una durísima reprimenda. Luego me castigó a mí.

»En segundo grado de primaria, cuando yo tenía ocho años, mi compañero de pupitre me propuso hacer una lista de insultos, a ver quién de los dos sabía más. En las cercanías del gulag estaban a la orden del día y yo conocía un montón de tacos. Puse manos a la obra y me concentré de tal manera que no me di cuenta de que nuestra maestra, Emma Grigórievna Daus, se nos había acercado. Era una buenísima persona. Tenía en la cara una enorme verruga, pero como era tan encantadora, incluso aquella excrescencia lucía simpática. En el momento en que nos quitaba los papeles, vi que el de mi compañero estaba en blanco: me había tendido una trampa, inocente de mí. La maestra hizo llamar a mi madre al colegio y la regañó duramente en mi presencia. Esta, sin siquiera mirarme, me dijo: “Coge tu cartera y vete a casa; yo me voy de viaje de trabajo”. No me aclaró cuándo iba a regresar. Al tercer día de estar sola en casa, con toda la hacienda a mi cargo, empecé a ir cada noche a la estación de tren a esperar a mi madre, por si volvía. Pero mi madre no tenía miramientos conmigo. Era dura, severa, seguramente en parte debido a su frustración y amargura

por tener que vivir desterrada y trabajar en el gulag. Sin embargo jamás les reprochó nada a los que eran culpables de su infortunio. Desde la perspectiva de hoy, me resulta complicadísimo comentar las acciones de mi madre, no quiero incurrir en especulaciones.

»En general, mi madre evitaba hablar de las represalias que había sufrido, como si quisiera olvidar todo aquello. La única vez que habló sin tapujos sobre el tema fue delante de una cámara, medio año antes de morir. Cuando la grabación acabó, tenía treinta y nueve grados de fiebre.

11

—Cuando murió Stalin a principios de marzo de 1953, yo tenía once años. Mi madre hizo un trato con los camareros de un tren y me envió con ellos a Moscú para que pudiera asistir al funeral, algo inexplicable para mí ahora. Como yo no tenía billete, permanecí todo el viaje en el compartimento de los camareros. Para que pudiera ir al retrete, tenían que vigilar que no hubiese nadie en el pasillo. Acordamos que, en caso de que aparecieran revisores, yo subiría a la litera donde se guardaba el equipaje y me taparían con unas mantas. Cuando al cabo de varios días llegamos a Moscú, condujeron el tren a una vía muerta, donde el jefe de los camareros dividió el equipo en dos grupos para que acudieran al funeral en dos turnos. Yo estaba en el segundo.

»El primer grupo regresó tres horas más tarde de la hora prevista, con dos bajas: habían sido atropellados por la multitud y hospitalizados. Así que me quedé sin asistir al funeral del ídolo de masas. Cuando regresé de aquel viaje, mi clase me recibió de pie, todos llorando por Stalin a lágrima viva, incluida la maestra. Y yo no tenía nada que contarles.

12

—Empezó el proceso de rehabilitación de los represaliados. Mi madre ya llevaba varios años escribiendo cartas a distintas instituciones, entre ellas la fiscalía general y el Sóviet Supremo de la URSS, pidiendo que revisaran su situación jurídica, es decir, el régimen de libertad limitada bajo vigilancia con la obligación de residir en Kotlas. Puesto que trabajaba en una enfermería para los presos que construían las vías del ferrocarril, tenía derecho a un viaje anual gratis en tren. Yo todavía estaba en edad escolar y no necesitaba billete, y así fue como viajamos a Leningrado y, más tarde, a Moscú, que quedaba mucho más lejos. Allí nos alojamos en casa de mi tía Yelizaveta,

en la calle Arbat. En aquel apartamento nos visitaron nuestros parientes, entre ellos mis hermanos mayores, hijos de mi madre y Aleksandr, el pintor con el que se había casado en primeras nupcias. Él no se había vuelto a casar, y había criado a sus hijos solo. Se ganaba la vida dibujando viñetas y caricaturas para los diarios.

»El día que fue a visitarnos me llevó furtivamente al cuarto de baño, ya que el comedor estaba atestado de invitados, y me pidió mi consentimiento para hablar con mi madre acerca de la posibilidad de quedarme con él en Moscú, para que yo fuera al colegio en la capital. No le contesté nada; era tan pequeña que, probablemente, ni siquiera entendiera de qué me estaba hablando.

»Hasta dos años después de la muerte de Stalin mi madre viajó a Moscú periódicamente, por lo menos una vez al año, para participar en cursillos de perfeccionamiento en la facultad de Medicina. Mientras, yo me quedaba sola en Solvichegodsk. Cuando en 1955 murió la tía Yelizaveta, mi madre volvió a viajar a la capital con la excusa del funeral y, sabiendo que el proceso de rehabilitación de los antiguos presos se había acelerado, aprovechó el viaje para preparar el terreno para nuestro retorno. Hizo gestiones y obtuvo el certificado conforme había sido condenada de manera ilegal y estaba totalmente rehabilitada. Todavía guardo aquel trozo de papel. Y lo cierto es que jamás recibió ninguna disculpa oficial a pesar de que le arruinaron la vida. No parecía, sin embargo, que mi madre viviera su cautiverio como un fracaso, pues allí donde estuvo su entrega fue total, no dejó de luchar nunca por conservar su dignidad.

»Cuando yo estudiaba ya en la Universidad de Moscú, hice un viaje de visita a Solvichegodsk. En el tren, unos pasajeros que habían subido en Kotlas, la estación previa a mi destino, me preguntaron si por casualidad yo era hija de Tamara Mijáilovna Safónova. Cuando supieron que sí lo era, insistieron en que me alojara en su casa, pues estaban enormemente agradecidos a mi madre por la labor médica que había desarrollado en la región y las vidas que había salvado.

13

—Una vez que mi madre hubo obtenido en Moscú el certificado de rehabilitación, escribió a su lugar de trabajo en Kotlas solicitando unas vacaciones, que más tarde lograría alargar renunciando a la paga correspondiente. Mientras tanto, buscó febrilmente una manera de quedarse en la capital. Su primo Vsévolod logró empadronarnos, para legalizar nuestra estancia, en el apartamento donde vivía con su esposa e hijos. Luego fuimos alquilando habitaciones aquí y allá. El tema del empleo estaba muy complicado, de modo que mi madre tuvo que hacer traducciones del francés para el Instituto Méchnikov. Yo me trasladé definitivamente a Moscú cuando estaba en el noveno curso, a mediados de invierno. Tenía catorce años. Hasta

entonces había pasado largas temporadas en Solvichegodsk viviendo sola, mientras mi madre se abría camino en la capital. Como en Solvichegodsk el colegio se encontraba cerca de casa, esta estaba siempre llena de mis compañeros de clase, así que, en ausencia de mi madre, ni siquiera me hizo falta aprender a encender la estufa de leña, pues me ayudaban en todo.

»En Moscú, la vida resultó ser muy distinta. Para llegar al colegio, primero tenía que coger un autobús en Tekstílschiki, un barrio de las afueras, que me dejaba en una estación de tren. Luego viajaba a la estación de Kursk, ya más céntrica, desde donde me desplazaba en metro hasta la estación de Kíev. Después cogía un tranvía que me llevaba a la avenida Kutúzovski, que actualmente es un barrio bien, pero que en aquel entonces era un arrabal repleto de vertederos. De modo que siempre llegaba tarde a clase. La única profesora que no me dejaba entrar en el aula después de la campana era la de Química, con quien jamás llegué a congeniar. Me tenía manía. Cuando, ya en el décimo curso, caí enferma de difteria, estuve muy preocupada por no perder demasiadas clases, especialmente las de Química, pues no iba nada bien en esa materia. Sin embargo, aquel curso aprobé la asignatura con nota, para gran sorpresa de la profesora.

»En cambio, la profesora de Literatura, Anna Fiódorovna Zelmánova, era un pedazo de pan. En una ocasión me preguntó sobre mi situación personal, me pidió que me reuniera con ella después de las clases y me hizo escribir una carta a Jruschov, explicando las duras condiciones en las que vivíamos mi madre y yo. La carta comenzaba de esa manera: “Querido Nikita Serguéyevich: tengo muchas ganas de estudiar...”.

»Dos semanas después me citaron en el Sóviet de Moscú, el ayuntamiento de la capital. Recuerdo que era invierno y que subí la escalinata alfombrada del edificio calzada con *válenki*, las botas de fieltro que solían llevar los campesinos. Fui a parar a un despacho enorme con amplios ventanales y escritorios cubiertos con tela de paño. Detrás de uno de ellos estaba sentada una mujer que tenía frente a ella dos hojas de cuaderno escolar en las que reconocí la carta que había escrito. Me fijé en que había muchos subrayados en rojo. Gracias a mi profesora, la carta, aunque breve, estaba muy bien redactada, no tenía ripio alguno, todas las frases daban en el clavo.

»Dos semanas más tarde nos concedieron una habitación en una *komunalka* de la avenida Kutúzovski. Aunque teníamos que convivir con muchas otras personas y compartir cocina y un único retrete con ellas, era una gran mejora. Yo me sentí muy orgullosa de mí misma, ya que fue gracias a mi carta y no a las numerosas gestiones de mi madre como conseguimos tener vivienda propia en Moscú. Estoy convencida de que a mi madre no le hicieron caso por el hecho de tratarse de una ex prisionera.

—Tras cumplir la mayoría de edad, ocasionalmente me daban permiso para viajar a los países de la órbita socialista: Bulgaria, Checoslovaquia, la RDA, donde participaba en congresos de defensa de la paz. Eran viajes de trabajo que me encomendaban debido a mi cargo de relaciones públicas. Cuando mi marido Gueorgui se exilió en Estados Unidos, me contactó el KGB. Antes de emigrar, Gueorgui dejó oficialmente su puesto en el Museo de Literatura, para ahorrarse problemas a la dirección del mismo, ya que entonces se responsabilizaba a los jefes por cada empleado que se exiliaba de la URSS, aunque lo hiciera por vía legal. En calidad de su ex esposa, tuve que firmar un papel autorizando su marcha al extranjero. Los hubo que se aprovecharon de su condición de ex cónyuges para extorsionar a quienes querían emigrar, negándoles dicha autorización con el fin de obtener rédito económico.

»Los agentes del KGB me hicieron redactar una especie de memorial en el que debía enumerar las razones de la emigración de Gueorgui. Explicué que la decisión la había tomado él solo, como correspondía a una persona adulta, sin injerencias por mi parte. No me debía nada. Yo no iba a emigrar en ningún caso. Pero como seguí en contacto con Gueorgui vía telefónica cuando ya estaba en Estados Unidos, fueron por mí. Pude asistir a un congreso en Múnich, pero para el siguiente, que se celebró en París, me vetaron. Y así estuve hasta el comienzo de la perestroika, prácticamente sin poder viajar al extranjero. De alguna forma, repetí el destino de mi madre: a ella la habían recluido en un campo, y a mí me recluyeron en la cárcel que era la URSS.

15

Galia acaba y me cita para otro día. Entonces prepara un almuerzo para las dos y luego me enseña sus tesoros: las muñecas y los libros hechos a mano. Ha conservado hasta hoy los libros que las prisioneras confeccionaron para ella. Tomo uno al azar, *Caperucita roja*: papeles de distinta forma y distinto tamaño cosidos a mano; en cada página, dibujos hechos con lápices de colores: Caperucita con su cesto de regalos, el lobo con la abuela, Caperucita con el lobo disfrazado... y el texto del cuento escrito con pluma.



Galia Safónova actualmente

—¡Qué feliz me hizo cada uno de esos libros! —exclama Galia—: De niña esos fueron mis únicos puntos de referencia culturales. Mire, los he guardado toda la vida, ¡son mi tesoro!

EURÍDICE EN LOS INFIERNOS

Irina Emeliánova

1

En su piso parisino me recibe Irina Emeliánova, hija de Olga Ivínskaya, el último amor de Borís Pasternak que inspiró el personaje de Lara de la novela *El doctor Zhivago*.

—¿Nos sentamos en la cocina? —me ofrece Irina.

Asiento, algo perpleja. Pero enseguida me acuerdo de la costumbre rusa de compartir la intimidad con los amigos en la cocina. Durante las décadas del comunismo, los rusos se retiraban a la cocina cuando necesitaban hablar de asuntos delicados o compartir confidencias que no estaban destinadas a los micrófonos ocultos que la policía secreta había introducido en los pisos de los disidentes. Así que me muestro entusiasmada ante la idea de mantener una conversación *tête à tête* en la cocina.

Mientras prepara el té al modo oriental y sirve galletas rusas con semillas de amapola, Irina se pone a hablar, pausadamente, acariciando los temas...

2

—¿Quiere que le cuente la historia de mi abuela? Aquel fue mi despertar al mundo del horror.

Puesto que estoy masticando una galleta, asiento con la cabeza.

—Nuestra familia vivía en un pequeño piso moscovita; éramos cinco: mis abuelos, mi madre, mi hermano y yo. En julio de 1941, un mes después de que Alemania declarara la guerra a Rusia, unos policías acudieron a nuestra casa. Tenían orden de detener a mi abuela Marusia, conocida entre sus amistades como «la bella Marusia», y llevársela a la cárcel.

—Pero ¿por qué razón? —pregunto.

—Alguien habría puesto una falsa denuncia contra ella, práctica muy común en aquellos tiempos, indudablemente para conseguir nuestro piso; vivir en un apartamento individual, sin tener que compartirlo con incontables inquilinos, era todo un lujo en aquel entonces.

»Yo tenía tres años cuando se celebró el juicio, y mi abuela me pareció algo más

delgada que de costumbre, pero hermosa. Estaba tranquila; mi abuela Marusia sabía que contaba con un abogado excelente. Su confianza demostró estar justificada: el abogado defendió a su clienta de modo brillante, según supe más tarde, y por eso a mi abuela le impusieron lo que todos llamaron con envidia “una pena para niños”: seis años de trabajos forzados en un campo.

»Más tarde mi madre, Olga Ivínskaya, me contó que los horrores de la guerra, a pesar del hambre y la amenaza de muerte, eran todo un bienestar, una auténtica dicha en comparación con los peligros del régimen totalitario, ese reino de falsedad, mentira y arbitrariedad.

»Al principio mi familia recibía las cartas que mi abuela Marusia enviaba desde el campo de trabajo, pero luego sus mensajes dejaron de llegar. En la primavera de 1943 se rumoreaba entre la gente que las tropas alemanas bombardeaban incluso los campos. Olga temía por su madre, cuyo paradero no era capaz de averiguar por más que se esforzara. Al final mi madre obedeció a su intuición, que le había ordenado salir sin demora en busca de mi abuela: sin una dirección válida, sin un billete de tren siquiera porque la escasez de la guerra no le permitía comprarlo. En los trenes, cuando se acercaba el revisor, los pasajeros ocultaban a Olga debajo de los asientos y la tapaban con sus bultos. Nadie le hizo daño porque al conocer su historia, la trataban con solicitud, ofreciéndole pan y reposo.

»Olga se dirigió al campo de trabajo donde creía que estaba destinada su madre; por el camino se topó con mucha miseria. La gente la informó de que muchos campos se habían suprimido. Por pura casualidad, Olga encontró a su madre no muy lejos del campo de trabajo, cuando esta salía de un bosque. La hasta entonces bella Marusia estaba sucia, iba envuelta en harapos, parecía medio salvaje y se apoyaba en un palo torcido. El campo había dejado de existir, de modo que los prisioneros se dispersaron ocultándose en los bosques, temerosos de que los atraparan y los devolvieran a sus verdugos. Se alimentaban de hierba, setas crudas y la corteza de los árboles. Más tarde mi abuela Marusia nos contó que se había topado incluso con varios casos de canibalismo.

»Cuando mi abuela apareció en nuestro piso moscovita envuelta en trapos mugrientos y hediondos, el pelo como un estropajo y la rama de un árbol en la mano, yo me puse a chillar de espanto: me parecía estar viendo a la bruja mala de un cuento. En vano mi abuelo, loco de felicidad al reencontrarse con su mujer, intentó persuadirme de que abrazara a mi abuelita, que me amaba tanto. Durante más de una semana me ocultaba cada vez que la vislumbraba.

3

Irina me sirve más té y poco a poco, como si tuviera miedo de sus propios recuerdos

y los estuviera tanteando, inicia el relato sobre su madre, íntimamente vinculada al escritor Borís Pasternak.

—En 1946, a sus cincuenta y seis años, Pasternak conoció a mi madre, poeta y traductora, en la redacción moscovita de la revista literaria *Novy Mir*, donde ella trabajaba. Tenía entonces treinta y tres años. La primera fase del enamoramiento entre ese hombre casado en segundas nupcias, padre de dos hijos varones, y una divorciada, madre de dos niños aún muy pequeños fruto de dos matrimonios anteriores, tuvo como escenario los parques moscovitas. Durante meses enteros, debajo de las estatuas de Pushkin y Mayakovski, ambos enamorados se recitaban sus poemas el uno al otro. Nadie parecía prestarles atención. Solo la policía secreta lo veía todo, lo sabía todo. Y su reacción no se hizo esperar.

»Unos años más tarde, una noche de 1949, varios hombres llamaron a nuestra puerta. Registraron el piso, detuvieron a mi madre, embarazada de Pasternak, y se la llevaron a la cárcel. A los niños las autoridades nos destinaron al internado, pero gracias a la presión de mis abuelos y a la ayuda económica de Pasternak, al final permitieron que nos quedásemos en casa.

»La detención de mi madre constituía una advertencia al poeta. Ese era el significado de las detenciones de los seres más próximos de muchos escritores, como ocurrió con la hija y el marido de la poeta Marina Tsvetáieva a su retorno a la URSS después del exilio: su marido sucumbió a las torturas, y su hija, Ariadna Efrón, pasó largos años en el gulag. Una historia parecida había sucedido con el primer y el segundo marido, y el hijo de la también poeta Anna Ajmátova.

»Cuando Pasternak conoció a mi madre, estaba empezando a escribir su novela más ambiciosa, *El doctor Zhivago*. La relación amorosa acabó dominando al escritor de una manera absoluta. Su novela da fe de ello: personajes como el misterioso Antípov-Strélnikov quedaron algo desdibujados en la segunda mitad del libro, al igual que la señora Zhivago, modelada a imagen de la segunda mujer del autor, Zinaída, cuyo peso en la novela va disminuyendo. En cambio Lara, personaje inspirado en Olga, va ganando peso hasta convertirse, junto con Yuri Zhivago, en la protagonista de la novela.

»En la cárcel, Olga demostró una gran valentía: a pesar de las torturas psíquicas y físicas que le infligieron sus carceleros, no reveló nada sobre Pasternak. De modo que las autoridades de la cárcel decidieron dar otro paso en su intento de quebrantar a la mujer más cercana a aquel escritor mal visto por el régimen. Sí, mal visto, porque no escribía según el canon soviético del realismo socialista.

»Mi madre sabía que su amigo estaba enfermo del corazón y que se lo habían llevado al hospital. Un día sus carceleros le anunciaron que la dejarían ver a Borís. A mi madre, que, como ya he dicho, estaba embarazada de él, la condujeron a través de un laberinto de pasillos subterráneos para, al final, introducirla en el depósito de cadáveres. Mi madre intentó adivinar cuál de los muertos era Pasternak, pero no se decidió a destaparlos. El depósito estaba helado. Y puesto que no había sillas, mi

madre se sentó en el suelo de cemento y se desmayó. Recobró el conocimiento en el hospital de la cárcel, donde le anunciaron que a causa de su estado de nervios había tenido un aborto.

4

Irina hace una pausa y sonríe.

—Pero ¡eso no es todo, ni de lejos!

Me sirve el té que ha preparado: echa en mi taza unas gotas de líquido casi negro y espeso, y añade agua caliente. Me ofrece azúcar. El té resulta ser aromático, dulce y fuerte. Irina también lo saborea mientras sigue narrando la historia de su madre.

—A continuación enviaron a Olga a un campo de trabajos forzados. Mi abuelo no pudo soportar que su hija se hallara prisionera en un campo. Tras una breve enfermedad, murió en 1952. En el piso quedamos los dos hijos apenas adolescentes de Olga y nuestra abuela. Durante la ausencia de mi madre, Borís Pasternak nos enviaba regularmente una cantidad de dinero; únicamente gracias a esa ayuda logramos sobrevivir. Un frío día de enero, los tres enterramos al abuelo y marido en una pequeña tumba en compañía de unas pocas ancianas.

»Al cabo de unos meses, mi abuela llegó a casa con la noticia de que Pasternak acababa de padecer un infarto. “¿Qué será de nosotros?”, pensamos.

»Pasternak era conocido por compartir todo lo que tenía con sus amigos más necesitados que él. Su amiga Ariadna Efrón, hija de la poeta Marina Tsvetáieva, afirmaba que el escritor se sentía culpable, básicamente por dos causas: por no haber impedido a la madre de Ariadna su regreso del exilio parisino a la URSS, donde el KGB la llevó al suicidio; y por no haber defendido mejor a su amigo Ósip Mandelstam cuando Stalin llamó por teléfono a Pasternak para informarse sobre su compañero de oficio.

»Sin embargo, yo sostengo que la generosidad de Pasternak no tenía ninguna relación con sus posibles sentimientos de culpa, sino que estaba arraigada en su carácter. Desde su cama de hospital, el poeta escribía mensajes para que el dinero que había prometido a la familia de Olga llegara a su destino a pesar de su enfermedad. Así, nuestra abuela y nosotros nos mantuvimos a flote. Pasternak acabó recuperándose, aunque ya no podía subir al sexto piso donde vivíamos. Así se iniciaron sus encuentros conmigo, que entonces tenía diez años, en los bancos de los bulevares moscovitas. Fue entonces cuando no solo le perdí el miedo al poeta, sino que en su compañía me sentía como con un miembro de la familia. Hasta hoy recuerdo el marco de esas citas: el ruido de los tranvías que pasaban en ambas direcciones, el cielo claro entre las dos hileras negras de edificios y la sonrisa constante en el rostro de Pasternak.

»Tras su recuperación, Pasternak volvió a escribir a Olga cartas y sobre todo postales, porque las cartas con frecuencia no llegaban a su destino. Puesto que únicamente la familia tenía derecho a escribir a los presos políticos, el escritor firmaba: “Tuya, mamá”. Evidentemente, sus misivas no podían engañar a nadie: se caracterizaban por su alto vuelo poético, su entusiasmo amoroso y sus caídas en la más negra desesperación. Pero ya en el siglo XVII, en Francia, Madame de Sévigné enviaba a su hija, alejada de París, cartas que podían competir con la más poética correspondencia amorosa.

5

—Aún no le he contado que, tras el aborto, tuvo lugar un juicio sumario. Después de eso a Olga la internaron en un campo de concentración, en Potma, república de Mordovia, donde las presas trabajaban hasta catorce horas diarias cavando tierra dura y cargándola en un camión.

»De su estancia en el campo mi madre recordaba con horror sobre todo a una vigilante despiadada, más dura aún que las condiciones climáticas y de trabajo —precisa Irina y tras una pausa, despacio y en voz baja, se dispone a narrar la historia.

Habla poco a poco, como si tuviera que cumplir con una obligación, como si fuera una niña y el maestro la llamara a la pizarra a hablar de temas que ella no quiere tratar. Irina se identifica con esa experiencia; resulta evidente que ella también la ha vivido y que su relato habla de su madre, pero también de ella misma. Y es que años más tarde, Irina estuvo prisionera en un campo de trabajos forzados en la misma zona del archipiélago de campos donde había estado encerrada su madre. El relato de Irina surge de la experiencia de ambas.

—Lo que mi madre recordaba como lo más terrible de todo era la vigilante y el clima del bochorno inacabable de Mordovia. Las nubes, blancas y pesadas, flotaban despacio, muy despacio sobre Potma. Más bien parecía que se revolcaran en el mismo sitio, perezosas. La temperatura podía ascender a cincuenta grados. Era el mes de junio, el cielo ardía durante muchas horas sobre la tierra seca, dura e inflexible que las prisioneras tenían que cavar.

»En Potma las presas trabajaban desde las siete de la mañana, de modo que, cuando llegaba el mediodía, tras haber cavado cinco horas, estaban extenuadas hasta el punto de que les parecía que no podían seguir ni cinco minutos más. Sin embargo, les esperaban otras siete horas de trabajo.

»Olga se hallaba a las órdenes de la cabeza de brigada, Búinaya, una mujer seca de nariz afilada que disfrutaba de la confianza del liderazgo del campo y odiaba a muerte a las “señoritas moscovitas”, a las que también solía llamar con sarcasmo “las señoritas de las manos blancas”. Haber ido a parar a la brigada de Búinaya fue el peor

de los castigos.

»Cuando Olga se tomaba unos segundos para frotarse las manos, doloridas de trabajar tantas horas con la pala, Búinaya le gritaba a pleno pulmón y la obligaba a coger de nuevo la pala y darse prisa. Mi madre no era capaz de hundir las herramientas en la tierra, tan seca que parecía una piedra. Las presas estaban obligadas a romper con el pico esa tierra hecha una roca para luego recogerla con la pala y cargarla en un contenedor. La mayoría de las veces, a Olga, nada acostumbrada al trabajo manual, se le hacía difícil incluso levantar la pala, y más cargada de tierra. No podía ni soñar con cumplir la cuota, o por lo menos la mitad de la cuota, y así sus raciones de comida se vieron reducidas al mínimo. Búinaya odiaba a Olga, entre otras cosas, porque esta estaba condenada “solo” a cinco años de campo, mientras que ella lo estaba a diez; además, dos hijos de Búinaya estaban encerrados en los campos del norte de Siberia.

»Después de la muerte de Stalin, y gracias a las incesantes intervenciones de Pasternak, las autoridades permitieron a Olga abandonar el campo tras haber revisado su caso. En cambio, Búinaya murió de tuberculosis antes de acabar su condena, en el mismo campo. A veces la providencia imparte su propia justicia...

»Cada día consistía en lo mismo: llegar al final de la jornada laboral aunque fuera sudando y maldiciendo el sol, ese instrumento de tortura que en junio y julio tarda mucho en ponerse. El viento no ayudaba; si soplaba parecía tan ardiente como recién salido del horno. Todas las mujeres vestían unas túnicas grises que la lejía había descolorido, con sus números en la espalda, hechas de lona, material que no dejaba pasar el aire y que hacía sudar desde primera hora de la mañana. A Olga, que calzaba un 35, le tocaron unas botas del número 44. Caminar también se convirtió en una tortura, y sus pies se llenaron de durezas y callos.

»Sin embargo, ni en unas condiciones tan adversas como las del campo perdió Olga la costumbre de componer poemas. Repetía los versos hasta aprendérselos de memoria, pues no le permitían escribirlos.

»Tenía que andarse con mucho cuidado para que nadie se diera cuenta de que sus pensamientos estaban en otra parte; si se mostraba distraída, ni que fuera apenas un instante, Búinaya se precipitaba enseguida a su lado para chillarle unos cuantos insultos a la cara y acabar prometiéndole que escribiría un informe sobre su letargia y pediría un duro castigo. Olga, sin amistades, era presa de la desesperación. Sabía que si no cumplía ni la mitad de la cuota no solo le tocaría menos pan y sopa, sino que además no le entregarían ni su correspondencia, su única ilusión, ni los paquetes que a veces recibía.

»No sabía cómo estaba Borís; a veces no recibía cartas suyas durante meses. Un día encontró una postal en el alféizar de la ventana del barracón. Observó su contenido: iba dirigida a ella, la letra era conocida, sí, eran esas grullas que volaban, esas aves que parecía dibujar la letra de Borís, unos pájaros libres y despreocupados; “al igual que él”, pensó. Después de esa postal, encontrada por azar, no le llegó ni una

línea más en mucho tiempo. Seguramente no le entregaban su correspondencia.

»Además, después del aborto que le habían provocado las autoridades de la cárcel de Lubianka, solía sangrar mucho durante la menstruación, y también antes y después. Más de una vez había intentado no acudir a trabajar y pidió la baja, pero no se la dieron. Un día de otoño se quedó en la cama tras lavarse la túnica ensangrentada. Pero la descubrieron, la castigaron y la obligaron a trabajar con la túnica mojada, a pesar de que la temperatura se acercaba a cero grados. Olga hacía todo lo que le ordenaban por miedo de quedarse sin noticias de su casa; no saber cómo estaban sus hijos y su madre, además de Borís, representaba para ella el peor castigo. “¡Ojalá pudiera ser como las monjas, presentes en todos los campos, indiferentes a todo!”, se decía. Las monjas no tenían familia y no les importaban los castigos. No se presentaban al trabajo y, cuando las amenazaban, no hacían caso. Los guardias las arrastraban de las manos y los pies a la cárcel del campo, donde casi permanentemente había encerradas varias religiosas en unos pocos metros cuadrados.

6

—Olga siempre recordaba un día que acabó de modo sorprendente. Se terminaba la jornada con una puesta de sol rojo púrpura, hermosa pero de mal augurio porque presagiaba un calor sin alivio también para el día siguiente. Las presas formaron en filas para iniciar la marcha hacia los barracones mientras los pastores alemanes de los guardias las miraban con la lengua fuera; ellos también estaban exhaustos y tenían sed. Todas se apresuraban hacia las manos de las vigilantes, que las palpaban para examinar si llevaban algo escondido debajo de la túnica de trabajo.

»Luego llegaría el momento soñado: entrar en el barracón y desplomarse sobre la cama sin energía para descalzarse siquiera. Dormir, tal vez llegar a ver a los seres queridos en sueños... Y a lo mejor saltarse la comida nocturna en la cantina para poder reposar un rato más. Olga carecía de amigas; estaba demasiado cansada para buscarlas en el campo. Las mujeres que la rodeaban eran en su mayoría presas comunes, no políticas como ella, y Olga no sabía de qué hablar con ellas.

»Para la mayoría de las reclusas el hecho de encontrarse con otras prisioneras políticas, encerradas en virtud del mismo artículo 58, significaba el fin de la soledad. La amistad tenía mucho valor. Para Olga, la soledad en el campo era infinita. Únicamente la correspondencia que recibía de los suyos conseguía romperla por un tiempo.

»Antes de acostarse, Olga se miró en un pequeño trozo de cristal que le servía de espejo: el pedazo de vidrio le devolvió la imagen de un rostro de mujer con los rasgos endurecidos, la piel apergaminada, los ojos enrojecidos y una nariz que se escamaba; además, uno de sus incisivos se había partido por la mitad. “Si permanezco un año

más en estas condiciones, me convertiré en una anciana”, suspiró.

»En mitad de la noche la fueron a buscar. Mientras salía del barracón, se esforzó por no mirar a sus compañeras para no enfrentarse a la expresión de sus caras, tal vez burlona, al verla salir.

Miro a Irina: no lo he entendido; pero rápidamente caigo en la cuenta que era así como los guardias iban a buscar a las mujeres para luego violarlas, ellos personalmente o sus comandantes, en la primera esquina. Las presas también salían acompañadas de esta manera cuando iban a delatar a alguien.

—Al salir a la calle, Olga distinguió una luna enorme que proyectaba su luz sobre los barracones pintados con cal. Además, vislumbró unas pequeñas flores silvestres al lado del camino. «Qué hermoso está todo, bañado en la luz lunar», pensó al salir de su apestoso barracón, donde se oían insultos y gemidos a todas horas. Desde la calle Olga distinguió una única ventana iluminada: en el interior de la habitación percibió, a la luz de una lámpara de mesa con la pantalla verde, un libro abierto. La habían llevado a casa del *kum*, el comandante.

»Un hombre bajo, entrado en carnes y con la cara roja, le comunicó que había recibido un sobre:

»—Hay una carta larga y un cuaderno con poemas. Siéntese y léalo aquí.

»—¿No podría llevármelo a mi barracón, ni que fuera por unos días?

»—No está autorizada a ello. Si quiere leer lo que le han enviado, tendrá que hacerlo aquí.

Pasó toda la noche leyendo; primero la carta... ¡sí, otra vez el vuelo de las grullas! ¡Los pájaros libres de Borís! No, primero leería los poemas; la carta se la reservaría para el final.

Tú lo significaste todo en mi destino,
luego llegó la guerra, la ruina,
y durante largo tiempo no hubo signo
que viniese de Ti ni hálito de vida^[5].

»No sabía cuánto tiempo se había quedado allí leyendo los poemas que contenía el cuaderno, pero seguramente fueron varias horas.

»La carta consistía en doce páginas llenas de ternura. Olga nunca olvidaría sus últimas palabras: “Esperándote en todo momento, te escribe todo esto a ti, mi preciosa, tu Borís, tu Boria”.

»Esa carta la firmó con su nombre, y pese a ello llegó a su destino y se la entregaron a la destinataria. ¿Cuántas, firmadas con nombre y apellido, no habrían llegado?

»El cielo palidecía y estaba a punto de borrar la estrella matutina cuando Olga salió y se dirigió a su barracón. Por suerte sus compañeras de cautiverio aún dormían, así que no pudieron mirarla con socarronería a través de las pestañas. Ya no se acostó, pues pronto tocarían a diana. Se miró en el trocito del espejo y descubrió en él un

rostro resplandeciente, dichoso, rejuvenecido. Aquella mañana no sintió temor ante el trabajo: sabía que el día pasaría deprisa, que la acompañaría toda la ternura del vuelo de las grullas.

7

—Al mes siguiente de la muerte de Stalin, que se produjo en marzo de 1953, tuvo lugar la amnistía que otorgaba la libertad a todos los presos condenados a menos de cinco años. Olga recibió autorización para regresar del campo de Potma a Moscú y continuar su vida en libertad.

»Llegó a casa agotada. Entró en su habitación y se miró en el espejo colgado en la pared. Su cara y sus manos le parecieron endurecidas; en cambio yo, que había entrado detrás de mi madre, descubrí en el espejo un rostro delgado, bronceado y hasta rejuvenecido. El diente partido por la mitad daba a esa mujer de cuarenta y un años un aspecto aniñado. A mis dieciséis, sabía que el buen aspecto de mi madre se debía a la ola de alegría que la invadió al volver a su casa y estar con sus hijos y su madre.

»Aquella noche toda la familia celebró con alborozo el regreso de Olga. Pero el regocijo de mi madre no duró mucho. Ya al día siguiente cayó en la depresión. Se desplomó en una silla y dijo con una voz desconocida para mí, de señora mayor cansada de la vida:

»—No sabes lo que he experimentado, cuántos horrores he presenciado y a cuántos he sobrevivido. Quiero estar tranquila. Y no siento ningún deseo de volver a ver a Borís.

»Yo sabía cómo interpretar el deseo de tranquilidad de mi madre. Olga no se había alejado mental y emocionalmente de Pasternak, pero después de su padecimiento en el campo no estaba dispuesta a correr el riesgo de que las autoridades la volvieran a utilizar en su intento de castigar al escritor, con el que no se atrevían. Y en aquel momento, Olga deseaba sobre todo mucha paz.

8

—Pasternak se sentía culpable por el duro castigo que habían infligido a su amada. Ese sentimiento lo alejaba de ella, no sabía cómo enfrentarlo, de modo que el escritor tampoco tenía prisa por volver a verla. En su ausencia la había añorado dolorosamente, pero al mismo tiempo se sentía más sosegado al no tener que soportar

su doble vida anterior, desgarrado entre su esposa y su amante.

»Sin embargo, al cabo de poco la mujer de Pasternak, Zinaída, recibió una llamada telefónica del escritor Aséyev que la informaba del regreso de Olga y del hecho de que su marido solía dar largos paseos con su amante; Aséyev recomendaba encarecidamente a Zinaída que pusiera orden en su matrimonio. Ella lo intentó y, tras varias escenas muy duras, Pasternak le llegó a prometer que no volvería a ver a Olga. Sin embargo, fue incapaz de soportarlo y volvió a encontrarse con su amiga a escondidas. Para Olga, Borís también se hizo imprescindible. Todo volvió a estar como antes.

»En ese triángulo amoroso sufrían los tres, pero Pasternak no tuvo la fuerza suficiente para prescindir de Olga, que para él era la vida misma, ni se decidió a abandonar a Zinaída, a la cual quería “como una madre a una hija”, según él mismo lo expresó. “Viviré en este desorden hasta el final de mis días”, escribió en aquella época. Y así fue.

»Pasternak pasaba cada vez más tiempo en su dacha de Peredélkino, una colonia de casas en las cercanías de Moscú. Allí los escritores vivían junto a campesinos que en verano se desplazaban por el campo en carro y en invierno en trineos tirado por caballos. Por recomendación de Pasternak, Olga alquiló una habitación en una isba, una casita del pueblo vecino, muy cerca de la dacha del escritor. Allí se encontraban, trabajan juntos en las traducciones de poetas asiáticos que diversas editoriales encargaban a Olga para que les diera forma poética; allí convertían en una fiesta cada comida, cada té que tomaban juntos, allí recibían a los amigos más alegres, que no estaban bien vistos en casa de Zinaída. Yo llegué a convertirme en una hija adoptiva para el poeta y lo consideraba un miembro de la familia. Zinaída aprendió a hacer la vista gorda ante las largas ausencias de su marido y Olga se acostumbró a que las visitas de su amigo se prolongaran hasta bien entrada la noche.

»El escritor vertió en las páginas de su novela y en sus poemas el ambiente idílico que experimentó en los años que siguieron al regreso de Olga del gulag.

»Olga se hizo cargo de parte del trabajo de Borís. Mecanografió muchos de sus poemas, varios de los cuales, escritos en aquella época, se incorporarían en la última parte de *El doctor Zhivago* como poemas de Yuri Zhivago, y se los aprendió de memoria. Los hizo para que le sirvieran de apoyo en los tiempos difíciles, que inevitablemente regresarían, mi madre estaba segura de ello, y para que la acompañaran en todo momento en tiempos de paz. Olga caminaba por las calles de Moscú o arreglaba la habitación de Peredélkino y, cuando no cantaba, recitaba a media voz, de memoria, el poema “Otoño”.

Dejé que mi familia se dispersara,
que cada cual tomara su camino,
en la naturaleza y en el alma
la soledad extiende su dominio.
Aquí estamos en la caseta tú y yo,
en el corazón de un bosque desierto.

Los senderos, como en la canción,
están todos de herbaje cubiertos.
Tristes las paredes de troncos
nos contemplan en el refugio.
No prometimos vencer los escollos,
y afrontaremos el instante último.
De la una a las tres nos sentaremos
yo con un libro, tú con tu bordado.
Y al despuntar el alba ignoraremos
cuándo nuestros labios se separaron.
Que susurren las hojas, que caigan
más suntuosas y despreocupadas.
Desborda con la angustias de hoy
el cáliz de las amarguras pasadas.
El afecto, el encanto, la atracción.
Dispersémonos en el rumor septembrino.
Zambúllete en el murmullo del otoño.
¡Quédate inmóvil o pierde el sentido!
Como de hojas se desnuda el bosque,
así te despojas de tus ropas,
cuando a mi abrazo te entregas
en tu sedosa bata de borlas.
Del paso fatídico tú eres la alegría
cuando vivir duele más que la enfermedad.
La raíz de la belleza es la valentía
Y es lo que nos atrae como un imán^[6].

9

—Pasternak seguía trabajando para terminar su novela. Sin embargo, una vez acabada, ningún editor ruso en la Unión Soviética tuvo el valor de publicarla. Además, todos los editores y revistas literarias sabían que, aunque se arriesgasen a incluirla en su catálogo, la censura no autorizaría su publicación. De modo que quedó claro que *El doctor Zhivago* no llegaría a publicarse en la URSS, a pesar del aparente deshielo de la época de Jruschov.

»Un soleado día de finales de mayo, dos hombres tomaron el tren de cercanías en Moscú y se dirigieron a Peredélkino. Uno de ellos era ruso, Vladlen Vladímirski, el otro se llamaba Sergio D'Angelo; se trataba de un emisario de la editorial italiana Feltrinelli. Cuando ambos hombres llegaron a la casa de Pasternak, este dejó de trabajar en su huerto y se apresuró a atenderlos. Los tres se sentaron en unos bancos dispuestos en el jardín del escritor, en medio de las lilas en flor que perfumaban el ambiente. Pasternak quedó encantado con su visitante italiano y, sonriendo y gesticulando ampliamente, no pudo parar de recordar su estancia en Venecia y Florencia cuando era estudiante.

»Entonces D'Angelo desvió el tema de la conversación hacia la obra del escritor.

Pasternak confesó con una profunda tristeza que recientemente había acabado una novela, la gran obra de su vida, pero ningún editor soviético se había mostrado interesado. D'Angelo estaba esperando ese momento, y ofreció a Pasternak publicar la novela en Italia, en la editorial Feltrinelli. El escritor se alegró ante la idea. D'Angelo prometió, además, que el editor italiano, Giangiacomo Feltrinelli, vendería los derechos a otros países, sobre todo a Francia y Gran Bretaña. A Pasternak le parecía estar viviendo un sueño feliz y el emisario italiano supo leerlo en su rostro. El escritor subió a la primera planta de su dacha, donde se hallaba su despacho, y volvió con el manuscrito de la novela, que contaba con más de cuatrocientas páginas mecanografiadas sin apenas espacio entre las líneas. D'Angelo echó un rápido vistazo al grueso fajo de hojas y escondió de prisa el tesoro en su cartera. A la hora de la despedida, Pasternak, con una sonrisa vagamente irónica, le tendió la mano al italiano y dijo:

»—Está usted invitado a mi ejecución.

10

—Poco después, el emisario llevó el manuscrito de la novela de contrabando a Milán y acto seguido el editor italiano Feltrinelli anunció su inminente aparición. En los dos años que siguieron, *Zhivago* se publicó en veinticuatro idiomas. Pasternak estaba tan inundado de correspondencia de editoriales del mundo entero que tuvo que recurrir a Olga para que le ayudara. De este modo, mi madre se convirtió en su secretaria y agente literaria.

»En todos los países se leía *Zhivago*. En 1958, la Academia Sueca otorgó a Pasternak el premio Nobel de Literatura.

»En las entrevistas a la prensa occidental el escritor declaró que pocos rusos compartían su alegría. Y al final, Occidente leyó la siguiente noticia: “Bajo la presión de las autoridades soviéticas, que no han permitido un respiro al escritor enfermo, Pasternak se ha visto obligado a renunciar al premio de literatura más prestigioso del mundo”.

»Los ataques contra Pasternak no cesaron tras su renuncia; fueron constantes.

»No obstante hubo otra razón que la prensa occidental ignoraba cuando informaba de la renuncia, y fue esencialmente por este motivo por el que el escritor rechazó el premio: Olga.

11

Olga fue la razón de la renuncia, afirma Irina. El hijo primogénito de Pasternak, Evgueni, me dijo algo parecido en 2012, poco antes de su muerte:

—Pasternak temía graves persecuciones contra su amiga Olga como venganza y castigo del Estado por haber publicado *El doctor Zhivago* en el extranjero.

—¿Venganza del Estado? —pregunté.

—En esto, tal vez, el Estado soviético fue distinto de las demás dictaduras y totalitarismos; era un Estado vengativo e incluso caprichoso —sostuvo Evgueni Pasternak.

Unos años más tarde, la escritora Svetlana Aleksiéovich le dio la razón cuando me dijo:

—El KGB llevó a cabo muchas, demasiadas venganzas. La que realizó contra Pasternak fue una de ellas.

12

—Cada uno recuerda algún momento de su vida que le resulta especial —dice Irina, y su sonrisa brilla en la penumbra de la cocina—. El mío es claramente la celebración de la Nochevieja de 1959 y la llegada del año 1960. Éramos cuatro: mi madre, Pasternak, Georges Nivat, mi novio francés que estudiaba en Moscú, y yo. Recuerdo la cara de Borís, iluminada por las velas que habíamos colocado en el árbol de Navidad y en la mesa: era un hermoso rostro como esculpido de mármol. Sin embargo, a la luz amarillenta de repente tuve la sensación de que su expresión era la de alguien que no tardaría en abandonar el mundo. Pero enseguida pensé que eso se debía a la tenue iluminación, que ahondaba su anguloso rostro hasta transformarla en una pintura cubista.



De izquierda a derecha: Olga Ivínskaya, Borís Pasternak e Irina Emeliánova en 1959

»Georges Nivat destapó la primera botella de champán francés y brindamos por el nuevo año tan especial que empezaba: Georges y yo nos íbamos a casar y luego nos trasladaríamos a París; Pasternak estrenaría su nueva obra de teatro, que acababa de terminar. “¡Feliz Año Nuevo, por la vida nueva!”, brindamos una y otra vez. Luego Olga sirvió pollo asado como plato principal; las copas de champán brillaban a la luz de las velas en nuestras manos mientras celebrábamos el año que sin duda sería aún mucho más feliz que el anterior. Entusiasmados, compartimos los regalos; el que Georges le hizo a Pasternak, un grabado de las cuatro edades del hombre, fue el que menos éxito tuvo; Borís le echó un rápido vistazo y volvió a enrollarlo como si le recordara algo desagradable. Otra vez tuve aquella extraña sensación que por un momento se había apoderado de mí al principio de la velada. Pero me olvidé de ello cuando nos pusimos a cantar villancicos; Georges recordó algunos franceses y Olga interpretó canciones tradicionales rusas.

»A las once de la noche Pasternak se levantó para regresar a su casa, donde le esperaba su otra familia, otros invitados y otra cena. Conscientes de sus limitaciones, los tres le acompañamos hasta la última curva antes de llegar a su casa.

Universidad de Moscú, me preparaba para los exámenes. Georges, estudiante en la Universidad Lumumba para extranjeros, estaba volcado en su tesis doctoral. Vivíamos en la pequeña casa de campo con tejado inclinado casi sepultada en la nieve.

»Aguardábamos impacientes la mañana para salir a esquiar por la blanca superficie ondulada, con un aire chispeante y tan helado que te dejaba sin aliento. Georges y yo nos alejábamos por la llanura centelleante para adentrarnos después en el bosque. Esquiando, subíamos colinas que luego descendíamos gritando a lo indio. Con los dedos de las manos y de los pies helados recorríamos los bosques de los que terminamos conociendo todos y cada uno de los claros, las colinas y los abedules tiernos que se fundían con el color de los bancos de nieve. A veces nos alejábamos mucho, llegábamos a recorrer más de veinte kilómetros: aquella maravilla resplandeciente nos fascinaba de tal manera que nos olvidábamos del tiempo, nos extraviábamos, nos hundíamos en la alta nieve virgen y en los bancos de nieve para después, helados, cansados y hambrientos, correr, con mayor anhelo, por la vasta llanura barrida por el viento hacia nuestra casita cubierta por la nieve. El crepúsculo violeta caía a toda prisa pasadas las cuatro.

»Entre risas, nos precipitábamos hacia la casa, encendíamos rápidamente la estufa y cocinábamos. Después estudiábamos un poco pero sobre todo esperábamos a alguien... que todas las noches terminaba por llegar.

»Hacia las ocho, mientras los copos de nieve revoloteaban en la oscuridad, se oían pasos en la entrada. Georges y yo nos lanzábamos a la puerta para dar la bienvenida al invitado que acudía todas las noches con absoluta regularidad, aun sabiendo que Olga tal vez no estaría. Le gustaba ver que, en las tinieblas, en medio de la nieve y la ventisca, había una ventana con luz que brillaba para él: al otro lado de la ventana lo estaban esperando.

»Borís entraba cubierto de nieve. Georges lo ayudaba a quitarse el abrigo de piel grueso y pesado, y enseguida lo colgaba junto a la estufa mientras el escritor se apresuraba a preguntar: “¿Está Olga?” o “¿Ha venido mamá?”. Otras veces exclamaba alegremente: “¡Hola, micro! ¿Cómo estás? ¡Dales recuerdos a los que te escuchan!”. Se refería, naturalmente, a los aparatos que el KGB instalaba en nuestro piso para grabar nuestras conversaciones.

Aunque mi madre no estuviera, yo invitaba a Borís a tomar una copa de champán que Georges traía de Francia y, cuando se terminaban las provisiones, lo compraba en tiendas especiales, las *beriozkas* de Moscú. Pasternak al principio lo rechazaba: “He venido solo para pasar un momento con vosotros”, pero al final nos bebíamos toda la botella.

—Una tarde de aquel invierno, se llevaron a Pasternak para interrogarlo en la sede del KGB en Moscú a causa de un poema titulado «Premio Nobel». En él, su autor se asombraba ante el hecho de que las autoridades lo trataran como a un malhechor cuando el único crimen que había cometido era el de haber mostrado al mundo, en *El doctor Zhivago*, la belleza de su país. Alegando la frágil salud del poeta, mi madre pidió permiso para estar presente en el interrogatorio, y lo obtuvo.

»Durante las semanas precedentes, Olga había notado que su amigo se cansaba mientras trabajaban dando forma poética a las traducciones literales de la poesía georgiana, armenia y china. Además, si caminaba se fatigaba mucho más que en los meses anteriores. Aunque Borís no quería tocar el tema de su salud y hacía esfuerzos para mostrarse sano y fuerte, mi madre sabía que había motivos para preocuparse.

»Al terminar el interrogatorio, la pareja bajó la escalera del edificio del KGB y Borís le dijo a Olga con énfasis: “¿Los has visto? No saben comportarse como personas. No tienen ni la más mínima sensibilidad humana. Entre estas horribles paredes todos se convierten en autómatas”.

»Nos encontramos abajo, en la sala de espera, porque a mí me habían denegado el permiso para presenciar el interrogatorio. Después, en el coche oficial con chófer que nos llevaba a Peredélkino, recité de memoria unos fragmentos del poema “Días aciagos”, de Pasternak:

El templo, con sus fuerzas oscuras,
lo entregó al juicio de los canallas,
y con la misma fervorosa bravura
maldicen hoy, como ayer adulaban.
La multitud atestaba las calles,
espiaba desde los portales,
se empujaba atrás y adelante
a la espera del desenlace^[7].

»Volvimos a Peredélkino y acompañamos a Pasternak a su casa; no aceptó nuestra invitación a tomar un té con nosotros porque no se encontraba bien. Todos notamos el cambio, mi madre más que nadie.

Irina bebe un sorbo de su té. Y como si no tuviera ganas de estar triste, prosigue con una sonrisa traviesa:

—Entonces el coche oficial grande y negro que nos había traído, el célebre cuervo, se metió en el barro. Todo el pueblo se reunió para disfrutar del espectáculo: el encorbatado conductor oficial vestido con un traje oscuro impecablemente planchado empujaba el reluciente cuervo, símbolo del poder soviético, que había decidido quedarse atrapado en el lodo. —Irina sigue, exclamando entre risas— El chófer mismo acabó hundido en el fango hasta las rodillas de tanto empujar, pero ¡el coche ni se movió!

Cuando se le acaban las carcajadas, Irina cuenta que, al día siguiente, Pasternak y

Georges, con una copa de champán en la mano, se partían de risa al escuchar esa historia.

15

—Tras más de un año de persecución y represalias que siguieron a la concesión del premio Nobel y a la publicación de *Zhivago* en el extranjero, agravados por serias preocupaciones por el futuro de Olga, el estado de Pasternak empezó a empeorar a ojos vista. Tenía cáncer de pulmón. Al principio mantenía la costumbre de acudir a diario a ver a Olga, que le recomendaba cada vez más seriamente que no saliera de casa mientras hiciera frío. Luego el escritor dejó de visitarla, pero le escribía a diario cartas llenas de ternura. Más tarde dejó de escribir y su familia afirmó que se encontraba tan débil que no podía sentarse siquiera.

»El 30 de mayo de 1960, Pasternak murió a la edad de setenta años.

»El 2 de junio, antes de acudir al funeral, que por expreso deseo del difunto tuvo lugar en el cementerio de Peredélkino, centenares de lectores, artistas e intelectuales acudieron a despedirse del escritor en su casa, casi todos con ramos de flores que depositaron encima del féretro. Maria Yúdina y Sviatoslav Richter tocaban el piano en la sala contigua: Yúdina tocó a Mozart, Richter, a Chopin. Para cerrar la sesión de música, antes de salir al cementerio, Richter tocó *La marcha fúnebre* de Chopin. En el cementerio se congregaron miles de personas. Tras el discurso oficial, que describió a Pasternak como un traductor genial y ni siquiera mencionó *El doctor Zhivago*, se levantó un joven que, fuera del programa preestablecido, se refirió a la novela como a la más grande de la era posrevolucionaria y denunció que en el país del escritor la publicación de ese tesoro literario no había sido autorizada hasta entonces.

»Mi madre, que no había visto a Pasternak durante mucho tiempo, fue a despedirse de él en su casa. Se esforzó por ser valiente, pero al final no pudo más y se echó a llorar. Durante casi todo el entierro, mi madre se quedó con Georges y conmigo sentada en el jardín delante de casa de los Pasternak, incapaz de levantarse ni de hablar con nadie. Al final, Georges y yo la ayudamos a desplazarse al cementerio. Tenía la intención de ocultar su dolor y mantenerlo encerrado en sus entrañas, pero al ver a Borís en el féretro a un lado de la tumba abierta, no aguantó más y estalló en llanto.

»Pensaba en los últimos meses, los de la enfermedad de su amigo, cuando su debilidad le había condenado a guardar cama. Se había enterado de que desde hacía días Borís tenía ganas de morir tranquilamente, durmiendo y soñando; pero los médicos lo despertaban con inyecciones que le insuflaban vida artificial; entonces el moribundo solía decir a sus hijos: “Estoy cansado de luchar por el talento humano,

libre y juguetón. A mi alrededor, alrededor de todos nosotros, lo que hay es banalidad, vulgaridad. El mundo se hundirá en ella como en el fango”.

»Mi madre, sentada en el banco, meditaba sobre el hecho de que la familia de Borís no le hubiera dejado verlo. Alegaban que él no quería verla. Olga supo entenderlo: Borís anhelaba que su enamorada lo recordara siempre fuerte y apuesto; le habría dado vergüenza que lo descubriera como un ser frágil y decaído, con el rostro apergaminado, amarillento, enfermizo, los ojos húmedos y los miembros desfallecidos. Pero dejarla sin decirle adiós siquiera...

»Asimismo, mi madre sabía que tras su muerte ella se encontraría en una posición aún mucho más frágil frente al poder soviético que en vida del escritor. Sentía una vaga angustia tanto por la ausencia del hombre que había llenado su vida durante los últimos quince años como por estar más desprotegida que nunca, a la merced del KGB.

»Pensó en *El doctor Zhivago*, esa novela que hablaba de ellos dos y que era tan potente que, según le había parecido siempre a mi madre, predestinaba sus vidas según su propia lógica. Proyectó ante sí misma el final de la novela: Yuri Zhivago renunciando a Lara, abandonándola cobardemente con su hija Katia y embarazada de él, Yuri, en manos de su seductor de antaño, Komarovski, al cual Lara odiaba; y mientras renunciaba a ella, se autoconvencía de que tal acción era necesaria para el bien de Lara y Katia, cerrando los ojos respecto a su embarazo. Lo mismo que Pasternak, pensó mi madre entonces, que no sabía qué hacer con ella y con su hija. También él, como su personaje, se dejaba llevar por el viento sin oponer resistencia, sin tomar decisiones.

»Y, con un estremecimiento, recordó el mismísimo final de la novela, las últimas frases antes del epílogo, esas frases que hablaban de Lara, Larisa, o sea de su *alter ego*: “Una vez, Larisa Fiódorovna salió de casa y no volvió más. Al parecer, la detuvieron en la calle. Murió o desapareció quién sabe dónde, olvidada bajo un número sin nombre de una lista que se perdió más tarde, en uno de aquellos innumerables campos de concentración del norte, comunes o de mujeres”.

»Olga tuvo un presentimiento sobre su futuro y la recorrió un escalofrío.

»Entre los miles de personas que acudieron al entierro, ella fue una de las últimas en despedirse del difunto antes de que cubrieran el féretro y lo sepultaran bajo tierra. Ofrecía la cara bañada en lágrimas al viento de la tarde, más presente en el cementerio elevado que bajo las cúpulas doradas de la pequeña iglesia blanca del pueblo. Vagamente oía unas voces jóvenes que recitaban ese poema que, hacía años, él había compuesto para ella...

He muerto, pero tú estás viva.
Y el viento quejumbroso llora,
zarandea el bosque y la casa,
pero no cada pino, uno a uno,
sino todos los árboles a la vez,
desde las lejanías infinitas,

como cascos de veleros meciéndose
en los muelles de un puerto.
Y no lo hace por osadía
ni por una rabia inútil,
sino para atinar con la palabra justa,
en la tristeza,
que tu canción de cuna precisa^[8].

16

—Mientras Olga se despedía de Borís, el Comité Central del Partido Comunista de la URSS preparaba un comunicado en el que recomendaba a la Unión de Escritores Soviéticos vigilar la educación de los estudiantes, porque «algunos de ellos están envenenados por las nocivas ideas de la oposición e intentan convertir a Pasternak en un gran escritor mal comprendido por su época».

17

—El día después del entierro, varios miembros del KGB acudieron al piso de la calle Potápovski donde vivía Olga Ivínskaya con nosotros, sus dos hijos. Se llevaron prácticamente todo: no solo los manuscritos, entre ellos el manuscrito de la segunda parte de *El doctor Zhivago*, obsequio de Pasternak a Olga, y la obra de teatro *La bella ciega*, el último texto del autor cuyo manuscrito también regaló a mi madre, sino también la correspondencia entre los dos e incluso algunos muebles. Olga intentó arrebatarles el manuscrito de las manos a la fuerza, pero los miembros de la policía secreta la amenazaron fríamente: “La próxima vez vamos a citarla en la institución, donde las conversaciones suelen ser bastante menos amables y mucho más traumáticas que en un piso privado”.

»A partir de aquel día, cada vez que mi madre viajaba a Peredélkino, la esperaba un bosque que se movía. Los arbustos la seguían cuando se dirigía a su casa y la acechaban cuando deshacía el camino para acudir a la estación de tren. Como el bosque en *Macbeth*.

18

Tras la muerte de Pasternak, el KGB no se cebó solo con Olga sino también con Irina y Georges Nivat. De mis conversaciones con ambos deduje lo que les pasó.



Irina, Georges Nivat y Vadim Kozovói

Georges e Irina tenían previsto casarse en Moscú para luego mudarse a París. Sin embargo, antes de su boda el novio de Irina cayó enfermo. Nadie sabía qué tenía, se trataba de un mal misterioso. Su piel se llenó de ampollas de pies a cabeza, tenía una fiebre alta y tuvieron que hospitalizarlo; se trataba de una enfermedad infecciosa y altamente contagiosa.

—No fue una casualidad —afirma Irina—. En nuestro país la gente indeseable suele caer enferma de toda clase de males misteriosos.

El joven se repuso en el hospital hasta el punto de poder caminar, pero los médicos no le dieron el alta, de modo que pidió que le dejaran salir del hospital ni que fuera por un par de horas. Todo fue en vano: las autoridades hospitalarias se mostraron inflexibles. Puesto que detrás de la puerta de su habitación habían apostado a un guardia día y noche, Georges decidió escapar por la ventana de la planta baja, el único lugar que no estaba vigilado. Irina le trajo una camisa, unos vaqueros y unas zapatillas deportivas. Los dos jóvenes fueron a pedir fecha para su boda y les dieron el 8 de agosto.

Al final a Georges le dieron de alta del hospital, pero entonces se presentó otro obstáculo: las autoridades soviéticas no le renovaron el visado, ni siquiera a petición del embajador francés ante el propio Jruschov. El 6 de agosto, dos días antes de la boda, varios agentes del KGB se presentaron en la habitación de Georges en la residencia de estudiantes, se lo llevaron al aeropuerto y lo introdujeron a la fuerza en el último avión que salía de Moscú en dirección a Helsinki.

Cuando le pregunté a Georges Nivat sobre su envenenamiento por parte de las autoridades soviéticas en Moscú, este conocido traductor de clásicos rusos al francés y prestigioso especialista en literatura rusa respondió: «Escribo libros y doy entrevistas, pero hasta ahora nunca he evocado este episodio de mi existencia. Lo cierto es que sucumbí dos veces a extrañas enfermedades que me llevaron a sendas hospitalizaciones muy dolorosas. Pero prefiero no hablar de ello».

19

—Después de la muerte de Pasternak —sigue narrando Irina—, mi madre quedó sumida en el desconsuelo. Y también paralizada de miedo: no sabía cuándo volverían los agentes del KGB, pero no dudaba de que no se harían esperar. Para distraerse, decidió cambiar el viejo armario de su piso de Moscú. El día que iba a llevar el mueble antiguo a la casita de campo, el 16 de agosto de 1960 (habían pasado justo diez días desde la expulsión de mi novio), asomó la cabeza en mi habitación. Yo estaba acostada, enferma.

»—No te levantes, hijita, cuídate. Volveré a eso de las cinco.

»No volví. En la casa de campo de Peredélkino estaba tomando el té con su madre y el segundo marido de esta cuando en el jardín de la casa entraron varios hombres. “Supongo que ya nos estaba esperando, ¿verdad?”, dijo uno de los agentes del KGB, con la cara rojiza y satisfecha. “Supongo que ya se imaginaba que sus actividades antisoviéticas no quedarían sin castigo, ¿verdad?”. Fue en la casa de campo donde la detuvieron y la llevaron a la cárcel.

»Durante los dieciocho meses que precedieron a la muerte de Pasternak, el KGB había observado que varios extranjeros habían traído dinero para el escritor. Y es que, tras la venta de los derechos de *Zhivago* a decenas de editores del mundo entero, Pasternak se había convertido en un hombre rico. Había autorizado a Feltrinelli para que pasara cien mil dólares de sus *royalties* a D’Angelo y se los llevara a Moscú en rublos. Feltrinelli hizo entonces una transferencia del dinero de una cuenta creada en el paraíso fiscal de Liechtenstein a la de D’Angelo y este se ocupó de cambiar la suma a rublos. “¿Qué haremos con todo ese dinero? ¿Qué te parece, Olga, cariño?”, preguntó Pasternak una vez D’Angelo los hubo dejado solos, mientras contemplaba unos montículos de billetes de rublos. Olga miró a su alrededor: “Lo esconderemos en esa maleta”, y señaló con la barbilla una vieja maleta en un rincón. Y así lo hicieron. Otro día, una extranjera llamó a Pasternak a casa de Olga, cuyo apartamento con toda seguridad estaba pinchado, y le dijo que tenía que entregarle un paquete con unos libros. Olga estaba inmovilizada, con el tendón de una pierna roto, y Pasternak no quería reunirse con una extranjera desconocida por el peligro que eso suponía, así que al final fui yo la que se presentó a la cita. Pasternak abrió el maletín que me había

entregado la señora, que era italiana: nos quedamos pasmados al descubrir que el maletín estaba repleto de billetes soviéticos, bien alineados en pilas y envueltos en papel fino.

20

—El dinero de los *royalties* sirvió de excusa al Estado soviético para convertirnos a mi madre y a mí en chivos expiatorios de todo el asunto *Zhivago*.

»Después de la muerte de Pasternak, yo me encontraba cada vez más enferma y paradójicamente solo empecé a mejorar cuando me detuvieron y me llevaron a la cárcel de Lubianka. También yo había sido víctima de un envenenamiento por parte de las autoridades soviéticas, al igual que mi novio francés.

»Fue allí donde me reencontré con mi madre tras cuatro meses de ausencia. Entonces empezamos a sospechar que mi misteriosa enfermedad provenía del laboratorio del KGB y de sus sofisticados venenos.

»Mi madre, ella que siempre había ido tan bien arreglada, tenía los ojos enrojecidos (la lámpara de intensa luz blanca que colgaba del techo estaba encendida día y noche), había adelgazado hasta parecer enferma y llevaba el vestido mal abotonado.

»Entonces, en noviembre de 1960, siete años después de la muerte de Stalin, cuando muchos creían que el estalinismo y sus detenciones arbitrarias eran un tema enterrado para siempre y que los campos de concentración estaban cerrados, se celebró el juicio. El veredicto se dictó a puerta cerrada: ni siquiera a mi hermano menor le permitieron asistir. Un tribunal secreto decretó una dura sentencia que nos condenaba a ambas a la expropiación de todos nuestros bienes, ocho años de cárcel y trabajos forzados para mi madre, tres para mí, en ambos casos por uso indebido de divisas (el juez se refirió al dinero que mi madre había recibido de la publicación en Occidente de *El doctor Zhivago*, según la última voluntad de Pasternak; por supuesto, se trataba de un pretexto).

»Después nos transfirieron a la cárcel de Lefórtovo, donde nos encerraron a mí, de veintidós años, y mi madre, de cuarenta y ocho, en celdas separadas. Ambas apreciamos el edificio, luminoso en comparación con Lubianka, de techo alto, construido en la época zarista, con un lavabo relativamente cerca. Yo solía recitar a mis compañeras de celda los poemas que recordaba.

21

—A finales de enero, tras dos meses y medio en la cárcel, nos llamaron para un traslado. Estábamos a treinta grados bajo cero cuando nos introdujeron en un vagón. Nadie nos informó de adónde nos llevaban. El vagón estaba helado y nosotras temblábamos de frío en compañía de otras presas: ladronas, lesbianas, vagabundas y seis monjas. «¿Adónde nos llevan?», preguntó mi madre a sus compañeras de viaje, sobre todo a las más jóvenes, que aún no habían tenido tiempo de instalarse en un malhumor permanente. En la primera parada mi madre ofreció, a través de las rejas de la ventana, unos pitillos a un chico para que averiguara adónde íbamos. «Al campo de trabajo de Taishet», le dijo él a la vuelta. «Os queda mucho camino por delante».

»Taishet, Taishet... Recordé que en la escuela había aprendido que se trataba de una pequeña ciudad siberiana de la región de Irkutsk.

»Era de noche cuando, tras días de viaje, el tren entró en una estación; por las largas maniobras dedujimos que se trataba de una ciudad grande. En los letreros se podía leer el nombre: Sverdlovsk.

»—¿Alguien sabe cómo se llamaba esta ciudad antes de la llegada del Anticristo? —preguntó con preocupación una de las monjas mientras bajaba del vagón y por encima de su cabeza volaban unos paquetes con leche en polvo y tostadas empaquetadas, porque las monjas tenían prohibido alimentarse del rancho común, que consistía en una sopa aguada o un puré de patatas sin mantequilla.

»—Ekaterimburgo, así se llamaba esta ciudad antes del Anticristo —contesté a las monjas.

»La madre Natalia hizo una reverencia y dijo:

»—Hermanas, sed bienvenidas a una de las capitales de la corte, Ekaterimburgo.

»Las presas temblaban en la helada nocturna (estábamos a menos de treinta grados bajo cero) mientras los guardias traían carpetas llenas de papeles, buscaban los documentos con nuestros nombres y llamaban a cada presa por su nombre y apellido, el mismo procedimiento que nos acompañaría dos veces al día en el gulag, durante varios años. Para distraerme levanté la cabeza y contemplé el cielo siberiano, tan distinto del que se podía ver en la capital: las constelaciones resaltaban con nitidez en el cielo oscuro y dibujaban unas formaciones extraordinarias.

22

—¡Rápido! ¡Vámonos! ¡Deprisa!

»Las prisioneras agarramos nuestros bultos e intentamos arrastrarlos sobre la nieve. Pero tras casi un mes de viaje en las peores condiciones, mi madre y yo estábamos cansadas y heladas, y nos quedamos rezagadas. El jefe de los guardias, un prisionero común, nos cubrió a gritos de toda clase de insultos. Mi madre no lo

aguantó.

»—¡Ayúdenos! ¡Por favor! La chica ha estado enferma y aún no se ha recuperado. Y usted se ríe de nosotras, ¡lo que nos faltaba!

»—¡Qué cara más dura! Habéis cometido un crimen, y este es el castigo que os merecéis. ¡Y a mí qué si alguien está enfermo! ¡Eso forma parte del castigo!

»—¡Animal! —chilló Olga, desesperada—. Nadie sabe por qué estamos aquí. Nosotras no somos culpables de nada. ¿Ha oído hablar de Pasternak? ¿De su novela *El doctor Zhivago*? ¿De su protagonista Lara?

»—¡Mamá, déjalo, por favor! —intenté calmarla—. Que se vayan al infierno esos bultos, los dejamos aquí y ya está. Pero no te rebajes ante estos...

»—Estoy de ti hasta las narices —le gritó el guardia a mi madre—. ¡Cuando lleguemos al campo te haré encerrar en una celda de aislamiento!

»Después de mucho caminar, cuando ya nos desplomábamos y pensábamos en dejarnos caer en la alta nieve virgen, vislumbramos en la lejanía un coche negro para transportar a los prisioneros. Los guardias separaron a mi madre del resto y la colocaron en la parte de atrás, en un pequeño cubículo aislado por rejas. Sobre las cabezas de las demás tiraron nuestros bultos, incluso las rebanadas de pan tostado que pertenecían a las monjas; estas empezaron a cantar en voz baja sus luminosas canciones sobre Jesucristo. Le pregunté a una de ellas si creían que iban a morir pronto y se preparaban para ello. Mi vecina de asiento, una de las monjas, me susurró al oído que la crucifixión sería al día siguiente.

»Toda mi vida me he echado a temblar al recordar el largo camino que tuvimos que recorrer a pie sobre la nieve para llegar al campo de Taishet, de noche, cuando la temperatura descendía aún más. Pero también recuerdo que la noche era inmóvil, plateada, con luna llena, una noche que proyectaba sobre la nieve las sombras celestes de los pinos bajos y los tonos azules oscuros de las sombras de los altísimos abetos siberianos, que parecían cultivados en un jardín.

»Mientras caminábamos por el bosque, que me parecía de mal agüero aunque tenía ojos para su belleza, mi madre estaba preocupada por el futuro. ¿Cómo íbamos a sobrevivir? Yo llevaba un abrigo corto y fino cuyas mangas, cortadas según la última moda, no llegaban a las muñecas; solía ponerme ese abriguito de entretiempo para ocasiones especiales. Las autoridades no me habían dado permiso para llevarme al campo un abrigo de piel. ¿Podríamos soportar ese largo viaje a Siberia? Y ¿aguantaríamos el duro trabajo en el campo, que sin duda consistiría en talar árboles y construir vías de tren?

»Yo temblaba a pesar de caminar rápido (un caballo llevaba los bultos de los prisioneros) y el frío helado me calaba hasta los huesos. De repente, como en los cuentos de hadas, vislumbré en la lejanía nevada unas luces que se acercaban a medida que el convoy humano avanzaba.

»Aquella noche la pasamos en un establo de vacas. Al día siguiente teníamos que llegar al campo de Taishet, en la región de Irkutsk, donde nos destinarían a abrir

caminos en la nieve helada.

»Si la temperatura descendía a menos de treinta y cinco grados bajo cero, no salíamos a trabajar. Por eso cada mañana mirábamos con gran ansiedad el termómetro que colgaba en una esquina: “¡A ver si hay suerte hoy!”.

»Yo no tenía noticias de mi novio, Georges. ¿Llegaría a hacerse realidad mi sueño de casarme con él y vivir en Francia? Mi madre sabía que el Ministerio del Interior soviético no permitiría que mi deseo se cumpliera, pero se guardaba de arrebatarme mi feliz quimera, que me ayudaba a sobrevivir.

»En el campo muchos presos recibían un apodo. A mi madre y a mí acabaron por llamarnos “las pasternakas”.

23

—Al cabo de un mes, a mi madre y a mí nos enviaron de Siberia al campo de trabajo para los casos políticos especialmente graves, situado en Potma, en la república de Mordovia. Justo allí era donde una década antes había estado encerrada mi madre. Tuvimos que repetir el duro viaje en el sentido inverso mientras nos preguntábamos cuál habría sido la causa de esa decisión. Concluimos que solo podía ser el sadismo del Ministerio del Interior.

»Mi madre, que durante su nuevo cautiverio tenía cerca de cincuenta años, una edad difícil para la mujer, lo pasó especialmente mal. Pensó que no soportaría los trabajos forzados en aquel campo por segunda vez e intentó suicidarse.

»La salvaron, pero regresó del gulag enferma y rota; nunca más volvió a ser aquella mujer fuerte, alegre y despreocupada que retrató Pasternak en el personaje de Lara.

Irina se queda callada un rato cuando le pregunto sobre las condiciones de trabajo en Potma.

—Ya lo he descrito en detalle al narrar la historia de mi madre —afirma—. Poco habían cambiado las cosas desde entonces. Pero sí, hubo una pequeña modificación: nosotras no teníamos que cumplir el cupo. Por lo que al resto se refiere, todo era igual que antes. Lo que más recuerdo es el invierno, su belleza y el frío que pasé, el viento helado que nos atravesaba hasta los huesos. Otro cambio que se implantó después de la muerte de Stalin fue que los presos íbamos a trabajar aunque la temperatura bajara de treinta y cinco grados bajo cero; esto en Siberia: en Mordovia eran veinticinco bajo cero. Y el compañerismo... Conservo varias amistades hasta el día de hoy. Sin ellas, en el gulag muchas hubiéramos estado perdidas, tal vez muertas. Además, tuve la suerte de estar con mi madre en todo momento.

Pero sí, hubo algo importante, ¡algo que cambió la vida de Irina por completo!

En el gulag conoció a un preso del campo de hombres, un poeta y traductor de

poesía francesa. De modo parecido a su madre y Pasternak dos décadas antes, también Irina se comunicaba con su amigo a través de la poesía: Vadim Kozovói dejaba sus poemas debajo de un ladrillo en la pared que separaba el campo de mujeres del de los hombres; Irina los recogía y dejaba en su lugar poemas de Pasternak que había anotado con lápiz en un trozo de papel. Cuando ya se conocieron mejor a través de los poemas, Vadim le ofreció a Irina su diario para que lo leyera. Me lo enseña: las entradas son largas y están redactadas con letra minúscula para que quepa el máximo texto en el cuaderno, un bien muy escaso en el campo.



«Vadim le ofreció a Irina su diario para que lo leyera...»

Al igual que muchos sobrevivientes del gulag que escogieron a sus parejas entre otros sobrevivientes, porque esos eran los que entendían mejor que nadie lo que significaba superar una vivencia tan dura, también Irina se casó con ese hombre que supo iluminar sus días en el campo con la poesía.

—Resultó ser un hombre difícil, el gulag lo dejó muy marcado. Pero con él me sentía comprendida, y él conmigo. Lo más importante es sentir que te comprenden —concluye.

Me despido. Mientras me pongo el abrigo y la bufanda, me acuerdo del novio francés. Irina me cuenta que cuando Georges recibió su carta en la que le comunicaba que iba a casarse con otro hombre, se fue como voluntario a realizar su servicio militar en Argelia, donde fue herido en una emboscada.

—Durante doce años Georges no consiguió visado para ir a la URSS —cuenta Irina—. Cuando por fin le permitieron viajar, corrió directamente hacia mí y se hizo

amigo de mi marido, el poeta Kozovói.

A finales de los años setenta, incluso antes de que empezara la perestroika en 1985, Kozovói se desplazó a París con un hijo que necesitaba cuidados médicos especializados; Irina llegó con el hijo menor años más tarde. La pareja se quedó a vivir en París, dejando atrás a Olga, aunque Irina la visitaba con frecuencia; a partir de la perestroika todo fue más fácil. Olga escribió un libro de memorias sobre su vida con Pasternak, *Rehén de la eternidad* (1978), que se publicó en varios idiomas. Murió en 1995. Irina se dedicó a enseñar ruso en la Sorbona y publicó dos libros de memorias. Vadim Kozovói siguió componiendo poesía; Maurice Blanchot escribió sobre él, Deguy le tradujo al francés; mantuvo correspondencia con René Char y era amigo de Henri Michaux. También tradujo al ruso a grandes poetas franceses contemporáneos. Murió en 1999 a los sesenta y un años.

—Murió traduciendo poesía, la poesía era su vida entera. Traducía *Las iluminaciones* de Rimbaud... *je me trouvai néanmoins chez ma dame, en gros oiseau gris s'essorant vers les moulures du plafond...* cuando tuvo un infarto.

Tras el establecimiento de la democracia en Rusia, Irina visitó su país de origen con frecuencia hasta llegar a pasar largas temporadas allí y repartir su tiempo entre París y Moscú. Últimamente ya no acude a la Rusia de Putin, que le resulta inhóspita y peligrosa.

25

Cuando me alejo de la casa donde vive Irina y camino por el París nocturno, otoñal, resuena en mi cabeza la frase que acaba de pronunciar:

—Lo más importante en la vida es sentir que te comprenden...

BIBLIOGRAFÍA DE LIBROS RELACIONADOS CON EL TEMA

AJMÁTOVA, Anna, Tsvetáieva, Marina, *El canto y la ceniza: Antología poética*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2005.

ALEKSIÉVICH, Svetlana, *El fin del «Homo sovieticus»*, Barcelona, Acantilado, 2017.

AMIS, Martin, *La casa de los encuentros*, Barcelona, Anagrama, 2008.

APPLEBAUM, Ann, *Gulag. Historia de los campos de concentración soviéticos*, Barcelona, Debate, 2004.

BERLIN, Isaiah, *La mentalidad soviética. La cultura rusa bajo el comunismo*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2009.

—, *Letters 1928-1946*, edición de Henry Hardy, Cambridge University Press, 2004.

BUBER-NEUMANN, Margarete, *Prisionera de Hitler y Stalin*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2005.

CEPEDA, Ana, *Harina de otro costal*, Madrid, Queimada, 2014.

CHALAMOV, Varlam, *Essais sur le monde du crime*, París, Gallimard, 1993.

COHEN, Stephen, *The Victims Return: Survivors of the Gulag After Stalin*, Exeter, Publishing Works, 2010.

CHAMBERDJÍ, Valentina, *Lina Prokófiev. Una española en el gulag*, Madrid, Siglo XXI, 2009.

COURTOIS, Stéphane, (ed.) *El libro negro del comunismo*, Barcelona, Ediciones B, 2010.

EMELIÁNOVA, Irina, *Legendy Potapovskogo pereulka* (Leyendas de la calle Potapovskii), Moscú, Ellis Lak, 1997.

EMELIÁNOVA, Irina, *Pasternak i Ivínskaya*, Moscú, Vagrius, 2006.

FIGES, Orlando, *Just Send Me Word*, Nueva York, Londres, Penguin, 2012.

—, *Los que susurran*, Barcelona, Edhasa, 2009.

GINSBURG, Evgenia, *El vértigo*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2005.

- GROSSMAN, Vasili, *Todo fluye*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2008.
—, *Vida y destino*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2007.
- GUMILYOV, Lev, *Iz istorii Evrazii* (De la historia de Euroasia), Moscú, Iskusstvo, 1993.
- HERLING-GRUDZINSKI, Gustaw, *El mundo aparte*, Barcelona, Libros del Asteroide, 2012.
- IVINSKAIA, Olga, *Rehén de la eternidad. Mi vida con Pasternak*, Barcelona, Grijalbo, 1991.
- KIZNY, Tomasz, *Gulag*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2005.
- KRZYZANOWSKI, Sigismund, *La nieve roja*, Madrid, Siruela, 2009.
- LÁRINA, Anna, *Lo que no puedo olvidar*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2007.
- MANDELSTAM, Nadiezhda, *Contra toda esperanza*, Barcelona, Acantilado, 2012.
- MARKOVA, Elena, *Zhili-byli y XX veke* (Érase una vez en el siglo xx), Komi, Syktyvkar, 2006.
- MATTHEWS, Owen, *Stalin's Children. Three Generations of Love, War, and Survival*. Nueva York, Walker & Co, 2008.
- MILLER, Andrew, *The Lost Spy*, Nueva York, Londres, Norton & Company, 2008.
- MOCHULSKY, Fyodor, KAPLE, Deborah, *El jefe del gulag*, Madrid, Alianza Editorial, 2012.
- MONTEFIORE, Simon Sebag, *La corte del zar rojo*, Barcelona, Planeta, 2004.
—, *Llamadme Stalin*, Barcelona, Planeta, 2007.
- OKUNÉVSKAYA, Tatiana, *Tatianin den* (*Un día de Tatiana*), Moscú, Vagrius, 2005.
- PASTERNAK, Borís, *El doctor Zhivago*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2010.
- ROSSI, Jacques, *The Gulag Handbook*, Nueva York, Paragonhouse, 1989.
- SAJAROV, Andrei, *Memorias*, Barcelona, Plaza y Janés, 1991.
- SEPETYS, Ruta, *Entre tonos de gris*, Madrid, Maeva, 2011.
- SERRANO, Secundino, *Espanoles en el gulag: republicanos bajo el estalinismo*,

Barcelona, Península, 2011.

SHALÁMOV, Varlam, *Relatos de Kolimá*, Barcelona, Minúscula, 2007-2013.

SOLZHENITSYN, Aleksandr, *Archipiélago Gulag I, II y III*, Barcelona, Tusquets Editores, 1998

—, *Un día en la vida de Iván Denísovich*, Barcelona, Tusquets Editores, 2008.

ŠTAJNER, Karlo, *7.000 Days in Siberia*, Nueva York, Farrar, Straus, Giroux, 1988.

TOBIEN, Karl, *Dancing Under the Red Star. The Extraordinary Story of Margaret Werner, the Only American Woman to Survive Stalin's Gulag*, Colorado Springs, Waterbrook Press, 2006.

TODOROV, Tzvetan, *La experiencia totalitaria*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2010.

—, *Los aventureros del absoluto*, Barcelona, Galaxia Gutenberg 2007.

—, *Memoria del mal, tentación del bien*, Península/HCS 2002.

TSVETÁIEVA, Anastasía, *Tetrad Niki (El cuaderno de Nika)*, Moscú, Vozvrashchenie, 1992.

TSVIETÁIEVA, Marina, *Confesiones. Vivir en el fuego*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2009.

TZOULIADIS, Tim, *Los olvidados*, Barcelona, Debate, 2010.

VESYÓLAYA, Zayara, 7-35. *Vospominania o tyurme i ssylke (Memorias de la cárcel y el exilio)*, Moscú, Vozvrashchenie, 2006.

VÍLENSKY, Semyon, (ed.), *Dodnes tyagoteet (Hasta hoy llega el dolor)*, Moscú, Vozvrashchenie, 2004.

—, *Poezia uznikov gulaga. Antologia (Poesía de los prisioneros del gulag. Antología)*, Mezhdunarodnyi Fond «Demokratia», Moscú, 2005.

VLADÍMOV, Gueorgui, *El fiel Ruslán*, Barcelona, Libros de Asteroide, 2013



MONIKA ZGUSTOVÁ, aunque nacida en Praga reside desde los años ochenta en España. Traductora, escritora y periodista (colabora con *El País-Opinión*, entre otros periódicos, nacionales e internacionales), tiene en su haber sesenta traducciones, del checo y del ruso, de Bohumil Hrabal, Jaroslav Hašek, Václav Havel, Milan Kundera, Anna Ajmátova y Marina Tsvetáieva, entre otros, por las que ha recibido el premio Ciudad de Barcelona y el premio Ángel Crespo. Es autora de seis novelas entre las que destaca *La mujer silenciosa*, aclamada entre las cinco mejores novelas del 2005, *Jardín de invierno*, muy elogiada por la crítica y *La noche de Valia*, premio Amat-Piniella 2014 a la mejor novela del año. Su obra se ha traducido a nueve idiomas, entre ellos inglés y alemán, con cuatro de sus novelas publicadas en Estados Unidos. Ha estrenado dos obras de teatro.

Notas

[1] Universidad Estatal de Moscú <<

[2] *Por encima de las barreras* es el título de un poemario de Borís Pasternak. <<

[3] *Luchínushka*, canción popular rusa que trata de una moza que se pasa la noche esperando a su amante que no aparece. <<

[4] «El cisne, al cielo; el lucio, al agua, y el cangrejo camina hacia atrás», una fábula de Krylov. <<

[5] Del poema «El amanecer». Traducción de Marta Rebón y Ferran Mateo. *El doctor Zhivago*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2010. <<

[6] *Ibíd.* <<

[7] *Ibíd.* <<

[8] *Ibíd.* <<